IMPEDIMENTA

GRAEME MACRAE BURNET

Caso clínico

Traducción de Alicia Frieyro



Caso clínico



Graeme Macrae Burnet

Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro



IMPEDIMENTA

Una novela de aires hitchcockianos. Un absorbente thriller psicológico de la mano de unos de los referentes del noir contemporáneo.

«Pocas veces ha sido tan divertido estar constantemente en la cuerda floja.»
The Times

«Macrae Burnet juega a difuminar los límites entre lo aparente y la realidad.»
The Guardian

«Brillante. Burnet captura las voces de sus personajes de una manera tan lúcida que lo que podría haber sido un simple juego intelectual se siente lleno de vida y atractivo.»
Telegraph

Prólogo

A finales de 2019 recibí un correo electrónico de un tal Martin Grey, de Clacton-on-Sea. Obraban en su poder varios cuadernos manuscritos por su prima, que, en su opinión, podrían servir de base para un libro interesante. Contesté dándole las gracias, aunque también le sugerí que quizá la persona más apropiada para aprovechar el material en cuestión fuera el propio señor Grey. Sin embargo, no estuvo de acuerdo y manifestó que él no era escritor y que si recurría a mí era por algo. Me explicó que se había topado con una entrada mía en un blog, donde escribía sobre el olvidado psicoterapeuta de los años sesenta Collins Braithwaite. Los cuadernos contenían ciertas acusaciones contra Braithwaite, que tenía la certeza de que resultarían de mi interés.

Con esto consiguió, cómo no, picar mi curiosidad. Daba la casualidad de que, unos meses antes, yo me había tropezado con un ejemplar de la obra *Antiterapia,* de Braithwaite, en la harto caótica librería Voltaire & Rousseau, de Glasgow. Braithwaite había sido contemporáneo de R. D. Laing y una especie de *enfant terrible* del movimiento ideológico conocido como «antipsiquiatría» de la década de 1960. El libro, una recopilación de casos clínicos, era salaz, iconoclasta y absorbente. La escasa información que encontré sobre él en internet no satisfizo mi recién descubierta fascinación y me dejó lo bastante intrigado como para animarme a visitar la Universidad de Durham, situada veinticinco millas al norte de Darlington, la población natal de Braithwaite, donde conservaban un pequeño archivo sobre el autor.

El *archivo* en cuestión lo componían dos cajas, que contenían los manuscritos de los libros de Braithwaite cargados de anotaciones (y adornados, con frecuencia, de garabatos obscenos no exentos, empero, de cierta calidad artística), algunos recortes de periódico y un reducido número de cartas, en su mayor parte firmadas por el editor de Braithwaite, Edward Seers, y por su otrora amante, Zelda Ogilvie. A medida que iba ensamblando los detalles de la extraordinaria vida de Braithwaite, empecé a considerar la posibilidad de escribir su biografía, una idea que fue recibida con escaso entusiasmo por parte de mi agente y de mi editora. ¿Por qué —me preguntaron— iba nadie a querer leer sobre un personaje olvidado y caído en desgracia, cuya obra llevaba décadas descatalogada? No me quedó otra que reconocer que la pregunta era de lo más razonable.

Este fue el contexto en el que se inició mi interacción con el señor Grey. Le dije que me gustaría, después de todo, echar un vistazo a los cuadernos y le proporcioné mi dirección. Dos días después

llegó un paquete. La nota que lo acompañaba no establecía condición alguna para la publicación. El señor Grey no deseaba ninguna remuneración y, por respeto a la privacidad de su familia, prefería permanecer en el anonimato. Grey, confesaba el hombre en la carta, no era su verdadero apellido. Si yo consideraba que los cuadernos carecían de interés, solo me pedía que se los enviara de vuelta. Pero estaba convencido de que ese no sería el caso y no adjuntaba dirección de remite.

Me leí los cinco cuadernos en un solo día. Si albergaba algún escepticismo, este se disipó al instante. La autora no solo narraba una historia absorbente, sino que su escritura poseía, a pesar de sus protestas, un brío un tanto alocado. El material estaba ordenado de manera caprichosa, pero pensé que eso solo daba más verosimilitud a lo que ella tenía que contar.

A los pocos días, no obstante, había llegado a la conclusión de que estaba siendo víctima de una broma pesada. ¿Qué manera más calculada de tentarme podía haber que presentarme un conjunto de cuadernos descubiertos al azar, donde se acusaba de negligencia criminal a una persona a la que casualmente me hallaba investigando en ese momento? Ahora bien, si se trataba de un engaño, el señor Grey se había tomado muchas molestias, entre ellas, que no era poco, escribir a mano los propios documentos. Decidí realizar unas cuantas comprobaciones. Los cuadernos (libretas escolares baratas de la marca Silvine, de hecho) eran de un modelo muy asequible en la época. No estaban fechados, pero varias referencias en el texto apuntaban a que los hechos descritos no podían sino haber acaecido en el otoño de 1965, cuando Braithwaite ejercía, en efecto, en Primrose Hill y estaba a punto de alcanzar la cumbre de su fama. Las páginas de *Antiterapia* pegadas con cinta adhesiva al primer cuaderno corresponden a la primera edición, la cual no habría sido fácil de conseguir a posteriori, y esto apuntaba a que la redacción de los cuadernos era contemporánea a los hechos. Muchos de los detalles casaban con lo que yo había leído en el archivo de la universidad o en artículos de prensa de la época. Aunque eso no demostraba nada. Si los cuadernos eran falsos, al autor no le habría hecho más falta que llevar a cabo las mismas indagaciones que yo. Otros detalles eran menos precisos. Por ejemplo, el nombre verdadero del pub que aparece en la narración es Pembroke Castle, y no Pembridge Castle, que es como se refieren a él en el texto. Pero esta clase de error parecía más propia de una autora que estuviera trasladando sus pensamientos de forma inocente al papel que de una persona que buscase perpetrar una superchería. Los cuadernos contenían, además, un cameo muy poco favorecedor del propio señor Grey, una aparición que costaba creer que él mismo hubiese incluido de haber sido el autor.

Luego estaba la cuestión del motivo. No se me ocurría ninguna razón por la que alguien podría querer llegar a semejantes extremos para engañarme. Y parecía igual de improbable que el objetivo fuera desacreditar a Braithwaite, cuya carrera había acabado en la ignominia de todos modos y el cual, a duras penas, merecía una nota a pie de página en la historia de la psiquiatría.

Envié un correo electrónico al señor Grey. El material, le decía, era intrigante, desde luego, pero no podía seguir adelante sin una prueba definitiva de su procedencia. Contestó diciendo que no sabía qué evidencia podía esperar que él aportara. Había encontrado los cuadernos mientras vaciaba la casa de su tío en Maida Vale. Además, había conocido a su prima durante toda su vida, y el vocabulario y

los giros que utilizaba en sus frases concordaban por completo con la manera que ella tenía de expresarse. Sencillamente, no resultaba creíble que los hubiese escrito otra persona. Está claro que nada de esto constituía la clase de prueba que yo andaba buscando. Le pregunté al señor Grey si estaría dispuesto a reunirse conmigo. Él se negó, argumentando de manera muy razonable que eso tampoco probaría nada. Si no confiaba en su «*bona fides*», concluía, solo tenía que devolverle los cuadernos, a cuyo efecto proporcionó, esta vez sí, el número de un apartado de correos.

Como es obvio, no los devolví. Y aunque hice lo suficiente para convencerme de que los cuadernos eran genuinos, no puedo dar fe de la veracidad de su contenido. Quizá los eventos descritos no sean más que el producto de la fantasía de una joven que confiesa tener ambiciones literarias y que, como evidencian sus propias palabras, se encontraba en un atribulado estado mental. Me dije que lo importante no era que los hechos hubiesen sucedido realmente, sino que, simple y llanamente, y tal y como había manifestado el señor Grey desde el principio, constituirían la base de un libro interesante. El hecho de que recibiese los cuadernos tan a colación de mis propias investigaciones se me antojó demasiado idóneo para resistirme. Redoblé mis esfuerzos visitando los emplazamientos relevantes, profundizando en el estudio de la obra de Braithwaite y llevando a cabo una serie de entrevistas a personas que en su momento mantuvieron alguna relación con él, y ahora presento los cuadernos, ligeramente editados, junto con mi propio material biográfico.

GMB, abril de 2021

El primer cuaderno

He decidido tomar nota de todo lo que suceda porque tengo la sensación, supongo, de que pueda estar poniéndome en peligro y de que, si se demuestra que tengo razón (que ya sería raro, lo reconozco), este cuaderno podría servir como una especie de prueba.

Por desgracia, como ya se verá, tengo poco talento para la composición. Mientras releo mi frase anterior siento auténtica vergüenza, pero me temo que no llegaré a ninguna parte si me pongo puntillosa con el estilo. La señorita Lyle, mi maestra de Lengua, solía reprenderme por intentar embutir demasiados pensamientos en una única oración. Era señal, decía, de una mente desordenada. «Primero debes decidir qué quieres decir y luego expresarlo con la mayor sencillez posible.» Ese era su mantra, y aunque no hay duda de que es una buena fórmula, me doy cuenta de que ya me lo he saltado. He dicho que puedo estar poniéndome en peligro para acto seguido embarcarme, sin remedio, en una digresión irrelevante. Sin embargo, en lugar de empezar de nuevo, voy a seguir adelante. Aquí lo que importa es la sustancia, no el estilo; que estas páginas constituyan un registro de lo que va a suceder. Pudiera ocurrir que, de ser mi narrativa demasiado pulida, quizá le faltase credibilidad; que, de alguna manera, la apariencia de autenticidad radique en la imperfección. En cualquier caso, no puedo seguir el consejo de la señorita Lyle, puesto que todavía no sé lo que deseo decir. No obstante, por el bien de quien tenga el infortunio de encontrarse leyendo esto, pondré todo mi empeño en ser clara: en expresarme con la mayor sencillez posible.

Animada por este espíritu, empezaré por exponer los hechos. El peligro al que he hecho alusión radica en la persona de Collins Braithwaite. Ustedes mismos habrán oído a los medios describirlo como «el hombre más peligroso de Gran Bretaña» en relación con sus ideas sobre la psiquiatría. Yo creo, sin embargo, que es peligroso no solo por sus ideas. Y es que, verán, estoy convencida de que el doctor Braithwaite mató a mi hermana, a Veronica. No me refiero a que la asesinara en el sentido literal de la palabra, sino que, a pesar de todo, él es tan responsable de su muerte como si la hubiese estrangulado con sus propias manos. Hace dos años, Veronica se tiró desde el paso elevado de Bridge Approach, en Camden, y murió atropellada por el tren de las 16:45 a High Barnet. Cuesta imaginar a una persona menos inclinada a cometer un acto semejante. Tenía veintiséis años, era inteligente, le iba bien y poseía un atractivo pasable. A pesar de todo esto, y sin que lo supiéramos mi padre y yo, llevaba varias semanas acudiendo a la consulta del doctor Braithwaite. Esto lo sé porque él mismo me lo contó.

Al igual que media Inglaterra, yo ya estaba familiarizada con el ordinario acento norteño de Braithwaite mucho antes de conocerlo en persona. Lo había escuchado hablar en la radio, e incluso lo había visto por televisión en una ocasión. El programa era un debate de psiquiatría conducido por

Joan Bakewell.[1] El aspecto de Braithwaite no era más atractivo que su voz. Vestía una camisa con el cuello abierto y no llevaba chaqueta. Su pelo, que le llegaba un poco por encima de los hombros, estaba despeinado; y no paraba de fumar. Era de rasgos grandes, como exagerados por un caricaturista, pero tenía algo que te atrapaba la vista, incluso por televisión. Apenas reparé en la presencia de los demás invitados en el estudio. Recuerdo menos lo que dijo que cómo lo dijo. Tenía el aire de ser un hombre al que resultaría inútil resistirse. Hablaba con una autoridad cansina, como si le agotase tener que explicarse delante de sus inferiores. Los tertulianos estaban sentados formando un semicírculo, con la señorita Bakewell en el centro. Mientras los otros mantenían una pose erguida, como si estuvieran en misa, el doctor Braithwaite estaba repantingado en su asiento como un colegial aburrido, con la barbilla enterrada en la palma de la mano. Parecía contemplar a los otros participantes con una mezcla de condescendencia y hastío. Cuando el programa aún no había terminado, recogió sus enseres de fumador y abandonó el estudio, a la vez que murmuraba un improperio que no hay necesidad de repetir aquí. La señorita Bakewell se quedó de piedra, pero recuperó enseguida la compostura y manifestó que la pobreza de ideas de su invitado quedaba probada por el hecho de que no estuviera dispuesto a debatir con sus contertulios.

Los periódicos del día siguiente condenaron sin excepción el comportamiento del doctor Braithwaite: era la personificación de lo peorcito de la Gran Bretaña moderna; sus libros estaban repletos de ideas terriblemente obscenas y exhibían la vertiente más ruin de la naturaleza humana. El día después, como es natural, me pasé por la librería Foyle's a la hora del almuerzo y pedí un ejemplar de su último libro, un tocho con el título nada atractivo de *Antiterapia*. La dependienta manipuló el volumen como si fuera un objeto infecto y peligroso, y me lanzó una mirada cargada de desaprobación como yo no había experimentado desde que compré un ejemplar de esa novela de tan mala fama escrita por el señor Lawrence.[2] Mi adquisición permaneció bien empaquetada hasta que, esa noche, estuve instalada en la seguridad de mi dormitorio después de cenar.

He de admitir que mis conocimientos sobre psiquiatría, antes de esto, se derivaban exclusivamente de esas escenas de las películas en las que un paciente se reclina en un sofá y relata sus sueños a un médico barbudo con acento alemán. Quizá por eso encontré difícil de seguir la introducción de *Antiterapia*. Estaba llena de palabras desconocidas, y las oraciones eran tan largas y enrevesadas que al autor le habría venido bien seguir el consejo de la señorita Lyle. Lo único que saqué en claro de esa primera parte fue que, para empezar, Braithwaite ni siquiera había querido escribir aquel libro. Sus «visitantes», como él los llamaba, eran individuos, no «casos clínicos» a los que exhibir como raros fenómenos en una feria. Si ahora sacaba a la luz estas historias era con el solo propósito de defender sus ideas ante el escarnio del que habían sido objeto por parte del Sistema (una palabra que utilizaba con mucha frecuencia). Se declaraba a sí mismo «un antiterapeuta»: su labor era convencer a la gente de que no necesitaba terapia; su misión era tumbar el «chapucero edificio» de la psiquiatría. Me pareció una postura de lo más peculiar, pero, como ya he dicho, no soy muy versada en el tema. El libro, escribía Braithwaite, podía considerarse como una obra complementaria a sus anteriores escritos y estaba compuesto por una serie de ensayos basados en las relaciones que había establecido

con individuos atribulados. Como es evidente, se habían cambiado los nombres y algunos detalles identificativos, pero insistía en que los datos fundamentales de cada una de las historias eran veraces.

Tras superar la desconcertante introducción, hallé estas historias tan absorbentes que me dio hasta miedo. Supongo que resulta alentador leer sobre gente desastrosa que hace que tus propias excentricidades palidezcan en comparación. Para cuando llevaba la mitad del libro me sentía una persona de lo más normal. Solo cuando llegué al penúltimo capítulo descubrí que estaba leyendo sobre Veronica. Creo que lo más sensato es insertar aquí esas páginas y punto:

---

[1] Esta edición de *Late Night Line-Up* se retransmitió en antena el domingo 15 de agosto de 1965 en el canal BBC2. Los otros tertulianos eran Anthony Storr, Donald Winnicott y el por entonces obispo de Londres, Robert Stopford. R. D. Laing había sido invitado a participar, pero se negó a compartir plató con Braithwaite. Por desgracia, no se conserva ninguna grabación del programa, pero Joan Bakewell escribiría tiempo después que Braithwaite era «uno de los individuos más arrogantes y desagradables» a los que había tenido la desgracia de conocer jamás. *(Salvo que se indique lo contrario, las notas al pie son del autor.)*

[2] Se refiere a D. H. Lawrence (1885-1930) y su novela *El amante de Lady Chatterley*. *(Nota de la traductora.)*

Capítulo 9

Dorothy

Dorothy era una mujer muy inteligente que rondaba los veinticinco años. Era la mayor de dos hermanas y se crio en el seno de una familia de clase media en una gran urbe inglesa. Sus padres eran anglosajones de pura cepa. Dorothy nunca había presenciado una sola muestra de afecto entre ellos. Las discusiones, me contó, las solventaba su padre, un dócil funcionario, plegándose a las exigencias de la madre. Hasta la muerte repentina de esta última, cuando Dorothy tenía dieciséis años, su niñez no estuvo marcada por ningún trauma importante, si bien le resultaba difícil contestar a la pregunta de si había tenido una infancia feliz. Con el tiempo reconoció haberse sentido culpable desde muy pequeña por el hecho de disfrutar de una vida cómoda en comparación con la de muchos otros niños y, aun así, no sentirse feliz. Con todo, a menudo adoptaba un aire de fingida alegría, para así complacer a su padre, cuya propia felicidad parecía depender de la suya. Él la engatusaba constantemente para que jugaran juntos, cuando ella hubiese preferido que la dejaran en paz con sus cosas. Su madre, por otra parte, no perdía ocasión para recordarles a Dorothy y a su hermana lo afortunadas que eran, y, como resultado, Dorothy había practicado la moderación desde la más tierna infancia, sobre todo en lo tocante a los caprichos con los que a su padre le gustaba tentarla: helados, regalos de cumpleaños, caramelos y demás. Ya de muy niña desarrolló un profundo resentimiento hacia su hermana. Este, insistía, no era producto de los celos normales que afloran cuando llega un nuevo hermano y se diluye la atención y el cariño de los padres hacia el primer hijo. Más bien se debía a que esta hermana pequeña era a menudo problemática e indisciplinada y, aun así, sus padres seguían dándole el mismo trato que a ella. Parecía injusto que mientras que a ella no la premiaban por su buen comportamiento, a su hermana no la castigaran por su rebeldía.

Dorothy destacó en el colegio y consiguió una beca para estudiar Matemáticas en Oxford. Allí continuó eclipsando a sus compañeros y, aunque introvertida, encajó bastante bien. En Oxford descubrió que no era obligatorio «participar» o fingir estar pasándoselo bien. Se volvió solitaria y distante. Fue la primera vez, dijo, que pudo ser «ella misma». A pesar de todo, cada vez que sus compañeras iban a un baile o celebraban una fiesta improvisada en sus habitaciones, sentía que la consumían los celos. Se graduó con la mejor nota de la clase y, más tarde, mientras preparaba el doctorado, conoció a un joven miembro del personal docente con el que se comprometió en matrimonio. No sentía, me dijo, nada especial hacia él, mucho menos deseo sexual, pero aceptó casarse porque tuvo la impresión de que aquel era el tipo de

joven decente que gozaría de la aprobación de su padre. Más tarde, el prometido de Dorothy rompió el compromiso, alegando que deseaba concentrarse en su carrera por el momento. Dorothy creía que el verdadero motivo por el que puso fin a la relación fue que ella había sufrido un período de agotamiento nervioso, lo que requirió un breve internamiento en un sanatorio, y que él temió que fuera una persona inestable. En cualquier caso, para ella fue un alivio que se suspendiera la boda, puesto que ni ella misma se sentía preparada para el matrimonio.

En su primera visita a mi consulta, Dorothy iba bien arreglada y se presentó con profesionalidad, como si estuviera en una entrevista de trabajo. Aunque hacía calor, vestía un traje de chaqueta de *tweed* que la hacía parecer mucho más mayor de lo que en realidad era. Llevaba poco o nada de maquillaje. Es bastante habitual que los visitantes de clase media se presenten de este modo. Están ansiosos por causar una buena primera impresión; por distinguirse de los lunáticos babeantes que, en su imaginación, creen que frecuentan la gruta del loquero. Pero Dorothy se empleó mucho más a fondo que la mayoría. Antes incluso de tomar asiento, declaró: «Y bien, doctor Braithwaite, ¿cómo lo hacemos?».

Aquella era una joven con un interés desmesurado por controlar las situaciones en las que se encontraba. Yo acepté el órdago: «Podemos hacerlo como usted quiera».

Trató de ganar tiempo mientras se retiraba los guantes poco a poco y los guardaba con esmero en el bolso que había depositado a sus pies. Luego se embarcó en una disquisición sobre cuestiones prácticas, la frecuencia de nuestras sesiones y demás cosas por el estilo. Dejé que siguiera hasta que no se le ocurrió nada más que decir. En situaciones así, el silencio es la herramienta más valiosa del terapeuta. Todavía no me he topado con un solo visitante capaz de resistirse al impulso de llenarlo. Dorothy se tocó el pelo, se alisó el dobladillo de la falda. Era de lo más precisa en sus movimientos. Entonces preguntó si no deberíamos empezar ya.

Le dije que ya habíamos empezado. Ella fue a protestar, pero se interrumpió.

—Ah, claro, por supuesto —dijo—. Supongo que ha estado usted estudiando mi lenguaje corporal. Probablemente piense que intento evitar decirle por qué estoy aquí.

Le indiqué con un movimiento de la cabeza que quizá fuera así, desde luego.

—Y cree que al no decirme nada, yo seguiré parloteando y le revelaré mis secretos más íntimos.

—No está obligada a decir nada —le dije.

—Pero cualquier cosa que diga podrá tomarse en cuenta y ser utilizada en mi contra. —Se rio de su broma ingeniosa.

Los intelectuales son como las cabras, siempre tiran al monte, y, por tanto, son los más duros de roer. Se muestran tan ansiosos de impresionarle a uno con la interpretación personal de su estado que tienden a responderse a sí mismos mientras hablan. «Ya estoy otra vez desviando la conversación de lo que importa de verdad —suelen decir—. Supongo que

pensará que esta evasiva es de lo más reveladora.» Y todo ello para demostrar que están al mismo nivel que uno; que conocen a fondo sus propios problemas. Lo que es una tontería manifiesta. Si comprendieran su estado, para empezar, no estarían aquí. De lo que no se dan cuenta es de que la raíz de sus problemas suele estar en su intelecto: en esa constante racionalización de su propio comportamiento.

Pero en este caso, la bromita de Dorothy sí que resultaba reveladora: tenía la impresión de que la iban a acusar, de que la iban a someter a juicio; y, a pesar del hecho de haberse presentado ante mí voluntariamente, me veía como un adversario. No le expresé estos pensamientos en ese momento, me limité a repetir mi pregunta sobre cómo deseaba proceder.

—Bueno… pensaba que sería usted, más bien, quien tendría algunas ideas sobre el particular —dijo. Y añadió, a continuación, con una risita tonta—: ¿No le pago para eso? —Muy típico de las clases medias: buscar refugio en el dinero, la manía de recordarle a uno que es su empleado.

Dorothy había entrado en la habitación con toda la pinta de ser una persona acostumbrada a tener todo bajo control, pero tan pronto como se le ofrecía de verdad ejercer ese control, prefería cederlo. O eso o no sabía qué hacer con él. Se lo planteé.

Reaccionó echándose a reír.

—Sí sí, desde luego, tiene toda la razón, doctor Braithwaite. Es usted muy astuto. Ahora veo por qué habla todo el mundo tan bien de usted.

(Adulación: otra maniobra de distracción.)

Aunque entretenida, la situación se volvía tediosa por momentos, y, después de todo, no pasa nada por satisfacer las expectativas de un visitante. Le pregunté qué la había traído hasta aquí.

—Bueno, esa es la cuestión —dijo—, y quizá por eso he estado parloteando de esta manera. No estoy segura de saberlo realmente. —La animé a que continuara—. Es decir, no estoy loca. No oigo voces ni veo cosas. No quiero acostarme con mi padre ni nada por el estilo. Estoy convencida de que hay un montón de gente que está más loca que yo.

—Eso está por ver —le dije.

—Quizá haya algún test que me pueda hacer —sugirió—. Soy buenísima haciendo test. Tal vez uno de esos de manchas de tinta. Se lo digo ya, todas me parecen mariposas.

—¿De verdad? —pregunté.

Ella se miró las manos.

—No del todo, la verdad.

Yo no tenía el menor interés en hacerle una prueba Rorschach. Ni tampoco soy partidario de la hora de cincuenta minutos tan venerada por la profesión psiquiátrica, aunque reconozco que un recordatorio de que el tiempo y el dinero corren puede servir de incentivo. Puedo asegurar que todos los clientes que han puesto un pie alguna vez en la consulta de un terapeuta ya han reproducido la escena antes, mentalmente, un centenar de veces, y que la

sola idea de marcharse sin haber tocado el tema concreto que los ha llevado hasta allí les resulta impensable. Esta dinámica casaría a la perfección con una persona de mente científica y práctica como Dorothy. Su formación matemática, con toda seguridad, la había llevado a creer que, si me describía sus síntomas, yo me limitaría a introducirlos en una fórmula y obtendría milagrosamente una cura. A pesar de lo que pretenden hacernos creer ciertas teorías, no existe una fórmula universal a la que obedezca el comportamiento humano. En cuanto individuos, nos vemos zarandeados por un conjunto de circunstancias que es único a cada uno de nosotros. Somos la suma de estas circunstancias y nuestras reacciones a ellas.

Vi cómo Dorothy miraba de reojo el reloj varonil que llevaba en la muñeca. Respiró hondo.

—Va a pensar que soy tonta de remate —empezó—, pero tengo unos sueños recurrentes en los que me aplastan; sueño que me aplastan lentamente.

Asentí.

—Sueños, ¿dice? No estoy seguro de que los sueños me interesen particularmente.

—Bueno, no son solo sueños —prosiguió ella—. También son ensoñaciones, ensoñaciones cuando estoy despierta. Tengo la sensación de que voy a ser aplastada por un edificio, por coches, por la muchedumbre. A veces, incluso, por las cosas más diminutas. Como una mosca. Justo el otro día había un moscardón en mi dormitorio y tuve la sobrecogedora sensación de que, si se me posaba encima, me aplastaría.

*

Dorothy me visitaría dos veces a la semana durante el intervalo de unos pocos meses. Poco a poco fue abandonado sus intentos de ejercer el control sobre la situación. Es más, enseguida pareció que hasta disfrutaba con su nuevo rol, mucho más sumiso. En su quinta o sexta visita, preguntó si podía recostarse en el sofá en lugar de permanecer sentada. Le dije que podía hacer lo que quisiera. No necesitaba que le diera mi permiso.

—Pero ¿es mejor que esté sentada o tumbada? —me preguntó.

No contesté, y ella se tumbó con la misma cautela que si lo estuviera haciendo sobre una cama de clavos. Nunca he visto a una persona tumbarse en un sofá y dar la impresión de estar tan poco relajada, pero en cuestión de semanas ya estaba quitándose los zapatos nada más llegar y reclinándose con una actitud que rayaba en la languidez.

Casi todo lo que necesitaba saber acerca de Dorothy lo aprendí durante nuestros primeros intercambios. De niña, sus padres habían tirado de ella en direcciones opuestas: su padre anhelaba mimarla y que estuviera alegre; su madre excitaba en ella sentimientos de culpa ante cualquier experiencia agradable. Le resultaba imposible complacer a ambos al mismo tiempo, y como era tan consciente del efecto de su comportamiento sobre estos dos agentes externos, nunca desarrolló la capacidad de complacerse a sí misma. Estaba claro que el resentimiento

hacia su hermana obedecía al hecho de que esta se comportaba de la manera en la que a Dorothy le hubiese gustado comportarse ella misma y, aun así, no recibía ningún castigo.

En contraste con los casos de John y Annette, que he tratado en capítulos anteriores, Dorothy no tenía ningún deseo de revertir su ser a un idealizado «yo verdadero» que los dos pacientes que he mencionado creían haber perdido. De hecho, Dorothy nunca había desarrollado del todo un sentido de identidad. Durante nuestra séptima sesión, y tras mucha coacción, reconoció haber experimentado un sentimiento de liberación a raíz de la muerte de su madre. Fue, me explicó, como si el régimen se hubiera venido abajo, y ella tuviera, a partir de ese momento, la libertad de hacer lo que le viniera en gana. En tono de broma, comparó este evento con la muerte de Stalin y, acto seguido —como era su costumbre—, se reprendió por haber recurrido a una comparación tan inapropiada.

A mi pregunta de cómo este cambio de circunstancias había alterado su comportamiento, ella contestó que no había cambiado en absoluto. Me explicó que no hubiera sido de recibo dar la impresión de que celebraba la muerte de su madre. Le pregunté qué le habría gustado hacer.

No supo concretarme nada. «No se trataba de que hubiese algo en particular que quisiera hacer. Sino de que, de haberlo habido, no me impedirían hacerlo.»

Durante los años que pasó en Oxford, Dorothy no probó el sexo, ni tampoco flirteó con el alcohol o las drogas, como es habitual en la fase de experimentación por la que se transita camino a la madurez. Es más, ni siquiera se había fumado un cigarrillo. Ella insistió en que no fue porque se negara a sí misma estos «supuestos placeres»; más bien se debía a que no tenía ganas de probarlos y punto.

Le pregunté si disfrutaba de alguna manera sus logros académicos. Ella negó con la cabeza. No significaban nada para ella. Sin embargo, sí que reconocía sentir cierta satisfacción por hacer que su padre estuviera orgulloso de ella. De manera semejante, en lo relativo a su breve compromiso, le parecía gratificante haber sido capaz de atraer a un buen partido. A la pregunta de qué le gustaba de su novio, lo mejor que se le ocurrió fue decir que era limpio y que nunca había intentado propasarse.

*

Dejé que pasaran unas semanas antes de retomar aquel asunto del temor de Dorothy a ser aplastada. Al principio intentó rehuir el tema restándole importancia.

—Me temo que me puse un poco melodramática —dijo—. No he vuelto a tener esa clase de pensamientos desde que empecé a venir aquí.

Yo perseveré, a pesar de todo. Esos pensamientos, insistí, eran reales, y cuando me habló de ellos lo había hecho en un estado evidente de agitación.

—Sí —respondió—, pero me doy perfecta cuenta de que los edificios no se van a venir abajo de repente y van a enterrarme viva.

Con anterioridad, le había explicado que su costumbre de racionalizar las cosas era una forma de replegar[3] las sensaciones que le producían esos pensamientos. El hecho de que un edificio tuviera pocas probabilidades de venirse abajo y enterrarla era irrelevante. El miedo que experimentaba, no obstante, sí que era real.

Me interesé de manera más específica por la historia del moscardón que había mencionado el primer día. Pareció avergonzada. Resultaba físicamente posible, cuando menos, que un edificio o un coche la aplastase, pero no que lo hiciera un moscardón. Una vez más, intentó disipar sus temores recurriendo a la racionalización: los moscardones eran unos insectos asquerosos, portadores de muchas enfermedades. «Sí —contesté yo—, pero ese no es el temor que usted me expresó.» «Quizá el moscardón sea un símbolo», sugirió ella, pensando, al parecer, que se encontraba en la consulta de un psicoanalista. Le expliqué que yo no estaba interesado en los símbolos. Lo que me interesaban eran las cosas en y por sí mismas. Me rebatió diciendo que en matemáticas se utilizaban a menudo los símbolos y las sustituciones para resolver problemas. Yo le dije que si sus problemas pudieran resolverse con las matemáticas, lo habría hecho ella sola.

El problema no tenía nada que ver con edificios o moscardones, claro está. Radicaba en que Dorothy tenía la impresión de que el mundo exterior la presionaba: que la oprimía. Su manera habitual de lidiar con esta sensación era decirse a sí misma que no tenía anhelos que cumplir. Dorothy descartó esta conclusión. El mecanismo interno de represión que había desarrollado era tan eficiente y estaba tan bien cimentado que no reconocía su existencia. Le resultaba más fácil creer que no tenía anhelos que aceptar la idea de que ella misma los estaba suprimiendo. Convencerla de que el mundo exterior en realidad no la estaba oprimiendo fue un asunto muy sencillo (solo tuve que apelar a su racionalismo exacerbado). Lo que resultó más complicado fue persuadirla de que la opresión que sentía procedía de dentro y no de fuera. Estaba tan reprimida que su forma de estar en el mundo obedecía toda ella a un conjunto de inhibiciones totalmente imaginarias.

—Entonces ¿sería más yo misma si llevase una vida con menos restricciones?

—No es cuestión de ser *más usted misma* —le dije—. Su yo no es una entidad despegada de quien usted es ahora. Se trata de ser menos usted misma, de ser un yo diferente.

Dorothy pareció ponderar mis palabras durante unos minutos. Me acordé del caso de algunos prisioneros de Auschwitz que, cuando los aliados llegaron para liberarlos, se sentían incapaces de abandonar el campo.

—Pero si me transformase en un yo diferente, dejaría de ser yo. Sería otra persona.

Le dije que si fuese feliz siendo «yo» no habría buscado la ayuda de un terapeuta para empezar.

A mí no me servía de nada forzar la situación y llevarla a mi terreno. Hubiese resultado un

tanto irónico que Dorothy —cuya forma de ser se basaba por completo en agradar a los demás— modificase su conducta solo para complacerme. Por lo tanto di por finalizada la sesión, a sabiendas de que ella, siendo como era una jovencita inteligente, tenía la capacidad de llegar a sus propias conclusiones.

Durante el que resultaría ser nuestro encuentro final, le pedí que se imaginara que le habían concedido una licencia para hacer lo que quisiera durante veinticuatro horas. Nadie se enteraría jamás de lo que había hecho y sus acciones no tendrían consecuencias. «En esas circunstancias —le pregunté—, ¿qué haría?» Este supuesto la descolocó y quiso que le aclarase punto por punto las normas que regulaban esta licencia imaginaria. Cuando se sintió segura, después de mucho preguntar, se dispuso a sopesar la cuestión. Finalmente, un rubor cubrió sus mejillas. Le pregunté qué estaba pensando. Y ella se sonrojó aún más, prueba de que había alcanzado mi objetivo. No era necesario que expresara en voz alta aquellos pensamientos, con que surgieran era suficiente. Para Dorothy, esto era un progreso. Le pedí que se concentrara en lo que estuviera pensando y le pregunté qué consecuencias tendría si lo llevara a cabo.

—Ninguna —dijo—. No tendría consecuencias.

Le dije que podía hacer o ser lo que quisiera. Ella pareció muy aliviada. No quería seguir siendo Dorothy, me dijo. Me dio las gracias y salió de mi despacho con una ligereza en el andar que yo no le había visto nunca.

* * *

Al principio, mientras leía estas páginas, me hicieron gracia las similitudes entre «Dorothy» y Veronica. Los detalles que el doctor Braithwaite había cambiado me despistaron. Veronica había estudiado en Cambridge y no en Oxford; nuestro padre era ingeniero y no funcionario; su caracterización de la relación de Dorothy con su hermana consiguió engañarme por completo. Porque, aunque Veronica y yo nunca compartimos la intimidad que se les presupone a unas hermanas, ella nunca había albergado ningún resentimiento hacia mí. Del otro lado de la balanza, no obstante, había ciertas evidencias inquietantes que despertaron mis sospechas. La descripción que hacía Braithwaite de su paciente al reclinarse con cautela en el sofá era tan propia de Veronica que me hizo soltar una carcajada. Al igual que Dorothy, Veronica siempre tuvo un miedo exacerbado a las avispas, a las abejas, a las polillas y a los moscardones. Además, era una fanática de las normas. Pero, al final, fue el empleo de una única palabra lo que me terminó de convencer. Cuando éramos adolescentes y yo me entusiasmaba o enrabietaba por alguna cosa, Veronica empleaba una fórmula única y habitual para amonestarme: «Por favor, ¿de verdad tienes que ponerte tan *melodramática?*», me decía con tono cansino. Era la mismísima palabra que había usado para reprenderse a sí misma. Más tarde, cuando descubrí que el despacho de Braithwaite estaba a tan solo unos minutos andando del paso elevado desde el que se tiró Veronica, llegué a la conclusión de que ella no se había

marchado con una «ligereza en el andar», como él afirmaba, sino con la firme decisión de acabar con su vida. O quizá fuera esta decisión la que aligerara su andar. Aun así, dado que en alguna ocasión me habían acusado de tener una imaginación exaltada y no quería emitir un juicio precipitado, volví a la librería Foyle's al día siguiente.

Abordé a un joven muy serio con gafas de montura de alambre y un chaleco de punto Fair Isle con grecas. No parecía ser del tipo de dependientes que juzgan los gustos de los clientes. Le expliqué, entre susurros, que había leído *Antiterapia* recientemente, antes de preguntarle si Collins Braithwaite había escrito algo más. El joven me miró como si yo acabara de aterrizar en el planeta Tierra. «¿Que si ha escrito algo más? —contestó—. ¡Vaya que sí!» Hizo un ademán con la cabeza para indicarme que debía seguirlo, y tuve la sensación de que acabábamos de asociarnos en una especie de conspiración. Dos plantas más arriba llegamos a la sección de psicología. Sacó un libro de las estanterías y me lo tendió, al mismo tiempo que susurraba: «Esto es material incendiario». Bajé la vista. La portada mostraba la silueta de un cuerpo humano fracturado en pedazos. El título del libro era *Mata a tu Yo*. Aquella misma tarde, en el trabajo, me sentí como si estuviese en posesión de un objeto de contrabando. No conseguía concentrarme y le dije al señor Brownlee que tenía una jaqueca espantosa y que, si no suponía demasiado inconveniente, me iría a casa antes de tiempo. Una vez en mi habitación, abrí el paquete. Me temo que no puedo dar fe de las cualidades incendiarias del libro, ya que no le encontré ni pies ni cabeza. No me cabe duda de que esto se debió a mis deficiencias intelectuales, pero parecía solamente una maraña de oraciones incomprensibles que no guardaban relación ostensible alguna con sus vecinas. A pesar de todo, el título me dejó helada, y me di cuenta de que la aparente locura del doctor Braithwaite no era tal.

Como es natural, mi primer instinto fue acudir directamente a la policía. A la mañana siguiente llamé por teléfono al señor Brownlee y le dije que llegaría tarde a la oficina. Me preguntó si todavía estaba enferma, y yo le contesté que se había cometido un crimen y que se requería mi presencia como testigo. No le dije nada a mi padre, pero mientras untaba mi tostada con mantequilla a la hora del desayuno, me imaginé entrando muy decidida en la comisaría de Harrow Road y declarando que deseaba dar parte de un asesinato. Cuando me pidiesen que aportara alguna prueba que respaldase mi acusación, depositaría con calma los libros del doctor Braithwaite sobre el mostrador. «Todo cuanto necesitan saber —diría con dramatismo— se halla en estas páginas.»

No pasé de la esquina de Elgin Avenue. Imaginé la expresión de desconcierto con la que me miraría el amable agente a lo *Dixon of Dock Green* desde el otro lado del mostrador. ¿Cuál era mi acusación exactamente?, me preguntaría. Quizá iría a consultarle a algún superior que no estaba a la vista o se limitaría a desaparecer detrás de una mampara para decirles a sus colegas que tenía a una auténtica majara allí fuera. Imaginé mi cara sonrojándose al escuchar sus risas. En cualquier caso, me di cuenta de que ante la falta de pruebas contundentes, mi plan era defectuoso y solo conduciría a mi humillación.

En su lugar, era mucho más sencillo pedir cita con el doctor Braithwaite. Encontré su número de teléfono en la sección de «Servicios varios» de las Páginas Amarillas. Llamé desde el escritorio del

trabajo una tarde que el señor Brownlee se había ausentado de la oficina. Una chica contestó con tono alegre. Le pregunté con nerviosismo si sería posible concertar una consulta. «Por supuesto», respondió, como si se tratara de la cosa más rutinaria del mundo. Aparte de mi nombre, no hubo más preguntas. Acordamos que iría el martes siguiente a las 16:30. Fue tan simple como pedir una cita en el dentista, pero cuando colgué el auricular tuve la impresión de haber cometido el acto más audaz de mi vida.

Llegué a la estación de Chalk Farm con una hora entera de antelación. Una vez en la calle, pedí indicaciones para llegar a Ainger Road. El hombre al que abordé empezó a describirme el camino, pero se detuvo en seco y se ofreció a acompañarme. Decliné su ofrecimiento, puesto que no quería tener que entablar conversación con él mientras caminábamos y mucho menos someterme a un interrogatorio sobre los motivos que me llevaban a la zona.

«No es molestia —contestó él—. Al contrario, lo haré encantado. De hecho, me coge de camino.» Era un tipo atractivo de veintitantos, casi treinta años, ataviado con un grueso jersey de lana tranzada y un abrigo tres cuartos de color negro. Iba bien afeitado, aunque con cierto aire *beatnik*. No llevaba sombrero y tenía una espesa mata de pelo oscuro que se elevaba formando una impresionante ola por encima de su frente. El acento no lo pude ubicar, pero no era del todo desagradable. La situación la había creado yo solita. Había dejado pasar a varias personas inocuas delante de mí antes de abordarlo a él. Ahora estaba metida en un berenjenal.

—Prometo no acosarla —dijo, antes de añadir con una carcajada—: a no ser que usted quiera, claro.

Me vino a la cabeza una imagen en la que el hombre me arrastraba hacia el interior de unos arbustos y se me echaba encima, forzándome. Esto podía al menos proporcionarme algo de material para mi conversación con el doctor Braithwaite. Como no se me ocurrió ninguna manera de escapar, echamos a andar. Mi acompañante enterró las manos en los bolsillos de su abrigo, como para asegurarme que no tenía intención de meterme mano. Me dio su nombre y me preguntó el mío. Esta clase de intercambios de información personal son bastante normales, creo yo, así que no vi razón alguna por la que no aprovechar la ocasión para poner a prueba mi nueva identidad.

—Rebecca Smyth —contesté—. Con i griega.

Me había decidido por este nombre mientras estaba sentada en la cafetería Lyons de Elgin Avenue. Los otros nombres en los que había pensado se me antojaron descaradamente falsos: Olivia Carruthers, Elizabeth Drayton, Patricia Robson. Ninguno de ellos sonaba real. Una furgoneta que había aparcada al otro lado de la calle tenía el rótulo «James Smith & Sons, Instaladores de calefacción central» pintado en un lateral. «Smith» era precisamente la clase de apellido inocuo que a nadie se le ocurriría utilizar como alias y, por lo tanto, era ideal para mis propósitos. Entonces, cuando decidí alterar la ortografía, tuve la impresión de que tenía la base de una identidad convincente. «Smyth con i griega», diría de manera casual, como si estuviese harta de repetirlo continuamente. Y Rebecca, tal vez debido a la novela de la señora Du Maurier, siempre me había parecido un nombre deslumbrante. Me gustaba la sensación que provocaban sus tres sílabas cortas en

mi boca, con esa última exhalación entrecortada que se escapaba entre los labios abiertos. Mi propio nombre no me suscitaba ese placer tan sensual. Era un ladrillo de una única sílaba, apropiado solamente para delegadas de clase con zapatos de tacón. ¿Por qué no ser una Rebecca por una vez? Quizá podría decirle al doctor Braithwaite que mis problemas de nervios estaban motivados por mi ineptitud para estar a la altura de la imagen de mi nombre. Para practicar, tendía la mano a mi propio reflejo delante del espejo del baño, con la palma hacia abajo y los dedos un poco contraídos, como lo hacen las mujeres con expectativas. Luego levantaría la mirada con lo que, en mi opinión, podría pasar por una sonrisa coqueta. Ya estaba disfrutando de ser Rebecca Smyth. Y entonces, mientras lo pronunciaba en voz alta por primera vez, Tom (o comoquiera que se llamara) no parpadeó siquiera. Aunque ¿por qué iba a hacerlo? No era la clase de hombre al que una chica engatusaría con un *nom d'emprunt*.

—Y ¿qué te trae a Primrose Hill, Rebecca Smyth? —dijo.

Decidí que Rebecca no sería de las que se avergüenzan de estas cosas, así que contesté que tenía cita con un psiquiatra.

Esto no provocó que mi compañero se parara en seco, pero sí que al menos me evaluase de nuevo. Su labio inferior sobresalió hacia fuera levemente.

—Perdona que sea tan franco, pero no pareces una de esas.

—¿Una de cuáles? —contesté.

Tom pareció avergonzado, como si pensara que quizá me había ofendido.

—¿Quieres decir que no parezco una loca? —le dije.

—Bueno, si es así como quieres expresarlo, pues no, no pareces una loca.

—Te aseguro que estoy como una cabra —dije con la mejor de las sonrisas de Rebecca.

No pareció que esto lo desanimara en lo más mínimo.

—Pues eres la cabra más atractiva que he conocido nunca —dijo.

No reaccioné a sus palabras. Una chica como Rebecca estaría más que acostumbrada a escuchar esas lisonjas.

—¿Y qué te trae a ti por aquí? —pregunté.

—Tengo un estudio aquí cerca —dijo—. Soy fotógrafo.

—¿No me vas a pedir que te acompañe y pose para ti? —pregunté. Ser Rebecca era de lo más divertido.

—Me temo que no soy de esa clase de fotógrafos —dijo—. Hago fotos de cosas, no de personas. Robots de cocina, cuberterías, botes de sopa, cosas así.

—Qué glamuroso —dije.

—Paga el alquiler, ya ves *truz* —contestó.

—¿Perdona? —dije desconcertada, de repente, por la idea de que el tipo pudiera llevar una copa de más.

—Ya ves *truz*. Ya ves tú —dijo, y me di cuenta de que se había dejado llevar por la ridícula costumbre de recurrir a la jerga rimada. Al menos tuvo la delicadeza de mostrarse tan abochornado

como yo.

Me di cuenta con un escalofrío de que, en ese mismo instante, nos hallábamos cruzando el paso elevado desde el que se había tirado Veronica. Nunca lo había visitado. Era un sitio de lo más soso para que una acabase con su vida, aunque supongo que era tan bueno como cualquier otro.

—¿Tienes frío? —preguntó Tom. Estaba claro que pertenecía al tipo de hombres solícitos que se desviven por los demás.

Me ceñí el cuello del abrigo y le sonreí.

—Es que he sentido una brisa repentina.

Tomamos lo que parecía la calle principal de un pueblo. Tom se detuvo en un cruce y me indicó por dónde debía seguir para llegar a Ainger Road. Rebecca Smyth le tendió la mano. Tom la estrechó y le transmitió la opinión de que había sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo —dijo ella y giró sobre sus talones y echó a caminar.

—Sigues sin parecerme una loca —dijo él elevando la voz a su espalda, mientras ella se alejaba. La verdad es que albergaba la esperanza de que saliera detrás de mí y me pidiera mi número de teléfono, pero no lo hizo. Cuando, pasado un lapso respetable (una no desea parecer desesperada), miré hacia atrás, él ya no estaba.

Ainger Road era una simple y corriente hilera de casas adosadas separadas de la calle por unos estrechos jardincitos delanteros sembrados de triciclos oxidados y de macetas de geranios volcadas. Unos pocos árboles enfermizos salpicaban la acera. Las últimas hojas de noviembre se aferraban con tristeza a las ramas, como si conocieran su suerte pero no la hubiesen aceptado aún. Las casas tenían un aspecto lúgubre y deshabitado. Reinaba un ambiente generalizado de deterioro. Lo único notable de la calle era que las casas no estaban numeradas con los pares en una acera y los impares en la otra, sino de manera consecutiva, formando así una especie de bucle. La residencia en cuestión no se diferenciaba en nada de cualquiera de las otras de la calle.[4] Debían de haber dividido el edificio, porque había dos timbres, uno encima del otro. Un trozo de cartulina prendido con una chincheta en la jamba de la puerta y marcado con el apellido «Braithwaite» era el único indicio de que allí se encontraba la guarida del notorio comecocos. Como todavía me quedaban cuarenta minutos antes de la cita, retrocedí sobre mis pasos. Me había fijado en un salón de té que había en la pequeña calle principal que había recorrido con Tom.

Se llamaba Clay's. Una campanilla ubicada encima de la puerta anunció mi llegada. El local estaba vacío, lo que no era del todo extraño, dado que eran casi las cuatro de la tarde de un martes. La clientela habitual de este tipo de establecimiento estaría en ese momento en casa muy ocupada pelando patatas para la inminente llegada de sus mariditos. Una mujerona me saludó desde detrás del mostrador con una fina sonrisa y me observó mientras me dirigía al fondo del salón, donde calculé que llamaría menos la atención. Se acercó a atenderme con unos andares que daban a entender que mi presencia era una molestia. La solidez de su apellido le venía como anillo al dedo a la señora Clay;[5] algo en ella recordaba al gólem. Pedí un servicio de té y, en un intento por congraciarme con ella, un panecillo con mermelada. Desde detrás del mostrador, un cartel proclamaba que toda la

repostería del establecimiento se elaboraba con mantequilla en lugar de margarina «¡porque él SABE distinguir la diferencia!». De repente me puse a pensar si Tom sería de esos tipos que saben distinguir la diferencia. Me figuré que no. O, más bien, que su mente estaría ocupada en asuntos más elevados que los ingredientes de un panecillo. Una indiferencia que compartía con él. No he preparado un panecillo en mi vida (salvo en un episodio de Ciencia Doméstica que es mejor olvidar) y no tengo intención de hacerlo nunca. Mi marido, en el caso improbable de que encuentre alguno, tendrá que vivir sin panecillos. O conseguirlos en otro sito, jo, jo, jo. Tampoco es que pudiera imaginarme a Rebecca Smyth mancillando sus manos de manicura perfecta en un cuenco de harina, aunque de verse obligada a hacerlo, desde luego que no toleraría la idea de utilizar algo tan corriente como la margarina.

La dueña me trajo el té. Por lo visto, mi tentativa de engatusarla había sido en vano. Depositó la taza y el platillo en la mesa de manera descuidada y, cuando volvió con mi panecillo, lo dejó de tan malas maneras sobre la mesa que el cuchillo fue a parar al suelo. Tuve que agacharme y rebuscar entre mis tobillos para recuperarlo mientras le daba las gracias. Me pregunté si habría cometido alguna transgresión de las normas del establecimiento sin habérmelo propuesto para ganarme una bienvenida tan fría. La interpretación más cándida que se me ocurrió —tanto para mí como para mi anfitriona— fue que yo era una forastera y no merecía ninguna atención especial. Mi sospecha se confirmó cuando la campanilla que se hallaba sobre la puerta volvió a tintinear y entró una señora de avanzada edad ataviada con un abrigo camel y una bufanda de lana. Llevaba un sombrero de *tweed* de caballero, con un arreglo de plumas de colores, calado en un ángulo desenfadado, y portaba un bastón. La señora Clay se transformó. Recibió a la recién llegada —una tal señora Alexander— con tal profusión de saludos que no me habría sorprendido verla salir de detrás del mostrador y esparcir pétalos de rosa sobre el suelo. La señora se sentó en la que evidentemente era su mesa de siempre, junto a la cristalera, donde le presentaron a su debido tiempo un servicio de té y una porción de bizcocho relleno, que, me fijé, fueron depositados con delicadeza en la mesa.

Rescaté una novela de mi bolso y la abrí delante de mí. Era una obra frívola indigna de mi atención, pero me imaginé que la señora Clay no sería muy dada a la crítica literaria. En cualquier caso, me descubrí dándole vueltas con preocupación a las palabras de mi exacompañante: no tenía ninguna pinta de loca. En circunstancias normales una se sentiría halagada por un comentario así, pero vista la naturaleza de mi actual misión, resultaba del todo inapropiado. Esa mañana había cuidado mi atuendo mucho más de lo acostumbrado y, antes de salir del despacho del señor Brownlee, me había pasado por el servicio del descansillo para retocarme el maquillaje. Esto había sido un desatino. Las locas no se arreglan el pelo en Stephen's, en St John's Wood. Ni se preocupan por conjuntar un elegante pañuelo con la sombra de ojos, ni gastan medias de Peterson's. Las locas no tienen tiempo para sutilezas. Si me presentaba en la consulta del doctor Braithwaite con la pinta que llevaba, me calaría a la primera. Entré en el aseo del fondo del salón de té y me examiné en el espejo. «Nada de lápiz de labios para las locas», pensé y me lo limpié con el anverso de la mano. Cogí el dedo y me restregué el rímel por los ojos, otorgándome esa mirada de ojos de panda de quienes

llevan semanas sin dormir. Me lavé las manos y, a continuación, me retiré las horquillas del pelo y me lo alboroté con los dedos. El pañuelo tenía que desaparecer. Me lo quité y lo embutí en el bolsillo de mi abrigo. Luego bajé la tapa del inodoro y me senté. Me dolía hacerlo (me habían costado diez chelines), pero me agaché y, con las uñas de los pulgares, agujereé el nylon de la media, justo por debajo de la rodilla izquierda. Era el toque perfecto, puesto que insinuaba una negligencia que ninguna mujer cuerda toleraría. Me puse de pie y examiné mi aspecto en el espejo de encima del lavabo. Era demasiado. Parecía la loca del desván. Como no quería que me enviaran directa al manicomio más cercano, humedecí una bola de papel higiénico y me retiré el rímel que me había esparcido alrededor de los ojos. La base de maquillaje corrió la misma suerte. Finalmente quedé satisfecha. Tenía un aspecto ceniciento, o *peely-wally*, como les gusta decir a los escoceses de esa manera tan pintoresca suya. Los hombres ignoran por completo hasta qué punto nos desvivimos para obsequiarlos con un rostro atractivo, desde luego, pero yo tenía la esperanza de que el doctor Braithwaite apreciaría mis esfuerzos en el sentido opuesto.

Tiré de la cadena y regresé a mi mesa. El sonido de mi silla arañando el suelo hizo que la dueña se volviera hacia mí. Se me quedó mirando con cierto asombro, como si del aseo hubiera emergido otra persona. El té estaba frío, y no tenía ni gota de hambre, pero unté la mantequilla y la mermelada de albaricoque provistas en el panecillo y me lo comí metódicamente. ¡Menuda loca iba a parecer si después de pedir un panecillo no me lo comía! Mientras aguardaba junto al mostrador para pagar y sin el más mínimo deseo de que me metieran en el mismo saco que a esos rufianes a los que se les puede dar gato por liebre con la margarina, la felicité por su repostería.

Ella me miró con incredulidad. Pensé que iba a soltarme algún comentario sobre mi aspecto, pero se contuvo e introdujo el gasto de mi consumición en la máquina registradora. Pagué y dejé dos peniques en el platillo, confiando en que quizá con ese gesto consiguiese reparar su opinión sobre mí.

La atmósfera en el exterior se había vuelto más lúgubre aún. Ahora, Ainger Road más que deteriorada parecía amenazadora. Subí los escalones hasta el umbral del número ** y pulsé el timbre de abajo. Como no obtuve respuesta, abrí la puerta de un empujón y pasé al interior de un estrecho vestíbulo. Una bicicleta descansaba apoyada contra una de las paredes. Una nota clavada en la barandilla indicaba a los visitantes que debían dirigirse a la planta de arriba. La alfombra estaba gastada y faltaban algunas de las varillas que la sujetaban a la escalera, de manera que el ascenso era bastante traicionero. Qué sencillo sería empujar a alguien desde arriba y decir que solo se había resbalado. Olía a humedad. En el descansillo había una puerta con un panel de cristal esmerilado que exhibía las palabras:

A. COLLINS BRAITHWAITE

El nombre me provocó un escalofrío involuntario, y de repente dudé de que mi misión fuera prudente. Hasta ese momento no parecía más que un juego, pero en ese mismo instante tomó un tinte mucho más oscuro. Podía escuchar el tableteo de una máquina de escribir en el interior, un

sonido familiar que me tranquilizó. Llamé a la puerta y entré en una pequeña antesala. Una mujer un poco más joven que yo levantó la vista desde detrás de un escritorio. Era rubia y vestía una camisa blanca muy bien lavada y planchada. Sus ojos azules estaban pintados de rímel, y llevaba un carmín de tono rosa pálido en los labios. Sentí mucha vergüenza por mi aspecto desaliñado, antes de recordarme a mí misma que ella tenía que estar acostumbrada a ver semejantes espantajos.

—Hola —dijo con tono animado—. Usted debe de ser la señorita Smyth, ¿no es así?

—Sí. Con i griega —dije de manera redundante. No pareció que le desconcertara en lo más mínimo mi aspecto abandonado, y me invitó a tomar asiento. Tres sillas desparejadas estaban alineadas contra la pared, debajo de la ventana, y había una mesa con números de las revistas *Punch* y *Private Eye*. Me senté y crucé las piernas, tratando de ocultar el agujero de mi media.

—Es desquiciante cuando a una le pasa algo así —dijo—. Justo ayer me hice una carrera en un par nuevo.

Puse cara de despiste y luego bajé la mirada hacia mi rodilla.

—Oh, no me había dado cuenta —dije—. ¡Qué lata!

—Tengo unas nuevas de repuesto en el escritorio. Si las quiere, son suyas. Puede reponerlas en su próxima visita. —Abrió mucho los ojos en un gesto inquisitivo.

Su sugerencia se me antojó de una camaradería del todo inapropiada. Y puede que también se hubiese pasado con el maquillaje. Mi madre tenía una escala de epítetos reservada para las mujeres que, a su juicio, iban excesivamente acicaladas: señora pintarrajeada, Jezabel, ramera y (cuando pensaba que mi hermana y yo no la oíamos) puta. Ella no se ponía ni gota de maquillaje personalmente, ni tampoco gozaba de su aprobación cualquier prenda de vestir que pudiera realzar la figura de una, en lugar de desmerecerla. «¿Conoces a algún hombre que se coma la cáscara y se deje la yema?», le gustaba proclamar. Con sus sentencias, mi madre solo conseguía picar mi curiosidad. Cada vez que una mujer era etiquetada como una Jezabel, el epíteto se asignaba sin excepción a la mujer más despampanante de la habitación. Y que el cielo amparase a mi padre si su mirada iba a posarse de manera inadvertida sobre semejante criatura. La designación «puta» solía reservarse para las actrices francesas, malditas por partida doble en virtud de ser actrices *y* francesas. Así pues, me proporcionó cierto placer ilícito poder comprarme pintalabios y colorete cuando empecé a ganar unos chelines trabajando los sábados en la zapatería Clark's. Encajaba una silla debajo del pomo de la puerta de mi dormitorio y me pasaba las tardes transformándome justo en una de esas Jezabeles. Luego me entretenía mirándome al espejo, sobrecogida con mis labios escarlata y mis mejillas cargadas de colorete como las de una ramera.

Rechacé educadamente el ofrecimiento de la recepcionista y cogí un ejemplar de *Punch*. Pasé unas cuantas páginas y luego dejé caer la revista abierta sobre el regazo y miré a la nada. No iba a colar, pensé, si mostraba interés por lo que sucedía en el mundo. Se suponía que estaba *déprimé*. Lo menos que podía hacer era fingir una mirada perdida. Seguro que la señorita Medias de Repuesto le trasladaría a su jefe sus impresiones acerca de mi persona. Dejó de escribir a máquina. Siempre me ha gustado el clac y el tilín de la máquina de escribir. Sin embargo, la técnica de aquella escribiente era

nula, y concluí que, en conformidad con la triste tendencia de nuestra era, la habían empleado por su aspecto antes que por sus habilidades como secretaria.

Concentré mi atención en la pared de detrás del escritorio de la recepcionista. Estaba decorada con un papel pintado de diseño floral inocuo, era de suponer que con la intención de calmar a las almas inquietas que a razón de una vez por semana pasaban unos minutos con la mirada clavada en ella. Al rato, no obstante, reparé en que, a unos dos metros del suelo, había un pequeño desgarrón en el papel pintado, del tamaño de la uña del pulgar de un hombre. El jirón estaba doblado como la oreja de un perro, revelando el papel aislante que había debajo. Me pareció raro. De haberse producido el desgarrón mientras pegaban el papel, resultaba inconcebible que el operario no se tomase tan en serio su trabajo como para no repararlo. Quizá sea un reflejo de mi falta de imaginación, pero no se me ocurría qué circunstancias podrían haber precipitado semejante desgarrón en fechas posteriores. En cualquier caso, la lengua rizada de papel empezó a irritarme, tanto que sentí que se me agarrotaba la garganta. Me empezó a faltar el aire y me alegré de haberme quitado el pañuelo. Tenía ganas de sugerirle a la recepcionista que quizá pudiéramos intentar remendarlo. Si era lo bastante previsora como para tener un par de medias de repuesto en el cajón de su escritorio, seguro que también tendría algo de pegamento Copydex o de cinta adhesiva Sellotape allí dentro, y el desgarrón podía alcanzarse con facilidad si una de nosotras se subía al escritorio. Había un límite, no obstante, al nivel de excentricidad que deseaba transmitir, así que mantuve la boca cerrada.

Supuso una grata distracción que se abriera la puerta de la consulta del doctor Braithwaite y saliera de su interior una mujer de unos treinta años. Era delgada y llevaba un vestido de cachemira hasta las rodillas. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba peinado con mucho arte. Que yo viera, no parecía tener necesidad alguna de tratamiento psiquiátrico. Al contrario. Descolgó un abrigo de piel del perchero junto a la puerta y se lo puso sin ninguna prisa. No aparentaba estar ni remotamente avergonzada de que la vieran en la consulta de un loquero. Me miró, pero yo mantuve mi expresión catatónica.

Al salir, dijo:

—Adiós, Daisy.

La recepcionista respondió con tono alegre:

—Hasta el jueves, señorita Kepler.

Me dejó de piedra que una mujer con semejante aplomo, en apariencia, no requiriera una, sino dos visitas por semana. Debía de ser un caso grave, aunque de cruzarse una con ella en la calle, seguro que la miraba con envidia.

Me puse de pie, pero Daisy me dijo que el doctor Braithwaite estaría listo para recibirme en unos minutos. Consulté mi reloj. Tenía un cosquilleo en el estómago, pero, tal y como habría señalado mi madre, me lo había buscado yo solita. Así que ahora tocaba aguantarse. Al rato, sin haber recibido ninguna señal aparente desde el interior, Daisy indicó que podía pasar.

El gran archipámpano estaba sentado a su escritorio garabateando en un cuaderno. ¡Cómo me habría gustado leer lo que había allí escrito! Pasados unos instantes, levantó la vista, cerró

ruidosamente su libro y se levantó para saludarme. Llevaba una camisa de franela, con el botón del cuello abierto, y pantalones de pana marrones. En sus pies calzaba unos zapatos de cuero marrones de puntera vega con perforado, con los cordones desatados.

—¡Señorita Smyth! —dijo alegremente—. ¿O es señora?

Cruzó la estancia con el brazo tendido. Nos estrechamos la mano y le informé de que era «señorita». Sus rasgos no eran ni la mitad de repelentes que como se veían por televisión. Tenía ojos saltones, pero, *dans la vraie vie,* alertas y centelleantes. También parecía más joven, claro que dicen que la televisión le echa diez años y diez libras encima a todo el mundo.

—Tome asiento, el que prefiera —dijo, a la manera de un mago pidiéndole a un espectador que escoja una carta. La consulta se parecía a una sala de estar abarrotada de demasiadas cosas o, quizá para ser más precisos, a la «leonera» de un hombre. Las paredes de detrás del escritorio y junto a la puerta estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Había más libros y papeles apilados de cualquier manera en el suelo. Las ventanas, que daban a la calle, chorreaban por la condensación. Lo único que sugería que aquel fuera un despacho profesional era un archivador verde de metal, cuyo cajón superior estaba abierto. Resistí el impulso de cruzar la habitación y cerrarlo. La selección de asientos la componían una ajada butaca de cuero, una silla de mimbre de aspecto incómodo con orejeras y un sofá con una manta de rayón echada sobre el respaldo. Me dio un escalofrío cuando caí en la cuenta de que a la fuerza tenía que tratarse del mismo sofá sobre el que Veronica se reclinaba con languidez en la descripción de Braithwaite (una acción que no podría haber sido menos propia de ella, porque mi hermana en su vida hizo nada «con languidez»). El centro de la habitación lo ocupaba una mesa baja sobre la que descansaban un cenicero sin vaciar, una pitillera de madera y una caja de pañuelos de papel. Se me pasó por la cabeza ir y sentarme detrás de su escritorio, solo para provocarlo, pero no lo hice. En su lugar, tomé asiento en el extremo derecho del sofá. Braithwaite asintió con la cabeza, como si ese fuera el sitio exacto en el que había predicho que me sentaría. Cogió la silla de madera de detrás de su escritorio y se colocó frente a mí. Extendió las piernas y las entrecruzó a la altura de los tobillos. No llevaba calcetines. Cruzó los brazos sobre la panza.

—¿Nos ha encontrado sin problema? —preguntó.

Asentí. Era de piel moteada, y se le adivinaban unas canas incipientes en las sienes. Tenía cuarenta años y si me hubiesen pedido que adivinara su edad son justo los que habría dicho que tenía.

—Y, bien, señorita Smyth —arrancó, con un tono que sugería que entrábamos en materia—, ¿qué la trae por aquí? —Esperó sin impaciencia a que respondiera. Sus ojos se pasearon desde mi pelo alborotado hasta mis zapatos. Al pasar por la carrera de mis medias, un leve movimiento de una ceja delató su sorpresa, y sentí que el sacrificio de los diez chelines no había sido en vano.

—No sé muy bien por dónde empezar —dije con vaguedad.

Él descruzó los brazos y abrió las manos.

—¿Por qué no empieza por lo que la impulsó a concertar esta cita?

—Sí —contesté. Me di cuenta de que tenía que estar muy acostumbrado a lidiar con conductas peculiares. Después de todo, era algo inevitable en su campo de trabajo. Una persona normal tendría

la sensación, por ejemplo, de que debía aprovechar al máximo su tiempo en la consulta del doctor Braithwaite para asegurarse de no estar tirando su dinero. Pero, claro, una persona normal, para empezar, no estaría allí.

—Quizá me sentiría más a gusto si me llama Rebecca —dije.

—Como desee —contestó él—. ¿Y cómo le gustaría dirigirse a mí? —Hizo una pausa antes de detallar algunas opciones—. Está la fórmula «doctor Braithwaite», si quiere mantener las cosas en un plano formal, o «Braithwaite» a secas, si lo prefiere. Mi madre me llamaba «Arthur», mis amigos me llaman «Collins» y mis enemigos me llaman… Bueno, no entraremos en eso. —Se rio de su broma. Supongo que todo esto era un prolegómeno rutinario orientado a hacerme sentir más cómoda. O a que bajase la guardia—. Entonces, ¿qué elige?

Tenía una manera muy curiosa de hablar, con la cabeza ladeada.

—Pues, supongo que, si usted va a llamarme «Rebecca», yo debería llamarlo «Arthur» —dije.

Me miré las manos, que en ese momento tenía apoyadas en el regazo. Me había pintado las uñas la noche anterior y su aspecto cuidado debía desentonar con el resto de mi persona en ese momento. Eso estaba bien. Menuda locura era poner tanta atención en las uñas y luego salir de casa con una carrera en las medias. Por lo general no se puede contar con que un hombre se fije en esas cosas, pero yo ya tenía la impresión de que al doctor Braithwaite no se le escapaba una. Me arrepentía de haberme decantado por «Arthur». Sugería una intimidad inapropiada. Y tampoco quería que pensara que deseaba establecer una asociación con su madre o adoptar una actitud maternal hacia él. Nada más lejos de la verdad. No he tenido instinto maternal en mi vida. Detesto a los niños, con sus caras pegajosas, sus rodillas llenas de costras y el ruido que hacen (ese eterno ruido infernal). Por no hablar de la horripilante cuestión de dar a luz o el repugnante asunto de copular.

Braithwaite asintió.

—¿Y bien, Rebecca?

El tono de su voz era muy amable (después de todo, no era su dinero), pero me di cuenta de que tenía que decir algo. Solo una loca de verdad acudiría al psiquiatra y fingiría no tener ningún problema.

—Hace tiempo que me siento… —En este punto, paseé la vista por la habitación, como si buscara la palabra correcta—. Que *experimento* una sensación de malestar —dije—. Un intenso sentimiento de malestar. —Me quedé muy satisfecha con esta frase.

—¡Ajá, malestar! —repitió Braithwaite—. En francés, *mal à l'aise:* no estar cómodo. Pues no la culpo, Rebecca. Con todo lo que está pasando en el mundo, ¿quién no iba a sentirse incómodo? Yo mismo me siento incómodo de narices.

—En realidad, es más que eso —dije—. Supongo que tengo la sensación de haber perdido mi yo por completo.

Pareció encantado con esto. Se levantó de la silla de un salto y, con mucha teatralidad, empezó a apartar cojines a diestra y siniestra. Se puso a gatas en el suelo y miró debajo del sofá. Abrió la puerta y se dirigió a Daisy:

—¿Se ha dejado la señorita Smyth su yo aquí fuera? ¿No? —Cerró de un portazo sin aguardar una respuesta, y se volvió hacia mí—. ¿Quizá esté en su bolso? —dijo—. Siempre me ha parecido un misterio el contenido del bolso de una mujer. Mucho más que el contenido de sus mentes, ja, ja, ja. —Cogió mi bolso del suelo. Por un instante tuve pánico de que fuera a encontrar el ratón muerto envuelto en papel de seda. Pero solo me lo tendió y me hizo un gesto para que echase un vistazo en su interior—. ¿No está ahí? —preguntó, mientras yo abría el cierre muy obediente y miraba dentro.

Se sentó y adoptó una expresión de desconcierto.

—Pensemos —dijo—. Este yo suyo, ¿recuerda la última vez que lo llevaba encima?

Estaba convencida de que se estaba burlando de mí y así se lo dije.

—De ningún modo, Rebecca. Un yo perdido es una cosa muy seria. Por lo tanto, se lo pregunto en serio: ¿cuándo cree que fue la última vez que lo llevaba encima?

Solo había pasado unos minutos en presencia del doctor Braithwaite, pero tenía claro que pertenecía a esa clase de hombres que inspiran admiración. Su aspecto descuidado solo contribuía a acentuar ese hecho. No necesitaba el traje y la corbata a los que otros hombres recurren para reafirmar su autoridad. Tenía ese algo misterioso del que tanto se habla, pero que una raramente encuentra: carisma. Saltaba a la vista que Collins Braithwaite podría conducirla a una en la dirección que él quisiera. Era aterrador y emocionante a la vez. Entendí la razón por la cual la señorita Kepler podría desear pasar dos horas a la semana en su compañía.

—No estoy del todo segura —dije, contestando a su pregunta.

—Bueno, no hay de qué preocuparse —respondió él con tono alegre—. De haber sido un yo medianamente decente, no lo habría perdido, ¿a que no? Es probable que le vaya mejor sin él.

No supe qué decir. Si se había propuesto enredarme, lo había conseguido de manera admirable.

Durante el resto de la sesión le conté algunas cosas sobre mí o, mejor dicho, sobre Rebecca. Rebecca y yo teníamos muchas cosas en común, pero, con el fin de ocultar mi relación con Veronica, fue necesario alterar algunos detalles. (Quizá deba señalar en este punto que no guardo absolutamente ningún parecido físico con mi hermana. Ella era morena, como mi madre, con tobillos gruesos y, si se me permite decirlo, unos rasgos muy corrientes. Tampoco es que yo sea una belleza, pero mis rasgos son bastante finos. Comparada con Veronica, yo era Joan Fontaine y ella la señora Danvers.) Hay momentos en los que hay que contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, pero estaba más claro que el agua que aquel no era uno de ellos. Con este propósito en mente, le conté al doctor Braithwaite que mi madre había fallecido y que en ese momento vivía con mi padre, un arquitecto jubilado. Había decidido que Rebecca debía ser hija única (tan terriblemente sola, siempre), pero que, como yo, tenía un estúpido empleo de recepcionista para un agente teatral.

Braithwaite no me hizo demasiadas preguntas sobre ninguno de estos particulares. Es más, al reflexionar sobre ello más tarde, llegué a la conclusión de que no me preguntó prácticamente nada. Brotó de mí sin más. Después sentí una vergüenza terrible al pensar que había estado allí sentada hablando sin parar sobre mí misma, como si me creyera la mujer más fascinante de Londres. Pero él no consultó su reloj de pulsera ni una sola vez. Su atención no se desviaba ni por un instante. Jamás

me había sentido sometida a semejante escrutinio. No recuerdo mucho más de la conversación, solo que necesité grandes dosis de fuerza de voluntad para sentir que conservaba la entereza. Olvidé por completo el verdadero propósito de mi visita. Me di cuenta de que quería agradarle. En un momento dado, se levantó sin más, y fue como si se hubiese roto un hechizo. Lo interpreté como una indicación de que la sesión había concluido. Me sentí como si despertara de un trance y, por un instante, me pregunté si quizá no me habría hipnotizado. Reuní mis cosas y me puse de pie. Noté que las piernas me flaqueaban un poco.

Braithwaite estaba plantado en tierra de nadie, en el espacio que separaba la puerta del sofá. Al dirigirme hacia la salida, ladeó el cuerpo de tal modo que me vi obligada a detenerme. Nos quedamos el uno junto al otro, en una incómoda proximidad. A pesar de que él no me había puesto la mano encima ni me había atado con cadenas, de repente me sentí cautiva.

—Ha sido interesante conocerla, Rebecca —dijo—. Si deseara volver de nuevo, concierte una cita con Daisy.

Aquello me desconcertó.

—Pero ¿usted qué opina? —dije—. ¿Cree que debería volver?

Braithwaite levantó las manos hacia arriba, como si estuviera tirándole unos peniques a un pilluelo de la calle.

—Depende de usted.

—Pero ¿usted cree que puede ayudarme? —insistí.

—La cuestión no es si *yo* creo que pueda ayudarla. La cuestión es si lo cree usted. —Me miró con sus ojos saltones. Me sentí totalmente desamparada.

—Pensaba que quizá usted fuera capaz de curarme —dije con un hilo de voz.

Él soltó una risita por la nariz.

—Señorita Smyth, *Rebecca*, aquí no nos dedicamos a las «curas». Las curas son cosa de los charlatanes, y Dios sabe de más de uno que opina que yo me cuento entre ellos. En primer lugar, hablar de cura es dar por sentado que usted está enferma, y eso todavía está por determinar. Y, en segundo lugar, si usted está enferma, dudo que tenga cura.

—Pero si no me puedo curar, ¿qué sentido tiene que vuelva? —dije.

—Esa es, realmente, una pregunta a la que tiene que responder usted, no yo —contestó tajante—. En todo caso, el mero hecho de que piense que podría estar enferma ahora mismo sugiere que usted está mucho más sana que la mayoría de la gente.

Dio un paso mínimo a un lado, autorizando así mi salida, y yo me dirigí hacia la puerta. En la antesala, concerté una nueva cita. Daisy anotó mi nombre en la agenda de su escritorio y dijo, en voz baja:

—La vemos la semana que viene, entonces.

No sé si fue por su empleo del plural o por su actitud conspirativa, pero me sentí como si me acabasen de dar la bienvenida a alguna clase de club indecente.

En la calle me paré un momento y examiné la pintura oxidada de una farola, ladeando la cabeza de

aquí para allá, como si distinguiera patrones misteriosos en ella. Me figuraba que el doctor Braithwaite estaría espiándome desde la ventana. Si yo fuera psiquiatra, seguro que observaría cómo se marchan mis pacientes. Estoy convencida de que sería una psiquiatra buena de verdad. Padre dice que tengo talento para identificar los defectos de la gente.

Me quedé unos momentos toqueteando la pintura con la cara pegada a la farola y luego saqué una lima de uñas del bolso y me puse a lijar una pequeña área del metal. Braithwaite iba a pensar que era una auténtica loca. «Pobre criatura —me imaginé que pensaría—, con lo mucho que se ha esforzado por parecer normal.» Quizá incluso llamase a Daisy para que se acercara a la ventana: «Fíjate. Tenemos a una auténtica majara entre manos». Pasado un rato, di un paso atrás para examinar mi obra de artesanía; entonces asentí con la cabeza, como si estuviera satisfecha con el resultado, y guardé la lima. Caminé con andar torpe y estrambótico hasta el final de la calle. Cuando hube doblado la esquina, y tras comprobar que no me seguían, erguí la postura. Sentí un gran alivio al ser yo misma de nuevo. Me felicité por mi actuación. Parecía que Rebecca se había desenvuelto bastante bien.

Vi que estaba en una calle muy transitada que bordeaba un parque. Tengo por costumbre —una idiosincrasia, quizá— no regresar a casa por el mismo camino por el que he venido. El hecho de retroceder sobre mis pasos, no sé, hace que sienta que me estoy enredando en mí misma. Cuando pienso en Teseo abriéndose camino hacia la salida del laberinto con su ovillo de hilo, siempre me imagino que sus pies, sus piernas y, finalmente, el cuerpo entero se van enredando, de modo que al final está atado de pies a cabeza, sin poder moverse. Así que me hallaba al final de Ainger Road, en el extremo opuesto a aquel por el que había llegado. Por raro que parezca, nunca había visitado Primrose Hill y jamás se me había pasado por la cabeza que allí hubiese realmente una colina. El nombre me resulta muy poco londinense y más propio de un pueblo de Devon o de algún otro tedioso y bucólico emplazamiento idílico (detesto la campiña). Pero allí estaba: la colina de Primrose Hill. Seguí la calle rodeando el parque hasta llegar a una verja.

Serían las 17:45 y el cielo ya se había oscurecido. El constante rugido del tráfico conseguía que la colina pareciera latir con fuerza. Era como un vientre hinchado que estuviese esperando a estallar y vomitar alguna suerte de pus subterráneo. Me sentí atraída hacia ella. Las otras pocas figuras que había en el parque estaban espaciadas de manera uniforme, como si se hallaran colocadas así para mi beneplácito. En el sendero que conducía hacia la cima, un hombre caminaba con un perro negro atado a una correa. Los dos ascendían con el andar resignado de quien se dirige hacia el patíbulo. Seguí el camino que ribeteaba el pie de la colina. El asfalto estaba mojado por la llovizna reciente. Bajo la lúgubre luz del crepúsculo, la hierba parecía de plata. Todo parecía descolocado. El horizonte estaba en el lugar equivocado. La colina se cernía sobre mí. Me entraron ganas de plegarme sobre mí misma como una hoja de papel.

Me topé con un objeto al borde del sendero. Tendría unos seis pies de largo y lo componían cuatro listones de madera pintados. Los dos primeros estaban dispuestos paralelos al suelo, a una altura de unos sesenta centímetros, mientras que el tercero y el cuarto estaban posicionados en

ángulo recto con respecto a los dos primeros. La estructura estaba reforzada mediante un armazón de hierro forjado, compuesto por cuatro patas y dos puntales, que unían el tercer y cuarto listón con los que se hallaban paralelos al suelo. Entre los dos pares de patas se extendía más hierro forjado; supuse que para dotar al conjunto de más rigidez. Desde luego, sabía que se trataba de un banco. He tenido ocasión de ver y de sentarme en un gran número de bancos. Pero en ese momento se me antojó una cosa rechoncha y malévola, como una cucaracha o un cangrejo agazapado que estuviese esperando a abalanzarse sobre una presa desprevenida para luego escabullirse entre los matorrales para engullirla. Me quedé de pie delante de él durante un minuto o más. No se escabulló. Solo era un banco. Como para asegurarme de ello, me senté en él. Apoyé el bolso a mis pies y las manos en los listones, pegadas a las caderas. La pintura tenía un tacto áspero contra las palmas de mis manos. Respiré larga y lentamente varias veces. Podía sentir la ciudad latiendo en mi cuerpo. Cerré los ojos y escuché el rugir de Londres. Luego levanté las piernas y me tumbé boca abajo, con los brazos pegados a los costados. La madera astillada se me clavaba en los muslos y en el pecho. Sentí la pintura resquebrajada contra los labios. La toqué, vacilante, con la punta de la lengua. Su sabor era amargo y metálico. La madera olía a tierra húmeda del bosque. El palpitar de la ciudad se tornó todavía más intenso. Sentí que el banco se elevaba y empezábamos a volar muy alto por encima de la metrópoli. Mantuve los ojos cerrados con fuerza y me agarré a los bordes. Las luces y las calles de Londres quedaban muy abajo. Dibujábamos descensos en picado y lentos virajes en arco. Era excitante. No sé cuánto tiempo duraría el vuelo, pero seguro que unos cuantos minutos. Entonces oí una voz y fue como si me despertaran de un profundo sueño. Abrí los ojos. Un hombre se cernía sobre mí.

—¿Se encuentra bien, señorita? —dijo. Detecté en el tono de su voz una urgencia que apuntaba a que no era la primera vez que me lo preguntaba.

Me incorporé con cierta dificultad hasta quedar sentada. Había un perro negro, un labrador, al lado del hombre. Quizá fuera el mismo hombre que había visto antes. Tenía cara de preocupación.

—Por supuesto que estoy bien —dije—. ¿Por qué no lo iba a estar?

Señaló el banco con un gesto, como si ello constituyera explicación suficiente para su preocupación.

—Alguien podría haberle quitado el bolso.

En eso no se equivocaba.

—Sí, tiene toda la razón —dije—. Gracias.

Recogí el bolso y me lo coloqué sobre el regazo. El hombre asintió con la cabeza y me deseó buenas tardes. Me quedé en el banco hasta que desapareció de mi vista.

Como es natural, me había perdido la cena, que en nuestro hogar se sirve a las seis en punto. La señora Llewelyn me puso el plato delante sin mediar palabra y se quedó de pie, con el trasero apoyado contra la encimera, observando cómo comía. No se había molestado en recalentar la sopa. Estaba intentando provocarme, pero me tomé hasta la última cucharada. Esperó unos momentos antes de retirar el bol y regresar con un plato de cerdo asado, que había mantenido caliente en el horno. Los tres arbolitos de brócoli —una verdura que detesto, por no decir algo peor— eran del

color de las paredes de un hospital. La salsa tenía el aspecto escamoso que tiene la sangre seca en una sábana. Menos mal que la señora Llewelyn no se plantó a mi lado mientras me comía el segundo plato. Mastiqué unos cuantos bocados de carne y vacié las sobras en el interior de mi bolso. Me desharía de ellas más tarde, las tiraría al váter. Cuando volvió, la señora Llewelyn fue incapaz de disimular su sorpresa al ver que había dejado reluciente aquel plato tan poco apetitoso. Este hecho constituía una victoria. Mi recompensa fue un bol de manjar blanco con mandarinas en almíbar. El manjar blanco es uno de mis platos preferidos. Requiere cero esfuerzo de masticación. Me gusta retener una cucharada en la lengua antes de dejarlo resbalar por mi garganta e imaginarme que es un barquito que se desliza desde su amarradero hacia el mar abierto. Los gajos de mandarina ni los toqué: su forma y su textura tenían algo de obsceno.

Hui del comedor antes de que regresara la señora Llewelyn y entré en el salón. Padre levantó la vista de su ejemplar de *The Times* y esbozó su tierna sonrisa.

—Buenas tarde, papi —dije.

Soy consciente de que puede resultar algo ñoño que una mujer de mi edad se dirija a su padre llamándolo «papi», pero que nadie le dé una interpretación siniestra. Es solo una costumbre que no he roto jamás y que, de hacerlo ahora, creo que supondría por mi parte una especie de declaración de principios, como si de alguna manera estuviera intentado establecer cierta distancia entre ambos. Además, no existe una alternativa satisfactoria. «Papá» siempre se me ha antojado terriblemente plebeyo, una sosa pareja de sílabas secas en la boca. «Padre» suena formal en exceso al pronunciarlo; y la idea de dirigirme a él por su nombre de pila es vulgar y punto. Gracias a Dios, todavía no somos todos norteamericanos.

—Ah, aquí estás —dijo—. Nos tenías preocupados, cariño.

Detesto cuando mi padre se refiere a sí mismo y a la señora Llewelyn con un «nos», como si fueran una especie de entidad única. En cualquier caso, era una chorrada sugerir que a la señora Llewelyn pudiera preocuparle mi paradero. Estoy segura de que nada la complacería más que el que se presentara en la puerta un policía con la noticia de que me había atropellado un ómnibus.

—Estabas por ahí con un jovencito, ¿eh?

Me tomaba el pelo, pero me cuidé de no dejar ver que me lo podría estar tomando como una ofensa. Contesté que el señor Brownlee me había necesitado para una reunión de última hora. Me gustaba fingir que era indispensable, pero lo cierto es que cualquier cretina con una máquina de escribir podía hacer mi trabajo. Padre manifestó que esperaba que el señor Brownlee estuviera pagándome las horas extra. Me senté en el sillón con el tapizado a cuadros que había frente a él.

Sus ojos regresaron al periódico que reposaba en su regazo. Estaba haciendo el crucigrama. Disfruto los momentos que pasamos juntos por la tarde. Tenemos poco que contarnos, pero el silencio entre los dos es cómodo. Aun así, sé que para él soy una decepción. Veronica era su favorita. Es verdad que Padre se esforzaba todo lo posible para ocultarlo; a veces incluso me trataba con favoritismo, pero a mí nunca me mira de la manera que la miraba a ella. Desde su muerte, él ha perdido toda la energía. A pesar de mis intentos por animarlo, se quedó hecho trizas. Como es

lógico, la palabra «suicidio» no se pronuncia jamás en su presencia: Veronica sufrió un accidente. Sugerir algo distinto supondría mancillarla.

Padre tuvo que retirarse cuando contrajo malaria en la India. Era ingeniero, y él y mi madre se habían mudado a Calcuta al poco de casarse. Padre debía supervisar la construcción del puente de Howrah sobre el río Hugli. Veronica nació allí, y debido a su tez oscura, a Padre le gustaba llamarla su «pequeña india». Madre detestaba Calcuta y se mostró encantada cuando la enfermedad de Padre precipitó su regreso a Inglaterra. Realizaron el viaje de vuelta a casa en 1940, cuando ella ya estaba embarazada de mí, así que supongo que también hay un pedacito de la India en mí. Madre no se cansaba de decirme que no sabía qué había sido lo peor del viaje, si los mareos por el movimiento del barco o las náuseas del embarazo. Pasó el resto de su vida echándole la culpa a la India de todo lo que le ocurría a ella; si veía en la calle a un hombre con turbante, volvía la cara hacia otro lado o se llevaba un pañuelo a la nariz.

Le pregunté a Padre si podía ayudarlo con el crucigrama.

—Me temo que me he quedado atascado —dijo. Leyó en alto una definición.

—Patraña —dije. Era una broma nuestra. Cada vez que recitaba la definición de un crucigrama, yo contestaba con esta palabra.

—Tiene nueve letras, cariño; la segunda y la séptima son aes.

Repitió: «En inglés, extremidad encajada en compota francesa enferma», como si cada sílaba tuviera una trascendencia monumental. Me había explicado el arcano código de los crucigramas un centenar de veces, pero para mí podría haber estado hablando en bengalí. Resolver rompecabezas siempre me ha parecido un pasatiempo de lo más inútil. En las tardes de invierno, Padre y Veronica pasaban a menudo horas enteras encorvados sobre un puzle. La fotografía —de una casa solariega o de una estación de ferrocarril, invariablemente— estaba impresa en la tapa de la caja. ¿Por qué dedicar horas a juntar todas las piezas cuando ya podías ver la solución? Siempre que manifestaba este punto de vista, ponían los ojos en blanco con un gesto de desesperación antes de proseguir con su silenciosa clasificación y criba de piezas. En una ocasión, cuando no estaban en la habitación, escamoteé tres piezas de un puzle y las arrojé por una alcantarilla de camino al colegio al día siguiente. Luego, cuando descubrieron que el puzle estaba incompleto, me sentí terriblemente avergonzada. Ninguno de los dos me acusó jamás de haberme llevado las piezas, pero sospecho que sabían que yo era la culpable.

Padre complementaba su pensión escribiendo libros sobre puentes. Tras nuestro regreso a Inglaterra escribió el primero, *Grandes puentes de la India,* por diversión. Cuando lo terminó, su idea era publicarlo como monografía, pero un editor lo sorprendió haciéndole una oferta y asegurándole que había mercado para ese tipo de producto. El libro tuvo bastante éxito y, después de que le doraran la píldora de forma considerable, Padre produjo una serie de obras similares: *Grandes puentes de África, Grandes puentes de las Américas,* etcétera. Entre los entusiastas de los puentes se convirtió en una especie de celebridad. Él desprecia este éxito, por supuesto. Hasta hace poco impartía conferencias en asociaciones de ingenieros de caminos. Estas charlas —a las que, con

frecuencia, nos llevaban a Veronica y a mí de niñas— se celebraban en salas de reuniones o en espacios parroquiales con las paredes forradas de madera y eran regentadas exclusivamente por hombres de pelo blanco con chaqueta y prendas de *tweed*. La única mujer que había leído alguno de sus libros, reivindicaba él con cierto orgullo, era Veronica. Todas sus charlas empezaban de la misma manera: «La diferencia entre un ingeniero y un poeta es que para el ingeniero, el puente era una cuestión matemática, mientras que para el poeta constituía un símbolo». Él era ingeniero, proseguía, y consideraba que había poesía en las matemáticas. Este sentimiento era recibido de manera invariable con un murmullo de aprobación, a veces incluso con algunos aplausos, y yo disfrutaba contemplando a mi padre sonreír con modestia y bajar los ojos hacia el suelo en agradecimiento de aquella aclamación. Pero en los últimos años, su salud ha hecho inviables esa clase de actividades. Los dos tramos de escaleras hasta nuestra residencia se han convertido en un suplicio. Con cada nuevo libro, jura y perjura que ese será el último. En cualquier caso, se está quedando sin contenidos.

—*¡Marmalade!* —proclamó de repente—. *Arm:* extremidad en inglés. Encajada en *malade:* «enferma» en francés. ¿Lo ves?

—Oh, sí, por supuesto —dije.

Anotó la respuesta y empezó a leer en alto la siguiente definición. Me levanté, lo besé en la mejilla y le dije que me iba a la cama. Nuestro piso abarca dos plantas. En el nivel inferior están el vestíbulo de entrada, la cocina, el lavadero, el comedor, el salón, el estudio de mi padre y un aseo. En la planta superior, bajo los aleros del edificio, hay tres dormitorios, un trastero y el cuarto de baño. La señora Llewelyn ocupa el que fuera el dormitorio de Veronica. Mi alcoba queda entre este y la habitación de mi padre. La señora Llewelyn ha recibido estrictas instrucciones de no entrar jamás, pero yo mantengo la puerta cerrada a cal y canto y guardo la llave en mi bolso. Por las noches dejo la puerta entreabierta para asegurarme de que no pasa nada sospechoso entre ellos dos. La ropa sucia la dejo en una cesta de mimbre en el pasillo, junto a mi puerta.

Me puse el camisón y me limpié los restos del maquillaje delante del espejo de la cómoda. Unas diminutas arrugas habían hecho aparición en los contornos de mis ojos. Estiré la piel con mis dedos para hacerlas desaparecer. Me estaba convirtiendo en una vieja bruja. Tomé la resolución de comer más frutas y verduras frescas.

---

[3] Esta errata se corregiría por la palabra «relegar» en ediciones posteriores de *Antiterapia*.

[4] La propiedad sigue en pie y corresponde a la descripción del cuaderno. He omitido la dirección precisa por respeto a la privacidad de sus actuales inquilinos.

[5] «Clay» significa arcilla, barro, en inglés, de ahí el símil. *(N. de la T.)*

Braithwaite I:
juventud

Arthur Collins Braithwaite nació en Darlington el 4 de febrero de 1925. Su padre, George John Braithwaite, era un próspero empresario local. George había nacido en 1892 y provenía de una familia de ferroviarios. Al igual que sus antepasados, era un hombre de complexión baja y fornida. Las fotografías muestran a un joven atractivo, con una mata de pelo ingobernable e intensos ojos oscuros. Durante la Primera Guerra Mundial, sobrevivió dos años en Verdún antes de resultar herido por metralla en 1917 y ser enviado a una clínica en Sussex para la convalecencia. Allí fue donde conoció a Alice Louise Collins, que ejercía de enfermera.

Alice era la hija del vicario del pueblo vecino de Etchingham. Era una chica de veinte años, con los ojos castaños y el pelo rubio, bonita pero simplona. George la entretenía contándole historias de sus aventuras en el frente y de su niñez en «Darlo». Debían de hacer una extraña pareja —siendo él un locuaz tipo del norte, y ella una reservada muchacha de los condados del sureste—, pero tomaron la costumbre de pasear por el campo en los días que Alice libraba. George se recuperó del todo y, la noche antes de que lo enviaran de regreso al frente, se declaró. Alice se sintió incapaz de aceptar o declinar la proposición. George ni siquiera conocía a su padre. «Pero ¿quién podría no darme su aprobación?», replicó él. Al final, la guerra terminó solo unas semanas más tarde, y George se presentó, todavía de uniforme, en la vicaría de Etchingham. Fue lo bastante astuto como para representar el papel de futuro yerno respetuoso, sentándose con deferencia a tomar el té y minimizando sus hazañas en la guerra (había sido condecorado con la medalla al valor en tres ocasiones), con lo que pronto obtuvo la respuesta que buscaba. La pareja contrajo matrimonio seis semanas más tarde, en una ceremonia oficiada por el padre de Alice en la iglesia local.

Los recién casados regresaron a Darlington y alquilaron una casa adosada de ladrillo rojo, con dos estancias arriba y dos abajo, en Cartmell Terrace. George abrió una ferretería en Clark's Yard, pero a los dos años se había trasladado a un local más grande en la concurrida avenida de Skinnergate. Demostró ser un sagaz hombre de negocios y, con el tiempo, abrió sucursales de Braithwaite's en Durham, Hartlepool y Middlesbrough. Hasta que cumplió cuatro años, Arthur dormiría en una cuna en el dormitorio de sus padres. Aseguraba conservar recuerdos precoces de aquellos primeros

años de su vida. En la casa, escribiría más tarde, «todo era oscuridad, frío y humedad», y por las noches fingía dormir mientras su padre gruñía como una bestia en la cama de al lado. A Arthur le hubiese gustado meterse entre las sábanas con su madre, pero le daba miedo el «monstruo» que yacía junto a ella.

Arthur era el más pequeño de tres hermanos. Los otros dos eran George (que nació en 1919) y Edward o «Teddy» (que nació en 1920 y al que Alice puso el nombre de su padre). Para cuando Arthur ya estaba listo para empezar el colegio, la familia se había mudado a un pareado en Westlands Road, una calle limítrofe con el próspero barrio de Cockerton. Allí, Arthur tenía su propio dormitorio, que daba a un pequeño jardín trasero. George nunca se cansaba de recordar a todo el que quisiera escucharlo que, a pesar de sus orígenes humildes, ahora era un «hombre de posibles». Se unió a la Cámara de Comercio y al Club Conservador de la localidad, e incluso llegó a ser su candidato en las elecciones generales de 1931 y de 1935.

A Alice le costó adaptarse a la vida en Darlington. Su naturaleza reservada le suponía una traba a la hora de hacer nuevas amistades. George estaba ocupado con sus tiendas día y noche, y los domingos solía llevarse a sus tres hijos de caminata a los vecinos páramos de North York. Alice, cuya vida en Etchingham había girado en torno a las actividades parroquiales, las festividades locales y pasatiempos tan sosegados como la lectura y la correspondencia, encontraba intimidantes los abruptos paisajes y los ásperos acentos del norte. En una carta que le escribió a su hermana pocos meses después de la boda, le decía: «Aquí todo es tan oscuro. Me siento como un gorrión rodeado de cuervos». George, con aquella energía y jovialidad suyas tan implacables, empezó a perder la paciencia con el carácter introvertido de su esposa. «Tienes que salir más, nena», le decía. Eran precisamente las cosas que para empezar la habían atraído de él las que ahora por fuerza tenían que sonarle como un reproche.

George nunca se tomaba vacaciones. Sus clientes, insistía, buscarían otro proveedor y no regresarían nunca. No obstante, Alice viajaba al sur dos veces al año para visitar a su familia. Con el tiempo, estas visitas se fueron haciendo cada vez más largas. En el verano de 1935, su padre sufrió un infarto que lo dejó postrado en cama, y Alice se valió de ello como excusa para prolongar su estancia. Nunca regresó. Arthur, que tenía diez años, la echaba mucho de menos, pero su padre se enfrentó a la situación con el pragmatismo que lo caracterizaba. Contrató a un ama de llaves, la señora McKay, que se instaló en la casa, y la rutina en el hogar continuó inalterada a todos los efectos.

La diferencia de cinco años entre Arthur y sus dos hermanos propició que nunca llegara a intimar con ellos. George hijo y Teddy eran inseparables y mostraban escaso interés hacia su hermano pequeño. Si Arthur se pegaba a ellos para ir a pescar o para darse un paseo vespertino por «la ciudad», sus hermanos no perdían la oportunidad de hacerle saber que era una molesta carga. Llegado 1935, los mayores habían dejado los estudios y trabajaban para entonces en el renombrado con orgullo Braithwaite & Sons. Alice escribió numerosas cartas rogando que permitieran que Arthur la visitara durante las vacaciones escolares, pero George padre se negó siquiera a contemplar la idea. «Si está tan desesperada por verte, que coja un maldito tren.» Aparte de eso, no se habló más del asunto. En

cuanto a Arthur, no discutió la decisión de su padre, pero por las noches lloraba contra la almohada con un sentimiento simultáneo de anhelo por ver a su madre y de furia contra ella por haberlo abandonado.

Arthur nació con astigmatismo lenticular y ya desde muy pequeño llevaba gafas de gruesos cristales. Durante un tiempo sufrió un acoso despiadado, pero su talante un tanto temerario supuso que no fuera reacio a encarar a sus torturadores y, después de un buen número de pares de gafas rotos, lo dejaron tranquilo. Al igual que su madre, no obstante, le costaba hacer amistades y se convirtió en un niño bastante solitario. Se volcó en la lectura y disfrutaba especialmente con las historias del aventurero Biggles, de W. E. Johns, y otros cuentos de hazañas. Años más tarde, cuando vio a Hugh Edwards haciendo el papel de Piggy en la película *El señor de las moscas,* de Peter Brooks, de 1963, comentaría que había tenido la impresión de estar observando a su yo de niño: «Un inadaptado sin remedio tratando de hacer entrar en razón a quienes no están interesados en la razón». Una autoevaluación muy poco favorecedora. Lo cierto es que, si ignoramos las gafas de culo de vaso, las fotografías muestran a un niñito bastante guapo, con unos rasgos demasiado maduros para su edad. No fue hasta bien avanzada la adolescencia cuando su cuerpo empezó a ponerse a la par con ellos.

Al igual que sucede con muchos hombres hechos a sí mismos, George Braithwaite no pudo dedicar tiempo a su formación académica, pero a Arthur le fue bien en el colegio. Quizá fuera un negado en el campo de fútbol o en la pista de atletismo, pero al menos sí que podía distinguirse en el aula. Le divertía ver a los matones del recreo humillados por su incapacidad de leer las oraciones más rudimentarias o de calcular una división de más de dos dígitos. Su identidad pasó a estar íntimamente ligada a su capacidad intelectual. Fue el primero de los tres hermanos en ir al instituto. A los doce años, Arthur fue consciente por primera vez de que ya no estaba a la sombra de sus hermanos; de que se había convertido en una «persona en sí mismo». Si su padre en algún momento se sintió mínimamente orgulloso por los logros académicos de su hijo, no lo demostró. Dedicaba una mirada superficial a los boletines de notas del colegio y los despachaba siempre con el mismo comentario: «Esto no te va a servir de nada cuando vengas a trabajar para mí». Aquel discurso solo consiguió redoblar la determinación de Arthur de forjarse su propio camino en la vida. Pero por el momento no tendría más alternativa que pasar los sábados trabajando en la tienda que tenía su padre en Skinnergate. Esto al menos le proporcionó una pequeña renta y durante las vacaciones de verano de 1939 ahorró lo suficiente para coger primero un tren a Londres y luego otro hasta Hastings, desde donde hizo autostop para cubrir las trece millas hasta Etchingham. Al verlo en el umbral de la puerta trasera de la vicaría, su madre se hincó de rodillas y empezó a llorar. Arthur, que no estaba acostumbrado a semejantes muestras de emoción, se limitó a mirarla fijamente. El arrebato, escribiría después, lo abochornó. «Supongo que no sabía qué esperarme. Todavía no había desarrollado la capacidad de ver el mundo desde el punto de vista de otra persona.» Cuando su madre, que seguía de rodillas, lo abrazó, tuvo la impresión «de que no me abrazaba a mí, sino a una versión de mí mismo que ya no existía». A pesar de todo, algo en el olor del pelo de ella devolvió a Arthur a su antiguo yo

y, mientras duró su estancia, «se hizo el bebé», porque intuyó que era así como su madre deseaba que se comportara. Fue, dijo, «un gusto volver a ser un niño y no fingir, como lo hacía bajo el techo de mi padre, que era inmune a los desaires que me llovían encima. No fue hasta ese momento cuando comprendí que en casa también había estado representando un papel».

Arthur encontró a su madre muy cambiada. Siempre había sido delgada, pero ahora estaba en los huesos. A menudo se mostraba distraída y olvidadiza. Estos lapsus la disgustaban y se ponía a maldecirse y a reprender a objetos inanimados por no estar en su sitio. El reverendo Collins había fallecido hacía dos años. Alice no había comunicado esta noticia a su marido, con el que ya no vivía, presumiblemente porque habría echado por tierra su aparente excusa para permanecer en Etchingham.

Cuando Arthur regresó a Darlington, su padre lo despidió, pero no le preocupó. Ahora que había visto a su madre, no necesitaba dinero. Tomaba libros prestados de la biblioteca pública de Crown Street y pasaba el tiempo leyendo en The Denes, una extensa zona verde pegada a Cocker Beck y a escasos minutos andando de Westlands Road. Fue un verano dichoso e inocente al que puso fin el estallido de la guerra en septiembre. George hijo y Teddy se alistaron de inmediato. A Arthur lo llamaron a filas en 1943, pero quedó exento del servicio en activo debido a su visión deficiente. En su lugar, pasó la guerra como auxiliar en el cuerpo médico militar. A Teddy lo mataron en Gold Beach durante el desembarco de Normandía, el 6 de julio de 1944. Pareció que los dos Georges, padre e hijo, culparan a Arthur de ello, como si el hecho de no estar en el servicio activo le hiciera responsable de un modo u otro de la muerte de su hermano.

Después de la guerra, y para desagrado de su padre, Arthur aceptó una beca para estudiar Filosofía en Oxford. La única razón por la que escogió Filosofía fue que su naturaleza abstracta representaba la antítesis del pragmatismo norteño de su padre. Como era de esperar, no encajó entre los chicos de Eton y Harrow. Y fue entonces cuando empezó a utilizar por primera vez su segundo apellido. «Arthur Braithwaite» era de un norteño incurable. «Collins Braithwaite» tenía, en su opinión, cierta dignidad. Arthur hizo un esfuerzo por alargar las secas vocales del condado de Durham y empezó a fumar en pipa, en lugar de los cigarrillos Woodbine con los que había crecido. Todo esto era pura extravagancia, desde luego, pero él encontraba en ella cierta liberación. En Oxford podía ser lo que quisiera o quien le apeteciera. Se dio cuenta de que la persona que creía haber sido no era más que un constructo. No se podía disociar a un individuo del medio en el que se encontraba ni de la gente con la que interactuaba. Su identidad hasta ese momento —o la que él consideraba que era su identidad — no era más que una reacción a la manera en la que lo habían criado, y estudiar Filosofía era poco más que un burdo intento de diferenciarse de su padre.

Su primer tutor fue Isaiah Berlin. En el transcurso del primer trimestre, Berlin lo trató con indulgencia, tal vez impresionado por su inteligencia e intrepidez innatas. Al comienzo de Hilary,[6] no obstante, Braithwaite le presentó un trabajo sobre Descartes. Berlin no había leído ni tres frases cuando arremetió contra él: su pensamiento era pobretón y nada sistemático; estaba expresando sus propias opiniones sin fundamento, en lugar de prestar la debida atención al texto. Es de suponer que

lo hizo con la mejor intención, para así intentar llevar a su alumno al siguiente nivel, pero Braithwaite no reaccionó bien. Tal vez las críticas de Berlin le recordaron a las de su padre. O tal vez fuera simplemente que era demasiado cabezota para hacerle caso. Como había crecido creyéndose un genio solitario, no había desarrollado la madurez necesaria para aceptar que alguien pudiera poner sus ideas en tela de juicio. Aquello supuso el principio del fin de su primer intento de incursión en el mundo académico. Durante los meses posteriores falló de manera estrepitosa a la hora de hacerse a la idea de que, como estudiante de primer año, no se esperaba que albergara aún pensamientos originales. O quizá lo que le pasara, y esto era bastante más inquietante, es que se parecía a su padre más de lo que le gustaba creer y no le resultaba fácil emplear el razonamiento abstracto que requería el estudio de la Filosofía. En cualquier caso, estuvo un año y medio peleándose con los estudios y, finalmente, lo dejó. Braithwaite no le confesó esta humillación a su padre. Antes viajó a Londres, donde estuvo trabajando en empleos de baja categoría durante un tiempo.

Entonces, en 1948, se unió a los temporeros de la uva en Francia. Después del ambiente estirado de Oxford, acogió con gusto el trabajo físico y la camaradería entre los vendimiadores. Empezó a chapurrear francés y disfrutaba del relajado entorno sexual. Hasta entonces, escribiría, sus experiencias sexuales habían sido solitarias, seguidas «no de un cigarrillo poscoital, sino de oleadas de culpa y del temor a que me "pillaran"». En Francia no parecía que a nadie le importara toparse con una pareja copulando detrás de un seto o en un granero. «Solo cuando regresé a Inglaterra —escribiría con cierta decepción— descubrí que se suponía que el sexo debía tener lugar a puerta cerrada.» El caso, no obstante, es que regresó a Inglaterra.

Consiguió un empleo en las instalaciones del Ejército británico en Netley, cerca de Southampton, donde había servido durante la guerra. El antaño vasto complejo que daba cabida a dos mil quinientas camas ya solo acomodaba a veteranos con secuelas psicológicas. El régimen de internamiento parecía salido de la peor de las pesadillas. A los pacientes se los mantenía en coma insulínico. Por temor a que las luces pudieran provocarles ataques epilépticos, las salas permanecían siempre a oscuras, lo que obligaba a los médicos a llevar lámparas frontales. Al personal no se le permitía hablar con los pacientes y viceversa.

En este lugar fue donde Braithwaite conoció por primera vez al psiquiatra escocés R. D. Laing. Este no conserva el menor recuerdo de sus encuentros —no tenía por qué hacerlo—, pero causó una impresión duradera en el joven auxiliar. Hasta aquel momento, Braithwaite había aceptado sin más que «los locos estaban locos, y que los hombres de bata blanca sabían lo que se hacían y tenían la mejor de las intenciones». Pero observar cómo trabajaba Laing cambió esta perspectiva: «No actuaba como un médico; no se movía como un médico; ni siquiera sonaba como un médico». El enfoque de Laing era radical, desde luego. Hablaba a los pacientes como a sus iguales e incluso les pedía su opinión acerca del tratamiento; en resumen, los trataba como a individuos antes que como a cuerpos vivientes desprovistos de libre albedrío. Netley constituyó una experiencia formativa tanto para Laing como para Braithwaite. Laing escribiría tiempo después: «Empezaba a sospechar que la insulina y el electrochoque, por no hablar de la lobotomía y el ambiente de una unidad psiquiátrica en su

totalidad, eran formas de destruir a las personas y de volver loca a la gente».

Para Braithwaite, Netley fue donde «me di cuenta de que no estaba empleado como auxiliar en un hospital, sino como guarda en una prisión donde los internos —ninguno de los cuales era culpable de ningún crimen— permanecían encerrados en unas condiciones que volverían loco al hombre más cuerdo».

Laing se marchó de Netley en 1953. Braithwaite aguantó unos meses más, pero descubrió que las condiciones empezaban a afectar a su propia salud mental. Tenía pesadillas en las que estaba convencido de haberse convertido en un interno más de aquel lugar. Los espacios abiertos y luminosos comenzaban a resultarle opresivos y amenazadores. Sus experiencias le sirvieron de estímulo para regresar a Oxford, donde le permitieron acceder a una plaza en el curso de Psicología, Filosofía y Fisiología, que había sido implantado dentro del Instituto de Psicología Experimental en 1947. Sus estudios le permitieron contemplar sus propias relaciones con otros ojos. En sus memorias *Mi Yo y otros extraños,* escribió: «Mi padre relataba sus experiencias en la guerra como si se trataran de aventuras salidas de la revista *Boy's Own:* obuses explotando aquí y allá —BUM! ¡BUM!—, hombres estallando en pedazos; enterrado hasta las rodillas en barro, sangre y entrañas; las balas silbando a su alrededor. Pero nunca albergué la menor duda, ni siquiera de niño, de que todas estas bravuconadas eran una máscara con la que envolvía el trauma que había sufrido, y que su incapacidad de sentarse quieto —de *estar* quieto— era una suerte de huida de los demonios que lo perseguían».

El día que cumplía sesenta y cinco años, George Braithwaite se dirigió en su Jaguar Mark VII a los páramos de North York y se bebió una pinta de cerveza y un whisky en el Buck Inn de Chop Gate antes de recorrer en coche las cuatro millas que lo separaban de Fangdale Beck, donde se pegó un tiro en la boca con un Enfield n.º 2 que su hijo se había traído de la guerra. No dejó ninguna nota. George hijo vendió de inmediato el negocio familiar y cinco años después había muerto de alcoholismo. Ni siquiera una década después del fallecimiento de este sería Braithwaite capaz de compadecerse de su hermano: «Era un matón que se dio cuenta demasiado tarde de que había enarbolado su bandera en el mástil de un barco que se hundía».

Braithwaite continuó visitando a su madre de manera irregular a lo largo de los años. Alice se había ido a vivir con su hermana y parecía contenta, pero con el paso del tiempo se acordaba cada vez menos de su hijo. A menudo se recluía en su cama durante días o semanas enteras. Al final dejó de reconocer a Arthur y él interrumpió sus visitas. Si esto lo afectó, no lo mostró. «Mi madre estaba muerta a todos los efectos. Si otra persona habitaba ahora el que antaño fuera su cuerpo, ¿acaso era asunto mío?» Alice falleció en 1960. A pesar de los ruegos de su tía, Braithwaite no asistió al funeral.

---

[6] En la Universidad de Oxford, se denomina Michaelmas, Hilary y Trinity, respectivamente, a cada uno de los trimestres en los que se divide el curso académico. *(N. de la T.)*

El segundo cuaderno

El día que cumplí diez años me regalaron, igual que a Veronica antes que a mí, un diario quinquenal. Era un grueso librito con tapas rojas de piel sintética y con un cierre de broche. Esa misma noche, mientras estaba sentada al borde de la cama sopesándolo en mis manos, me di cuenta de la importancia del cierre de seguridad: se trataba de una confirmación de que había alcanzado la edad en la que se me permitía guardar secretos; de que era lo bastante mayor para abrigar pensamientos que no deseara compartir con mi familia. Esas cosas no eran más que patrañas, claro. Había albergado pensamientos feos y maliciosos desde que tenía memoria, pero ese pequeño cerrojo me daba licencia. Contaba con un libro donde poder registrarlos y confinarlos.

Resulta curioso que a los chicos, al menos que yo sepa, no se les regale esta clase de diarios. Los chicos son criaturas poco complicadas. Van por ahí en manadas, gritando, peleándose o persiguiendo una pelota —desarrollando su ser de manera ruidosa—, mientras que las chicas nos quedamos al margen, con recato, alimentando nuestro resentimiento. Los chicos no necesitan tener secretos. Lo sacan todo fuera, sin más. A las chicas se les exige que se guarden las cosas para sí. Mi yo de diez años se hizo una vaga idea de todo esto al abrir su nuevo diario sobre el regazo. Las páginas de la izquierda estaban divididas en cuatro secciones y las de la derecha en tres. El espacio asignado para cada día de mi vida tenía el ancho de dos dedos. Si bien ahora se me garantizaba el derecho a tener secretos, resultaba evidente que no se esperaba que tuviera muchos. Me quedó claro, sin embargo, que mi elegante nuevo diario era una trampa. Me lo habían regalado para que me destapase en sus páginas. Como es natural, di por hecho que mi madre lo leería, igual que yo había leído el de Veronica (bastaba un golpe de horquilla para hacer saltar la cerradura).

El contenido del diario de mi hermana era de una cordura sin remisión. Documentaba sus calificaciones escolares (siempre sobresalientes); sus pensamientos acerca de los libros que leía (siempre positivos); y sus sentimientos para con su familia (siempre afectuosos). Jamás se me pasó por la cabeza que Veronica pudiera no estar contando toda la verdad, que pudiera estar guardándose algunos pensamientos más oscuros y malévolos. Y es que Veronica era buena. Yo ni siquiera tomaba precauciones especiales a la hora de ocultar que había estado leyendo su diario. Ella era tan inocente que nunca se le habría ocurrido pensar que pudiera haber alguien tan retorcido como para violar su confianza de ese modo. Yo no compartía su ingenuidad. Las ganas de llenar las páginas de mi diario se disiparon, pero supe que el hecho de no escribir nada se interpretaría como una prueba de que mis pensamientos eran tan malvados que no podían trasladarse al papel. Así que, una vez completados los datos personales en la primera página, me puse manos a la obra. La primera entrada decía así:

Sábado, 10 de junio de 1951

> Hoy cumplo diez años y me han regalado este diario en el que trataré de recojer con fidelidad mis pensamientos y mis sentimientos durante los próximos cinco años. También me han regalado un vestido nuevo que me pondré mañana. Esta tarde fuimos a Richmond Park y papi me compró un helado. Acía buen tiempo pero luego se nubló y empezó a llover un poco y tubimos que refugiarnos debajo de los árboles. Mamá dijo que deberíamos haber traído un paraguas.

Durante los dos años siguientes el diario continúa con una vena parecida. Cada entrada arranca con una anotación sobre el tiempo. Luego sigue con una serie de comentarios sinceros sobre mi jornada en el colegio, lo que comimos para cenar y, los domingos, una descripción del lugar al que nos llevaron a pasear a Veronica y a mí. Durante unos meses desarrollé una inclinación ornitológica y anotaba las especies de los pájaros que observaba. Al leer esta insípida sarta de estupideces, sería lógico concluir que yo era la niña más sosa del mundo. Sin embargo, mi diario era una obra de ficción. Construí un personaje tal y como haría un novelista, y todo en beneficio de un único lector. No es que lo que escribiera fuera mentira. Por lo que yo recuerdo, todas esas cosas sí que sucedieron en realidad. Es solo que, tomadas en su conjunto, dan una falsa impresión. La auténtica verdad no estaba en lo que escribía, sino en lo que omitía.

A partir de mi duodécimo cumpleaños, las entradas van haciéndose más esporádicas hasta decaer por completo. No recuerdo haber tomado la decisión de dejar de escribir. Digo yo que me aburrí y punto. Una noche durante la cena, Madre preguntó en tono casual si seguía con mi diario. «Por supuesto», contesté con dulzura, consciente de que no se atrevería a contradecirme. «Eso está muy bien —dijo—. Es importante escribirlo todo. Cuando una se hace mayor se olvida de tantas cosas.» Al releer mis anotaciones juveniles no entiendo qué valor tiene recordar que el 20 de octubre de 1952 mi yo de once años viera un mosquitero común. Llevar algo al papel lo inviste de cierta significación, pero, en general, las cosas tienen tan poca trascendencia, incluso para las personas implicadas, que el hecho de recordarlas solo es un acto de vanidad.

En este momento, sin embargo, veo las cosas de otra manera. No es que crea que mi vida haya adquirido mayor relevancia, pero con mi dormitorio cerrado a cal y canto y a salvo, ya no hace ninguna falta que me censure. Si me apetece escribir palabras obscenas o pensamientos sucios, soy libre de hacerlo. Después de todo, ¿de qué sirve un diario si no se puede ser honesto sobre las cosas? Al echar un vistazo a lo que llevo escrito hasta ahora, ni siquiera estoy segura de que no siga constreñida por cierto sentido del decoro; de que no me inhibe la sensación de tener a mi madre mirando por encima de mi hombro. Solo puedo decir que, de ahora en adelante, no me guardaré nada.

[LAS DOS PÁGINAS SIGUIENTES DEL CUADERNO
HAN SIDO ARRANCADAS]

El suicidio hace de todos nosotros unas señoritas Marple. Una no puede evitar lanzarse a buscar pistas. Y, como es natural, las busca en el pasado, porque es cuanto le queda al individuo en cuestión. Como he dicho, Veronica era la última persona en el mundo a la que una habría considerado capaz de cometer un acto semejante, aunque solo sea por algo tan simple como que era terriblemente sosa. Cuando una piensa en un suicida, se imagina a un atormentado e insensato ser de ojos desorbitados. Veronica no era nada de esto. Al menos, no lo parecía. Pero quizá la imagen que presentaba al mundo fuera tan ficticia como la que yo había forjado en mi diario infantil. Quizá había otra Veronica, que ella mantenía cuidadosamente guardada bajo llave. Cuando una persona como Veronica se tira desde el paso elevado de Bridge Approach, una no puede sino evaluarla de nuevo. De repente se vuelve mucho más interesante. Y cuando una empieza a mirar las cosas bajo lupa, hasta los acontecimientos más inocuos adquieren una nueva complexión.

No es que me enorgullezca reconocerlo, pero recibí la noticia de la «crisis» de mi hermana con secreto alborozo. Ella tenía veintitrés años y había emprendido su doctorado en Cambridge. Se había graduado con la mejor nota de su promoción y estaba prometida a un profesor universitario de mandíbulas cuadradas con quien, al parecer, disfrutaba de unas relaciones nauseabundamente armoniosas. Unas semanas antes, un domingo, se había traído al Zoquete a comer a casa. Esto de por sí era algo sin precedentes, pero cuando Peter preguntó a mi padre si podía hablar con él en su despacho, me di cuenta de que lo que allí se tramaba era mucho más siniestro. Veronica y yo nos quedamos sentadas en silencio en el salón mientras los hombres tenían su charla. Le lancé una mirada acusadora, pero ella evitó mis ojos. La señora Llewelyn sacó las copas y la licorera de cristal tallado con el jerez, objetos todos ellos que, en tiempos de paz, permanecían en la mesita auxiliar del comedor de una Navidad para otra. Este gesto hizo que me preguntara si habría recibido por adelantado una advertencia de lo que estaba por suceder. Desde luego, no se habría tomado por su cuenta la licencia de autorizar que se sirviera jerez. No habían pasado ni diez minutos cuando los hombres volvieron a reunirse con nosotras. Veronica se puso de pie y miró a Padre con expectación. Él sonrió y, en una muestra de afecto hasta ese momento desconocida en nuestra familia, le dio un beso. Luego pronunció un breve discurso dándole a Peter la bienvenida a la familia y deseando a los conspiradores muchos años de felicidad. Se sentaron juntos en el sofá, como si fueran a posar para una doble página de *Tatler,* con Veronica agarrando la carnosa pezuña de Peter en su regazo. Padre insistió en que la señora Llewelyn se tomara una copa de jerez con nosotros, a lo que ella solo accedió después de la obligada exhibición de renuencia, para a continuación escabullirse a toda prisa hacia la cocina para rociar con su jugo el asado.

Supongo que tendría que haberme alegrado por mi hermana, pero no pude evitar pensar en que lo único que la movía era su deseo de ser mejor que yo. No solo había conquistado el mundo académico, sino que de algún modo se había hecho, además, con un marido intachable. De modo que, cuando nos llegó la noticia de su «crisis», tampoco es que se me pudiera culpar por no sentir

otra cosa que cierto regocijo. Por fin aparecía una grieta en el barniz.

Un domingo por la mañana, Padre y yo nos acercamos en coche al sanatorio de las afueras de Cambridge donde habían recluido a Veronica. El viaje transcurrió en silencio en su mayor parte. Padre iba con la pipa apagada entre los dientes y condujo con su acostumbrada observancia del Código de Circulación. Manifestó la opinión de que Veronica debía de estar agotada por causa de sus grandes logros. Yo iba con la mirada clavada en el paisaje anodino de Hertfordshire. Me entretuve forjándome una idea de cómo sería el manicomio de Bedlam, con los internos engrilletados a las paredes, ataviados tan solo con camisones manchados de vómito y heces, en una atmósfera hendida por gritos aterradores. Unos guardas fornidos patrullarían los pasillos enfundados en grasientos delantales de cuero, deteniéndose una y otra vez para administrar una paliza a aquellos abyectos desgraciados. A Veronica me la imaginé catatónica y babeante, insensible al caos que reinaba a su alrededor, murmurando fórmulas matemáticas de manera incoherente. Me imaginé a mí misma en una celda también, retorciéndome en un camastro, encorsetada en una camisa de fuerza, la correa entre mis piernas proporcionándome una furtiva gratificación. Los placeres de semejantes ataduras sin duda se le pasarían por alto a Veronica.

Menuda decepción me llevé cuando tomamos el paseo de entrada de Burlington House. Se parecía más a Manderley que a Bedlam. Mientras nos deteníamos en el camino de grava, ante la entrada porticada, casi esperaba que de un momento a otro saliera a recibirnos Max de Winter, con unos spaniels dando brincos a sus pies. Aun así, me dije que las apariencias a veces engañan. ¿Quién sabía qué clase de horrores aguardaban en el interior? Es bien sabido que la fruta fresca constituye un remedio para todos los desórdenes mentales, así que Padre había encargado una cesta de Fortnum & Mason's, la cual me pidió que sacara del asiento trasero del coche. Llamó al timbre y aguardamos a una distancia respetable de la puerta, no fueran a tomarnos por buhoneros. Apareció en el umbral una mujer de anchas caderas, con el pelo recogido en un moño, y Padre expuso la razón de nuestra visita. Nos hicieron pasar a un vestíbulo de suelo ajedrezado con una amplia escalinata y nos pidieron que firmásemos en un libro de visitas, cosa que hice con un nombre ficticio. La mujerona nos condujo entonces por un pasillo hasta un amplio salón de grandes ventanales, que se abrían a una terraza y a unas inmaculadas pendientes de césped.

Veronica estaba sentada en una butaca de cuero, leyendo. Me dio la impresión de que había adoptado esta pose de manera deliberada justo antes de nuestra llegada. Al vernos, fingió sorpresa, se levantó y cruzó la estancia a grandes zancadas. Llevaba una blusa de color crema, falda de lana y zapatos planos. Por desgracia no parecía haberse manchado ni vomitado encima. Reparé con satisfacción en que, al menos, había perdido peso, de modo que sus ojos aparecían hundidos en las cuencas.

Extendió las dos manos.

—¡Papi! —dijo—. No hacía falta que hicieras todo el viaje hasta aquí, en serio. Como ves, me encuentro perfectamente. No es más que una tormenta en un vaso de agua.

Yo acechaba detrás de mi padre, agarrando la cesta de fruta.

—¡Y tú! —dijo cuando me vio. Tendió la mano y yo estreché sus dedos un instante.

El guapo prometido surgió imponente de detrás de ella. Saludó a mi padre con un firme apretón de manos y luego pronunció mi nombre y me besó en las dos mejillas, como si fuera francés.

—No me digáis que no está estupenda —proclamó—. De aquí a nada estará completamente repuesta.

—A decir verdad, me encanta este sitio —dijo Veronica—. Quizá me haga la loca para alargar mi estancia.

Sacó la lengua hacia un lado y puso los ojos en blanco, haciéndose la loca. Todos nos echamos a reír.

Acto seguido se desencadenó un largo y ruidoso trasegar de butacas hasta que los cuatro estuvimos sentados formando un amplio círculo en torno a una pequeña mesa de centro, sobre la cual deposité la cesta de fruta. Veronica procedió a repasar su contenido, nombrando cada artículo como si fuera Eva en el Jardín del Edén. Cualquiera hubiera dicho que no había visto una piña en su vida.

—Estás demasiado delgada, cariño —dijo Padre—. Seguro que por eso te ha dado esto. —Se volvió hacia el Zoquete—: Te ocuparás de que coma, ¿verdad?

—Desde luego, señor —contestó aquel, como si ella fuera una cabeza de ganado que hubiera que engordar para el matadero.

Paseé la mirada por la sala. Había un tipo joven en bata y pijama sentado junto a la ventana, leyendo un libro. Parecía ajeno al alboroto. De haberlo visto vestido de paisano, sentado en el rincón de una cafetería, una jamás lo habría tomado por un chiflado. Mientras Padre interrogaba a Peter sobre los particulares del *catering* del establecimiento, me levanté y me di una vuelta por la estancia, culminando mi paseo muy a propósito junto a los ventanales.

—Deberías estar fuera —le dije al joven. Fue la clase de comentario irritante que habría soltado mi madre.

Él levantó la cabeza despacio, pero me dio la impresión de que no me miraba del todo a mí. Yo estaba de pie, con las piernas entrecruzadas a la altura de los tobillos.

—Hace un día fabuloso —le dije, a modo de explicación.

Dirigió la mirada de forma imprecisa hacia la ventana.

—Sí —dijo—. Supongo que sí.

Acerqué una silla y me senté de espaldas a mi familia, que, en cualquier caso, no parecía haber reparado en mi ausencia. Él se inclinó hacia delante, como si fuera a susurrarme alguna cosa. Se le cayó el libro. Estaba en francés. ¡Qué emocionante! No tenía pinta de trastornado, pero me pareció poco decoroso preguntarle por qué estaba *allí*. Algo en él me recordó a los poetas del Romanticismo. Quizá padeciera de un corazón roto.

Le dije cómo me llamaba.

—Esa de ahí es mi hermana —susurré—. Ha tenido una crisis nerviosa.

—Ah, Veronica —contestó visiblemente más animado—. Parece buena gente.

—Sí —dije—, pero muy trastornada.

—Creía que estaba en Cambridge.

—Ay, Dios, ¿eso te ha contado? —dije y sacudí la cabeza con pesar—. No creas ni una sola palabra de lo que te diga.

El tipo desvió la mirada hacia la reunión familiar.

—¿Y qué hay de su prometido? —preguntó.

—¿Su prometido? Ese es su médico. Su médico *privado*. Nuestro padre es millonario.

Me miró sin comprender.

—No me has dicho cómo te llamas —dije.

—¿Eres una enfermera? —me preguntó con suspicacia.

—No —dije—. Soy del exterior.

—Me llamo Robert.

—De acuerdo, *Robert* —lo pronuncié a la francesa—, ¿qué me dices si nos damos una vuelta por la terraza?

Se dio la vuelta y miró por encima del hombro.

—No estoy seguro de que esté permitido.

Me levanté.

—Pues yo pienso darme una vuelta por la terraza.

Supuse que se levantaría para acompañarme, pero en su lugar se limitó a recuperar su libro del suelo. Forcejeé con el pomo de la puertaventana. Estaba cerrada con llave. Me quedé mirándola un momento y luego intenté abrirla de nuevo. Habría supuesto demasiado esfuerzo regresar por el pasillo, salir por la puerta principal y rodear la parte de atrás del edificio con el único objetivo de demostrar que podía salirme con la mía.

—De todas maneras, se está nublando —dije.

Robert no dio señales de haberme escuchado. Volvía a estar enfrascado en el libro, que sostenía al revés. Fui a reunirme con mi familia; ni me miraron cuando me senté. Un médico de unos cincuenta y cinco años se dirigía al grupo en ese momento. Era de complexión rubicunda y tenía un pequeño corte de afeitado en la comisura de la boca. Lo único que necesitaba Veronica, estaba diciendo, era un buen descanso. Volvería a ser la misma de siempre en cuestión de dos o tres meses. Este tipo de cosas era muy habitual en mujeres jóvenes que se exigían demasiado. No quedó claro a qué se refería con «este tipo de cosas», pero no lo pregunté, ni tampoco lo hizo mi padre. Veronica sonrió con beatitud, como si estuviera muy orgullosa de haberse exigido demasiado.

Más tarde, Padre insistió en que hiciéramos un alto para un almuerzo tardío en un bar de carretera por el que habíamos pasado a la ida. Estaba más animado. Se tomó un pastel de carne y riñones y media pinta de cerveza. Yo comí una chuleta de cerdo acompañada de patatas nuevas con suficiente mantequilla como para añadir medio kilo a mis caderas. Aparte de intercambiar algún que otro comentario sobre el entorno, comimos en silencio. Nunca hemos tenido mucho de lo que hablar, Padre y yo, pero es ahí precisamente donde reside nuestro vínculo. No tenemos necesidad de rellenar el tiempo que pasamos juntos con chácharas sin sentido. Paseé la vista por el comedor y me pregunté

si los demás clientes pensarían que éramos amantes.

En su día no le concedí demasiada importancia a este incidente. Fue notable más que nada por tratarse de un viaje desacostumbrado, más allá de los límites de Londres. Veronica, tal y como había predicho el Zoquete, a las pocas semanas ya estaba recuperada del todo. El episodio no volvió a mencionarse jamás. Pero después de su muerte no pude evitar preguntarme si no habría sido un augurio de lo que estaba por llegar. Creo que tendemos a cribar el pasado para buscar explicaciones que justifiquen el presente. Por lo poco que sé, este escarbar en el pasado es uno de los pilares de las oscuras artes psiquiátricas. Ahí yacen las pistas enterradas que solo el inescrutable médico barbudo puede descifrar.

El doctor Braithwaite no tenía barba y, hasta entonces, había mostrado escaso interés en ningún tesoro que pudiera hallarse enterrado en mí. Confieso que después de mi primera visita me creí más lista que nadie. Él daba la sensación de haberse tragado lo de Rebecca por completo. Pero según fue pasando la semana, me di cuenta de que mi plan tenía un fallo. Aparte de experimentar el poder de su personalidad, no había descubierto nada de peso. Rebecca Smyth debía armarse con algo más que una vaga sensación de malestar. Decidí que debía adquirir inclinaciones autodestructivas. Pasé la semana entera reproduciendo mentalmente las conversaciones que podríamos mantener. Cuando me acostaba, era con Collins Braithwaite con quien soñaba, y él era quien protagonizaba el primero de mis pensamientos al despertar.

Ya estaba bien de tanto actuar. Se acabaron las medias rasgadas y el pelo alborotado. A partir de ese momento, siempre y cuando fuera posible, me limitaría a decir la verdad. Me resultó bastante placentero preparar a Rebecca para su segunda visita. Recuperé el elegante pañuelo del bolsillo del abrigo. Su maquillaje era inmaculado. Cuando me examiné en el espejo del aseo que había en el descansillo de fuera de la oficina del señor Brownlee, su aspecto era de lo más sofisticado. De no haber sido por la gravedad de mi misión creo que hasta me lo podría haber tomado un poco a broma.

En el tren a Chalk Farm me sonrió un hombre con un traje gris claro. No aparté los ojos, como habría hecho en una situación normal, sino que le devolví la mirada. Es lo que haría Rebecca. Él se quedó tan fresco. Su aspecto era de lo más respetable. Tendría unos cuarenta años, con unas canas incipientes en las sienes. De un brazo le colgaba una gabardina doblada, y en la mano derecha portaba un ejemplar de *The Times*. Sus ojos se demoraron unos momentos en mis rodillas, antes de ascender muy despacio por mi cuerpo hasta llegar a mi cara. Una sonrisa socarrona se asomó a sus labios. Arqueó una ceja. Me llevé una mano al rostro para ocultar el rubor que brotó en mis mejillas. Dirigí la mirada hacia el fondo del vagón, pero durante el resto del viaje sentí sus ojos posados en mí. Me pregunté si sería así como empezaban las aventuras amorosas. Cuando nos aproximábamos a mi parada, lo miré. El tipo, comprobé decepcionada, estaba concentrado en la lectura del periódico y daba la impresión de haberse olvidado de mí. Ni siquiera levantó la vista cuando me apeé. Digo yo que no supe seguirle el juego como es debido. A pesar de todo, sentí un cierto estremecimiento, como si por un instante hubiésemos llegado a una especie de secreta avenencia. Acaso fuese en

Rebecca en quien pensara, más tarde, yaciendo en la cama junto a su mujer.

Ninguna de las inundaciones, incendios u otras catástrofes surtidas que había tomado en cuenta tuvieron lugar, así que, una vez más, me encontré en los alrededores de Ainger Road con tiempo de sobra. La campanilla de encima de la puerta del salón de té anunció mi llegada, igual que en la ocasión anterior. La única clienta era una joven tocada con un sombrero tipo pillbox, que miraba con pesar un éclair a medio comer. Supongo que su abatimiento obedecía o bien a que solo le quedaba la mitad o bien a que en ese momento se arrepentía de haber consumido la primera mitad. La mesa junto a la cristalera no estaba ocupada, pero regresé a mi sitio del fondo. Pedí, como en la ocasión anterior, un té y un panecillo con mermelada. No me apetecía el panecillo, pero como ya había alabado con anterioridad la repostería del establecimiento habría resultado peculiar que no me tomara uno. La señora Clay esbozó una fina sonrisa cuando se acercó a servirme y consiguió depositarlo todo sobre la mesa sin que la cubertería sufriera mayor percance. El deseo de sentarme en la mesa cuya propiedad ya tenía adjudicada mentalmente la señora Alexander no había surgido de un vago anhelo de mirar por la ventana, sino porque atesoraba la secreta esperanza de que Tom (o como se llamara) pudiera pasar por delante de camino a su estudio. Por supuesto, tenía que admitir que en ningún momento había creído realmente que mi excursión fuera a verse demorada por incendio, inundación o peste algunos, y sí, en cambio, por haber salido de manera prematura por si acaso lograba encontrarme con él. Mientras me iba tragando a la fuerza el panecillo, mantuve los ojos clavados en la cristalera, pero nada. De todos modos, no sé qué habría hecho si él hubiese aparecido. La mujer del sombrero se había levantado y abandonado el local. Desde mi posición no pude ver si se había terminado el éclair, pero me figuré que sí lo habría hecho, aunque solo fuera para no incurrir en la desaprobación de la temible señora Clay. Cuando la hora de la cita se aproximó, pagué la cuenta y dejé dos peniques en el platillo del mostrador igual que la otra vez.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando escuché a alguien gritar el nombre de Rebecca. Hasta que no lo oí por segunda vez no volví la cabeza. Tom se acercaba con la mano derecha levantada, saludándome.

—Rebecca —repitió al detenerse frente a mí.

Como no estaba segura de su nombre, le devolví el saludo con una sonrisa. No pude evitar desear que la señora Clay estuviese observando aquella escena desde el interior.

—Entonces, ¿no te han encerrado en Bedlam? —preguntó.

—Es evidente que no —repliqué con sequedad.

Se quedó callado un momento.

—¿Sabes qué? Este encuentro es una auténtica serendipia. Me preguntaba si en algún momento te gustaría salir conmigo a tomar algo.

Escupió estas palabras como si las hubiera tenido alojadas en el gaznate y un viandante acabara de darle una palmada en la espalda.

Lo miré fingiendo sorpresa por su atrevimiento. Era guapo de verdad. Se pasó una mano por la barbilla. Parecía no haberse afeitado y estaba cubierta por una incipiente barba de color oscuro. Mi

padre se afeitaba todas las mañanas sin falta. De pequeña me subía a un taburete en el cuarto de baño y él me dejaba enjabonarle la cara con la pequeña brocha gruesa que me recordaba a una coleta aseadamente recortada. Yo imitaba las caras que ponía para estirarse la piel y observaba con creciente tensión el momento en el que se pasaba la cuchilla por la garganta. En las raras ocasiones en las que se hacía sangre, su reacción se limitaba a emitir un leve chasquido con la lengua, antes de pedirme que le pasara una toallita para darse unos toques en la herida. Después se lavaba la cara, y el agua del lavabo se tornaba rosa, como el enjuague bucal del dentista. Durante años creí que el agua del irrigador dental estaba mezclada con sangre y me negué a usarla.

—¿Y bien? —dijo Tom.

—No se me ocurre por qué no —dije con toda la despreocupación que pude.

—Súper —dijo él. Había un pub, el Pembridge Castle, al final de la calle—. ¿Qué tal a las seis y media?

Como no iba a admitir que en mi vida había pisado un pub londinense, asentí con la cabeza o, mejor dicho, lo hizo Rebecca.

—Te veo allí, entonces —dijo, como si todo aquello fuera lo más normal del mundo.

Se alejó a grandes zancadas calle abajo, con las manos enterradas en los bolsillos del abrigo. Digo yo que ya estaría pensando en otra cosa.

Daisy me saludó con tono alegre. Era una de esas personas de natural bondadosa que viven en la ignorancia, ajenas a la confusión que experimentamos los demás. Su apariencia era de la variedad inofensiva e infantil que tan atractiva le resulta al sexo masculino, pero sería injusto tenérselo en cuenta. Mientras tomaba asiento, reflexioné sobre que si alguna vez hubiera de tener una amiga, me gustaría que fuera como Daisy. Daisy no se burlaría de mí, ni me dejaría en ridículo. Me prestaría pares de medias sin pedir nada a cambio. Si íbamos al cine, dejaría que yo escogiera la película; cuando saliéramos a tomar el té, insistiría en «ir a pachas». Pude vernos como un par de solteronas septuagenarias, diseccionando la cuenta en un cutre hotel rural, despreciándonos por haber malgastado nuestras vidas, ella conmigo y viceversa. Aun así, y teniendo en cuenta lo que me traía entre manos, se me ocurrió que no me vendría mal contar con ella como aliada. Con este fin, alabé su chaqueta (que, de hecho, era de color verde menta y bastante horrenda). Ella levantó la vista de la máquina de escribir, es evidente que sin haber podido oír lo que le había dicho por el ruidoso tecleo, y yo repetí mi afirmación.

Me dio las gracias con un tono bastante agradable, pero no ofreció ninguna información extra sobre la prenda. Ni tampoco hizo comentario recíproco alguno sobre mi atuendo, como por otra parte se acostumbra a hacer en esta clase de intercambios. A pesar de todo, yo persistí.

—No será de Heaton's, por un casual, ¿verdad? —Saltaba a la vista que no, pero mi comentario surtió el efecto deseado.

—Válgame Dios, qué va —dijo—. Me la tejí yo a partir de un patrón del *Journal*.

—¡Mira qué lista! —dije.

—Estaré encantada de prestarle el patrón.

—Me temo que nunca he sido muy de tricotar —dije y, de manera disparatada, añadí—: Si lo fuera, quizá no necesitaría un psiquiatra.

La sonrisa que me dedicó entonces contenía una traza de lástima. Retomó su faena con la máquina de escribir. Yo me consolé pensando que, puesto que se suponía que estaba loca, era lógico y de esperar que soltara necedades de aquel género. Con todo, estaba avergonzada de haber arrastrado a Rebecca a mi nivel. Una chica equilibrada como Daisy jamás entablaría amistad con una cenutria como yo. Su ofrecimiento del par de medias y del patrón de punto no era por amistad, sino porque estaba claro que yo iba a hacerles muchas visitas y tendría oportunidades de sobra para devolvérselos.

El desgarrón en el papel de la pared de detrás de Daisy no había sido reparado. Lo miré un momento, dudando de si no era ahora un poco más grande. El jirón triangular de papel pintado pendía mustio como una lengua blanquecina. Como estoy decidida a no guardarme nada, he de recoger aquí los pensamientos que tuve en ese momento. He leído acerca de una práctica (una práctica sexual, quiero decir) que consiste en aplicar la lengua a las partes íntimas. Cabe que se trate de una historia apócrifa, no lo sé. Desde luego no puedo imaginarme nada más alarmante que tener los genitales de otra persona cerca de mi boca. No obstante, cuando me entretengo yo misma, a veces me humedezco la punta del dedo corazón e imagino que es una lengua diminuta ocupada justo en esta práctica. Pensé en el deleite que le produciría al doctor Braithwaite que le contara esto, dado que los psiquiatras están, como es bien sabido por todo el mundo, obsesionados con el sexo. La ocurrencia hizo que soltara una pequeña risita. Daisy levantó la vista de su tarea. Sonrió de la misma manera condescendiente que antes. Como bien conocemos todos, la gente que está mal de la cabeza es propensa a reírse sin razón aparente.

La puerta del despacho se abrió y salió la señorita Kepler. Mientras se ponía las pieles, se giró hacia mí. Nuestras miradas se encontraron, pero su expresión no se alteró. Asumo que no está bien visto ponerse a charlar en la sala de espera de un psiquiatra, y como allí la neófita era yo, no quise ser la responsable de romper el protocolo. Igual que la vez anterior, hubo un intervalo de varios minutos hasta que Daisy me indicó que podía entrar.

El doctor Braithwaite estaba sentado en el centro del sofá, al pie de las ventanas, con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas indecentemente abiertas. Me saludó con afabilidad, pero no se levantó. Me planté delante de él, y él abarcó la estancia con un gesto, invitándome a tomar asiento. Sopesé las diversas opciones, pero me quedé de pie. Braithwaite me observaba, y tuve la impresión de que me estaban sometiendo a alguna clase de prueba.

—¿Ocurre algo? —preguntó pasados unos instantes.

—Está usted sentado en mi sitio —contesté.

—No me diga, ¿de verdad? —dijo él de manera inocente.

—Lo sabe de sobra —dije—. Y lo hace para intentar descolocarme.

Había decidido que Rebecca pertenecería al tipo de persona que dice lo que piensa. O sea, lo opuesto a mí. Cuando algo me ronda la cabeza, me lo guardo. En ocasiones lo hago por decoro (hay cosas que una no dice y punto), pero en otras tengo la impresión de que estaría mostrando mis

cartas; de que, al revelar lo que pienso, le estaría dando ventaja a mi oponente. En cualquier caso, tampoco es que la gente tenga el menor interés en saber lo que estoy pensando en realidad. Si el señor Brownlee me pregunta sobre su aspecto mientras sale a toda prisa para acudir a una cita (siempre llega tarde), no quiere que le diga que la camisa no combina con el traje ni que tiene una mancha de sopa en la corbata. Lo que quiere es que le diga que está muy elegante, y eso es lo que hago. Pero no es lo que haría Rebecca Smyth. Rebecca le diría que parece un sucio mendigo. Aunque, para empezar, ella no estaría trabajando para el señor Brownlee.

—Descolocarla —repitió Braithwaite—. Interesante palabra. ¿Por qué no me cuenta lo que quiere decir con eso?

Yo no me había movido del centro de la habitación.

—Primero me gustaría que me devolviera mi sitio —dije.

Hizo una mueca, como si le impresionara mi resolución, antes de levantarse e indicarme con la palma de la mano abierta que podía sentarme. Cuando me hube acomodado en el sofá, repitió la pregunta. Yo respondí que me parecía obvio lo que quería decir, y que, si tomaba por costumbre diseccionar cada una de mis palabras, no llegaríamos nunca a ninguna parte.

—¿Y adónde quiere ir? —dijo.

Se había quedado de pie, con sus ojos clavados en los míos. Escarbé en el bolso en busca de mis cigarrillos y me encendí uno. Él fue a sentarse en la silla de mimbre de aspecto incómodo. Reparé, por primera vez, en que iba descalzo. Cruzó las piernas a la altura de los tobillos y aguardó.

—Bueno, no lo sé con exactitud —dije por fin.

—Pero ¿le gustaría ir a alguna parte?

—De no ser así, no estaría aquí —dije.

—Y, sin embargo, cuando ha llegado, se ha sentido incómoda al descubrir que yo estaba sentado en el sitio que considera suyo por el mero hecho de haberlo ocupado en una ocasión anterior. Otra persona quizá hubiera quedado satisfecha con sentarse en cualquier otro sitio, pero su instinto le pedía regresar a donde había estado antes. —Hizo una breve pausa y luego levantó las manos—. Lo reconozco. Intentaba descolocarla, Rebecca. Mi trabajo es descolocarla. Usted tiene ese malestar suyo y, si de verdad quiere deshacerse de él, algo tiene que cambiar. Y, sin embargo, se aferra a las mismas rutinas y a los mismos hábitos, aun cuando sabe que son estas mismas cosas las que la hacen infeliz. Y cuanto más persiste en estos comportamientos, más enquistados se vuelven. No creo que le tenga usted ningún aprecio a ese sofá; de hecho, es de lo más incómodo; pero, a pesar de ello, regresa al sitio que conoce antes que probar uno nuevo.

Era verdad. El sofá era excepcionalmente incómodo. Podía sentir un muelle insinuándose contra mi nalga. Él se levantó de su silla y me invitó a hacer otro tanto. No me moví. Me sentía atrapada del todo por su valoración, pero si al final lo complacía estaría admitiendo que tenía razón. A Rebecca Smyth no se la mangoneaba. Le dije que estaba muy bien donde me encontraba.

—¿Cómo sabe que no estaría aún mejor en otro sitio?

Le aguanté la mirada unos momentos.

—Tiene razón —dije—. Pero dudo que vaya a conseguir su propósito si me obliga a moverme.

El doctor Braithwaite me aseguró que no estaba obligándome a nada. Solo me ofrecía una opción. Que no quisiera aprovecharla era asunto mío. Pasados unos momentos, encogió los hombros y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Clavó sus ojos protuberantes en los míos con una expresión burlona en la cara. No dijo nada. En situaciones así, unos pocos segundos pueden antojarse una eternidad. Sin la ayuda de un reloj, resulta imposible saber cuánto tiempo ha transcurrido. Tomé consciencia de todo: la pequeña mata de pelo que sobresalía de los orificios de la nariz de Braithwaite; la mancha con forma de chirivía que había en la raída alfombra, a su lado; un débil siseo, como el de un hervidor de agua lejano, que emanaba quizá del radiador de hierro de debajo de la ventana; un vago aroma herbáceo procedente del piso de abajo. Empecé a preguntarme si no me estaría hipnotizando; si sería eso lo que se experimentaba bajo la hipnosis: una monumental ralentización del tiempo. Desde luego, sentí que toda mi voluntad se escurría y me abandonaba para quedar unida a la suya. Cuando mi mirada regresó a su cara, él frunció los labios de una manera casi imperceptible. Entendí que se estaba comunicando por medio de este ínfimo movimiento. Me estaba diciendo que él podía permanecer en silencio el tiempo que fuera necesario y que lo haría hasta que yo cambiara de asiento; los dos sabíamos que esa era la cuestión y que aquel compás de espera se prolongaría hasta que yo me moviera.

En lo que a mí respecta no deseaba ofrecer la menor resistencia, pero Rebecca Smyth no consentiría de buenas a primeras que la mangonearan de esa manera. Ella estaba hecha de una pasta más dura. Sin embargo, no había otra alternativa. Me levanté y examiné la estancia. Mi primer instinto fue dirigirme a la silla de mimbre, pero me lo pensé mejor. La silla de mimbre era un caparazón acogedor. Braithwaite interpretaría mi elección como un intento de ponerme a resguardo. En su lugar, seleccioné la opción menos atractiva: la silla de respaldo recto que Braithwaite había ocupado durante nuestra cita anterior. Estaba posicionada a unos centímetros detrás de su hombro derecho. Como es natural, creí que se levantaría e iría a sentarse en el sofá que yo había dejado libre, pero, en vez de eso, dio una vuelta en redondo, de tal forma que se quedó sentado a mis pies, como un niño que espera a que le cuenten un cuento. Me di cuenta de lo listo que era. Aquel era precisamente el resultado que buscaba. Experimenté una sensación momentánea de dominio desde mi posición elevada. Luego fui consciente de que, desde donde él estaba sentado, quizá pudiera mirar por debajo de la falda, y de que ese había sido, con toda probabilidad, el motivo de que me manipulara para que me sentara en la silla de respaldo recto. Ladeé las piernas hacia la derecha y mantuve los tobillos y las rodillas muy juntos.

—Ahora que estamos cómodos —dijo—, ¿qué tal si jugamos a una cosa?

—No me gustan los juegos —repliqué.

—Este le gustará —dijo con firmeza—. Usted me cuenta su primer recuerdo y yo le cuento el mío.

—¿Y qué pasa si yo no quiero escuchar el suyo?

Me fulminó con la mirada. Yo me daba cuenta de que para apuntalar mis credenciales como

paciente tendría que ofrecerle algo. No tenía sentido pagarle cinco guineas la hora para no decir nada, y sabía de sobra que las narcisistas que acuden al psiquiatra están más que encantadas de compartir sus experiencias infantiles.

—No intento ponerme difícil —dije en un tono más conciliador—, pero ¿cómo puede una saber cuál es su primer recuerdo? Es decir, está todo un poco enredado, ¿no le parece?

—La cuestión no es que lo que me cuente sea realmente su primer recuerdo. Como bien ha señalado, ¿cómo iba a saberlo? Lo que importa es que se trate de algo que se le haya quedado grabado en la mente. Puedo ver que ya está pensando en algo, así que déjese de gilipolleces y cuénteme de qué se trata.

Hice como que su lenguaje no me escandalizaba. Rebecca era una mujer de mundo. Además, él tenía razón, como siempre. En efecto, un desagradable incidente había irrumpido ya en mi mente. Temía revelar demasiado sobre mí misma, pero como no tengo talento para el fingimiento, quedó descartado inventarme algo sobre la marcha. En cualquier caso, el doctor Braithwaite seguro que me calaba a la primera.

Debía de tener tres o cuatro años, empecé. Estaba en Woolworth's con mi madre. Al pasar por el pasillo donde vendían las golosinas, le pregunté si me podía comprar una bolsa de gominolas. Mamá se negó. Dijo que solo conseguiría que me quitaran el apetito. Me hizo avanzar a marchas forzadas por la tienda. Debía de ser invierno, porque yo llevaba unas botas de agua rojas, y mis manoplas, que habían cosido a un cordón que pasaba por el interior de las mangas de mi grueso abrigo de lana, me golpeaban los muslos al andar. El linóleo estaba resbaladizo y manchado de barro. Cuando llegamos a la sección de costura, al fondo de la tienda, me eché a llorar. Quería una bolsa de gominolas. En mi vida había deseado algo con tantas ganas, y la negativa de mi madre me parecía un acto de crueldad gratuita. Me puse a berrear. Lloraba de frustración y porque quería que los otros clientes supieran que mi madre era una déspota insensible. La gente nos miraba. Madre, que detestaba cualquier tipo de escenita en público, se agachó y me habló con tono apaciguador, a la vez que me pellizcaba la carne de la parte posterior del brazo. El único efecto que tuvo este gesto fue incrementar el berrinche. Una mujer se acercó y preguntó si todo iba bien. Madre intensificó el pellizco sobre mi carne. Era una batalla que yo no podía ganar. Mis sollozos se aplacaron. Madre volvió a concentrarse en el catálogo de patrones de costura y yo me quedé a su lado, frotándome la parte posterior del brazo.

Al rato, me escabullí y me abrí camino hasta el pasillo de productos de confitería. Me coloqué de puntillas y alcancé el mostrador con la mano. Agarré un puñado de gominolas y me las embutí en la boca. Me estiré para coger otro puñado, que esta vez metí en el bolsillo de mi abrigo. Debí de creerme invisible. Mientras me estiraba para coger un tercer puñado y luego un cuarto, aparecieron a mi lado un par de piernas. Levanté la vista. Un hombre me miraba con severidad. Me preguntó si tenía pensado pagar los caramelos que estaba escamoteando por mi persona. No me acuerdo de si usó esa frase en concreto, pero sí que fue algo parecido. No contesté. Me metí en la boca de golpe los caramelos que tenía en la mano. La mayoría fueron a parar al suelo mojado. Me acuclillé para recogerlos. El hombre me cogió de la muñeca y me puso de pie. Me preguntó dónde estaba mi

madre. Le dije que no lo sabía. Entonces, pensando que se apiadaría de mí (su tono no había sido desagradable), le dije que era huérfana. El hombre me cogió de la mano y me condujo a la oficina situada al fondo de la tienda. Se accedía por un pasillo que olía a serrín húmedo. Tuve la sensación de que no volvería a salir de allí jamás. El hombre me levantó y me sentó en una silla color mostaza. Había un escritorio sembrado de papeles. Contra las paredes de la oficina había pilas y pilas de cajas de cartón vacías. Me preguntó cómo me llamaba, y yo, como a esa edad carecía de recursos para inventarme uno, se lo dije. Salió de la habitación. Me puse a pensar en cómo podría escaparme. Había una pequeña ventana en lo alto de la pared, detrás del escritorio. Si trepaba a una pila de cajas de cartón podría apañármelas para escabullirme por ella. Pero sabía que no llegaría lejos antes de que me atraparan. Así que me quedé sentada aguardando mi suerte. Supuse que me enviarían a prisión y que nunca más volvería a ver a mi familia.

Unos minutos más tarde hicieron entrar a Madre en la oficina. Se deshizo en disculpas por los problemas que yo había causado. Me cogió de la mano y yo me dejé deslizar de la silla, creyendo que allí acababa el suplicio. No fue así. El hombre le explicó a mi madre que me había sorprendido robando y me pidió que vaciara mis bolsillos. Me entraron unas ganas enormes de orinar y junté las rodillas con fuerza. Él extendió la palma de su mano y, con docilidad, vacié en ella el contenido de mis bolsillos. No me atrevía a mirar a mi madre. Los pequeños cubos de gominolas de colores estaban cubiertos de pelusilla del interior de mi bolsillo. Madre profirió más disculpas. Dijo que yo nunca había hecho nada parecido. Me agarró dolorosamente de la muñeca y empezó a tirar de mí hacia la puerta. El hombre le bloqueó el paso.

—Me temo que tendrá que abonar la mercancía —dijo—. No vamos a ponerla a la venta después de que haya pasado por los mugrientos bolsillos de su hija, ¿no le parece? —Soltó una risita.

Madre debió de sentirse muy agraviada por la acusación de que el interior de los bolsillos de su hija estuviera sucio. Sin mediar palabra, sacó el monedero y le tendió los dos peniques que él le solicitaba. El hombre le recordó entonces que también debía entregarle un cupón de su cartilla de racionamiento. Mi madre protestó, pero, tal y como insistió el hombre, una cosa era robar y otra muy distinta trapichear en el mercado negro. F. W. Woolworth's no podía ser cómplice de esto último. Mi madre le tendió su libro de racionamiento y el hombre se puso a buscar unas tijeras con las que recortar el cupón pertinente. Como no las encontró, procedió a la devolución del libro de racionamiento intacto y dio por cumplido su cometido. En la calle, Madre me llevó hasta un callejón y, sujetándome del brazo, me dio unos azotes en el culo. Esa noche, durante la cena, mi padre fue informado de manera pormenorizada acerca del incidente y, muy especialmente, del gran bochorno que este había causado. A lo que Padre respondió, dirigiéndose a mí con un tono de voz suave, que debía esforzarme al máximo para no disgustar a mi madre. La noche siguiente, cuando me iba a acostar, encontré una pequeña bolsa de gominolas debajo de la almohada.

Poco después de este incidente se procuraron en casa un juego de riendas. Consistía en un arnés de finas correas de cuero blanco que se me acoplaba al pecho y que se sujetaba desde detrás como la brida de un caballo. Estoy convencida de que lo que en verdad movió a mi madre a la hora de

adquirir esas riendas no fue tanto el miedo que pudiera tener de que yo saliera corriendo como la esperanza de evitar que se repitiese la humillación que le había causado. A partir de aquel momento y durante muchos años después, toda advertencia sobre mi conducta imprudente se expresaría con estas palabras: «No queremos pasar por otro Woolworth's, ¿a qué no?». Este adagio pasó a formar parte del argot familiar, hasta el punto de que acabamos por olvidar su origen. Se convirtió en una frase comodín para advertir de cualquier acción que pudiera acarrear consecuencias imprevisibles. No me di cuenta de que la frase no pertenecía al habla común hasta que no vi la cara de desconcierto de mis compañeros de colegio cuando la escucharon.

A pesar de esto, las riendas fueron las que dejaron una huella más perdurable en mi persona. Si el propósito de mi madre había sido someterme, las riendas surtieron el efecto contrario. Nada me gustaba más que sentir esas tiras cruzándome el pecho y presionar mi cuerpo contra ellas como un perro tirado por una correa. Siempre que salíamos, me alejaba de mi madre unos pasos más de la cuenta, de suerte que se veía obligada a amarrarme, a la vez que murmuraba entre dientes acerca de «otro Woolworth's». La sensación de verme constreñida de este modo engendraba un cosquilleo en mi entrepierna similar al que experimentaba cuando necesitaba orinar y conseguía hacerlo. Tiempo después, cuando aprendí la palabra «*frisson*», descubrí que condensaba a la perfección lo que sentía.

Llegó un punto, no obstante, en el que Madre decretó que ya no habría más riendas. No eran para niñas mayores. «Si quieres salir corriendo y que te pase por encima un ómnibus, que así sea», declaró. Ni siquiera por aquel entonces creí que mi suerte le importara tan poco, sino que, más bien, deseaba negarme el placer de poder sentirme encadenada de esa manera.

Me había abstraído por completo en el relato de esta ridícula anécdota. Mientras duró la narración, el doctor Braithwaite no había movido ni un pelo. Aunque sus ojos no se apartaron de mí ni por un segundo, no me sentí cohibida. Cuando concluí la historia, fue como si me despertara tras haber sufrido un síncope y comprendí por primera vez por qué unas personas perfectamente racionales en apariencia estarían encantadas de sacrificar cinco guineas la hora por el privilegio de sentarse en la consulta de Braithwaite. La historia que había contado no tenía especial relevancia para mí. Así lo dije, tan pronto como «volví en mí». Tuve la impresión de que había revelado demasiado de mí misma, y que Braithwaite haría toda clase de lecturas de lo que yo había dicho. En esto último no me equivocaba, ya que insistió en que le hablara más sobre las riendas.

—No hay nada que contar —le dije. Pasé por alto mencionar que, hoy por hoy, siguen colgadas de un gancho en el lavadero. Como también que, durante varios años después de su proscripción, seguí convenciendo a Veronica de que me las atara con la excusa de jugar a los caballitos. A decir verdad, sigo echándolas de menos.

Braithwaite no me presionó. El tono provocador de antes había dado paso a otro más conciliador. Hasta su voz sonó menos afilada.

—Pero ha utilizado una interesante palabra —dijo—. «Encadenada»: una palabra muy interesante. ¿Por qué cree que disfruta de estar encadenada?

—Yo no he dicho que disfrute de estar encadenada —repliqué—. Hablaba de una experiencia de

la infancia. No tiene mayor trascendencia.

—Y, sin embargo, es la primera historia que se le ha ocurrido contarme —dijo.

Me sentí terriblemente expuesta.

—«Negarme el placer de poder sentirme encadenada de esa manera» —repitió—. Lo ha expresado muy bien, a mi entender. ¿Ha pensado alguna vez en poner sus pensamientos por escrito en algún tipo de diario?

Me sentí secretamente satisfecha de que mis palabras gozaran de su aprobación.

—No tengo ambiciones en ese campo. —En su lugar, sugerí que los utilizara él en su siguiente volumen de casos clínicos.

Él hizo caso omiso de este comentario prepotente.

—No insinúo que otras personas pudieran desear leerlo —dijo—. Pero quizá le resulte un ejercicio valioso.

Extraje un cigarrillo de mi cajetilla con unos golpecitos, lo encendí y exhalé una columna de humo.

—Por lo que cuenta, parece que su madre era un personaje curioso —dijo—. ¿Estaban muy unidas?

—Cuando eres pequeña tampoco es que tengas demasiadas opciones, ¿no?

Braithwaite aseveró que aquella era una respuesta interesante.

—Falleció cuando yo tenía quince años —expliqué.

—¿Qué tal si me habla de eso?

Era consciente de que nos estábamos adentrando en territorio peligroso y alegué que mi sesión ya debía de estar llegando a su fin. Braithwaite respondió que él no era de los que estaban pendientes del reloj.

Por nada del mundo iba a describirle las circunstancias de la muerte de mi madre, ya que eran tan extraordinarias que por fuerza revelarían mi conexión con Veronica. Sucedió mientras estábamos de vacaciones en Devon. Padre lo llamaba la Riviera Inglesa, un apodo con el que solo conseguía que sonase aún más soso. Si algo teníamos en común Madre y yo es que las dos detestábamos ir de vacaciones. A mí me agotaba lo mucho que Padre insistía en que siempre tuviéramos que estar «haciendo algo», mientras que Madre sacaba defectos a todo, desde la comida del hotel a la pulcritud de las sábanas y al precio del té con leche. Padre no hacía caso de sus quejas y yo, por él, fingía disfrutar.

Era un día soleado aunque de mucho viento. Caminábamos por los acantilados de Babbacombe. Veronica y mi padre habían desaparecido tras un recodo del estrecho sendero. Se habían puesto a charlar sobre las características geológicas del lugar, y yo había aminorado el paso a propósito para no tener que escucharlos. Madre, que detestaba cualquier género de actividad física, iba algunos metros por delante de mí. Es imposible andar detrás de otra persona por el angosto sendero de un acantilado sin que a una se le pase por la cabeza la idea de empujarla por el borde. Iba imaginándome justo esto (un par de manos firmes contra la espalda) cuando a Madre, al girarse para comprobar si yo seguía

allí, le falló el tobillo. Durante unos instantes estuvo haciendo inútilmente aspas con los brazos para intentar recuperar el equilibrio, luego se precipitó de espaldas por el acantilado. Su expresión no fue tanto de temor como de hastiada decepción más bien, la misma que ponía cada vez que yo la avergonzaba en público. Es sorprendente la cantidad de pensamientos que pueden llegar a desfilar por la mente de una persona en tan breve espacio de tiempo, pero en el lapso que tardó Madre en perder el equilibrio y empezar a caer de espaldas, llegué a la conclusión de que si yo hubiera intentado ir a salvarla, el resultado más probable es que me hubiera acabado arrastrando con ella. Así que me quedé mirando sin más. No fue tanto un instinto de supervivencia el que determinó este proceder como la idea de morir de una manera tan poco elegante. No fue el cuerpo roto de mi madre el que me imaginé allí abajo, sobre las rocas, sino el mío; con la falda arrugada alrededor de la cintura y las braguitas expuestas a la mirada burlona de cualquier niñato que casualmente pasara por allí. Resulta que yo, por aquel entonces, pasaba por una época de fervor por Keats y, como él, me había medio enamorado de la apacible muerte.[7] Había decidido matarme antes de cumplir los veinticinco años. Pero esto debía consumarse en el momento y en lugar de mi elección, y no cayendo con torpeza desde lo alto de un acantilado de Devon (¿qué tenía eso de poético?). El método por el que me había decantado era internarme lenta pero decididamente en el mar, con los bolsillos llenos de piedras y la mirada fija en el horizonte. Después, el único rastro que quedaría de mi existencia sería un pañuelo turquesa ondulando con las olas.

Permanecí un rato inmóvil antes de mirar a mi alrededor para comprobar si alguien había presenciado el incidente. El sendero estaba desierto. Con cautela, di un paso hacia delante y me asomé por el borde. Madre yacía boca arriba sobre las rocas de abajo, con los brazos a los costados. De no haber sido porque estaba completamente vestida, bien podría haber estado tomando el sol (aunque esta era una práctica que ella aborrecía). Desde luego estaba muerta. Más tarde se comentaría que yo me había comportado con una gran serenidad. No grité pidiendo auxilio. ¿De qué hubiese servido? Tampoco eché a correr por el sendero del acantilado a lo loco, poniendo en peligro mi propia vida. En su lugar, caminé a buen paso hasta que encontré a Padre y a Veronica sentados en un banco, esperando. Cuando los alcancé, Padre preguntó dónde estaba Madre y yo se lo dije. Me miró con incredulidad y salió corriendo por el sendero de una manera tan imprudente que a punto estuve de gritarle que era absurdo darse prisa. Cuando regresó, no había ni rastro de color en su cara. Nos agarró a Veronica y a mí y echó a andar mientras tiraba de nosotras; me cogió tan fuerte de la muñeca que tuve la impresión de que, de alguna manera, pensaba que la culpa era mía. Veronica empezó a llorar y, como aquello me pareció algo acertado dadas las circunstancias, imité sus pequeños sollozos entrecortados. Cuando le conté mi historia a la policía, parecieron satisfechos. Luego, en la pesquisa judicial, repetí esta versión de los hechos (para entonces me la sabía de memoria), y la jueza, una mujer de mediana edad que podría haber resultado atractiva de no ser por las horrendas gafas de montura de carey que llevaba puestas, me dijo que mi comportamiento había sido ejemplar y que no debía culparme por lo ocurrido. Yo bajé los ojos y asentí con solemnidad.

Cuando Veronica y yo regresamos a St Paul's después de las vacaciones, descubrí que ahora gozaba

de un estatus muy superior entre mis compañeros de clase. Me trataban con el grado de reverencia reservado, por norma, a las chicas que aseguraban «haberlo hecho». La directora, la señorita Osborn, nos pidió que fuéramos a su despacho y nos dijo que, si ne cesitábamos excusarnos del aula en algún momento, estábamos autorizadas a hacerlo, pero que, a pesar de todo, no debíamos valernos de nuestro infortunio como excusa para desatender nuestros estudios. Dicho esto, dirigió su mirada hacia mi hermana y dijo: «Sobre todo tú, Veronica, en quien tenemos depositadas tantas esperanzas».

De más está decir que nunca se habló del asunto en casa. La política de Padre fue la de comportarse como si nada hubiera cambiado. La ropa de Madre permanece colgada en el armario desde entonces, y su tocador está tal y como ella lo dejó. De haber estado en mi mano, lo habría quemado todo, pero parecía que él obtenía un melancólico placer de la presencia de estos enseres. En un par de ocasiones lo observé a escondidas por el hueco de la puerta del dormitorio y, al verlo sentado en el sitio de mi madre, toqueteando aquellos objetos, me sentí terriblemente culpable, como si fuese la responsable de su desdicha.

Como no podía divulgar esto, le conté al doctor Braithwaite que a Madre la había atropellado un autobús en Oxford Street. Un número 7. No tenía ni idea de si el autobús número 7 recorría Oxford Street siquiera, pero pensé que este detalle daría autenticidad a mi historia. No tomaba a Braithwaite por la clase de persona que usa el ómnibus.

—¿El número 7? —dijo.

—Bueno, no estoy segura de si era un número 7. Yo no estaba allí. Al parecer se bajó de la acera sin mirar y se acabó.

—No parece usted demasiado afectada.

—Sucedió hace diez años —dije.

—¿Y en aquel entonces? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—¿La afectó en aquel entonces?

—Supongo que sí. No me acuerdo.

Braithwaite me observó fijamente durante un minuto o así. Estaba segura de que no se había tragado ni una sola palabra. ¿Por qué iba a hacerlo?

Abandonó su posición de piernas cruzadas y se incorporó como una marioneta a la que levantaran mediante unos hilos invisibles. Lo interpreté como una señal de que mi visita había terminado. Permitió que recogiera mis cosas y saliera por la puerta sin mediar palabra. No pareció que cupiese la menor duda de que yo volvería la semana siguiente.

Fuera, en la acera, no creí que hubiese necesidad de repetir las estúpidas payasadas de la semana anterior. Tenía la certeza de que había hecho más que de sobra para convencer a Braithwaite de que no estaba en mis cabales. A pesar de todo, me paré a inspeccionar mi obra de artesanía. Me retiré el guante y pasé las yemas de los dedos sobre la porción pulida de la farola. Tenía un tacto gratamente suave. Fue justo en ese momento cuando la calle empezó a escorarse. Al principio no se trató de más que una leve ondulación, igual que si el pavimento se elevara con una ola, pero bastó para que tuviera

que plantar la mano contra la farola y fijar los pies al suelo con el fin de mantener el equilibrio. Entonces el movimiento se tornó más severo. La calle se inclinó, primero a la izquierda y luego a la derecha. Me vi obligada a dar un paso hacia delante y a abrazarme a la farola con ambos brazos. Cerré los ojos y presioné la mejilla contra el metal. Me dije a mí misma que no debía dejarme llevar por el pánico. Que se pasaría. Y así fue. La perturbación desapareció casi tan de repente como había surgido. Abrí los ojos. Una mujer más ancha que alta me miraba con desaprobación. Su magnitud debía de haberle servido de lastre. Me separé de la farola con prudencia y le deseé buenas tardes. Ella no contestó. Probablemente supuso que estaba ebria.

Eché a andar hacia Primrose Hill. Saqué mis cigarrillos sin hacer caso de la máxima de mi madre según la cual solo las putas fuman en la calle. Desde que adquirí el hábito, me gusta más que cualquier otra cosa. Fumar es un velo. Adoro todos y cada uno de sus aspectos: golpear con un dedo enguantado la cajetilla para extraer el cigarrillo; el raspar metálico del mechero; el tufillo acre de la gasolina; la primera y profunda inhalación y la columna azul de humo exhalado; la leve obscenidad del lápiz de labios en el filtro; el gustoso placer de sostenerlo sin más entre los dedos índice y corazón. Me encanta observar a las mujeres fumando. Mientras fuma, una mujer nunca está sola; está a solas. Es sensual, mundana. Los hombres no saben fumar. Para los hombres, fumar es un asunto utilitario, como puede serlo ir al baño o coger un autobús. Siempre es secundario a otra actividad, nunca una acción en sí misma. No había visto fumar a Tom (o como quiera que se llamara). Supuse que, de hacerlo, optaría por esos finos cigarrillos rusos o quizá por una pipa, como hacen ciertos jóvenes con la intención de adoptar un estudiado aire intelectual. Pero Tom no tenía necesidad de recurrir a semejantes fruslerías. ¿Cómo era la palabra que había utilizado? Serendipia. Se le había deslizado de la lengua, como si hubiera estado allí al acecho, aguardando el momento de saltar. Y entonces, mientras pronunciaba la última sílaba, me había mirado a los ojos. Fue como el lamento de una pequeña armónica. ¿Había sido eso también una serendipia? O acaso el mero hecho de que utilizara esa palabra sugería todo lo contrario: que había estado esperándome, armado de palabras melifluas y seductoras. ¿Qué mujer podría resistirse a la serendipia?

Había una cabina telefónica en la esquina de la calle. Llamé a casa para avisar de que no llegaría a tiempo para la cena. Fue la señora Llewelyn la que contestó, como siempre. En la casa hay dos teléfonos, uno en el escritorio de mi padre, y otro en el vestíbulo. Esté donde esté, la señora Llewelyn se las apaña, no obstante, para descolgar al segundo timbrazo. Le pedí que le dijera a Padre que no llegaría a tiempo para la cena y que no debía esperarme. Esta información era más relevante para la señora Llewelyn, desde luego, puesto que era ella quien preparaba y servía la comida, pero disfruté de lo lindo tratándola como a una mera intermediaria, indigna de ser informada como persona por derecho propio. Seguro que el desaire no le pasaba desapercibido. Además, con Padre me habría visto obligada a contarle por qué iba a llegar tarde. «Oh, es espléndido, bien hecho, cariño», me imaginé que me respondería, igual que a una niña pequeña que hubiera aprendido a usar el orinal. Y luego, más tarde, se produciría la tímida indagación acerca de «qué tal había ido la cosa». Padre siempre está interrogándome sobre si he conocido a algún Buen Chico, y me duele que parezca entusiasmarle

tanto la idea de imaginarme en los brazos de otro hombre.

No fue hasta que hube colgado el auricular y limpiado mis huellas cuando empecé a considerar cómo podría ir «la cosa» con Tom. Eché a caminar muy despacio, rodeando el parque. Había aceptado su invitación sin pensar siquiera en las consecuencias. A medida que orbitaba la linde oriental, medité sobre las indignidades a las que quizá esperaba que yo me sometiese. Me imaginé a Tom arrastrándome al interior de los arbustos que tenía en ese momento a la izquierda e intentando abrirme las piernas. No me cabe la menor duda de que al ser un tipo tan guapo había abierto las piernas de muchas jóvenes; cabía incluso la posibilidad de que hubiera algunas frescas que hubiesen abierto las piernas para él de manera voluntaria. Pensé en la pobre Constance Chatterley rebajándose con Mellors. Existía un límite a lo que yo estaba dispuesta a soportar. En St Paul's, a menudo se producían excitados chascarrillos sobre El Pene, sobre todo en lo tocante a sus dimensiones. No siempre era posible permanecer ajena a estas discusiones, como tampoco desterrar de la mente, después, las imágenes invocadas. No consigo comprender por qué razón podría una mujer desear que sus partes íntimas fueran violadas por el miembro masculino, fuera cual fuera su magnitud. Entiendo que esta parte del acto sexual solo existe para satisfacción del varón y que después queda en manos de la mujer rematar la faena para alcanzar la suya propia.

No obstante, antes de que tuviera necesidad de preocuparme de nada de esto, tendría que pasar por el igualmente desconcertante asunto de la conversación. Como habrá quedado patente, esta es una actividad para la que tengo escasas aptitudes. En los lugares públicos hay ocasiones en las que me pongo a escuchar a escondidas las conversaciones ajenas, en un esfuerzo por cogerle el truco. En mi dormitorio, luego, repito algunas frases en voz alta, como una niña que practica las escalas musicales, pero no consigo que se me queden. Es culpa de mi madre. «Los cántaros, cuanto más vacíos, más ruido hacen», acostumbraba a sentenciar, y, como es natural, yo asimilé la lección. A los que hablaban por los codos se los despachaba invariablemente con el calificativo de «gárrulo», un adjetivo que evocaba en mis jóvenes oídos imágenes de gárgolas y borrachines.

Para cuando completé la circunnavegación del parque, ya estaba arrepintiéndome muy seriamente de haber aceptado la invitación de Tom. Llegué al banco desde el que había levantado el vuelo la semana anterior. Por mucho que lo mirara no parecía más que un banco normal y corriente. No dio indicios de que fuera a escabullirse entre los matorrales ni de que tuviera la capacidad de hacer algo semejante. Era un objeto inanimado. Rebecca se burló de mí por las tonterías que había estado pensando. «¡Solo es un banco, boba!», dijo con sorna. Yo respondí que tenía toda la razón. Era una boba. Aprendí hace mucho tiempo que a los abusones a menudo, se los puede desarmar dándoles la razón. Nos sentamos juntas. Rebecca me dijo que ella se encargaría de lidiar con Tom. Después de todo, era a ella a quien él había invitado. Lo único que tenía que hacer yo era cerrar el pico y no meter la pata. Asentí con solemnidad. Si había que abrirse de piernas, serían las de Rebecca y no las mías.

El asfalto del camino brillaba como la tinta. Imaginé que lo pisaba y que me hundía en él muy despacio hasta la cintura, luego hasta los hombros, antes de que me cubriera la cabeza sin dejar rastro

de mí. El hombre del perro negro se aproximó y se paró delante de nosotras. El perro levantó la pata contra las patas metálicas del banco y un hilillo de orina se deslizó hacia mis zapatos.

—Nos encontramos mejor, ¿eh? —dijo.

Rebecca respondió con un lenguaje que a mí me habría sonrojado utilizar. El hombre meneó la cabeza y siguió su camino, murmurando para sí.

Llegué al Pembridge Castle a las 18:40. Tom no había aclarado si debíamos encontrarnos dentro o fuera del pub, pero como no estaba en la puerta, y yo había llegado diez minutos tarde a propósito, di por hecho que se hallaría esperando en el interior. Los únicos locales públicos que había visitado con anterioridad eran las refinadas fondas rurales de Devon o de Hertfordshire. La imagen que yo tenía del interior de un pub londinense se asemejaba a un cuadro de El Bosco, poblado de prostitutas, estibadores, dipsomaníacos y maricones, todos ciegos de alcohol y entregados a actos licenciosos de la peor índole. Una Mujer Moderna e Independiente como Rebecca Smyth, sin embargo, no tendría ningún escrúpulo a la hora de entrar en semejante lugar. Respiré hondo, enderecé la espalda y abrí la puerta.

Dentro, la iluminación era agradable y brillante. El mobiliario y los acabados eran de madera oscura. En una mesa situada a la derecha de la puerta, un hombre con boina ocupaba una silla delante de una pinta de cerveza y de un periódico abierto. Dos hombres con traje de raya diplomática se encontraban apostados, muy pegados el uno al otro, junto a la barra, sostenían un vaso de whisky cada uno y conversaban en voz baja. Había tres peones de pie, al lado de una columna, con pintas de cerveza en sus mugrientas pezuñas. De Tom no había ni rastro. Al otro lado de la barra, el dueño estaba encorvado sobre un periódico. Por el momento, nadie parecía haber reparado en mi presencia, así que todavía habría sido factible batirme en retirada y esperar fuera, pero el sonido de la puerta al cerrarse hizo que el dueño levantara la vista hacia mí. Su expresión permaneció impasible, como si estuviese la mar de acostumbrado a que entraran en su establecimiento mujeres sin acompañante. Esto me tranquilizó hasta cierto punto, como también lo hizo el hecho de que su camisa, al menos de lejos, pareciera estar limpia y bien planchada. Consulté mi reloj de pulsera y luego, consciente de que él no me quitaba los ojos de encima, fui a sentarme en el banco corrido que se extendía a lo largo de la pared que me quedaba a la derecha. Deposité el bolso a mis pies y, a fin de dar la impresión de que me encontraba a mis anchas, me quité los guantes con parsimonia. Ahora me hallaba lo bastante cerca para escuchar que la conversación de los dos hombres de la barra versaba sobre la venta de alguna propiedad de la zona. El más bajo de los dos era de complexión rubicunda. La cadena de un reloj de bolsillo le cruzaba la panza. Como estaba sentada en su línea de visión, me hizo un ademán, inclinando la cabeza. Esto provocó que su acompañante se diera la vuelta; me miró descaradamente de arriba abajo antes de arquear las cejas un instante, como para expresar aprobación ante lo que estaba viendo. Se giró de nuevo hacia su acompañante e hizo un comentario que no pude escuchar. Sentí un picor en la cabeza. Quizá pensaran que yo andaba a la caza de clientes, y que el acto de retirarme los guantes era la salva de apertura de un número de estriptis. Pasados unos minutos, el dueño vació las mejillas con un bufido teatral, levantó la trampilla

situada en un lateral de la barra y se acercó a mi mesa.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó. El tono que empleó no era amistoso, pero tampoco hostil.

Le dije que estaba esperando a un amigo.

Me informó de que el establecimiento no era una sala de espera.

—Sí, desde luego —contesté. Pedí un gin fizz, pues a mi entender era esto lo que bebían en París.

El dueño se rio y me preguntó si me valdría con una «G con T». Le dije que eso me satisfaría plenamente. Los hombres de la barra seguían nuestra conversación, divertidos. Cuando el dueño regresó a su puesto, el de complexión rubicunda le tomó el pelo por su incapacidad para preparar un gin fizz.

—En Inglaterra —replicó— está prohibido servir gin fizz desde la aprobación de la Ley de Establecimientos Autorizados para Vender Bebidas Alcohólicas de 1902, sección 19, párrafo segundo.

—¿Y también está prohibido rellenarme esto? —dijo el hombre, tendiéndole su vaso.

Hablaron con un exagerado tono cómico, como si los hombres estuvieran representando una parodia en un teatro de variedades. El dueño rellenó sus copas antes de preparar mi bebida, que me trajo de manera ostentosa en una bandeja.

—Son dos chelines y seis peniques, señora Marquesa —dijo simplemente.

En mi opinión, quería darme a entender que yo estaba recibiendo un trato especial, pero que, aun así, no estaba demasiado molesto. Conferir apodos, aun siendo tan poco halagadores como aquel, demuestra aceptación. A mí nunca me habían puesto un apodo y me sentí la mar de contenta conmigo misma. Le di tres chelines al dueño y le dije que se quedara con el cambio.

—¡Caramba! Muchas gracias —dijo—. Siga así y le juro que acabo preparándole un gin fizz.

Sentí una agradable sensación de bienestar. Esbocé un futuro en el que me había convertido en una Habitual del Pembridge Castle, donde todos me conocían como la Marquesa. El dueño me prepararía gin fizz, y esta bebida pasaría a conocerse como un Marquesa, al principio solo en el Pembridge Castle y luego en todo Londres. Me asignarían una columna en el *Woman's Journal,* titulada «La Marquesa escribe», en la que yo dispensaría sabios consejos sobre etiqueta, arte y moda. Me invitarían a estrenos cinematográficos y a espectáculos del West End, y cenaría con Laurence Olivier, con quien se rumorearía que estaba teniendo *une liaison.*

Observé cómo las burbujas de la tónica se elevaban hasta la superficie de mi copa y explotaban. Si Veronica hubiese estado allí, se habría embarcado en una explicación científica del proceso. Como el dueño me estaba mirando, tomé un sorbo. Las burbujas fueron lo primero que sentí, como alfilerazos en la lengua. A esto le siguió un sabor amargo, como a coles de Bruselas recocidas, y luego, al tragar, una sensación de ardor en la garganta. Era de lo más desagradable y me hizo toser. Pero aun así, allí estaba yo, en un pub londinense, bebiéndome una ginebra con tónica sin que se hubiese producido (hasta el momento) ninguna calamidad.

El local se estaba llenando. El dueño estaba sirviendo pintas del grifo de cerveza para los tres peones, cuyos acentos delataban su origen galés. Mientras esperaba su cerveza, el más alto de los tres

me miraba embobado y sin el menor disimulo. Era un tipo enorme, de más de un metro ochenta, con unos enormes hombros robustos y un tripón que ocultaba la cinturilla de sus pantalones. Me miraba fijamente, con la barbilla clavada en el pecho y la boca medio abierta, como un San Bernardo. Yo volví la cabeza. Cada vez que se abría la puerta maldecía a Tom por haberme puesto a merced de aquellos brutos. Tenía la impresión de que solo era cuestión de tiempo que uno de ellos se acercara para «probar» conmigo. Aunque más humillante sería aún que ninguno me halagase con ese gesto, siendo yo la única mujer presente en el establecimiento.

Una cosa que había aprendido de estar sentada en mi escritorio de la agencia del señor Brownlee era que no soy ni lo bastante fea ni lo bastante guapa para que flirteen conmigo. Los hombres flirtean con las chicas feas porque les dan pena y porque saben que una chica fea no va a ser nunca tan tonta como para tomarse en serio sus cumplidos. Las chicas feas saben que son feas. Los hombres flirtean con las chicas guapas para poner a prueba su entereza. No esperan conseguir nada de ellas, solo que les den largas. Esta temeraria actuación es un salvavidas ante la idea de que, años más tarde, cuando estén atrapados en casa con sus respectivas esposas del montón y sus respectivos mocosos del montón, tendrían que haberlo intentado. Pero, al igual que las chicas feas saben que son feas, también las chicas guapas saben que son guapas. Una chica fea no tiene otra alternativa que conformarse con el primer tipo cuyas insinuaciones no sean una broma, pero el dilema de la chica guapa es otro. A saber: que, por asumir que el pozo de pretendientes no se secará nunca, se acostumbre tanto a darles largas que, al final, descubra de repente que ha cumplido los treinta, que ya no es guapa y que le espera una vida de triste soltería. Los hombres, por su parte, no tienen esa clase de dilemas. Al igual que las chicas guapas saben que son guapas, los hombres guapos saben que son guapos. Los hombres feos, sin embargo, no parecen saber que son feos. A menudo he visto a tipos espantosos abordar a chicas guapísimas en la calle, ignorantes ante el hecho de que están trastocando el orden natural de las cosas. Esta ausencia de consciencia de sí mismos resultaría grotesca si no fuera por el hecho de que somos las mujeres las que los animamos. No sé cuántas veces he visto a una chica guapa del brazo del más horroroso de los homúnculos. Pero jamás he sido testigo de la circunstancia opuesta. La explicación es sencilla: la maldición de la chica guapa es que se la considera corta de luces. Se da por sentado que no necesita hacer otra cosa que estar guapa para atraer a un hombre. Pero sé por experiencia que no existe una correlación entre intelecto y belleza. He conocido a chicas guapas que eran perfectamente capaces de participar en una conversación inteligente y, de igual modo, me he topado con chicas feas cuyo cerebro era tanto o más defectuoso que su aspecto. Lo que hace la chica guapa del brazo del homúnculo no es ni más ni menos que demostrarle al mundo lo lista que es. Y el mundo los observa con admiración, tanto a ella como a él. Con todo, a mí me parece que no hay mayor demostración de estupidez que escoger a un hombre feo cuando se podría tener uno guapo. Por otra parte, si viéramos a un hombre guapo con una chica fea del brazo, lo miraríamos con lástima; y a ella, con asco por tener el descaro de coger lo que no se merece.

Sin embargo, yo no soy ni lo bastante fea ni lo bastante guapa para que flirteen conmigo. Soy una de esas chicas del montón para quienes el flirteo no constituye ni una broma degradante ni una

acometida suicida contra el sol, a lo Ícaro. Flirtear con una chica del montón es un asunto peligroso, porque cabe la posibilidad —de hecho, es probable— de que nos lo tomemos en serio. Y antes de que el pobre desgraciado quiera darse cuenta, tendrá un regalito de camino y una cita precipitada en el juzgado.

De ahí que el comportamiento de Tom me pareciera tan desconcertante. No hace falta decir que había analizado sintácticamente nuestra primera y breve conversación hasta la saciedad y que, mirase por donde se mirase, era imposible no concluir que estaba flirteando conmigo. Su insistencia en acompañarme desde la estación podía interpretarse, forzándolo un poco, como un acto inocente, pero no así la declaración de que no tenía intención de acosarme. Puesto que había hecho tal afirmación, era indudable que se le tenía que haber pasado por la cabeza alguna idea de acoso. No obstante, en lugar de guardárselo, fue tan astuto como para implantar la idea en mi mente, disfrazándola con la insistencia de que no tenía intención de llevarla a la práctica. Y todo esto lo hizo en un tono desenfadado, desde luego. Una broma siempre puede hacerse pasar por tal y, por eso precisamente, es la moneda de cambio en el mercado del flirteo. En mi caso, no tengo sentido del humor. Carezco de la velocidad mental suficiente para insertar un comentario agudo en una conversación y adolezco de una estúpida tendencia a tomarme las bromas al pie de la letra. De haber tenido práctica en el arte del flirteo, habría respondido —con malicia, por supuesto— que no había nada que me apeteciera más que ser acosada por él. Los dos nos habríamos echado a reír para demostrar que ninguno hablaba en serio, sabedores de que, al mismo tiempo, habíamos establecido una especie de pacto.

El hecho, si llegados a este punto podemos aceptarlo como tal, de que Tom había estado flirteando conmigo exigía una explicación. Tom es un hombre guapo, eso es incuestionable (cuanto más pienso en él, más guapo me parece), y yo soy una chica del montón. No obstante, la cuestión era la siguiente: Tom no estaba flirteando conmigo. Lo hacía con Rebecca, y Rebecca no es una chica del montón. Rebecca es una chica guapa. Es el tipo de chica que está acostumbrada a que flirteen con ella y de la que no se espera que se lo tome en serio.

Abrí el bolso y saqué mi lápiz de labios y la polvera. Del interior de esta emanó un cierto olorcillo a cerrado. Me retoqué rápidamente. Si quería ser una chica guapa, tendría que tomarme las mismas molestias que se toman las chicas guapas. Por el rabillo del ojo vi cómo uno de los brutos que estaban apostados junto a la columna le daba un codazo a cada uno de sus acompañantes. Me volví hacia la puerta, que acababa de abrirse en ese momento. No era Tom. Entraron dos hombres y una joven con el pelo rapado a la última, los tres cogidos del brazo. La chica, con un blusón blanco a rayas y pantalones pirata, era de las del montón, pero pertenecía a ese subgrupo que intenta contrarrestar sus deficiencias físicas actuando de manera chusca y varonil. Se reían de manera exagerada, resultaba evidente que con la intención de demostrar al personal lo divertidos que eran. El trío saludó al dueño por su nombre (Harry) y pidió sus bebidas. Su conversación no perdió un ápice de entusiasmo mientras ocupaban la mesa situada junto a la mía. La chica se sentó de frente a mí. Uno de los hombres me saludó con la cabeza, con un rastro de lástima en los ojos. Yo estaba sentada muy tiesa

mirando mi bebida casi intacta. Me pregunté qué era peor, que me creyesen una dipsomaníaca solitaria o que me habían dado plantón. Decidí que era peor lo segundo. Mis vecinos parloteaban con tanta cordialidad que me entraron ganas de llorar. Cómo envidaba su espontánea familiaridad. Y cómo les deseé la peor de las suertes. Tuve la tentación de acercarme y susurrarle a la chica al oído que tal vez en ese momento fuese muy popular, pero que ningún hombre se casaría jamás con una fresca como ella. Que acabaría sus días como una cáscara reseca y vacía, igual que el resto de nosotras.

Entonces apareció Tom. Experimenté tanto alivio al verlo que cualquier ofensa que pudiera haber sentido por su tardanza se disipó al instante. No se disculpó, tan solo declaró estar muerto de sed. Me preguntó qué estaba bebiendo para, acto seguido, responder él mismo a su propia pregunta: «¡Ah, ginebra! La perdición de las madres. Vamos a cogernos una buena borrachera juntos, ¿te parece?». Esta falta de arrepentimiento por su parte hizo que me preguntase si no me habría equivocado sobre la hora de nuestro encuentro, pero era más probable que la puntualidad se considerase de un «cuadriculado» incurable en los ambientes bohemios en los que él sin duda se movía. Decidí que no debía ser cuadriculada. Rebecca Smyth no era cuadriculada. Lo que importaba es que él estaba allí. No me habían dado plantón, y me encontraba a salvo tanto de los avances no solicitados por parte de los tres brutos peones como de las miradas condescendientes de mis vecinos.

Mientras Tom estaba en la barra, di otro sorbo a mi ginebra. Yo apenas tocaba «la bebida del demonio», que es como la llamaba mi madre. No estaba bien visto que un hombre se emborrachara, pero una mujer ebria era la degeneración personificada, y todo lo malo que pudiera pasarle se lo había buscado ella sola y no merecía compasión por ello. Y no es que mi madre no probase el alcohol (un abstemio era tanto o más sospechoso que un alcohólico), pero cada vez que se veía forzada a permitirse una copa de jerez con ocasión de una reunión social, manifestaba sin falta: «*Para mí* solo una copita», recalcando con especial énfasis las dos primeras palabras mientras lanzaba una mirada muy significativa a mi padre. Tras su muerte, Padre dejaba que Veronica y yo nos tomáramos una pequeña copa de jerez en Navidad. Resultaba inverosímil que esta sustancia asquerosa pudiera asociarse con ninguna clase de conducta demoníaca.

El segundo sorbo me supo un poco mejor que el primero, pero aun así me costaba entender qué podría poseer a una persona para que ingiriese de manera voluntaria semejante matarratas. Cuando Tom regresó de la barra, comprobé con desmayo que, además de una pinta de cerveza para él, me había traído una segunda ginebra. Depositó estas bebidas en la mesa y se sentó frente a mí. Entrechocamos las copas. «Al centro y *pa* dentro», dije. Él repitió la frase de tal manera que me quedó claro que pensaba que era divertidamente antediluviana. Me felicité a mí misma por haber hecho una broma sin pensarlo. Le dio un trago tan grande a su cerveza que cualquiera hubiese dicho que había pasado el día bregando en los campos. Yo me llené la boca de ginebra y tragué con diligencia. Una vez concluidos estos preliminares, Tom depositó sobre la mesa su jarra medio vacía y se inclinó hacia mí como si estuviera a punto de entregarse a alguna suerte de conspiración.

—Bueno, Rebecca Smyth —dijo—, cuéntame algo sobre ti.

Hundió la barbilla en la cuenca de sus manos y arqueó una ceja. Su pelo lucía voluminoso y bien

acondicionado. Unos vellos oscuros le crecían en los dedos. De haber tenido que ofrecer una descripción de él a la policía, seguro que hubiese utilizado la palabra «hirsuto». Me pregunté si no sería acaso medio griego.

Mi primer instinto fue responder que no había mucho que contar, pero Rebecca Smyth jamás habría contestado de manera tan mustia. Bebió con ganas de su ginebra.

—Bueno, ya sabes que estoy como una cabra —dijo Rebecca.

—Sí, pero no sé qué clase de cabra.

—Como una cabra común o doméstica.

—Ah —dijo él—, vaya, me esperaba algo un poco más exótico. Una cabra montesa o alpina o puede que hasta una cabra de Angora.

—Siento decepcionarte —dijo Rebecca—. Soy más bien una hembra de rebeco.

Ni a mí misma se me habría ocurrido una respuesta tan aguda.

—Las hembras de rebeco están bien —dijo—. Es más, siento debilidad por ellas.

No estaba segura de si él seguía hablando sobre cabras o si estaba, una vez más, flirteando conmigo. Nos tomamos un respiro de la conversación. En una situación normal, mi tendencia habría sido rellenar ese silencio con un comentario banal sobre el tiempo, pero Rebecca me dijo que mantuviera la boca cerrada. Era Tom el que tenía que llevar la iniciativa. Así que di comienzo a mi segunda ginebra. No me supo ni la mitad de asquerosa que la primera. Me encendí un cigarrillo y me recliné en el banco. Dejé que el humo emanara de mi boca a su ritmo.

—Pero estar como una cabra no puede ser una ocupación a tiempo completo —dijo Tom.

Como estaba claro que había que mantener una conversación, Rebecca le habló largo y tendido sobre su empleo en la agencia del señor Brownlee. Por supuesto, lo adornó con todo el descaro del mundo. Su vida era una ronda interminable por estrenos y cócteles. Se refirió a Laurence Olivier como «Larry» y dijo que era un tipo encantador. Justo unas noches antes —continuó Rebecca con la tontería— había estado con Richard Burton y Claire Bloom en una fiesta en la que todos estaban fumando porros. La velada acabó degenerando en una auténtica orgía y ella había regresado a casa andando por Hyde Park cuando ya amanecía. Rebecca pronunció esta sarta de patrañas pausando únicamente para echar largos tragos a su ginebra. Cuando se quedó seca tanto de ginebra como de patrañas me sentí avergonzada de tener algo que ver con ella. Tom, sin embargo, parecía muy impresionado. La verdad es que era un tipo impresionante. Sus ojos marrones brillaban como si estuvieran cubiertos por una pátina de humedad. Sorprendí a la marimacho de la mesa de al lado mirándolo con admiración. Era considerablemente más guapo que cualquiera de sus acompañantes.

Durante mi infancia, dos de mis pecados capitales eran Quedarme Mirando y Hacer Preguntas. He podido observar, sin embargo, que al menos el último no es tan ofensivo como me hicieron creer. Desde luego que en situaciones sociales como en la que me encontraba en ese momento se considera casi de obligado cumplimiento. De modo que dije: «¿Y tú qué me cuentas?».

Tom se encogió de hombros. Al parecer este era su gesto más característico, pero podía significar toda clase de cosas. En ese momento en concreto implicaba algo así como: «Bueno, no es muy

interesante que se diga, pero ya que preguntas…». Me contó que había nacido en una pequeña localidad situada en lo que él llamo el Black Country. Su padre murió en la guerra. Su madre era maestra. Tenía dos hermanas pequeñas. Al cumplir los doce le regalaron una cámara Brownie y desde ese momento supo que quería ser fotógrafo. Por eso se había trasladado a Londres. Ahora no se dedicaba a hacer la clase de fotos que a él le gustaría, pero mejor era eso que nada. Me preguntó si había visto el anuncio del robot de cocina Sunbeam Mixmaster. Rebecca se tiró el farol de que lo había visto en el *Woman's Journal*. Él volvió a encogerse de hombros, con indiferencia esta vez, aunque mostrándose bastante orgulloso en realidad.

—Las fotografías para esa campaña las hice yo —dijo.

—Vaya, qué maravilla —dijo ella.

—Las de la sopa Bon Vivant también.

Esto me dejó debidamente impresionada. La idea de encontrarme en compañía de un hombre que hacía fotografías para el *Journal* (incluso de algo tan soso como una sopa) era emocionante.

—La semana que viene voy a verme con un tipo para hacer fotos de moda —dijo—. Ahí es donde está el dinero.

—Y las chicas —añadió Rebecca con tono picarón.

Él había terminado su cerveza. A su espalda, el pub era un remolino de gente. Gente que giraba como si estuviera en un tiovivo. El ruido de las conversaciones era ensordecedor. Tom arrastró su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Lo mismo —dijo, señalando mi copa. Fue más una afirmación que una pregunta. Con todo, la ginebra no me parecía ni la mitad de asquerosa que al principio. Puede que hasta llegue a gustarme.

Mientras Tom se ausentaba, aproveché la oportunidad para retocarme el maquillaje. El rostro que me devolvió la mirada desde el espejo de mi polvera no era tan horrendo en realidad. Abrí la boca y estiré los labios formando una amplia «o» y me los repasé con el pintalabios. Al cerrar la polvera, vi que uno de los hombres de la mesa vecina me estaba mirando. Rebecca le lanzó una mirada altiva y él desvió la vista.

Tom reapareció con las bebidas. Se acomodó y le echó un buen trago a su cerveza, dejándose un gusano de espuma en el labio superior, que se lamió con la punta de la lengua, la cual se demoró un instante en la comisura de su boca antes de batirse en retirada como un ratón asustado. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una seriedad inusitada.

—Bueno —dijo—, ¿y cómo es él?

Sabía de sobra a quién se refería, pero me hice la tonta.

—¿Quién?

—Braithwaite —dijo—. El gran Collins Braithwaite.

Sentí un bajón, como si nuestra conversación hasta ese momento hubiese sido un mero preámbulo; como si aquel fuera el verdadero motivo por el que me había invitado a tomar una copa.

—¿Por qué lo preguntas?

Tom explicó que se cruzaba a menudo con Braithwaite por el barrio.

—Un tipo curioso —dijo—. Cuentan toda clase de historias sobre él.

—¿Como cuáles?

Encogió los hombros otra vez.

—Ya sabes, las historias de siempre: chicas, fiestas, drogas.

Rebecca hizo una mueca, como si a ella esas cosas no le interesaran lo más mínimo.

—Si tanto te fascina, ¿por qué no vas a verlo en persona? —dijo.

Tom bajó la mirada hacia su pinta. Empezó a farfullar algo, pero su voz se apagó, y dejó la frase a medias. Echó otro trago.

—¿Perdona? —dijo Rebecca.

—Bueno —dijo él—. En realidad no tengo ningún motivo para ir a verlo.

—¿Te refieres a que no estás loco como yo?

—Bueno, en realidad tú no estás loca, ¿verdad? Es decir, no eres una loca auténtica —dijo—. Me refiero a que, hoy por hoy, se supone que sentarse y contarle tus sueños a algún loquero es lo más. Sobre todo si el loquero es Braithwaite.

—Él no cree en todas esas chorradas sobre los sueños —dije. Por alguna razón sentí la necesidad de defenderlo.

—No me digas. —Estaba ansioso de conseguir más información—. ¿Y en qué cree entonces?

—No sabría decirte. Pero lo que sí sé es que no se parece a nadie que haya conocido hasta ahora. —Me fastidiaba que este giro de la conversación hubiese estropeado el ambiente de camaradería entre nosotros. Di un sorbo a mi ginebra—. Pareces más interesado en él que en mí.

—De ninguna manera —dijo—. No podría estar más interesado en ti, Rebecca.

Encendí un cigarrillo y le exhalé un bocanada de humo a la cara.

Cayó otra ronda. Al parecer, Tom había decidido que era más prudente caminar sobre terreno seguro y hablar de las cosas que había fotografiado. Estas incluían aspiradoras, cuberterías y calentadores de gas. Lo del calentador había sido un encargo peliagudo, me contó. Era difícil conseguir que un calentador resultase atractivo a la vista. Para entonces, ya me estaba empezando a costar concentrarme. Era difícil acordarse de ser Rebecca. Requería un esfuerzo mucho mayor ser Rebecca que ser yo misma. Pero de haber dependido de mí, para empezar no habría estado allí. Aquello era lo que hacía la gente. Se sentaba en un pub a beber cerveza y ginebra y a escucharse hablar los unos a los otros. Fingían interés y luego se tomaban su propio turno para hablar. Costaba entender la utilidad de todo aquello. Estaba convencida de que los peones no tenían el menor interés en lo que sus compañeros tenían que decir. Solo estaban allí para ahogarse en cerveza, y aun así se sentían en la obligación de representar algo parecido a una conversación. En la mesa vecina, la plática era una mera justa entre dos jóvenes para ganarse el favor de la chica que estaba sentada entre ellos, como el premio en una rifa parroquial. El hombre que ocupaba la mesa junto a la puerta seguía allí con su periódico. Llevaba todo este tiempo sentado en silencio delante de la misma jarra de cerveza. Lo envidié.

Había perdido el hilo de lo que Tom estaba diciendo. Lo miré. Su boca continuaba moviéndose,

pero el escándalo reinante se tragaba sus palabras. Decidí que necesitaba usar el tocador y me puse de pie. Tom señaló una puerta que había en el otro extremo del pub. Me moví con pasos inestables, como si hubiese recibido un golpe en la cabeza. Y tenía la misma sensación de embotamiento. En muchas ocasiones había visto a hombres tambaleándose de un lado a otro de la acera en las calles de los alrededores del Soho. Siempre había dado por supuesto que no estaban borrachos en realidad y que, por alguna razón, solo fingían estarlo. Era evidente que me equivocaba, porque allí estaba yo, en ese momento, cruzando a bandazos el establecimiento precisamente de la misma manera. Para mi espanto, me di cuenta de que estaba ebria.

Me las apañé para abrir la puerta del aseo de señoras de un empujón. Había un único cubículo y un pequeño lavabo. Creí que me iba a desmayar y busqué apoyo contra la pared. Entonces noté una arcada y me vomité al instante encima de la blusa. No era nada del otro mundo. Un poco de bilis amarillenta y los restos del panecillo que me había comido a la fuerza en el salón de té de la señora Clay. Me agarré al lavabo. Había una toalla pequeña colgada de un gancho. Mientras me felicitaba por mi claridad mental, la humedecí bajo el grifo y empecé a frotarme la blusa. Los trozos de panecillo no plantearon mayor problema, pero solo conseguí embadurnar aún más la tela con la baba. La blusa, por la que había pagado una libra y quince peniques, no tendría remedio. Entonces sentí una segunda arcada y otra andanada de vómito ascendió hasta mi boca. Me tragué lo que pude, pero eso solo me provocó más espasmos. Cuando entró la marimacho de la mesa de al lado, yo estaba doblada sobre el lavabo con un hilo de baba colgándome de la boca. Intervino con una profesionalidad encomiable. Mi novio, me explicó, le había pedido que se acercase a comprobar si me encontraba bien, puesto que estaba tardando demasiado. A pesar del abyecto estado en el que me encontraba, me emocionó que se refiriera a Tom como mi novio. Me incorporó y me limpió la boca con la toalla. «Te has puesto hecha unos zorros», me dijo. Yo asentí compungida y me eché a llorar. La chica me dijo que no era para tanto. Esas cosas pasaban en las mejores familias. Me quedé quieta como una niña obediente mientras ella me desabrochaba la blusa y me pedía que me la quitara. Luego la volvió del revés y me pidió que me la pusiera de nuevo. Nos costó lo suyo abrocharla por el interior. «Los hombres nunca se fijan en estas cosas», dijo. Me apartó el pelo de la cara y me dijo que no pasaba nada. Me reprendí a mí misma por los malos pensamientos que había tenido antes sobre ella. Me condujo de vuelta a través del pub, cogiéndome de la mano. Tom preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, pero que era tarde y que estaba lista para volver a casa. Apuró su cerveza y me condujo a través del atestado pub sujetándome del codo. Después de meterme en un taxi, salió corriendo detrás del vehículo y golpeó la ventanilla. El conductor se detuvo. Conseguí bajar el cristal con cierta dificultad. Se había olvidado de pedirme mi número de teléfono. Yo se lo di muy obediente. Esta Rebecca, reflexioné, debe ser la leche.

---

[7] Referencia a uno de los versos de *Oda a un ruiseñor* del poeta John Keats (1795-1821), *«I have been half in love with easful Death»*. *(N. de la T.)*

Braithwaite II:
Oxford

Fue durante su segunda temporada en Oxford cuando el personaje de «Collins Braithwaite» nació como tal. Con veintiocho años cumplidos, Braithwaite era más mayor y tenía más mundo que la mayoría de los alumnos. Había vivido en Francia, visto un poco de mundo y, lo que era aún más importante, podía tirar de sus experiencias en Netley. Había dejado de sentir la necesidad de encajar con aquellos compañeros suyos provenientes de instituciones privadas y, más bien al contrario, exageró su cerrado acento norteño y sus bastos modales. Aquella fue la época en la que desarrolló la curiosa dicción que tanto daría que hablar más tarde. Cuando presentaba sus trabajos o leía un texto en voz alta, daba énfasis a las palabras menos importantes, típicamente a las preposiciones o a los artículos, antes de hacer una larga pausa. «Las oraciones —haría notar uno de sus tutores— se tambaleaban de sintagma en sintagma como un borracho por un pasillo.» El efecto era «cómico y fascinante a la vez». Por supuesto, era pura afectación: solo con alterar su forma de hablar, Braithwaite había hallado una manera de cautivar a quienes lo escuchaban. La Psicología aún se consideraba, junto con la Literatura Inglesa, una asignatura «blanda», y la mayoría de quienes la estudiaban eran mujeres. Braithwaite sacó el máximo provecho de su nuevo poder de seducción. Las convenciones y valores morales de la posguerra empezaban a relajarse y las estudiantes de Oxford tomaban distancia poco a poco de las ideas que sus padres tenían sobre el sexo y la clase social.

Desde el comienzo, Braithwaite se halló en el centro de todo. No tenía que complicarse la vida para cortejar a las chicas, ya que la licencia que le proporcionaba la novedad de ser del norte y de clase obrera le valía para saltarse los rituales de cortejo tradicionales. Sara Chisholm, que con el tiempo se convertiría en una productora de éxito en la radio de la BBC, fue una de tantas que sucumbió a sus cuestionables encantos. «En general se mostraba distante y displicente con las mujeres —me contó—, pero eso solo conseguía intensificar de alguna manera su atractivo.»[8] Al final de una fiesta particularmente salvaje que se celebró en el alojamiento de un compañero del círculo de Braithwaite, este la invitó a que regresara con él a su habitación para follar. «Yo ni siquiera había escuchado a nadie pronunciar esta palabra en voz alta en mi vida —recuerda Sara—, pero me fui con él, por supuesto. En aquel momento me pareció liberador. Te desafiaba a que demostraras que

estabas por encima de todas aquellas sandeces de clase media que nos habían enseñado nuestros padres sobre las relaciones. Luego te dejaba bien claro que le importabas un comino, pero volvías a él una y otra vez porque sabías que había un montón de otras chicas que estaban deseando meterse en su cama.» Confiesa que él, además, sabía cómo complacer sexualmente a una mujer. Con él no sentía la frustrante timidez que había experimentado con jóvenes de ambientes oxonienses más convencionales.

Sara Chisholm estuvo viéndose con Braithwaite de manera intermitente durante un año aproximadamente, aunque ellos nunca se consideraron pareja. En retrospectiva, piensa que fue una relación casi abusiva, pero que en aquel momento ella estaba embelesada. «Todo el mundo, hombres y mujeres, quería estar en su órbita como fuera.»

Cada dos domingos, Braithwaite celebraba una reunión en sus habitaciones. El Club Wagstaff tomaba su nombre del personaje que interpreta Groucho Marx en *Plumas de caballo,* el cual, después de ser nombrado director del Huxley College, canta la canción *Sea lo que sea estoy en contra* mientras satiriza a los decanos miembros del claustro de la facultad. Cada reunión del club acababa con una caótica interpretación de la canción por parte de Braithwaite y quienesquiera que siguieran conscientes. El título resume de manera fiel su postura intelectual, que era, en esencia, destructiva y antagonista. Fuera cual fuera el argumento que planteara uno de sus adversarios, Braithwaite adoptaba una postura opuesta o más extremista. Y no tenía ningún reparo en contradecirse de una semana para otra. Por lo tanto, nadie supo nunca en lo que creía en realidad. Y lo cierto es que no creía en nada. Lo único en lo que merecía la pena creer, solía decir, era en el aquí y en el ahora, y eso era, por su propia naturaleza, transitorio: la existencia tenía que ser reconocida como efímera y carente de sentido. Todo lo demás era engañarse a uno mismo.

Cada reunión del Club Wagstaff se estructuraba en torno a un texto propuesto por Braithwaite. Acudían estudiantes de variedad de disciplinas e, incluso, algunos miembros jóvenes del profesorado. Las lecturas eran piezas de filosofía, literatura o psicología, dependiendo de la materia por la que le hubiera dado a Braithwaite en ese momento. Se consumían cantidades ingentes de cerveza y de whisky, y el debate se alargaba hasta bien entrada la madrugada. Braithwaite leía pasajes en voz alta antes de dar pie a las intervenciones. Asistían hombres y mujeres, pero, según Sara Chisholm, las chicas estaban allí para asentir a todo con entusiasmo y no se esperaba de ellas que expresaran en voz alta su propia opinión. Braithwaite hacía como que escuchaba con paciencia el resto de puntos de vista, antes de pronunciar un veredicto que, de manera invariable, era adoptado como la visión ortodoxa. Los asistentes evaluaban el éxito de sus contribuciones personales en la medida en la que estas se alineaban con las de Braithwaite. En palabras de Chisholm «era todo bastante patético».

A pesar de estas tertulias, todo apunta a que Braithwaite tuvo pocos amigos íntimos. La persona más próxima a él fue Stuart Macadam, hijo de un médico de Dunfermline y estudiante de Literatura Inglesa, que fue la única persona a la que Braithwaite demostró respetar nunca. Macadam publicaría más adelante dos novelas (la primera de las cuales, *Una vida enclaustrada,* incorpora un personaje claramente inspirado en su amigo) antes de formar parte del claustro de la universidad de St

Andrews. Al igual que Sara Chisholm, abriga sentimientos encontrados acerca de su relación con Braithwaite. Lo visité en su casa de Anstruther en febrero de 2020. «Era un abusón, desde luego —recordó—. Nos sacaba varios años a todos los demás y se aprovechaba de ello. Pero si te pedía tu opinión sobre algo, hacía que te sintieras como uno de los elegidos. No le gustaba que le llevaran la contraria, pero si tenías la valentía de contradecirlo, te respetaba por ello.» En una ocasión, después de una sesión dominical nocturna particularmente larga y dolorosa, Braithwaite estaba despotricando contra la tradición amanerada, a su parecer, de los poetas románticos ingleses. La reacción de Macadam fue ponerse de pie y recitar medio borracho algunos versos del *Canto a los hombres de Inglaterra,* de Shelley. Cuando su representación se fue apagando, hubo una pausa, y entonces Braithwaite se levantó y cruzó la estancia tambaleándose hacia él. Macadam no sabía si lo iba a abrazar o a darle un puñetazo. En su lugar, le rodeó el cuello como en una suerte de llave de cabeza, que podía interpretarse como una agresión o como una muestra de afecto. Era un gesto típico de Braithwaite: con él uno nunca sabía a qué atenerse, pero si percibía debilidad, estabas perdido.

En lo que atañe a su relación con las mujeres, Macadam tiene una palabra para describirlo: desvergonzado. «Decía cosas que nadie más hubiera osado decir, la clase de cosas con las que un tipo se llevaría de costumbre un bofetón en la cara. Pero siempre salía indemne. Es más, las mujeres, o al menos cierto número de ellas, se quedaban prendadas de él.» Y si alguien lo rechazaba, se lo tomaba a broma y centraba su atención en otra parte. Macadam reconoce haber sentido cierta envidia del poder que ejercía Braithwaite sobre el sexo opuesto, pero nunca tuvo valor para discutir sus métodos. En sus memorias, Braithwaite explica el tipo de feminismo nada convencional en el que creía: «Las mujeres no quieren que las *traten* como a iguales; *son* iguales; de hecho, son mejores que nosotros en muchos aspectos. Merecen que se las trate con la misma sinceridad que a los hombres. Si quieres un helado, no pidas un plátano. Si quieres follarte a una persona, ¿para qué invitarla a una lectura de poesía?».

No obstante, parece que hubo una excepción a este credo tan brutal. Alice Trevelyan era la hija de Andrew Trevelyan, el abogado londinense que tiempo después defendería con éxito a Iain Stott en el juicio por obscenidad que se celebró contra la revista radical *Red Rooster* en 1962. Era una muchacha guapa y muy brillante, siempre entre las primeras de su clase en el colegio St Paul's de Hammersmith para señoritas. En Oxford estudiaba Literatura Inglesa, la asignatura por la que se decantaban aquellas estudiantes que nunca iban a tener ninguna necesidad de ganarse la vida. Era una chica sincera y soñadora con debilidad por Keats, por *La Reina Hada,* de Spenser, y por los pintores prerrafaelitas. Macadam se la presentó a Braithwaite una tarde soleada en los campos del Balliol College y reparó con sorpresa en que Braithwaite la trataba con un civismo desacostumbrado, llegando incluso a interesarse por su procedencia y sus estudios. Su bravuconería habitual brillaba por su ausencia. Macadam tuvo que marcharse para acudir a una tutoría y se llevó una sorpresa cuando, al regresar una hora más tarde, se encontró con que la pareja seguía enfrascada en una conversación. Jamás había visto a Braithwaite comportarse de manera tan solícita con alguien. Incluso parecía haber suavizado su característico tono bronco y asentía con seriedad mientras Alice le hablaba de su

infancia en Londres y en Cornwall, donde su familia tenía una segunda vivienda. Al principio, Macadam encontró esto de lo más divertido. La bestia salvaje había sido domeñada por la clase de chica privilegiada a la que, en condiciones normales, se habría propuesto ofender o espantar con alguno de sus zafios despliegues. Cuando se lo hizo notar en tono jocoso, Braithwaite desechó sus comentarios diciendo que Alice «no era más que una zagala». Con el tiempo, no obstante, Macadam se arrepentiría profundamente de haberlos presentado.

Durante Trinity de 1955, Braithwaite y Alice salían juntos a menudo a pasear o a compartir un almuerzo de queso, pan y encurtidos. Él se comportaba con una caballerosidad intachable. Alice nunca recibió una invitación para asistir al Club Wagstaff. Está claro que Braithwaite no podía conciliar las identidades tan opuestas que adoptaba para cada una de estas facetas de su vida. Durante el verano de ese año, Braithwaite pasó incluso una semana en la propiedad que tenían los Trevelyan cerca de Truro, donde él y Alice dormirían en habitaciones separadas y él se mostraría respetuoso con los padres de Alice y también con su hermano pequeño, Anthony, con quien jugaría al tenis y hablaría sobre poesía. En resumen, hizo lo imposible por ganarse el favor de la familia. En otoño, de vuelta en la universidad, Braithwaite se llevó a Alice de senderismo por los páramos de North York durante un fin de semana. Curiosamente, se alojaron en el Buck Inn —el mismo pub que George Braithwaite había visitado el día de su suicidio— y fue allí donde por fin se consumó la relación. No hubo propuesta de matrimonio de por medio, pero seguro que Alice pensó que era precisamente a eso a lo que conduciría el cortejo de Braithwaite. Aunque las convenciones sexuales empezaban a relajarse, una vasta mayoría de mujeres seguía siendo virgen la noche de bodas o solo había tenido relaciones con su prometido. Después de la excursión a los páramos, sin embargo, la pasión de Braithwaite se enfrió. Le dijo a Alice que no tenía intención de casarse ni con ella ni con nadie. Y que jamás le había dado motivos para que creyese lo contrario. Alice se sintió humillada. Esa Nochebuena, en la casa familiar de Londres, se tomó una cantidad considerable de pastillas. Fue, todo hay que decirlo, un intento desganado de suicidio que requirió poco más de dos días de recuperación en el hospital. Pero Braithwaite había convertido a Andrew Trevelyan en su primer enemigo poderoso.

Aunque en *Mi Yo y otros extraños* Braithwaite dedica a los años que pasó en Oxford más de cuarenta páginas, en buena parte narrando sus proezas sexuales, Alice Trevelyan no mereció ni una sola mención. Ella no sufrió daños permanentes y se casó con un joven abogado llamado Fredrick Drummond en 1960. La pareja tuvo cuatro hijos y siguió casada hasta la muerte de ella en 2016. En cuanto al comportamiento de Braithwaite, resultaría tentador a la par que harto sencillo buscarle una explicación pseudo-psicoanalítica. Dicho análisis haría hincapié en el hecho de que Alice se llamase igual que su madre y en que, hasta cierto punto, se parecía a ella, tanto en el físico como en la personalidad. O bien Braithwaite quería follarse a su madre, al más puro estilo edípico, o bien buscaba, de manera inconsciente, castigarla por haberlo abandonado de niño. Es probable, sin embargo, que el verdadero motivo sea más censurable. Cuando Stuart Macadam se enteró de lo que Alice había hecho, fue a ver a Braithwaite para consolarlo. La respuesta de su amigo lo dejó helado:

«Es el no va más, ¿verdad?, que una chica intente diñarla por ti». Macadam todavía recuerda la malicia con la que pronunció ese veredicto. Desde ese momento, hizo cuanto estuvo en su mano para distanciarse de Braithwaite, aunque no tuvo el coraje de acabar con la relación de manera explícita.

Braithwaite se graduó el primero de su promoción en 1956. No asistió a la ceremonia de graduación y se preocupó de dejarle claro a cualquiera que quisiera escucharlo que no otorgaba ningún valor a aquellas fanfarrias y que había trabajado lo justo. Pura impostura. El doctor George Humphrey, por entonces profesor de Psicología, había reconocido el talento de Braithwaite hacía tiempo. Era la aversión de Braithwaite a la autoridad y a la sabiduría adquirida la que precisamente lo hacía destacar entre sus compañeros. A pesar de su visceral iconoclasia, tenía la capacidad de pensar cosas que nadie más estaba pensando. «Sin lugar a duda —escribió el profesor Humphrey— fue el estudiante mejor dotado con el que me crucé en los nueve años que estuve al frente del departamento.» Él fue quien convenció a Braithwaite para que continuara con sus estudios. El hecho de que Braithwaite escogiera quedarse tres años más en el estirado ambiente de Oxford quizá resulte incongruente. En sus propias memorias pasa por alto la decisión sin el menor comentario. Pero lo cierto es que su título le servía de poco, no tenía dinero y Oxford le proporcionaba algo semejante a un hogar. En el campus era un peso pesado. La gente lo respetaba y no eran pocas las chicas que estaban dispuestas a acostarse con él.

En la misma semana de mayo de ese año tuvieron lugar dos grandes hitos: el estreno de *Mirando hacia atrás con ira,* de John Osborne, en el teatro Royal Court de Londres, y la publicación de *El desplazado,* ese profundo análisis de la literatura existencialista francesa obra de Colin Wilson. Osborne pertenecía a una familia londinense de clase media y se había criado en Surrey. Wilson, de veintiséis años, procedía de la clase obrera de Leicester y, después de trabajar en varios empleos sin porvenir, había escrito *El desplazado* en la sala de lectura de la Biblioteca Británica mientras, según dicen, dormía al raso en Hampstead Heath. Osborne y Wilson no se conocían, pero por cortesía de un titular del *Daily Express,* había nacido la era de los Jóvenes Airados. A ambos se los elogiaba por ser la voz de la generación de la posguerra. A esto le siguió un aluvión de obras, tanto literarias como cinematográficas, que retrataban la vida en el norte de Inglaterra y que estaban firmadas por autores de clase trabajadora como John Braine, Alan Sillitoe, Stan Barstow y (la única joven airada) Shelagh Delaney. Independientemente de lo mucho o poco que tuvieran en común los escritores agrupados al tuntún bajo este gran titular, es indudable que el movimiento constituyó un asalto a las arraigadas tradiciones de la cultura británica.

Tanto *Mirando hacia atrás con ira* como *El desplazado* tuvieron un impacto considerable en Braithwaite. En sus memorias comenta su lectura de *El desplazado:* «Estaba claro que lo que tenía en las manos era, a pesar de sus defectos, electrificante». De inmediato escribió a Wilson y le preguntó si podían reunirse. Wilson, que no tuvo reparos a la hora de autoproclamarse «el pensador más importante de la era», aceptó.

Dos semanas después, Braithwaite hizo autoestop hasta Londres y los dos hombres se reunieron en

el pub Three Greyhounds de Greek Street, en el Soho. Allí presentes se encontraban, además, el amigo de Wilson, Bill Hopkins, y Edward Seers, editor en Methuen. Wilson se había acostumbrado a que le hicieran la corte y esperaba la debida deferencia por parte de un mero graduado de Oxford. Tras un breve preámbulo en el que se intercambiaron apretones de manos y se pidió una ronda de bebidas, Braithwaite se lanzó a una crítica de la obra de Wilson, al que acusó de ser esclavo de nebulosas ideas sobre la espiritualidad y un concepto trasnochado de la moralidad. Lejos de ser un desplazado, Wilson no hacía en realidad otra cosa que reforzar modelos de pensamiento ya establecidos. Cualquier admiración que hubiera sentido hacia el libro de Wilson, o hacia Wilson en persona, se vio eclipsada por completo en aquel momento por su necesidad de erigirse como macho dominante del grupo. Cuentan que Wilson lo observó fijamente unos momentos, evaluando a su oponente. «¿Y me ha traído usted una copia de su libro?», preguntó. Braithwaite le soltó con toda su fanfarronería que, cuando escribiese un libro, este sería endemoniadamente mejor que *El desplazado*. Hopkins intervino entonces ofreciéndose a pedir una segunda ronda de bebidas. La sesión se prolongó unas horas y, siempre que se tratara de temas no controvertidos, la conversación fluyó de manera distendida, aunque la rivalidad intelectual estuvo en todo momento a flor de piel. Al final, no obstante, Wilson acusó a Braithwaite de no ser más que un nihilista obsesionado con la destrucción. Braithwaite replicó que quizá él fuera un nihilista, pero que eso era mejor que ser una solterona gruñona como Wilson. Este le dijo entonces a Braithwaite que se fuera a tomar por culo a Oxford. Braithwaite lo agarró de las solapas, derramando varias pintas de cerveza en el proceso, pero los separaron antes de que empezaran a propinarse puñetazos, y a Braithwaite lo echaron del local. Se le pudo escuchar insultándolos a gritos desde la calle, llamándolos «chulos londinenses de pacotilla». Años más tarde, Wilson se cobró su venganza en una reseña que publicó sobre *Antiterapia* en el *Observer,* tildándola (entre otras cosas) de «invectiva degenerada de una mente de tercera».

Durante su estancia en Londres, Braithwaite fue a ver la obra teatral de Osborne en el teatro Royal Court de Sloane Square y, aunque la política nunca le había interesado demasiado, reconoció algo de sí mismo en el protagonista de la pieza, el arrogante e intimidatorio Jimmy Porter. Pero más importante aún fue que aquello marcó en él el comienzo de una auténtica fascinación por los escenarios y por las personas que los habitaban: los actores. Durante su infancia en Darlington, el teatro no había formado parte del panorama familiar, mientras que en Oxford, los círculos dramáticos eran domino exclusivo del tipo de diletantes de alta clase media que él despreciaba. A sus ojos, todo aquel tinglado era pura afectación. No obstante, en *Mirando hacia atrás con ira* descubrió un teatro de carácter visceral y conectado con un mundo reconocible. Después de la representación, divisó a Kenneth Haigh, el encargado de interpretar a Jimmy Porter, en un pub de los alrededores, el Fox and Hounds. «Quedé fascinado —escribiría más tarde—. Media hora antes había estado viéndolo despotricar sobre el escenario, *siendo* Jimmy Porter. Y, sin embargo, allí estaba ahora, hablando en tono afable con un acento que pude reconocer [Haigh era de Mexbourough, en South Yorkshire]. Me pregunté cuál de las dos representaciones era más real.»

Braithwaite regresó a Oxford revitalizado. Su doloroso encuentro con Colin Wilson no le había

afectado. Él se alimentaba del conflicto, y la buena o mala opinión que pudieran tener los demás de él le daba absolutamente igual. Tenía la sensación de que algo empezaba a cambiar en Gran Bretaña, que la cultura ya no estaba tan subyugada por las ideas tradicionales; que el sistema de clases perdía rigidez; en resumen, que al humilde pero brillante muchacho del norte con ideas por encima de su clase le había llegado su momento. Sin embargo, el ambiente de agitación que hallara en Londres no había llegado todavía a Oxford, y el ambiente retrógrado y la demografía inmutable del cuerpo estudiantil empezaron a desazonarle. El Club Wagstaff era cosa del pasado. A Braithwaite ya no le interesaba contar con un cenáculo de acólitos aduladores. Tenía la cabeza en otra parte y, cada pocas semanas, viajaba a Londres haciendo autoestop y dormía en el suelo de la diminuta habitación amueblada que Stuart Macadam tenía alquilada en Kensington. Macadam estaba trabajando en una librería de Charing Cross Road mientras escribía su primera novela. Según él, Braithwaite se presentaba sin avisar, a menudo borracho, y luego protestaba porque Macadam no tenía cerveza para él. Acababa con cualesquiera víveres que hubiera en la habitación y luego se negaba a recoger su porquería. Si Macadam tenía que trabajar, le daba su llave a Braithwaite para que este pudiera entrar y salir a su gusto. En más de una ocasión se quedó en la calle al volver del trabajo porque Braithwaite estaba en su cama con una chica. Cuando Macadam le expresó sus quejas, Braithwaite se limitó a sugerirle que se hiciera una copia de la llave. Al final, Macadam no tuvo más remedio que mudarse a otro agujero. Pasó años viviendo con el temor de toparse con su antiguo amigo, pero no volvió a verlo nunca más. «Es evidente que encontró a otro grupo de gente lo bastante estúpida como para soportarlo», dijo.

La única persona dispuesta a tolerar a Braithwaite en esta época fue Zelda Ogilvie, la hija de un matrimonio de maestros de clase media, Robert «Rab» Ogilvie y Diane Ogilvie (Carmichael de soltera). Aparte de su dedicación como maestro, Rab era un poeta de segunda que había publicado tres panfletos en la década de 1920 y cuyo poema *Aquestas tierras abominadas* fue bien recibido por Hugh MacDiarmid[9] y se convirtió en una especie de grito de guerra para el por entonces emergente movimiento nacionalista escocés. Diane era una acuarelista decente, además de miembro del Club Artístico de Edimburgo, donde exponía con frecuencia. Las paredes de la casa familiar en Morningside estaban decoradas con numerosas muestras de su obra. Una vez al mes, la pareja celebraba una velada a la que invitaban a artistas, escritores y estudiantes. Un ambiente nada convencional en el que a Zelda se la alentó a desarrollar sus propios intereses artísticos y creativos. Era hija única y fantaseaba con un hermano imaginario llamado Zeno, con quien mantenía frecuentes y sesudas conversaciones. En las comidas solo consumía la mitad de su ración, dejando la otra para Zeno. Su madre abordó esta cuestión disponiendo un sitio en la mesa para Zeno e incluyéndolo en las conversaciones. Zelda se puso celosa y a las pocas semanas anunció que ya no hacía falta reservar un sitio para Zeno porque había muerto de neumonía. Tenía siete años.

Zelda entró en Oxford en 1954 para estudiar Historia del Arte. Vestía de manera excéntrica, con chaquetas de *tweed* de hombre varias tallas más grandes, pantalones de golf y, en ocasiones, incluso monóculo. No usaba maquillaje y llevaba un corte de pelo muy masculino, rapado por las sienes y

por el cogote. Existía la creencia generalizada de que era lesbiana, pero, tal y como declaró para un periodista en 1988: «Ni siquiera lo caté. Siempre me han gustado los hombres». En 1956, el año que Braithwaite se embarcó en su doctorado, ella empezaba el último año de su licenciatura. Conocía a Braithwaite por su reputación y había asistido a las reuniones del Club Wagstaff en un par de ocasiones. «Me parecía un tipo insufrible —dijo—, y no lograba entender la atracción que parecía ejercer sobre la gente.» Cuando Braithwaite, como era inevitable que sucediera, le propuso que se acostase con él a su muy grosera y habitual manera, ella le dijo en términos igual de ordinarios por dónde podía meterse su invitación.

La negativa de Zelda no hizo sino intensificar el interés que Braithwaite sentía por ella. Con la astucia que más tarde emplearía de manera tan característica en muchas de las relaciones que mantuvo con sus clientes, escribió una serie de cartas a Zelda bajo el apodo de «Colin Arthur». No pretendía que las cartas fueran un engaño, sino apelar a alguien que, a su entender, estaba adoptando una identidad de manera consciente. En dichas cartas, *Colin* expresaba su admiración por la forma en la que Zelda había manejado las insinuaciones de «ese patán de Braithwaite». «Es un farsante, pero tú eres la única que parece que lo ha calado. ¡Alabo tu perspicacia!», escribió. Hacía tiempo que admiraba a Zelda —proseguía—, pero le había dado demasiada vergüenza presentarse. Las cartas llamaron la atención de Zelda, que aceptó reunirse con su correspondiente en el pub Three Goats Head de St Michael's Street.

Zelda se presentó con su atuendo habitual, al que sumó en esa ocasión unos quevedos y una boina. Braithwaite le explicó que Colin Arthur había tenido que ausentarse, pero que, en cualquier caso, ella se había salvado de milagro. Colin Arthur era un granuja del que había que desconfiar. Zelda lo miró altiva, ladeando la cabeza de una forma muy característica, patente en muchas de sus fotografías posteriores. Le explicó que todavía no había decidido si iba a acostarse con él. Braithwaite le preguntó si estaba en su mano ayudarla a decidirse.

—En absoluto —dijo Zelda—. Soy caprichosa.

—En ese caso, doy por hecho que lo harás tarde o temprano —contestó Braithwaite.

Zelda se encogió de hombros.

Braithwaite se levantó y pidió unas bebidas. Como el pub se oponía a servir una pinta de cerveza a una mujer, ella insistió en que él comprara dos medias pintas y le trajera una jarra de una pinta donde trasvasarlas. Pasaron la tarde conversando sobre diversos autores y artistas. Sus gustos eran dispares. A Zelda le encantaba Brueghel. Braithwaite no conocía su obra. Él hizo un alegato en defensa de Picasso en el que argumentaba que el pintor se reinventaba a sí mismo una y otra vez. Zelda arguyó que eso era solo porque no tenía ni una sola obra buena. Después intercambiaron historias sobre sus respectivas infancias. Braithwaite la llamó «pequeña burguesa escocesa». «Si no fuera por la burguesía —replicó Zelda—, vosotros los proletarios no tendríais a nadie a quien culpar de vuestra miseria salvo a vosotros mismos.»

La pareja se fue cada uno por su lado cuando el pub echó el cierre, pero Braithwaite se quedó prendado de Zelda como nunca lo había hecho de nadie hasta entonces. «Había conocido a un

montón de gente más lista que yo —escribiría después—, pero Zelda era la primera persona que se sabía más lista que yo.» En definitiva, era una persona a la que no se podía acosar, engatusar ni intimidar.

Volvieron a reunirse, en circunstancias similares, unas semanas después. Se aproximaba el final de Hilary, y Zelda le explicó que viajaría a Edimburgo a visitar a sus padres. Les preocupaba que «fuera lesbiana», y él le haría un favor si pasaba allí unos días y se hacía pasar por su novio. Braithwaite aceptó y viajó hasta allí en el tren de la Costa Este algunos días más tarde. Huelga decir que los Ogilvie, deseosos de hacer valer sus credenciales bohemias, insistieron en que la pareja compartiera dormitorio.

Las cosas siguieron de forma similar durante los tres años siguientes. La relación nunca fue exclusiva. Zelda evitaba de manera estudiada todo lo que pudiera sonar a rutina. A veces pasaban un domingo en las habitaciones de Braithwaite, leyendo y follando de manera intermitente. En ocasiones, hacían un viaje de fin de semana. Otras veces, pasaban semanas en las que apenas cruzaban media palabra. Podría entenderse que esta estudiada arbitrariedad constituía una rutina en sí misma, pero pese a la excentricidad del arreglo, este parecía convenir a ambas partes.

La tesis doctoral de Braithwaite, *Fantasmas y alucinaciones,* escrita durante este período, toma como punto de partida una disertación sobre el análisis del caso clínico de Anna O. que Josef Breuer llevó a cabo en 1895. Este capítulo introductorio tiene la picardía de llevar por título «Historia de O.», en honor a la novela erótica que Pauline Réage publicó en 1954 y que Braithwaite se había procurado durante un viaje a París (fue aficionado a la pornografía toda la vida). Según Breuer, Anna O. «se quejaba de la profunda oscuridad que reinaba dentro de su cabeza…, de tener dos yoes, su yo verdadero y un yo malo […]. Los dos estados de conciencia coexistían a la par: el estado primario, en el que la paciente se comportaba de manera del todo normal; y el "segundo" estado, que bien podría compararse con los sueños, dadas la abundancia de fantasmas y de alucinaciones, las grandes lagunas en su memoria y la ausencia de inhibición y de control sobre sus propios pensamientos. En este segundo estado la paciente estaba alienada».

Desde el punto de partida, Braithwaite disiente con la jerarquización que establece Breuer entre el primer y el segundo estado. «¿Quién puede asegurar —se pregunta— en cuál de los dos estados —que desde luego podría ser en ambos— está la paciente alienada?» El planteamiento de Breuer se fundamenta en el rechazo de «los fantasmas y las alucinaciones» de Anna, por considerarlas experiencias no válidas, y en la defensa, por contraposición, de ejercer «el control» sobre los pensamientos de uno mismo. Para Braithwaite, el estado secundario representado en el caso de Anna O. debería considerarse tan «real» como el estado primario. Mientras que para Breuer la situación podría describirse así: «Resulta complicado expresar la situación de otra manera que no sea afirmando que la paciente tenía dos personalidades, una de las cuales era psíquicamente normal y la otra estaba mentalmente enferma». Para Braithwaite, la solución al problema de Anna O. no pasaba por dejar que «la enfermedad siguiera su curso» hasta que la paciente se viera a sí misma como «una

personalidad única e indivisible», sino que radicaba, muy al contrario, en aceptar la idea de que una persona no es un yo único, sino un haz de identidades que deberían ser valoradas de manera equitativa. «No se espera de una madre que favorezca a uno de sus hijos por encima de los demás —escribe—. ¿Por qué entonces tendríamos que comportarnos de manera distinta con nuestros yoes?»

A continuación, toma ejemplos de la literatura del doble o *doppelgänger*. Hay una larga disertación sobre *El doble*, de Dostoyevski, donde, en esencia, viene a decir que si la historia se hubiese narrado desde el punto de vista contrario, el intruso sería el señor Golyadkin y no el «doble» que comparte su mismo nombre y aspecto físico. Es lo que ocurre con el yo, dice Braithwaite: nos ponemos de parte del que conocemos primero y rechazamos todos los demás como impostores.

Braithwaite desarrolla su argumento con una disquisición sobre el relato *William Wilson* que, en 1839, escribió Edgar Allan Poe. Este se ocupa de un hombre que arrastra desde su niñez la compañía de un personaje con quien comparte el mismo nombre, fecha de nacimiento y apariencia. Tras describir su infancia, el narrador relata cómo, para escapar de este doble, se sume en la perversidad. El doble se presenta a lo largo de toda la historia como una influencia moralizante que intenta refrenar la conducta abyecta del narrador. Existe una batalla constante entre ambos: «Wilson perseveró en sus intentos de dominarme, mientras yo perseveraba en mis intentos de controlarlo».

William Wilson acaba cuando el narrador se enfrenta a su doble y le clava una espada en el corazón. Pero no es al doble a quien ha atravesado, sino a sí mismo. Las últimas palabras de Wilson, y del relato, son: «He perdido. Pero de aquí en adelante tú también has muerto. Viviste en mí y, en mi muerte…, te has matado ¡a ti mismo!».

La tesis de Braithwaite es caótica, inconsistente, en ocasiones deslumbrante y con frecuencia desconcertante. La gama de referencias es ecléctica, reflejo de su amplio espectro de lecturas, pero este es parte del problema. Saca a colación a Sófocles, a Platón, a Freud y a Jung, pero nunca se involucra realmente con ninguno de los autores que cita. Sus palabras son meras baratijas de las que se vale Braithwaite para adornar sus argumentaciones. Rechaza las teorías de otros, pero se abstiene de proponer una sola alternativa sistemática propia. Toda ella viene a ser una especie de hoguera de ideas de otras personas (*Sea lo que sea, estoy en contra*). Y, aun así, contiene las semillas de todo lo que acabaría germinando en el libro que pronto lo haría famoso: *Mata a tu Yo*.

---

[8] Entrevista telefónica con el autor, 17 de enero de 2020.

[9] Hugh MacDiarmid, pseudónimo de Christopher Murray Grieve (1892-1978), fue un importante poeta escocés. Se lo considera uno de los padres del modernismo en Escocia y estuvo muy comprometido con el independentismo escocés. *(N. de la T.)*

El tercer cuaderno

Confieso que le he cogido el gusto a sentarme delante de mis cuadernos cada noche. Me han dado una razón de ser. Antes acompañaba a Padre en el salón; él con su crucigrama, yo con un libro o una revista. Aparte de la costumbre, no había otro motivo para hacerlo. Durante la cena agotábamos sin excepción todos los temas de conversación, pero si me retiraba a mi habitación, me asaltaba la sensación de estar abandonándolo en las garras de la señora Llewelyn. Durante los primeros días de ocupación, la señora Llewelyn me preguntó que cómo era posible que no tuviese una afición con la que entretenerme. Como es natural, su pregunta me pareció impertinente y así se lo dije.

Siempre he odiado los espantosos pasatiempos en los que se anima a las jovencitas a que desperdicien sus vidas. No me parece que pasar horas y horas forzando la vista sobre un bastidor de bordado pueda resultar de provecho para nadie. Es posible que coser o hacer punto sea una necesidad para las clases bajas, pero nosotros no somos pobres y no tengo ninguna necesidad de ir por ahí vestida con trapos caseros. Está el piano, por supuesto, pero desde que Veronica falleció no ha sido más que un ornamento. Todo el talento musical de nuestra familia se concentraba en sus dedos gordinflones. A Padre le encantaba escucharla tocar y me parece que con solo levantar la tapa me sentiría como si estuviese invocando su fantasma de la más cruel de las maneras. Así que pasaba las tardes en la butaca tapizada en tela brocada leyendo novelas sobre Mujeres Modernas e Independientes que mandan todo a tomar por saco a la primera señal de un posible matrimonio.

Hace mucho tiempo decidí que no me convertiría jamás en una Mujer Moderna e Independiente. Es que no entiendo esta manía que hay ahora por la libertad. Me da que todos estaríamos mucho mejor si aceptásemos lo que nos ha tocado en suerte vivir, en lugar de bregar para deshacernos de no sé qué cadenas imaginarias. Me doy cuenta de que no todo el mundo es tan afortunado como yo, pero esta lucha continua para conseguir cosas que están por encima de la categoría de cada uno no es más que una fórmula para alcanzar el descontento. Lo único que quiero es cuidar de mi padre y poder permitirme un abrigo o un par de medias nuevos de vez en cuando. Esto no quiere decir que, cuando salgo por ahí, a veces no sienta una punzada de envidia hacia quienes alcanzan el éxito de un plumazo, pero no todos podemos ser gente de primera. Es muchísimo mejor aceptar la porción de pastel que te haya tocado en la vida. Ni todos los bordados ni todos los pianofortes del mundo pueden cambiar el hecho de que lo máximo a lo que podemos aspirar la mayoría es a desesperar en silencio.

No siempre me he sentido así. Hubo un tiempo en el que me enfrentaba a la vida de manera optimista. Este bochornoso interludio ocurrió en los meses inmediatamente posteriores a mi vigésimo primer cumpleaños. Madre había muerto hacía seis años, y Veronica estaba conquistando

Cambridge. Una noche, durante la cena, Padre me dijo que no debía sacrificarme en su altar. Cuando le pregunté qué quería decir, me dijo que debía salir a ver mundo y no sentirme en la obligación de quedarme en casa velando por él; que esa no era vida para una jovencita, menos aún en esos tiempos de emaciación. Yo creo que quería decir «emancipación», pero no lo corregí. Y tampoco le dije que no tenía ninguna gana de «salir a ver mundo», que estaba muy contenta quedándome en casa y cuidando de él. Nadie le pone pegas a una mujer que se queda en casa para cuidar de su marido. ¿Por qué tendría que ser distinto si ese hombre fuera su padre? Pero yo sabía que él tenía razón. En las raras ocasiones en las que asistía a una reunión social, la gente cambiaba de tema cuando yo contaba lo que hacía o se me quedaba mirando como si no estuviera bien de la cabeza. La verdad es que tenía miedo. Tenía miedo de todo. Miraba a las mujeres que tenían un trabajo como si pertenecieran a otra especie. En su mundo, la gente Lograba Cosas, intercambiaba comentarios agudos entre copa y copa y mantenían relaciones extramaritales con toda la alegría del mundo. Lo mejor que he sacado de mi trabajo en la agencia del señor Brownlee es que me he dado cuenta de que el mundo laboral está poblado por bobos y tontainas igualitos que yo.

El asunto de «encontrar empleo» resultó ser mucho más simple de lo que yo había imaginado. Esperé hasta el lunes siguiente y, después de haber pasado el fin de semana físicamente enferma por los nervios, abandoné la casa a las ocho en punto de la mañana. Me compré un ejemplar del *Standard* y eché a andar en mi mejor traje y en mis mejores tacones, repitiendo para mis adentros mi nuevo mantra: «Soy una Mujer Moderna e Independiente. SOY una Mujer Moderna e Independiente». Para cuando llegué al Lyons de Elgin Avenue, casi había empezado a creérmelo. Pedí un servicio de té y pasé a las Ofertas de Empleo. Ni me había planteado qué clase de «empleo» podría solicitar. Era evidente que tendría que ser algo que no requiriese ni talento ni aptitud particular alguna, porque, aparte de la alta destreza en mecanografía que St Paul's imponía a sus pupilas menos capaces, yo tenía poco que ofrecer. No obstante, me propuse que esta escasez de credenciales no se interpusiera en mi camino y rodeé todos los anuncios para los que no quedaba descalificada de manera explícita. Como me había terminado el té, me repasé el lápiz de labios y procedí a acercarme a la cabina telefónica que había fuera, en la acera. Los tres primeros empleos por los que pregunté ni siquiera estaban vacantes. Cuando me contestaron lo mismo por cuarta vez, cuestioné con bastante retintín por qué seguía el anuncio en el periódico. Me informaron de que, aunque los anuncios se publicaban durante quince días, los puestos solían cubrirse en cuestión de horas. A pesar de esto, perseveré. Una Mujer Moderna e Independiente no puede dejarse abatir a las primeras de cambio, y unas cuantas llamadas después había conseguido concertar una entrevista para las 15:30 de esa misma tarde. El anuncio era escueto: «Agencia busca Chica Polivalente. Salario acorde con experiencia». No tenía ni idea de qué era una Chica Polivalente, pero como en el único empleo que había tenido hasta entonces había vendido zapatos para todo, me pareció una buena señal.

En el ínterin hasta la entrevista, no obstante, el ponte-en-marcha que había alimentado con tanta determinación se esfumó. Yo no era una Mujer Moderna e Independiente. Yo solo deseaba quedarme en casa, cuidando de mi papi, leyendo novelas y entreteniéndome delante del espejo de mi

dormitorio. Maldije a Emmeline Pankhurst y a su pandilla de Jezabeles por haberlo estropeado todo. Aun así, llegada la hora indicada, me presenté en las oficinas de Charles Brownlee, Agente Teatral, en Old Compton Street. Le di mi nombre a la medianamente atractiva recepcionista, que me pidió que tomara asiento junto a las otras dos candidatas; el señor Brownlee no tardaría en recibirme. Con la intención de levantarme la moral, que tenía ya casi por los suelos, procedí a hacer inventario de los puntos flacos de mis rivales. La primera era una mujer de mediana edad, con tobillos gordos y un cardenal nada estético en la espinilla. Su abrigo estaba deshilachado por el dobladillo, y la mujer estaba sentada con las rodillas separadas. La segunda aspirante se presentaba como una contrincante mucho más dura. Era una fresca de no más de dieciocho años; guapa y con el pelo largo, llevaba un jersey amarillo ajustado, botas blancas hasta la rodilla y una falda que en cualquier otra época se habría considerado una obscenidad. Me sonrió con condescendencia, convencida sin duda de que su grado de desnudez conquistaría al hasta ahora invisible señor Brownlee. Le devolví la sonrisa, armándome con una imagen mental del certificado de mecanografía que llevaba cuidadosamente plegado en el bolso.

Cuando llegó mi turno, tomé asiento delante del escritorio del señor Brownlee, con la espalda bien recta y las palmas de las manos descansando sobre mis rodillas. El señor Brownlee me observó unos momentos con una mirada no exenta de desaprobación. Calculé que podría rondar esa tierra de nadie de entre los cuarenta y tantos y los cincuenta y pocos. Iba vestido con un traje marrón de raya fina pasado de moda y una corbata de pala ancha con un estampado de máscaras griegas. Era de pelo ralo, peinado por encima de un escamoso cuero cabelludo. Tenía un bigote bien recortado, que, sumado a un cierto aire cándido, compensaba un poco el aspecto andrajoso de su atuendo. Aplastó su cigarrillo en un cenicero de peltre. La entrevista consistió en una única pregunta:

—¿Cree que podría hacer lo mismo que la señorita Evans? Es la joven con la que acaba de hablar ahí fuera; es que nos deja, ¿sabe usted?

—Pues depende de lo que haga, claro —contesté yo.

El señor Brownlee hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Una respuesta sensata, ¿señorita…?

Le recordé mi nombre.

—No sabe la cantidad de chicas que entran aquí y me aseguran que podrán hacer lo mismo que la señorita Evans antes incluso de que les explique lo que hace.

—Menuda imprudencia —repliqué con modestia.

—Y que lo diga.

—Y bien, ¿qué es lo que hace? —pregunté.

Las tareas enumeradas no se me antojaron demasiado arduas: responder al teléfono, mecanografiar correspondencia, recibir clientes, hacer recados. Saqué mi certificado de mecanografía y se lo pasé por encima del escritorio. Esto pareció impresionar mucho al señor Brownlee. Se encogió de hombros, como si en su fuero interno hubiera tomado una decisión, y dijo: «¿Podría empezar el viernes? Evans se casa el sábado. Ella puede ponerla al tanto de todo. ¿Le parecen bien seis libras a la semana?».

Entonces añadió: «No tiene pensado pasar por el altar en breve, ¿verdad?».

Le aseguré que no. Salió de detrás de su escritorio y nos estrechamos la mano, igual que Roosevelt y Churchill al llegar a un acuerdo.

Nunca había entendido la frase «caminar a paso ligero», pero mientras recorría Charing Cross Road lo hice. Sonreí a los viandantes. Pasé por delante de una cafetería. Nunca había estado en un establecimiento de esa clase, pero entré y me senté en una mesa junto a la cristalera. Pedí un capuchino. En la mesa de al lado, tres jóvenes de pelo alborotado y coderas en sus chaquetas estaban encorvados sobre un manuscrito. En otra, un caballero de aspecto distinguido leía un ejemplar del semanario sobre ocio y espectáculos *The Stage*. Quizá fuera crítico de teatro. Me sorprendió mientras lo observaba y, por primera vez en mi vida, no aparté la vista. Era la Chica Polivalente de Charles Brownlee, Agente Teatral. Estaba bebiendo un capuchino y pronto estaría ganando seis libras a la semana. Me había convertido, casi por azar, en una Mujer Moderna e Independiente. La camarera era una chica guapa con los ojos delineados con una gruesa capa de kohl. Se movía como si esperara que fueran a fotografiarla en cualquier momento. Di por supuesto que era una aspirante a actriz. Quizá una vez me hubiese consolidado en la agencia del señor Brownlee pudiese mover algunos hilos por ella, y años más tarde hablaría en sus memorias de lo eternamente agradecida que le estaba a la mujer que la descubrió en una cafetería de Charing Cross Road. El capuchino era todo espuma y costaba el doble que un servicio de té en el Lyons. Decidí, a pesar de mi inminente riqueza, no dejarme seducir nunca más por semejantes frivolidades.

Padre se puso tan contento cuando le di la noticia que me dio la impresión de que debía de haber pensado que era incapaz de conseguir nada semejante. Yo había esperado a servir la sopa antes de contárselo.

—Excelente, excelente —repetía sin cesar. Me miró desde el otro lado de la mesa, con la cuchara suspendida sobre el plato—. Estoy muy orgulloso de ti —dijo, como si yo fuera una retrasada.

—Es solo un estúpido empleo de recepcionista —dije—. Hasta un chimpancé podría hacerlo.

—Lo sé, pero ¿y qué? —dijo—. Vete a saber adónde te podría llevar.

Este comentario me ofendió bastante, pero recogí los platos de la sopa sin más y fui a la cocina a servir el guiso en conserva que había calentado.

La vida en la agencia del señor Brownlee resultó ser bastante menos glamurosa de lo que me había figurado. Mis días consistían en mecanografiar cartas y contratos, abrir la correspondencia, visitar la oficina de correos y escuchar con actitud comprensiva a la andrajosa clientela del señor Brownlee. Esta tropa variopinta se componía en su mayor parte de actores noveles, magos de medio pelo y cantantes de baladas cuyos días de gloria en los espectáculos de variedades hacía tiempo que habían pasado a mejor vida. El Gran Dando se dejaba caer todos los miércoles a las tres de la tarde. Se inclinaba sobre mi mesa, con su aliento apestando a whisky, y me sacaba un florín de detrás de la oreja, que hacía desaparecer y luego reaparecer en su otra mano. El truco le salía una de cada diez veces. En las otras nueve ocasiones, la moneda se le caía de la manga y él acababa buscándola a gatas por el suelo con dedos temblorosos. Fuera cual fuese el resultado, yo fingía asombro, puesto que no

entraba dentro de mis funciones socavar aún más su confianza. El Gran Dando se negaba a actuar en fiestas infantiles y, como estos eran los únicos encargos que el señor Brownlee podía ofrecerle, ejercía su oficio en los pubs a cambio de alguna que otra copa, a la que le invitaban por lástima o, más probablemente, con la intención de que se largara de una vez. En cuanto a mí, le cogí bastante cariño y aguardaba con ilusión sus visitas. Una vez, mientras él esperaba a que lo hiciera pasar al despacho del señor Brownlee, le pregunté cuál era su nombre de verdad. «Mi verdadero nombre —proclamó con majestuosidad— es El Gran Dando». Y para recalcar sus palabras se sacó un ramo de flores de plástico de la manga y me lo presentó con una leve reverencia. Cuando salió de su infructuosa audiencia con el señor Brownlee, me pidió que le devolviera las flores y las embutió con torpeza en el lugar del que habían salido. «Podrían expulsarme de la Asociación de Magos por eso», dijo a la vez que se daba unos golpecitos en un lado de la nariz. Le prometí que su secreto estaba a salvo. Entonces estrechó mis mejillas entre las palmas de sus manos y me dijo que era una buena chica.

Aparte de intentar colocar a gente como El Gran Dando y a los de su casta, el señor Brownlee hacía negocio sobre todo proporcionando chicas a varios clubes del Soho. Tres o cuatro veces a la semana se plantaba ante mi escritorio alguna chica —procedente, invariablemente, de alguna horrenda población del norte— que, tras dejar caer cual fardo su maleta a los pies, manifestaba ser una actriz en busca de trabajo. A menudo se presentaban provistas de cartas de recomendación de tal o cual compañía de repertorio o de reseñas del *La voz de Bradford* o cualquier otro periódico local al uso recortadas con esmero. Aunque él mismo era natural de Manchester, el señor Brownlee no tenía reparos en manifestar lo mucho que aborrecía a estas chicas. «Tobillos gruesos y acentos de vaca —solía declarar—. No puedo colocar a semejantes burras en la escena londinense.» A pesar de todo, era un maestro de la persuasión. «Es una auténtica pena que no te pasaras por aquí ayer —les decía, empezando con su discurso de siempre—, justo había un papel para el Old Vic que te habría venido como anillo al dedo. Seguro que surge otra cosa en nada, pero mientras tanto…» Y con esas despachaba a la pobre desgraciada a una dirección en Walker's Court, donde se rebajaba durante tanto tiempo como podía soportarlo, antes de darse cuenta de su error y regresar haciendo autoestop por la A1 en dirección norte para casarse con Billy, Dick o Arthur y mudarse al dormitorio de invitados del adosado de dos habitaciones de sus suegros. De esta patética rueda dependía el negocio del señor Brownlee. La rotación era rápida y había un goteo de chicas, en apariencia interminable, para mantenerlo en el mercado. Yo guardaba una caja de clínex en el cajón superior de mi escritorio.

Con todo, era la primera vez que tenía la sensación de haber encontrado mi lugar en el mundo. Ya no era invisible. Ganaba dinero con mi propio trabajo. Esto no quiere decir que floreciese y me convirtiera en un miembro normal y funcional de la sociedad, pero como los clientes del señor Brownlee eran todos, en mayor o menor grado, peculiares, yo encajaba.

Seguía pasando las noches en el salón acompañando a mi padre, pero empezaba a estar harta de las memeces que leía. Me parecía que no había motivo alguno por el que no pudiese aspirar a más, o al menos intentarlo. Empecé a escribir breves esbozos de los personajes con los que me cruzaba en el trabajo. Luego, estuve una semana entera subiendo a mi habitación después de cenar, donde, en un

cuaderno que me había comprado especialmente para ello, escribí el que se convertiría en mi único triunfo: *Una recepción agradable*. Mi heroína era Iris Chalmers, una recepcionista en una agencia teatral, y la historia ahondaba en sus relaciones con los hombres que frecuentaban la agencia. Empezaba así:

> Iris Chalmers no era de las que se conforman con menos. Su madre siempre le decía: «No dejes pasar de largo a tus plebeyos por esperar a tu caballero». Pero Iris no tenía intención de conformarse con un plebeyo. No, para Iris Chalmers o caballero o nada, y un día su caballero entró por la mismísima puerta de la oficina de Brownstone y Asociados: Agentes Teatrales, donde ella trabajaba. Se llamaba Ralph Constable. Era más que alto, más que rico y más que guapo. Solo había un problema: también estaba más que casado.

Escribí la historia en tres noches, enfrascada por completo en los dramas de Iris (siempre andaba metida en algún lío). La mecanografié en el trabajo, aprovechando los momentos de tranquilidad, con el cuaderno escondido en el regazo, no fuera que el señor Brownlee entrase de repente y me preguntara qué estaba haciendo. La envié a alguna revista y no tuve noticias en varias semanas. Casi la había olvidado cuando una tarde, al regresar a casa, me encontré en el mueble del recibidor un sobre dirigido al *nom de plume* que había escogido. Además del manuscrito, este contenía una carta manuscrita, con una historiada caligrafía, por una tal Patricia Evesham, en la que explicaba que, aunque mi historia tenía muchas posibilidades de agradar a las lectoras de *Woman's Journal* y estaba adecuadamente bien escrita, contenía ciertos aspectos que les impedía publicarla en su formato actual. No podían, proseguía, publicar una historia cuya heroína fuera capaz de embarcarse en una relación adúltera con tanta tranquilidad. Ahora bien, de estar dispuesta a realizar las enmiendas indicadas en el manuscrito, reconsiderarían su dictamen. «Adecuadamente bien escrita» era un elogio con el que jamás había soñado. Y lo que es más, me produjo una secreta emoción saber que mi heroína era demasiado depravada para las lectoras del *Journal*, y de inmediato me puse a trabajar en la reparación de mis errores. Ralph Constable pasó a ser un joven viudo. Iris fue despojada de aquellas inclinaciones impropias de una dama y de sus pensamientos desenfrenados. Si en algún momento tuve la sensación de estar comprometiendo de alguna manera mi «visión artística», esta se disipó tan pronto como la historia recibió la aprobación para ser publicada. Un cheque por valor de dos libras constituía una generosa compensación por mi integridad.

En las semanas posteriores, rellené más cuadernos con historias. Cuando saliera *Una recepción agradable,* seguro que me lloverían las ofertas, y tenía que estar preparada. Mi escritura, al menos eso creí, fue a mejor. Abandoné la prosa ampulosa de mi primer empeño en favor de un tono más comedido y literario. Me demoraba en los pasajes descriptivos, en lugar de saltar de una escena a otra de manera precipitada. Doté a mis protagonistas de una vida interior, con la esperanza de que alcanzaran cierto nivel de complejidad a ojos de los lectores. Me convencí a mí misma de que estaba destinada a ser la Nancy Mitford de mi generación.

El jueves que se publicó *Una recepción agradable* corrí hasta el quiosco de Charing Cross Road

para comprar un ejemplar de la revista. Me paré en la acera y pasé las páginas. Una ilustración bastante vulgar retrataba a Iris con una falda corta y las piernas cruzadas de manera provocativa debajo de su escritorio, que no era ni mucho menos como se la describía en la historia, pero ni siquiera esta licencia logró empañar la emoción de ver mis palabras impresas. Mientras estaba plantada en la acera, revista en mano, se me antojó inconcebible que los viandantes no fueran conscientes del hecho de que se encontraban en presencia de una celebrada autora. Volví a entrar en la tienda, un tanto desinflada, y compré otros tres ejemplares de la revista. El quiosquero no hizo comentario alguno, pero yo tuve la necesidad de justificarme. «Es que dentro viene una historia mía, ¿sabe usted?», dije. Él se encogió de hombros con indiferencia. «Aun así, son nueve chelines, monina.»

Por aquel entonces no lo sabía, pero ese resultó ser el cénit de mi carrera literaria. Durante los días posteriores esperé en vano la llegada de alguna carta de mis admiradores y de más ofertas para publicarme. La semana siguiente, un día a la hora del almuerzo, me acerqué a las oficinas del *Journal* en Russel Square. Una chica de unos veinte años me preguntó con tono alegre en qué podía ayudarme. Le expliqué la situación. A lo mejor habían escrito mal mi dirección, le dije. Hizo el paripé de revisar una pila de cartas, pero no había nada para mí. Sin desanimarme, pasé a máquina algunas de las historias que había escrito y las envié a varias revistas. Me fueron devueltas acompañadas de cartas de rechazo escritas en términos casi idénticos. Una noche, releí *Una recepción agradable* creyendo que, al intentar elevar mi estilo, debía de haberme alejado demasiado de la fórmula ganadora. Con cada oración que leía me iba sintiendo más y más abochornada. Era manida y anodina. La mañana siguiente, como ni siquiera quería dejar atrás la evidencia de las cenizas en la chimenea, decidí tirar mis cuadernos a una papelera en Maida Vale.

A los quince días de empezar en la agencia del señor Brownlee, Padre había instalado a la señora Llewelyn en la casa. Por supuesto, hizo que pareciera de lo más razonable. «Ahora que trabajas, no tendrás tiempo para hacer tanta compra y cocinar todas esas comidas.» Protesté diciendo que en realidad dedicaba muy poco tiempo a esas actividades. En los tiempos que corrían, lo único que necesitaba para preparar una comida nutritiva era abrir un puñado de latas de conserva. «Aun así», dijo Padre, y me di cuenta de que no le habían satisfecho las comidas de las que yo lo había proveído. Es verdad que no soy una gran cocinera y que él había adelgazado bastante de un tiempo a esa parte. La sugerencia de que debía buscarme un empleo no había sido más que un pretexto para sustituirme. También me paré a pensar en que en los seis años que habían pasado desde la muerte de mi madre, mi padre nunca había buscado compañía femenina de ninguna clase. De más joven nunca se me había ocurrido pensar que mi padre pudiera tener necesidades físicas (de índole sexual, es decir), pero ahora que tenía más mundo me di cuenta de que era natural que las tuviera. Y que, aun cuando pudiera resultar aceptable que su hija cuidara de la casa por él, habría sido inapropiado que me ocupara de satisfacer sus necesidades carnales. Quizá esas cosas se toleren en las colonias, pero en Inglaterra no se hacen y punto.

Ni a mí me gustaba la señora Llewelyn ni a ella le gustaba yo, para qué ocultarlo. Sé que en estos

tiempos de igualdad una no debería tomarle a nadie en cuenta el hecho de ser galés. Después de todo, no es sino un accidente de nacimiento (más digno de lástima que de desprecio), pero ya que de una se espera que sea tolerante, opino que es de justicia que la persona aquejada haga cuanto esté en su mano por intentar mitigar las discapacidades con las que se ha nacido. A la señora Llewelyn, sin embargo, no parecía preocuparla tener esta consideración. A pesar del hecho de que se había mudado a Londres con su difunto esposo al poco de acabar la guerra, su acento seguía siendo casi incomprensible. Hubo una o dos veces en las que intenté educarla en la correcta pronunciación de algunas palabras y frases de uso común, pero demostró ser una alumna con muy mala disposición. Es más, en nuestro primer encuentro, tuvo la osadía de informarme de que su apellido se pronunciaba «Zu-elin». Si ese era el caso, repliqué, ¿por qué no escribirlo de esa forma? Para colmo, se diría que con el fin de asegurarse de que no pudiera olvidarme nunca de su presencia en la casa, acompañaba todas y cada una de sus actividades de un lamentable canturreo. Consciente de que yo no era quién para reprenderla, le pedí a Padre si podía tener unas palabras con ella, pero él pareció encontrar mi petición de lo más divertida. Daba gusto, me dijo, tener a una persona alegre por la casa. No se me escapó el desaire.

Aquella sería la primera de las muchas ocasiones en las que Padre tomó partido por el ama de llaves y no por mí, y resolví que haría cuanto estuviese en mi mano para boicotearla. La tarea resultó difícil. La señora Llewelyn, no lo discuto, era una cocinera de lo más habilidosa. Cuando volvía del trabajo, se podía respirar por toda la casa el reconfortante olor a sopa cociéndose a fuego lento. A las pocas semanas, los dos se trataban por el nombre de pila, y Padre la invitó a unirse a nosotros en la mesa mientras comíamos. Era inaceptable obligarla a atendernos como si fuera una criada, eso fue lo que dijo. Ahora era una más de la familia. Él me miró para que secundase ese absurdo sentimiento, pero yo me limité a apartar el plato a un lado y dije que, por lo pronto, yo quería vigilar mi peso.

La señora Llewelyn no se ajustaba a la imagen que se le viene a una a la cabeza cuando piensa en un «ama de llaves». No era corpulenta ni tenía aspecto de matrona. Adolecía de cierta rubicundez en sus mejillas (un vestigio, sin duda, de su baja ascendencia), pero sus rasgos eran bastante agradables y su figura elegante. Empecé a sospechar que Padre la había contratado no solo para que se ocupara de la casa, sino también para cubrir esas necesidades para las que una hija está inhabilitada. Tomé la costumbre de moverme con sigilo por la casa, con mis pies cubiertos tan solo por las medias, amortiguando mis pasos en las alfombras para así poder sorprenderlos juntos. Una vez los pillé en el despacho. La señora Llewelyn estaba de pie detrás del escritorio y se inclinaba sobre el hombro de mi padre. La explicación que me dio él, estaban revisando las cuentas de la casa, no contribuyó a mitigar mis sospechas. Empecé a dejar abierta la puerta de mi dormitorio por las noches. Tengo el sueño ligero y seguro que me despertaría ante cualquier fechoría nocturna. Así que me tumbaba en la cama y esperaba despierta a escuchar el chasquido de la puerta de un dormitorio. A veces me levantaba y merodeaba por la casa en camisón. A menudo hacía saltar las ratoneras que la señora Llewelyn colocaba en la despensa o retiraba los tristes cuerpecillos muertos para negarle la satisfacción de la victoria. Su aversión a los ratones es del todo desproporcionada a cualquier daño que estos puedan

causar.

Yo percibía en ella un asomo de crueldad y si busqué abrir una brecha entre ella y mi padre solo lo hice con la intención de salvaguardar el bienestar de él. Una mañana antes de salir hacia el trabajo, coloqué medio oculto un billete de una libra detrás de la pata de la mesita del teléfono que había en la entrada. Cuando volví esa misma tarde, este se había esfumado. Durante la cena, como quien no quiere la cosa, le comenté a mi padre que creía que había extraviado una libra. La había buscado por todas partes, le dije. «Ah, era tuya —respondió él con alborozo—. Margaret la encontró esta mañana debajo de la mesita de la entrada.» La sacó del bolsillo de su pantalón y me la entregó. Cuando la señora Llewelyn trajo el postre, mi padre la informó de que el misterio estaba resuelto. Ella contestó que se alegraba de oírlo, pero su expresión dejó traslucir con toda claridad que estaba al tanto de mi fea estratagema. Soy consciente de que nada de esto me deja en buen lugar. Reconozco que estaba celosa.

Cuando llegué a la consulta del doctor Braithwaite por tercera vez, Daisy me dijo que pasara directamente a su despacho. Esta desviación de la costumbre que ya habíamos establecido me sacó de quicio. Me había habituado a contar con esos minutos en la antesala para deshacerme de los últimos resquicios de mí misma y convertirme completamente en Rebecca. Me detuve ante el escritorio de Daisy.

—¿Es que la señorita Kepler no está hoy? —pregunté.

Me miró con sus tiernos ojos azules. Seguro que ser Daisy no era nada complicado. Tenía todo el aspecto de que ni un solo pensamiento lúgubre hubiese inquietado nunca su bonita cabeza. Puede que pasar los días supervisando las idas y venidas de los chiflados con pasta de Londres fuese una fórmula para gozar de una salud mental plena. Ignoró mi pregunta y respondió, en su lugar, que el doctor Braithwaite me atendería en un momento.

—¿Está enferma? —perseveré.

El rostro de Daisy adquirió una expresión obstinada sorprendente.

—Ya sabe, señorita Smyth, que no se me permite hablar sobre otros visitantes con usted. —Se inclinó hacia delante y, con un susurro, añadió—: Ni siquiera debería usted conocer su nombre.

La manera en la que hizo este comentario estableció, a mi parecer, una cierta complicidad entre nosotras.

—Comprendo —respondí. Pero seguí demorándome junto a su escritorio. Tenía el presentimiento de que algo terrible había sucedido; que la señorita Kepler se había visto embargada por el impulso de autolesionarse—. Es una tontería, lo sé —dije—, pero detestaría pensar que le ha ocurrido algo.

Daisy bajó todavía más la voz.

—No tiene motivos para pensar nada semejante.

Pero no negó que hubiera ocurrido algo.

En ese momento hizo su aparición el doctor Braithwaite, aunque no en la puerta de su consulta,

sino en el umbral de la puerta de entrada que daba al descansillo. El efecto fue como si estuviera conociendo a su doble. Su aspecto era más astroso aún que de costumbre. Iba descalzo y no llevaba la camisa metida por dentro de los pantalones. Daisy se apartó de mí y empezó a mecanografiar. Sus mejillas se encendieron. Braithwaite nos fulminó con la mirada.

—Si prefiere invertir sus cinco guineas consultándole a Daisy, señorita Smyth, por mí no hay problema. Me largo al pub y las dejo solas. De lo contrario…

Cruzó la antesala y abrió de un empellón la puerta de su guarida. Mientras cruzaba el umbral por delante de él, observó en voz alta que yo llevaba un perfume nuevo. Era verdad. A la hora del almuerzo había probado una muestra de un mostrador en la droguería Boots de Tottenham Court Road. Esto confirmó mi impresión de que Braithwaite tenía algo de prodigioso. No solo había detectado mi perfume, sino que sabía que era distinto del que llevaba puesto en ocasiones anteriores. Solo de pensarlo se me ponían los pelos de punta. Me siguió al interior del despacho tan pegado a mí que pude sentir su aliento en la nuca. Cerró la puerta detrás de él con estudiada irrevocabilidad, o eso me pareció. Me dio la impresión de que, de algún modo, lo sabía todo sobre mí; que sabía que yo no era quien decía ser.

De manera instintiva, aceleré el paso y me dirigí al sofá, que en ese momento se me antojó como una suerte de santuario. Me senté con el bolso sobre el regazo. Él permaneció de pie unos momentos, de espaldas a la puerta, antes de cruzar la habitación muy despacio, con sus ojos clavados en mí. Si con eso pretendía amedrentarme, lo consiguió. Me imaginé sus manos rodeándome el cuello, aumentando la presión poco a poco hasta que me hubiese extraído el último hálito de vida. No me resistiría. Pero no me estranguló. En su lugar, acercó la silla de respaldo recto y se sentó tan cerca de mí que nuestras rodillas casi se tocaban. Se inclinó hacia delante, los codos hincados en sus muslos. Los orificios de su nariz se ensancharon. Caí en la cuenta de que me estaba oliendo. Me sentí muy violenta. Abrí el bolso, saqué mis cigarrillos y me encendí uno; el humo creó una especie de barrera entre nosotros. Un pensamiento inquietante cruzó mi mente.

—Espero que no piense que llevo un perfume diferente para complacerlo —dije.

Braithwaite se enderezó levemente.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dijo—. Al menos hasta que a usted le ha parecido conveniente negarlo. Pero el hecho es que sí que lleva usted un perfume diferente. Algún motivo tendrá.

Rebecca tomó las riendas.

—Supongo que ahora dirá que, de manera inconsciente, deseo hacerle el amor.

—¿Y es así?

—Si fuese un deseo inconsciente, yo no lo sabría, ¿verdad? Pero le puedo asegurar que a mi mente consciente le parece una idea de lo más repulsiva. —Tuve la sensación de que Rebecca se había pasado de la raya, pero pareció que a Braithwaite le hacía gracia su comentario.

—Repulsiva o no, es evidente que la idea se le ha pasado por la cabeza —dijo.

Expliqué con cierta satisfacción que mi nuevo perfume solo era una muestra procedente de un

mostrador de cosméticos. Omití mencionar que luego había dejado caer el frasco a escondidas en el interior de mi bolso, no porque estuviera prendada del olor, sino que lo hice llevada por un deseo infantil de desafiar a mi madre y sus advertencias contra «otro Woolworth's». De todas maneras, algo me decía que Braithwaite, de un modo u otro, sabía que el frasquito yacía allí dentro. No podía ocultarle nada. Él sabía que yo no era Rebecca Smyth; sabía que yo *era* la hermana de Veronica y que mi presencia allí había sido una patraña de principio a fin. Esperé a que formulara sus acusaciones. De haberlo hecho, no habría negado nada. Casi quería que me descubrieran.

—Pues, por si le interesa —dijo, en cambio—, le diré que le va de maravilla. Es más desenfadado. Más sexual.

Esta última palabra la prolongó mucho más allá de su duración natural, halló, no sé muy bien cómo, una sílaba extra en ella. Se apoyó contra el respaldo de la silla, mirándome. Mis mejillas se sonrojaron. Me maldije. A Rebecca no se la podía desconcertar así de fácil, no era de esas. Me escondí detrás de mi cigarrillo.

—Parece usted tensa, y mire que es difícil —dijo Braithwaite por fin.

No había forma más calculadora de hacer que una se sintiese tensa que llamando la atención sobre su desasosiego.

—Por supuesto que estoy tensa —repliqué—. Usted me pone tensa.

Puso cara inocente.

—¿Y qué estoy haciendo para ponerla tensa?

—Lo sabe de sobra.

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, créame.

—Está sentado demasiado cerca de mí.

—Ah —respondió él, mientras asentía muy despacio—. Y la proximidad de otra persona la incomoda, ¿no es así? Si le parece que estoy demasiado cerca, Rebecca, es libre de sentarse en cualquier otro sitio.

Se reclinó en su silla. Empezó a masajearse la parte inferior de su cara, arrugando y estirando su papada sin afeitar. Tenía unos labios rojos y gruesos, y se me vino a la cabeza la imagen de una bandeja de vísceras en el escaparate de una carnicería. Me quedé donde estaba. No era yo la que tenía que moverse. Había llegado antes. Era él quien había invadido mi territorio. Pasados unos instantes, volvió a echarse hacia delante, pegando las puntas de los dedos de ambas manos en forma de carpa.

—Lo que yo creo es lo siguiente, Rebecca —dijo—. No soy yo quien la pone tensa. Está así desde el instante en el que la he sorprendido confabulándose con Daisy ahí fuera. En cuanto he aparecido, las dos han reaccionado como si las hubiese pillado en flagrante delito, pero en lugar de asumir la responsabilidad por lo que quiera que estuvieran cocinando ustedes dos, me culpa a mí por haberlas cazado *in fraganti*. Es un poco injusto, ¿no le parece?

—No estábamos cocinando nada. Es más, soy una cocinera espantosa. Él no lo admitiría jamás, pero es el motivo por el que Padre tuvo que contratar a la señorita Llewelyn —cotorreé de manera

irrelevante.

Braithwaite resopló con aparatosidad y me miró como quizá lo haría a un perro viejo incapaz de controlar ya sus esfínteres. Se levantó y estuvo paseándose por la estancia unos momentos.

—Aunque así sea —dijo—, no queremos que se sienta tensa. No llegaremos a ninguna parte si está tensa. ¿Por qué no se tumba? Intente relajarse.

—No me quiero relajar —dije.

—Pues yo no la puedo forzar.

—Si tan desesperado está por que me relaje, ¿por qué no me hipnotiza?

—A mí no me van esas supercherías —dijo—. Además, estoy convencido de que resultaría usted imposible de hipnotizar de todos modos. Pertenece a lo que se llama el género «resistente». La aterraría que pudiese descubrir todos sus secretos.

Le dije que yo no tenía ningún secreto.

—Todo el mundo tiene secretos. Venga, vamos, usted me cuenta uno de los suyos y yo le cuento uno mío. *Quid pro quo*.

—Pero si se lo contase, dejaría de ser un secreto, ¿no cree? —dije.

La circunnavegación de Braithwaite alrededor de la habitación lo había llevado de regreso a la puerta. Sospeché que iba a abrirla y a decirme que me fuera con viento fresco. En su lugar, se dejó caer como un fardo sobre el suelo y se sentó con las piernas cruzadas de espaldas a la puerta. Me sentí como una rehén.

A fin de desviar la conversación del asunto de mis supuestos secretos, deposité el bolso en el suelo y me retiré los zapatos. Sin ellos me sentí casi desnuda. Viré en redondo y me estiré con cautela en el sofá. Recordando entonces la descripción que había hecho Braithwaite de Veronica al ejecutar la misma acción, dejé caer el brazo como muerto hacia el suelo y eché el cuello hacia atrás.

—Y la reina de hielo se derritió —dijo con mucho más que un atisbo de sarcasmo.

Apoyé la cabeza en el brazo del sofá y miré hacia el techo. Reparé por vez primera en que la cornisa se extendía a lo largo de solo tres paredes de la habitación. Había una mancha encima de una de las ventanas, parecida a una medusa de color mostaza. Siempre me han desagradado las medusas. Una vez pisé una en la playa de Paignton cuando era niña. Recuerdo aún la sensación de mis pies hundiéndose en su cuerpo gelatinoso. Fue horrible, y pasé meses teniendo unas pesadillas en las que era engullida por esas flácidas criaturas. No me cabe la menor duda de que esta es precisamente la clase de cosas que a Braithwaite le interesaría saber, así que cuando me preguntó qué estaba pensando, le dije que había estado repasando nuestra conversación de la semana anterior.

—Ah, las cadenas —dijo—. Sospechaba que quizá volveríamos a las cadenas. Utilizó usted una palabra muy interesante.

—¿De veras?

—*«Frisson»* —dijo—. Comentó usted que esas cadenas le producían un *frisson;* un cierto estremecimiento, un escalofrío. Una palabra dotada de una inconfundible connotación sexual que, no obstante, deriva de la voz latina *frigere:* tener frío. O ser frígido. Acaso fuera eso lo que quería

expresar, Rebecca; que es usted frígida.

Bueno, claro, ya se sabe que los loqueros conceden al sexo un grado desmedido de importancia. Desde siempre he dado por descontado que lo que les mueve a dedicarse a esta profesión es la licencia que otorga para hacer preguntas inapropiadas. No los culpo. El hecho de que yo carezca de una vida sexual de la que hablar no significa que no sienta curiosidad por las actividades de los demás. Ni tampoco pongo en duda el papel preponderante que desempeñan las experiencias sexuales en la vida. Son los pobres los que tienen fijación con el dinero. La gente acomodada jamás habla de él. De manera similar, las personas con carencias sexuales son las que están más obsesionadas con el sexo.

Aunque la acusación de Braithwaite no constituyera para mí un grave insulto, Rebecca jamás reconocería padecer un trastorno semejante.

—Le aseguro que no es el caso —dijo.

—Mi instinto me dice que no tiene usted ni la mitad de mundo de lo que finge tener, Rebecca.

—Todo depende de cómo lo mida uno —replicó ella.

—Ya, pues midámoslo de esta manera: ¿cuántos amantes ha tenido?

El rubor que invadió mis mejillas me traicionó.

—No me parece que ese sea un tema de conversación apropiado.

Descubrí que estaba tironeando de un hilo suelto que colgaba del puño de mi camisa. Miré con rigidez hacia el techo y la mancha con forma de medusa.

—Qué respuesta de tan poco mundo. —Su tono sonó divertido. Era un gato jugando con un ratón moribundo—. La mera mención del sexo la agita, pero la historia que escogió contarme la semana pasada tenía un inconfundible sesgo sexual. Tengo la sensación de que me estaba invitando a que la sondeara sobre estos temas.

No pude evitar pensar que había elegido ese verbo de manera intencionada, pero, como siempre, tenía razón. Incluso de niña ya sabía que las sensaciones que me provocaba tener aquellas riendas atadas a mi pecho eran ilícitas y sucias y que no debía hablar de ellas. Hasta donde alcanza mi memoria siempre he sido capaz de incitar esas sensaciones en mí misma. De niña me enroscaba muy fuerte en las sábanas de mi cama y luego, con creciente frenesí, me retorcía para liberarme. De más mayor, descubrí que con solo colocar una mano entre mis piernas podía provocarme una excitación de lo más intensa. De adolescente, cuando me entretenía delante del espejo, incrementaba mi placer atándome las rodillas juntas con un pañuelo o un cinturón. Es incuestionable que hay algo en la sensación de hallarme constreñida que me enardece. No compartí estos pensamientos, como es natural. En su lugar, me limité a manifestar que, muy al contrario, no tenía ninguna gana de entrar en esos temas.

—Pues más razón para que lo haga —replicó él—. Si no quiere enumerar a sus amantes, ¿por qué no me habla de su primera relación?

Quizá yo esté resignada a que me tachen de ser una virgen de poco mundo, pero Rebecca no desearía que la calumniasen de esa forma. Pensé en Constance Chatterley y en Mellors maltratándola

brutalmente, pero Maida Vale no es Wragby Hall. Allí no hay bosques ni cabañas de guardabosques. Como no conseguí conjurar un Mellors para mí, no tuve otra alternativa que recurrir a la verdad o a cierta versión de ella.

Después de que mi madre falleciera, Padre me despachaba a casa de su hermana en Clacton-on-Sea dos o tres veces al año. Cuando era más pequeña, apenas veíamos a la Tropa de Clacton. Nunca venían a Londres, y Madre no soportaba la idea de visitar las provincias. Vivían en un feo pareado en Recreation Road. La tía Kate era una mujer briosa que fingía un aire alegre, pero sospecho que esa era la manera que tenía de ocultar su decepción con la vida. Cuando no estaba metida en la cocina con harina hasta los codos o restregando con vigor el escalón de la entrada o tendiendo las interminables tandas de colada (da la impresión de que las clases bajas creen que pueden compensar sus carencias recurriendo a una higiene excesiva), a menudo la sorprendía con una expresión de profunda fatiga marcada en el rostro. El rasgo más notable del tío Brian era que silbaba de manera incesante; este silbar consistía en la emisión de un sonido entrecortado desprovisto de melodía, acompañado de un ligero contoneo de la cabeza, como si estuviera empeñado en demostrar lo afable que era. Al ser un hombre del género inútil, pasar los fines de semana bajo su tejado resultaba bastante agradable. La Tropa de Clacton no estaba hecha para las excursiones disciplinadas de mi familia. Si a mí me apetecía quedarme en la cama toda la mañana o pasar el fin de semana con la nariz pegada a una novela, nadie me lo censuraba. Y si obviaba honrar a la familia con mi presencia a la hora de comer, tía Kate no me miraba con recelo si luego me servía un sándwich de jamón o una porción de tarta.

La única mácula en estos fines de semana gratamente anodinos era la presencia de mi primo Martin, que era dos años más pequeño que yo. A Martin no le faltaba atractivo físico. Sus rasgos eran de una simetría pasable y, para los catorce, era tan alto como su padre. Tenía el pelo color arena y le caía por la frente dividido en dos de manera natural. Contrarrestaba, no obstante, estos rasgos positivos con una espantosa postura encorvada, como si temiera a todas horas golpearse la cabeza contra una viga baja. De su padre había heredado, además, el hábito de pregonar su presencia con un sonido característico propio; en su caso, un constante resoplido que emitía por la nariz. Martin y yo no hacíamos demasiadas cosas juntos al principio, pero con el tiempo empezó a interesarse por mí. Cuando yo estaba en el jardín, con frecuencia lo sorprendía mirándome las piernas de reojo mientras fingía estar ocupado en alguna otra tarea inexistente. Si yo estaba en mi dormitorio, él me acechaba desde el descansillo, traicionando su presencia con sus bufidos de caballo. No hace falta decir que le costaba horrores lanzarse a hablar conmigo, y si era yo quien se dirigía a él, sus mejillas se sonrojaban al instante. Me temo que se sentía bastante intimidado en mi presencia, y yo entonces aprovechaba la situación para hablar de lo que mi tía había decidido llamar (no sin una pizca de admiración) mis «mañas londinenses». A veces, cuando estaba en el cuarto de baño, dejaba la puerta entornada, y el mero hecho de saber que él estaría mirando a escondidas cómo me cepillaba los dientes me excitaba.

Llegados a este punto, me volví para mirar al doctor Braithwaite. Todavía estaba sentado de piernas cruzadas sobre el suelo, de espaldas a la puerta. Su expresión era impasible, pero me animó a

que continuara con un gesto circular de la mano. Volví a clavar los ojos en el techo y lo hice.

En la que acabaría siendo mi última visita, encontré a Martin muy cambiado. Por entonces tendría ya dieciséis o diecisiete años. Había incorporado a su persona los andares del *Homo erectus* y un chalequillo negro de cuero que no se quitaba ni para sentarse a comer. Se había deshecho de sus bufidos y ya era capaz de mirarme a los ojos sin sonrojarse. Como consecuencia de todo esto, fui yo la que pasó a aturullarse. Él hacía sonar en su dormitorio a todo volumen los discos de moda y, cuando sus padres no podían oírle, me informó de que fumaba cigarrillos con chicas «en el Paseo Marítimo». Como no podía ser de otra manera, yo fingía indiferencia. Le conté que, en Londres, yo fumaba marihuana y pasaba las noches enteras en clubes de jazz. Cuando me preguntaba si me gustaba esta u otra banda de música, disimulaba mi ignorancia encogiéndome de hombros con displicencia y absteniéndome de decirle que prefería a Chopin.

Tenía previsto marcharme el domingo por la tarde, y la víspera, durante la cena, Martin —o «Marty», como prefería darse a conocer ahora— me preguntó si me apetecía que nos «diésemos un garbeo» por el Paseo Marítimo. Como estaba claro que quería fardar de prima de Londres delante de sus amigos, no halle razón alguna para privarle de ese placer. Antes de salir, me demoré un rato en mi dormitorio, maquillándome y peinándome. Martin me estaba esperando en el vestíbulo cuando bajé las escaleras. Se había levantado el cuello del chaleco. Los pulgares los llevaba encajados en el delgado cinturón de cuero que ceñía sus vaqueros. Tan pronto como la casa quedó fuera de la vista, sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo y me pasó uno. No me quedó otra que aceptarlo. Soplaba una fuerte brisa marina y tuvo que pegarse a mí para encendérmelo. Pude oler en su aliento los macarrones con queso de la cena. Encender el cigarrillo tuvo su dificultad. Me indicó que aspirara cuando él prendiera la cerilla. Le recordé que yo normalmente solo fumaba porros. Él asintió con gravedad y dijo: «Sí, ya, claro». Sujeté el cigarrillo como lo hacían las mujeres de los anuncios, pinzado entre el pulgar y los dedos índice y corazón. Martin sostenía el suyo con el extremo de la brasa en el interior de su mano ahuecada.

Fuimos al encuentro de tres chicos que iban vestidos igual que Martin. Apoyados contra la barandilla del paseo, miraban de arriba abajo a los grupitos de chicas que pasaban de largo fingiendo que no los veían. No hubo presentaciones, y ninguno de los chicos hizo el menor esfuerzo de hablar conmigo. Sin embargo, estaba claro que sabían quién era yo y me produjo no poca satisfacción interior saber que Martin tenía que haberles hablado de mí. Le pedí otro cigarrillo y él me lo dio encantado. En esta ocasión, el ritual del encendido se desarrolló sin incidentes. Estábamos plantados los cinco en semicírculo, más o menos de cara al paseo, en absoluto silencio, salvo cuando alguno lo rompía de manera ocasional para nombrar a ese o aquel transeúnte. «Ahí va Mikey Deans» o «¿No es ese el viejo Corky en su buga?». El viejo Corky era, evidentemente, uno de sus profesores y, una vez estuvo lo bastante lejos, los chicos lanzaron en su dirección una sarta de tibios insultos. Quizá mi presencia les coartara el ánimo. O quizá aquello fuera todo lo que implicaba «darse un garbeo». Cuando se me consumió el cigarrillo (había hecho solo un mínimo intento de fumármelo como es debido), lo dejé caer sobre la acera y lo aplasté con la punta de mi zapato. Fue una acción rotunda y

placentera y decidí adquirir el hábito en serio.

Al rato, se unieron a nosotros dos chicas con unos impermeables cortos sorprendentemente a la última y un montón de maquillaje. Martin recordó sus modales y nos presentó. La más baja (Cynthia) tenía la cara redonda, ojillos de cerdito y nariz respingona, pero la más alta de las dos era despampanante, como una Brigitte Bardot morena. Sostenía su bolso tipo cartera pegado contra los muslos, delante de ella, a la vez que meneaba las caderas de un lado a otro con suavidad; la mirada perdida en el horizonte a nuestra espalda. Apenas conseguía quitarle los ojos de encima. Pasados unos minutos, en los que se dijo más bien poco, alguien sugirió que nos diéramos «un rulo por el Atlanta». Yo hice grupo con las dos chicas. Ellos no nos hicieron ni caso y enseguida estuvieron lo bastante apartados para no poder oírnos.

La bajita regordeta dijo:

—Así que… ¿eres de Londres?

—Sí —contesté.

—Tengo pensado mudarme allí tan pronto como pueda salir de este pueblo de mala muerte.

—Me alegro por ti —dije.

Me preguntó cuántos años tenía y yo se lo dije. Anduvimos un rato en silencio. Luego me preguntó a qué edad creía *yo* que las chicas deberían «hacerlo». La miré.

—¿Hacer el qué? —pregunté de manera inocente.

—Ya sabes. —Se pegó a mí y repitió con toda la urgencia de la que puede dotarse a una palabra tan anodina—: ¡Eso!

Las dos chicas intercambiaron una miradita.

—Pues depende.

—¿De qué?

—Bueno, depende de una serie de factores —dije, disfrutando de lo lindo de mi aparente estatus de gurú del sexo—. Pero en el fondo se reduce a una sola cosa: que quieras o no quieras hacerlo.

Cynthia asintió muy seria con la cabeza. Bajó la voz hasta un susurro conspirativo:

—¿Tú lo has hecho?

—Desde luego —dije con una carcajada cargada de desdén—. Docenas de veces. Una de ellas, incluso, con un hombre de color.

Parecieron debidamente impresionadas.

—Mi novio quiere hacerlo conmigo —dijo Cynthia—. Lo que pasa es que me da miedo que pueda dolerme.

—Lo mejor es quitárselo de encima lo antes posible —dije—. La primera vez siempre duele, pero a nadie le gusta una semivirgen. Lo más importante —continué, cogiéndole el gusto al tema— es no acostarse nunca dos veces con el mismo hombre. Si no empiezan a pensarse cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno, ya sabes las cosas que se piensan los hombres.

Cynthia asintió muy seria. Bardot puso los ojos en blanco. Seguro que no tenían más de quince

años.

Martin y sus amigos esperaban en la entrada del Atlanta, que resultó ser una cafetería de aspecto cutre, con un toldo gastado y una serie de mesas metálicas desocupadas dispuestas por la acera. Pasamos al interior y, como todos los reservados estaban ocupados, cogimos una mesa en el centro del establecimiento. Me quité el abrigo y lo colgué del perchero que había junto a la puerta. Tomé asiento entre Martin y otro de los chicos.

Se acercó a tomar la comanda un hombre de pelo canoso, gafas de montura metálica y rebeca. Por su aspecto, parecía más el organista de una iglesia que el dueño de un café.

—¿Qué va a ser, niños? —preguntó.

Me ofendió que me metieran de esa forma en el mismo saco que a mis acompañantes menores que yo, pero me callé. Pedimos todos Coca-Colas, que llegaron con pajitas sobresaliendo de las botellas. Los chicos desecharon sus respectivas pajitas y se pusieron a beber a morro haciéndose los muy machos. Yo iba dando delicados sorbitos a la mía mientras inspeccionaba los alrededores. Tres jóvenes con el pelo peinado hacia atrás de manera extravagante estaban apoyados en la gramola de un rincón. Dos chicas en pantalones pirata bailaban juntas, contoneando sus caderas muy despacio y mirando con expresión ausente la una por encima del hombro de la otra. La estrecha proximidad en la que estábamos ahora sentados pareció tener el efecto de relajar la reticencia de los chicos. El que estaba a mi lado me preguntó si me gustaban los Everly Brothers.

—¿Los hermanos Everly? —repetí—. Creo que no me los han presentado, no.

Puso cara de guasa y me señaló con un gesto la gramola para indicarme que eran los intérpretes del disco que estábamos escuchando. Aquello sonaba igual que una canción infantil y así lo dije.

Martin se echó hacia delante y proyectó el pulgar hacia mi pecho.

—Ella prefiere el jazz.

—Sí —dije—. Yo prefiero el jazz.

El chico que estaba sentado enfrente dijo:

—El jazz es de maricas.

—Pues a mí me gusta el jazz —dijo Martin.

—Entonces no se hable más —dijo el chico. Echó un trago a su botella, antes de depositarla de nuevo con rotundidad sobre la mesa de formica. Luego me miró de arriba abajo con descaro, como si fuera un premio en una tómbola escolar.

Me llegó al alma que Martin se pusiera de mi parte. Al verle entre sus amigos, parecía mucho más mayor. Saqué un billete de diez chelines del monedero y le pedí que me comprara una cajetilla de cigarrillos en la barra.

Se levantó de un salto, entusiasmado de poder dispensarme este servicio.

—¿Qué fumas? —preguntó.

Inspeccioné con la vista la selección de cajetillas detrás del mostrador. Navy Cut se me antojó poco fino para una señorita, Rothman's muy de clase obrera. Me decidí por unos Craven «A». Los había visto anunciados y me gustaba el dibujo del gatito negro de la cajetilla. Martin regresó con los

cigarrillos y yo los ofrecí por la mesa, haciéndome la londinense generosa. Nos los encendimos y una nube de humo nos envolvió. El chico que me había preguntado acerca de los Everly Brothers me contó que a él también le gustaba el jazz. Dije que él y Martin deberían acercarse a Londres alguna vez y que los llevaría a un club.

—¿En serio lo harías? —dijo.

Le comenté que tendrían que esperar a ser lo bastante mayores. Él me aseguró que ya tenían edad suficiente. Empezaron a discutir sobre cuándo podrían aceptar mi oferta, y me arrepentí enseguida de mi estúpido alardeo.

Sonó otro disco. «Esta me gusta», dijo Martin. Arrastró la silla hacia atrás y me pidió que bailara con él. Los otros entonaron un irónico coro de exclamaciones maravilladas. Martin los fulminó con la mirada; como me dio pena, y además quería atajar la conversación sobre la excursión a Londres, acepté. Nos plantamos uno frente al otro en el espacio reservado para esta actividad delante de la gramola. Había otra pareja, con la chica y el chico ya abrazados del cuello. Martin dobló los brazos hacia arriba por los codos y comenzó a mover las manos muy despacio hacia delante y hacia atrás a la altura del pecho. Meneaba las caderas ligeramente, alternando el peso de un pie al otro más o menos al son de la música. Imité sus movimientos como si estuviera delante de un espejo y continuamos así durante un rato. La melodía era repetitiva, pero inofensiva. En el tercer verso, Martin se me acercó un paso más. Articulaba la letra de la canción, que en buena parte parecía consistir en la interminable repetición del sentimiento: *«Yes, I'm the great pretender»*, acompañado de importantes dosis de armónicos du-a dudu-á.

Situó sus dedos sobre mis caderas con suavidad y prosiguió con su arrítmico balanceo. Menos echarme hacia atrás, pocas alternativas me quedaban, así que apoyé mis manos en sus codos. Él interpretó el gesto como una invitación y deslizó sus manos por mi espalda, estrechándome un poco más. Las puntas de sus dedos fueron a descansar justo encima de la cinturilla de mi falda. Nuestros pechos casi se tocaban. Era de lo más indecente, pero después de mis jactanciosos discursitos sobre clubes de jazz y hombres de color, no iba a empezar a actuar como una virgen remilgada. A medida que la canción alcanzaba su insípido clímax, Martin juntó nuestros cuerpos, acompañado del mugido de los chicos que estaban en la mesa. Nuestras caderas se movían ahora al unísono mientras él apoyaba su barbilla en mi hombro izquierdo. Entonces sentí en su entrepierna una dureza que presionaba contra la parte delantera de mi falda. Lo aparté de un empujón, aunque sin violencia. Acabó la canción. Martin me miró. Aunque nuestro baile no hubiera sido muy enérgico, respiraba de manera entrecortada, como si le faltara el aire. Volví a mi asiento. Martin hizo una visita al aseo. Cuando volvió le dije que estaba lista para marcharme. Él asintió.

Mientras caminábamos hacia casa, intentó entablar conversación, como si no hubiese ocurrido nada fuera de lugar. Contesté lo mejor que pude, antes eso que hablar de lo sucedido en el café; y no sé muy bien cómo, pero nuestro diálogo adquirió una espontaneidad inusitada hasta entonces. Cuando llegamos a Recreation Road, la casa ya estaba a oscuras. Nos quedamos en el vestíbulo abarrotado de trastos escuchando el silencio reinante. Sabernos partícipes en algo ilícito, sin ser yo

consciente de ello, nos había convertido en cómplices. Una vez quedó establecido que sus padres estaban en la cama, Martin dirigió su mirada a la «sala de estar», como ellos la llamaban. Lo seguí al interior. Era un cuartucho feísimo, en el que la tía Kate pasaba las tardes tejiendo y viendo la televisión, mientras su marido daba cabezadas delante del periódico o murmuraba entre dientes las respuestas a los concursos de talentos que echaban a esas horas. Las cortinas estaban abiertas, pero Martin no se molestó en correrlas. En cambio sí que cerró la puerta y encendió la lámpara de las mesas nido colocadas junto al sofá. Luego se arrodilló en el suelo delante del mueble de madera chapado en nogal de debajo del televisor. Yo me senté en el sofá. Me miró por encima del hombro con complicidad. Abrió las dos puertecitas del mueble y se frotó las manos: aquel era el lugar donde la Tropa de Clacton almacenaba las provisiones de alcohol.

—¿Qué tomas? —preguntó.

Me encogí de hombros.

Sacó una botella de color marrón oscuro y, con un exagerado gesto teatral, como de no querer hacer ruido, dos vasos. Sirvió las copas y me tendió una, antes de apartar de manera descuidada y tirar al suelo la labor de su madre y sentarse a mi lado. Entrechocamos los vasos y bebimos. Era jerez, el vomitivo sabor de las Navidades. Martin apuró el suyo de un trago y se sirvió otro. Me aguanté las ganas de preguntar si sus padres se darían cuenta. Eso ya era problema suyo. No tenía deseos de estar allí, pero en aquel ambiente de luces tenues y voces apagadas resultaba difícil no experimentar cierta sensación de intimidad. Me recordé a mí misma que, al ser la mayor de los dos, era dueña de la situación y podía retirarme a mi dormitorio cuando quisiera. Martin rellenó mi vaso hasta el borde.

—No está mal este matarratas, ¿eh?

Di otro sorbito a mi copa. Tuve que reconocer que surtía un efecto relajante. Además de darme al tabaco, quizá me pudiera proponer convertirme en una dipsomaníaca furiosa. Parecía una ambición tan digna como cualquier otra. Martin sugirió que tal vez estuviera más cómoda si me quitara el abrigo. Estaba en lo cierto, desde luego, pero como no sabía adónde podría conducir un acto tan descocado, me lo dejé puesto. Sugirió que encendiéramos la estufa, pero yo sacudí la cabeza y le dije que no sería necesario porque pensaba marcharme enseguida a la cama. Martin asintió de manera significativa, como si mis palabras constituyeran alguna suerte de invitación. Bebió más jerez.

—Espero que esta noche no se te haya hecho demasiado pesada —dijo.

Le aseguré que había sido muy agradable y le di las gracias por invitarme. Tenía la mirada clavada en algún punto delante de él. Reparé por primera vez en que había heredado la nariz aguileña de mi padre.

—Tus amigos son majos —dije.

—Son idiotas —dijo él—. Tengo unas ganas tremendas de largarme de aquí.

Me acabé el jerez y le dije que estaba cansada.

—Yo también estoy cansado —dijo.

Entonces se inclinó hacia mí y me besó. Empezó por la mejilla y luego pasó a mis labios, que yo mantuve cerrados herméticamente. No era del todo desagradable, sin embargo, y no aparté la cara.

Interpretando esta ausencia de rechazo por una señal de aliento, situó su mano sobre mi rodilla y la apretó. Por mi parte, mantuve las manos sobre el regazo. Empezó a relinchar como un potrillo. Luego retiró la mano de mi rodilla y la metió dentro de mi abrigo. En ese momento le agarré la muñeca y le dije que ya estaba bien. Me levanté. Se quedó tan alicaído que casi sentí lástima por él.

—¿No eres un poco pequeño para estas cosas? —dije.

Protestó y alegó que había llegado más lejos con Cynthia.

Le di la enhorabuena, pero le dije que no iba a llegar más lejos conmigo.

Realicé mis abluciones como de costumbre y me metí en la cama. No sé con seguridad cuánto tiempo transcurrió ni tampoco si me había quedado dormida, pero en cierto momento, se abrió la puerta de la habitación con un leve crujido. Martin se coló en el dormitorio. En la penumbra pude ver que iba en pijama. Avanzó dos o tres pasos hacia la cama, luego apartó las mantas y se tumbó a mi lado. Se encontraba en lo que se suele llamar «estado de excitación sexual». Empezó a besarme el hombro y luego el cuello. Su mano izquierda hurgaba a tientas por el borde de mi camisón. Yo tiré de él hacia abajo, manteniéndolo en su sitio con firmeza. Con un murmullo, solicitó que yo «se lo tocara, nada más». Le dije que de ninguna manera iba a hacer tal cosa y le advertí de que, si no volvía a su dormitorio, llamaría a sus padres. Entonces su cuerpo se puso rígido, como si le estuviera dando un ataque, y sentí cómo se formaba un charco pegajoso sobre mi tripa. Una vez amainados sus jadeos, salió de la cama y se disculpó. Me rogó que no se lo contara a sus padres. Yo no tenía intención de hacerlo, por supuesto, pero le dije que me lo pensaría. Más tarde me dio por pensar si en realidad habría sido tan desagradable dejarle hacer lo que fuera que quisiera hacer, después de todo.

De repente me di cuenta de dónde estaba y miré hacia Braithwaite. Tenía las manos cruzadas sobre la panza. Como no me pareció que quisiera interrumpirme, proseguí.

Al día siguiente, antes de macharme, no vi a Martin y tuve la impresión de que me evitaba. En el tren de regreso a Londres encontré un compartimento con el asiento de la ventana libre. Me senté de espaldas a la locomotora. Me gusta la sensación de verme arrastrada por una fuerza irresistible, sensación que es imposible de experimentar cuando una se coloca en la misma dirección de la marcha. Una mujer con aspecto de solterona ocupaba la plaza central de los tres asientos de enfrente. Intercambiamos un saludo rudimentario. Su elección de asiento se me antojó autocrática. Al escoger la plaza central establecía su jurisdicción sobre el compartimento. Aunque el tren todavía no había iniciado la marcha, había colocado sus trastos de hacer punto a ambos costados. Llevaba una falda que le llegaba casi hasta los tobillos y con la que no habría desentonado a principios de siglo. En la solapa de su chaqueta llevaba prendido un broche con un camafeo; en la cabeza, un sombrero verde de fieltro con una pluma. La piel de sus manos y de sus mejillas, no obstante, era rosada y tenía la elasticidad propia de la de una mujer más joven. Es posible que, a pesar de su atuendo digno de una septuagenaria, no pasara de los cuarenta. Edad aparte, tenía el aire de quien lleva una existencia en permanente estado de fastidio. La vida la había defraudado y para protegerse de futuras decepciones, había desterrado de su feudo toda esperanza. Tejía un jersey de niño. No llevaba anillo de casada, por

lo que me figuré que sería para una sobrina o un sobrino. Con qué pavor contemplaría su hermana sus dos visitas anuales y con qué alivio elevaría un hurra para sus adentros cuando por fin se cerraba la puerta principal detrás de ella. Me pregunté si quizá en su momento habría rechazado las insinuaciones de algún joven, y el dolor del arrepentimiento la reconcomía desde entonces.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal, como si tuviera intención de dormirme. Al poco de arrancar el tren, la puerta del compartimento se abrió de un tirón. El ruido me hizo levantar la vista. En el umbral estaba plantado un joven de mejillas sonrosadas, con el pelo bien engominado y con una gabardina beis. Sujetaba una maleta en la mano izquierda y una pipa apagada en la derecha.

—Señoras, no les importa, ¿verdad? —dijo con jovialidad exagerada—. No es una reunión de sufragistas, ¿no? Aunque tampoco es que esté yo en contra, que lo sepan. Todo lo contrario, estoy a favor al cien por cien.

La solterona lo miró sin el menor rastro de una sonrisa en su cara. Estaba claro que ella no estaba «a favor al cien por cien». Yo sonreí con hospitalidad, aunque solo fuera para disociarme de mi compañera de viaje.

Subió el maletín con brusquedad al estante portaequipajes que quedaba sobre nuestras cabezas y, encajándose la pipa entre los dientes, se quitó la gabardina con tanta urgencia que cualquiera hubiera pensado que estaba en llamas. Debajo llevaba un traje tres piezas de un corte que hasta mi padre habría descartado antes de la guerra. Me pareció el tipo de jovencito —subalterno en una asesoría contable, quizá— que cree que por vestirse como un carroza podrá ganarse al «jefe» y acelerar así su ascenso.

Teniendo en cuenta cómo estábamos sentadas, lo normal habría sido que él ocupase el asiento contrario a la marcha más próximo a la puerta. Ya sea en un ómnibus, en el banco de un parque o en un café, los humanos nos posicionamos por instinto lo más apartados posible los unos de los otros, y cualquier desviación de esta práctica se considera adecuadamente sospechosa. Con todo, el joven ocupó el asiento que estaba a mi lado. Esto no tuvo solo el efecto de atosigarme, sino que hizo necesario que nuestra compañera de viaje desplazara las rodillas para dejar espacio a las piernas del nuevo pasajero. Ella lo fulminó con la mirada, antes de bajar los ojos de manera harto significativa hacia la labor que descansaba en su regazo. El joven se volvió hacia mí e hizo una mueca cómica, como un niño al que regaña su maestra. Yo puse los ojos en blanco en señal de solidaridad, y quedamos así conchabados el uno con el otro. Él se tomó el gesto como una invitación para presentarse. Su nombre, si no lo recuerdo mal, era George Borthwick. Se pasó la pipa de la mano derecha a la izquierda y procedimos a darnos un complicado apretón de manos. Como habría parecido descortés no hacerlo, yo también le di mi nombre.

—Un nombre bien robusto —dijo, como si se tratara de una bota para caminar.

Yo debí de hacer alguna mueca, porque acto seguido se aturulló.

—No era mi intención sugerir que fueras robusta, solo que es un nombre bien robusto. Solvente, fiable, ya sabes. Es decir, lo que es tú, no pareces nada robusta. Más bien todo lo contrario, si me permites que te lo diga.

Su estúpido monólogo perdió fuelle y yo desvié la vista hacia la ventana. Las afueras de Clacton dieron paso a campos de trigo o a campos de algo, en cualquier caso. George no se desalentó ni un ápice por mi falta de interés. ¿Acaso era yo de Clacton?, preguntó. Él sí que era de Clacton, pero en ese momento estaba trabajando en Londres. Tenía un cuchitril alquilado en el barrio de Elephant and Castle, pero había bajado el fin de semana para ver a la buena de su vieja (esta última frase la pronunció con un acento *cockney* de lo más espantoso). Se notaba que yo era una chica de Londres, dijo. Tenía ese aire. Me agradó que me dijeran que tenía un «aire», incluso aunque no significara mucho por venir de un chico de provincias. George, por lo visto, no era contable, sino empleado de una agencia de seguros.

—Aunque no lo parezca —me dijo muy serio—, es un trabajo interesante de narices.

Le dije que seguro que sí, pero que, si no le importaba, estaba bastante cansada.

—Desde luego —dijo—. Demasiada brisa marina y eso.

—Exacto —contesté con una sonrisa. Entonces le dije que tenía un poco de frío y que si podía ser un buen chico y prestarme su gabardina. Se mostró más que encantado de resultar de utilidad. La recuperó del estante portaequipajes y la extendió sobre mí como un padre que acurruca a su hija al acostarla.

Apoyé la cabeza contra el cristal de la ventana y cerré los ojos. George no paraba de menearse a mi lado. Estaba rellenando su pipa. Oí rascar una cerilla y el aire se llenó al instante de un aroma a tabaco que hizo que me sintiera como si mi padre acabase de entrar en el compartimento. Me sumí durante un rato en un estado de duermevela, ni dormida ni despierta del todo. Al contrario de lo que le había dicho a George, hacía calor en el vagón y el movimiento del tren era agradable. Quizá me quedase dormida, no estoy segura, pero de repente me hallé repasando los eventos de la noche anterior. La canción que habíamos bailado Martin y yo se había incrustado a traición en mi cabeza. Recordé a Martin tirando de mi cuerpo hacia el suyo. ¿Lo habría planeado todo de antemano? La idea de que quizá lo hubiera hecho me atrajo. Con el pretexto de cambiar de posición mientras dormía, deslicé mi mano por debajo de la cinturilla de la falda. Empecé a entretenerme con levísimos movimientos de mi dedo corazón. La sensación era de lo más exquisita. Junté bien los muslos, como haría una niña para evitar hacerse pis encima. No sé si sería por el movimiento del tren que vibraba contra mis nalgas o por la proximidad de George —por muy idiota que fuera— y el familiar aroma de su tabaco, el caso es que mi crisis, cuando llegó, fue muy violenta. Sentí cómo se me agarrotaba la garganta y no pude contenerme a la hora de emitir una serie de jadeos entrecortados que tuve el aplomo de disfrazar como un ataque de tos. George entró en acción de un salto, propinándome una serie de masculinas palmadas en la espalda, antes de salir pitando por el pasillo en busca del revisor para que le diera un vaso de agua. La solterona tenía sus ojos clavados en mí. Las mejillas me ardían y tuve la seguridad de que sabía con exactitud lo que había estado haciendo. Sentí alivio cuando George regresó y acepté agradecida el vaso de agua que me ofrecía.

—Habrá sido una pesadilla —dijo.

—Sí —contesté mirándolo con recato—, habrá sido eso.

Di un sorbito al agua. Habría parecido una grosería, después de semejante exhibición de caballerosidad, no aceptar una taza de té a nuestra llegada a Londres. Me pasé cuarenta y cinco minutos con él en la cafetería de Liverpool Street, escuchándole explicar los pormenores del negocio de los seguros. Se marchó, pobre, encantado de haber conseguido el número de teléfono de una chica con aire londinense. Me avergonzó pensar que más tarde descubriría que el número era tan falso como ese aire.

Estaba tendida bocabajo en el sofá y quizá esa fue la razón de que me perdiera en el relato de esta historia. El doctor Braithwaite había permanecido todo el rato junto a la puerta sin intercalar ni un solo comentario. Casi me había olvidado de que estaba allí. En el cenicero de la mesa había tres colillas, pero no recordaba haberlos encendido ni habérmelos fumado. Este período de silencio se me antojó semejante a la pausa que se hace para recuperar el resuello después de haber realizado un gran esfuerzo. Entendí por qué la gente estaba dispuesta a pagar por el servicio de tener a alguien que no hiciera otra cosa sino escucharla.

Braithwaite me contempló durante más o menos un minuto. Su expresión era neutra. En el breve tiempo que llevaba tratando con él, me había familiarizado con la sensación de que siempre había una conversación en marcha, incluso cuando no se pronunciaba palabra; una conversación que se sostenía a través de los levísimos movimientos de manos y ojos. Bajé los pies al suelo y me senté con la espalda erguida. Hice cuanto estuvo en mi mano por quedarme quieta, pero sabía que él me estaba leyendo; que mis pequeños espasmos y tics eran jeroglíficos que desvelaban todo lo que yo quería ocultar.

Al final, él fue quien habló primero.

—Entonces —dijo—, ¿cuánto hay de verdad en lo que me acaba de contar?

—Todo es verdad —dije, indignada.

Repitió mis palabras con tono escéptico.

—No podría jurar que sea verdad hasta el más ínfimo detalle —admití—. Sucedió hace mucho tiempo.

Se puso de pie y cruzó la habitación, dio media vuelta a la silla de madera y se arrellanó en ella, sus piernas bien abiertas, con la barbilla apoyada en el respaldo.

—¿Así que se lo ha inventado?

—Por supuesto que no —repliqué.

—La cuestión, preciosa mía, es que, en realidad, no me importa si algo, lo que sea, de lo que me ha contado sucedió en realidad. Lo importante es que esa es la historia que ha escogido contarme.

Empecé a protestar, pero rechazó mis objeciones con un ademán.

—Quizá sea mitad verdad, mitad ficción. Pero la auténtica verdad, la verdad crucial, es que esa es la historia que ha escogido contar en este preciso día, en esta precisa habitación. Incluso si lo que me ha contado no tiene ni una pizca de veracidad, eso seguiría siendo verdad.

Estaba muy confundida y lo dije.

—Y a usted no le gusta que la confundan, ¿verdad, Rebecca? *Confundere!* —proclamó, con el

dedo índice señalando al techo—. *Confundere:* antecedente en latín de la palabra confusión, que significa «mezclar», «turbar». Y eso es precisamente lo que la molesta, ¿no es así, Rebecca? No le gusta que las cosas se mezclen. No le gusta que la turben. Le gusta que esté todo bien organizado en pequeños compartimentos. Así es como se siente cómoda. Rehúye la interacción, cualquier contacto con sus congéneres. Que los eventos de ese cuento suyo sucedieran o no es igual. De lo que este trata de principio a fin es de su incapacidad para mezclarse con otras personas. Del temor a que la turben.

Dicho esto, se levantó de manera tan abrupta que volcó la silla. Parecía muy complacido consigo mismo.

En cuanto a mí, empezaba a estar más que harta de su manía por la etimología. Y también empezaba a estar harta de su habilidad para calar a todo el mundo.

—¿Es que tiene que ser siempre tan desconfiado? —dije.

—Si no mereciese usted tan poca confianza, no tendría que serlo —replicó—. De todo lo que ha dicho desde que empezó a venir aquí, no sé ni si me creo más de media docena de palabras.

—Puede que ni siquiera se crea que mi nombre sea Rebecca Smyth —dije de manera temeraria.

—Querida mía, me importa un rábano cómo se llame usted —respondió. Dio un paso hacia mí y se inclinó de tal forma que su cara quedó a unos milímetros de la mía. Noté el calor de su aliento en mi cuello—. ¿Ve usted lo que le decía? Ahora está turbada y no le gusta. Pero ¿no es por eso por lo que está aquí?

Por un momento pensé que iba a abusar de mí. Imaginar sus viscerales labios sobre los míos me causaba repulsión. Aparté la cara. Él se irguió y se puso a recoger mis cosas.

—Eso es todo —dijo—. Hala, princesa, ya puedes volver con tu papaíto.

Me levanté y me puse el abrigo. Al salir, no conseguí reunir el valor para mirarlo a la cara. Pasé como una exhalación por delante de Daisy sin decir palabra. Mientras me apresuraba escaleras abajo todavía podía oír sus carcajadas.

Las farolas despedían un resplandor anaranjado en la creciente oscuridad. Mi aliento formó una nube delante de mi cara. Me sentía consumida. Cuesta creer que el mero hecho de hablar pudiera resultar tan agotador. Ainger Road estaba desierta. Estaba en el centro de Londres y me sentía sola por completo. Caminé despacio hacia Primrose Hill. Braithwaite tenía razón. Estaba alterada. Me encendí un cigarrillo para intentar recomponer las cosas. Todo parecía estar torcido.

Entré en el parque por la verja situada al pie de la colina. De un tiempo a esta parte he empezado a desviarme de algunos de mis hábitos; movida solamente, lo confieso, por el deseo de demostrar que Braithwaite está equivocado. Ayer, a la hora del desayuno, por poner un ejemplo, unté con mantequilla y mermelada mi primera tostada antes de repetir el mismo proceso con la segunda. (Lo normal es que unte con mantequilla las dos rebanadas antes de poner la mermelada.) Padre no hizo comentario alguno sobre esta conducta aberrante, incluso fingió no darse cuenta. La satisfacción que obtuve por desafiar de esta manera a Braithwaite se disipó a medida que me iba comiendo la segunda tostada. Todo lo que había conseguido era manchar de mermelada el platillo de la mantequilla y eso suponía que tendría que aguantar las miradas reprobadoras de la señora Llewelyn. El caso es que hay

determinadas prácticas que surgen no tanto por temor al cambio como porque constituyen la manera más eficiente de lograr el resultado que se desea. Abandonar tradiciones bien arraigadas con el mero propósito de demostrar que una está dispuesta a cambiar es una completa banalidad.

Por otra parte, hay que reconocer que algunas tradiciones se establecen solo mediante la fuerza de la costumbre. Como la de sentarme en el incómodo sofá de la consulta de Braithwaite. O, de modo parecido, el hábito que había adquirido de pasear por el perímetro del parque en la dirección de las agujas del reloj. Podría haberlo hecho en la dirección opuesta o incluso a lo largo del sendero que remontaba la colina. Así que fue con auténtica euforia como inicié el ascenso. Es posible que Primrose Hill no hubiese representado un gran reto para sir Edmund Hillary que digamos, pero lo mío nunca han sido los esfuerzos físicos. En St Paul's me excusaba de la clase de gimnasia siempre que podía. La señorita Scholl debía de pensar que tenía la regla todas las semanas.

Recorridos doscientos o trescientos metros, el espacio a mi alrededor ganó amplitud. Me sentí vulnerable. Quizá por eso mi instinto anterior había sido confinarme al perímetro. Allí una era invisible o, al menos, lo era un poco más. ¿Qué resultaba más seguro: ocultarme pegada a los arbustos donde un posible atacante podría hallarse al acecho o, por el contrario, hacer alarde de mi presencia, abandonando toda cobertura? Allí fuera, al descubierto, estaba expuesta. Imaginé mi cuerpo yaciendo boca abajo sobre la rociada hierba matinal, con la parte posterior de la cabeza machacada y un corrillo de gente indiferente en torno a mi cadáver. Qué insensatez por su parte, pensarían; una mujer joven como ella aventurándose por el parque a solas en medio de la noche. Y, a pesar de todo, allí estaba yo, escalando Primrose Hill sin un Tenzing siquiera que acarrease con mi bolso. El viento se volvió más frío, aguijoneándome las mejillas. A medida que el sendero se volvía más empinado, sentí que empezaba a faltarme el aire. Un poco más adelante había un joven sentado en un banco, las manos embutidas hasta el fondo en los bolsillos de su abrigo. Por un momento creí que era Tom (en los últimos tiempos lo veía por todas partes), pero era más estrecho de hombros y llevaba barba. No me fío de los hombres con barba, en particular de los hombres jóvenes con barba.

Estamos acostumbrados a ver a personas ancianas sentadas en los bancos de los parques o plantadas en paradas de autobuses en los que no tienen intención de viajar. Pero cuando una ve a un joven sentado a solas en el banco de un parque toma nota. De un joven solitario solo se pueden pensar dos cosas: una, que está melancólico; dos, que es una amenaza. Aquel joven no estaba leyendo un libro ni un periódico (estaba demasiado oscuro para hacerlo, en cualquier caso). Estaba sentado sin más; encorvado hacia delante, los tobillos entrecruzados debajo del banco, enroscado como un muelle. Observó cómo me aproximaba, ladeada la cabeza, como una paloma acechando un resto de comida. Supongo que no existía una amenaza inherente en ello. Lo más seguro es que hubiera oído el repiqueteo de mis tacones sobre el asfalto y hubiera girado la cabeza, sin más, hacia el lugar de donde provenía el sonido. Quizá hasta hubiese tenido la sensación de que si desviaba la vista yo podría interpretarlo como que me ignoraba de forma deliberada; que al abstenerse de observarme mientras me aproximaba, estaría desairándome en cierto modo. Así y todo, no pude evitar sentir un cierto desasosiego. Al pasar por delante de él, moldeó la boca en una especie de sonrisa y me dirigió un

buenas tardes. Yo respondí de una manera que daba a entender, sin ser descortés, que no era mi deseo prolongar la conversación. Esto no surtió efecto, pues secundó su táctica para entablar conversación manifestando que hacía una noche muy fresca.

—Desde luego —dije. Esta vez empleé un tono que sugería, sin ambages, que su comentario apenas me parecía merecedor de réplica.

Este intercambio había bastado para pasarlo de largo. Me siguió con la mirada. De haber estado en una calle muy transitada, este detalle me habría preocupado menos. Es más, puede que hasta me hubiese sentido insultada de no haberme considerado merecedora de un segundo vistazo por su parte. Pero en ese momento, entre las tinieblas del parque, me alteró. No había avanzado más de diez o veinte metros cuando se produjo un ruido detrás de mí. Me di la vuelta. El joven se había levantado del banco y me seguía. Digo que me seguía, pero quizá solo caminaba en mi misma dirección. Me dije que era harto razonable que, dado su comentario sobre el frío, no quisiera demorarse allí por más tiempo. Pero ¿por qué iba a escoger aguardar a que yo me acercase y pasara de largo para levantarse? No quería volver a mirar hacia atrás, no fuera que una ojeada por encima del hombro se interpretara como una invitación insinuante. Los hombres a los que los espera una mujer en casa no pasan el tiempo sentados en los bancos de los parques. Regresan corriendo a sus hogares, donde les aguarda en la mesa de la cocina una buena chuleta de cerdo con puré de patata. No obstante, mi perseguidor podría suponer, de igual modo, que una mujer joven con un marido esperándola en casa no se dedica a pasear sola de noche por el parque, y que una mujer que sí lo hace, por fuerza, debe avenirse a recibir un cierto grado de atención. Pensé que lo mismo debería explicarle que no tenía ningún motivo oculto; que solo estaba dándome una vuelta por el parque para aclarar mis ideas, y que, si me seguía con la esperanza de que aceptase una invitación a su cuchitril de mala muerte, estaba muy equivocado.

Reconozco con franqueza que tenía miedo, pero, como quería negarle la satisfacción de saber que me estaba asustando, no aceleré el paso. Si a alguien le sorprende que la mera proximidad de otro ser humano pueda provocar semejante temor, debe recordar que él no era otro ser humano sin más: era un hombre. A mí me habían educado para que pensara en los hombres como depredadores y en mí como víctima, y ninguna apelación al sentido común podía rebatir ese dogma. ¿Acaso creí que iba a violarme allí mismo, en medio del vasto espacio abierto de Primrose Hill, o que iba a sacar un objeto romo del interior de su abrigo y matarme a palos? Sentí que se me encogía el estómago de la peor de las maneras. La anticipación al primer golpe era lo que más me aterraba. Una vez pasado ese trámite, me haría un guiñapo en el suelo y me resignaría a lo que fuera que quisiera hacerme. Sería un alivio acabar con ello de una vez por todas.

La pendiente se agudizaba cerca de la cumbre. A lo mejor era que estaba ganando terreno o algo tan simple como que ya no podía oír sus pasos por encima del sonido de mi propia respiración. En lo alto de la colina había una barandilla de metal, su silueta perfilándose contra el cielo nocturno como una tiara. Una figura solitaria se hallaba allí de pie, contemplando la ciudad desde lo alto, una mujer enfundada en un abrigo que le llegaba hasta los tobillos, con el cabello envuelto en un pañuelo.

Levanté el brazo y grité, pero no me oyó. Eché a correr. Alcancé la cima y la llamé de nuevo. La mujer se volvió y me miró. Me tambaleé hasta ella mientras experimentaba una gran oleada de alivio.

—Hay un hombre —dije sin resuello, dando por hecho que bastaba con eso para explicar mi excéntrica conducta.

—¿Un hombre? —dijo ella.

—Sí. Me estaba siguiendo. —Gesticulé señalando en la dirección por la que había venido. No había nadie a la vista. Escudriñé el parque con frenesí.

La mujer me miró.

—Me estaba preguntando por qué corrías —dijo. Hablaba como cortando las palabras y su voz era grave y atractiva. Solo entonces me di cuenta de que se trataba de la señorita Kepler.

No creo haber experimentado jamás una transformación tan veloz de mis emociones. Pronuncié su nombre con la respiración entrecortada y agarré su mano de manera instintiva. Ella dio un paso atrás y me miró fijamente. Sus ojos se agrandaron. No pareció reconocerme. Mientras tanto me dio tiempo a observarla con atención. Era todavía más imponente de lo que me había parecido hasta entonces. El pañuelo con el que llevaba envuelta la cabeza acentuaba la forma de su cara, que era alargada y estrecha, con los pómulos pronunciados. Su boca era ancha y de comisuras caídas, con finos labios oscuros. Pero lo que más me cautivó fueron sus ojos. Sus iris eran negros y brillaban como guijarros mojados. Caí en la cuenta de que la había sobresaltado y me embarqué en una explicación acerca de cómo era que sabía su nombre. Ella me escuchó con una calma encomiable. Digo yo que debí parecerle una loca de remate. Recuperó su mano de mi agarre de un tirón y la levantó para atajar mi monólogo.

—¿Y tú nombre es? —preguntó.

—Rebecca —dije—. Rebecca Smyth. Con i griega.

La señorita Kepler tendió entonces su mano, la palma hacia abajo, los dedos levemente encogidos. Al tomar su mano, incliné automáticamente la cabeza. Poco me faltó para hacerle una reverencia.

—Los amigos de Collins son mis amigos —dijo.

Repliqué que yo no me consideraba amiga suya exactamente.

—Entonces ¿qué eres?

—Solo una de sus visitantes —dije.

La señorita Kepler frunció los labios, como si la distinción le fuera indiferente.

—¿Y me has seguido hasta aquí?

—¡Santo Dios, no! —dije—. Siempre doy una vuelta alrededor del parque después de verlo. Digo yo que para poner en orden mis pensamientos.

—¿Y qué clase de pensamientos tienes?

—Oh, no sé —dije con ligereza.

—¿Tienes pensamientos lúgubres?

—A veces.

—Por supuesto. No estarías viendo a Collins si no tuvieras pensamientos lúgubres.

—No, supongo que no. —Pregunté si ella tenía pensamientos lúgubres.

Ella encogió un poco los hombros y se volvió para contemplar la vista.

—¿Es que los hay de otra clase? —dijo. Sacó una cajetilla de cigarrillos Consulate del bolsillo de su abrigo y de inmediato decidí pasarme a esa marca. Me ofreció uno y luego encendió ambos con un mechero de oro. Estuvimos fumando en silencio unos momentos, antes de que ella volviera a hablar —. Te das cuenta de que es un genio, ¿verdad?

—¿Un genio? —dije.

—Sí. Un genio —dijo muy convencida. Giró la cara hacia mí. Su cadera estaba apoyada contra la barandilla. Sostenía el cigarrillo entre los dedos índice y corazón, a escasos milímetros de su mejilla. Sus guantes eran de ante oscuro. La hendidura del labio superior era un arco de cupido perfecto.

—¿Cuánto tiempo llevas viéndolo? —pregunté.

Exhaló un leve puf.

—Años —dijo—. No lo suficiente. ¿Alguna vez has conocido a alguien como él? Todo lo que dice da en el blanco. Sabe que una está mintiendo antes de que una misma se dé cuenta de que lo está haciendo.

—¿De modo que tú también le mientes?

—Mi problema no es que mienta a Collins —dijo—. Mi problema es que me miento a mí misma.

Asentí. Era lo típico que diría Braithwaite.

—¿Y no te asusta? —pregunté.

—¿Asustarme? ¿Quién? ¿Collins? Qué va, por Dios. —Se rio de mi pregunta.

—¿No tienes la impresión de que podría llevarte a hacer lo que él quisiera?

—Ya hago todo lo que él quiere, querida —dijo. Se puso de perfil, girado el rostro hacia el horizonte, y exhaló una larga bocanada de humo. Estuvo unos momentos abarcando Londres con la mirada, antes de volverse de nuevo hacia mí—. Quizá debiéramos marcharnos antes de que aparezcan más fantasmas.

Caminamos hacia una salida lateral del parque. Enhebró su brazo en el mío. Nuestra respiración se condensaba formando una nube a nuestro alrededor. La señorita Kepler era un poco más alta que yo. Era agradable caminar con ella, así, cogidas del brazo. Me sentía segura. Ya podríamos haber tenido merodeando a nuestra espalda a cuantos hombres fuera que yo habría seguido sin tener miedo. Experimenté una sensación de hermanamiento. Miré de reojo a mi compañera. Sus labios estaban un poco separados, su barbilla levantada, como un zorro en alerta. Siempre he disfrutado observando a las mujeres. El placer que obtengo de esta actividad es puramente estético y no podría calificarse, creo, de desviado. Todavía no he conocido una mujer que me genere la clase de sentimientos que agita en mi un hombre como Tom. Me gusta la fuerte y pesada mole corporal de un hombre. Me gustan sus olores. Si el metro va lleno y acabo pegada a un hombre, me gusta inhalar el olor de su sudor. Puedo escrutar las manos de un obrero durante minutos sin fin, imaginando sus durezas raspándome la piel. Jamás he sospechado que pudiera ser lesbiana. En St Paul's, cómo no, se hablaba a menudo de este mal entre las internas, pero nunca me tomé aquellos rumores en serio, sino más

bien como cotilleos maliciosos. Porque, a decir verdad, siempre he tendido a creer que la existencia de esa especie es poco más que un mito. En ese momento, no obstante, me pregunté si no sería la señorita Kepler una de esas criaturas. Sus rasgos y su porte tenían algo de hombruno, un cierto autodominio poco común en nuestro sexo. Quizá el lesbianismo fuera el desorden por el que acudía a la consulta de Braithwaite.

Paramos justo delante de la verja. Como creí que estábamos a punto de separarnos, dije:

—Te parecerá una locura, pero cuando has faltado a tu cita esta tarde, me he temido lo peor.

Me miró. Tenía una leve sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo.

—He pensado que lo mismo habías hecho alguna tontería.

—¿Una tontería?

—Me refiero a que quizá te habías quitado de en medio.

La señorita Kepler me miró con seriedad.

—El suicidio no es ninguna tontería —dijo con firmeza—. Y si has pensado algo así de mí, creo que es porque tú misma has tenido pensamientos de esa clase.

—Sí que tengo pensamientos oscuros —dije.

—Entonces, si llegas a ser tú la que hubiese faltado a su cita habría sido porque habías decidido no seguir.

—«No seguir» —repetí. Era una grata manera de expresarlo. Nos pasamos la vida urgiéndonos los unos a los otros a seguir. Cuanto más miserable se siente uno, más le recuerdan que siga adelante. Tú solo sigue adelante, gritamos, cuando sabemos de sobra que es lo último que nosotros mismos deseamos hacer. Pero si una, como es mi caso, no enfrenta adversidad alguna en la vida, a nadie se le ocurre decirle que siga adelante. Se da por hecho que seguirás adelante, como una autómata. ¿Por qué no ibas a hacerlo? Requiere fuerza de voluntad, un acto de violencia, dejar de seguir adelante. Pero menudo alivio supondría.

—La razón de que me salte una cita de vez en cuando —dijo la señorita Kepler— es tan simple como que a veces prefiero mis propias mentiras a las verdades de Collins.

Se plantó fuera del parque e indicó la dirección que iba a tomar. No era una invitación. Me tendió la mano y yo la tomé, en esta ocasión sin exhibición alguna de ciega sumisión. Le dije que esperaba que pudiésemos hablar en otra ocasión. Con un levísimo movimiento de cabeza, indicó que quizá fuera posible. Me daba la impresión de que la señorita Kepler era alguien con quien podría desahogarme.

Cuando ya estaba dando media vuelta para marcharse, susurré:

—En realidad no soy quien finjo ser. Rebecca no es mi verdadero nombre.

Ella se detuvo y hundió las comisuras de su boca.

—Yo no me preocuparía —dijo—. Todos pretendemos ser otra persona. Y Rebecca es un nombre tan bonito.

La observé alejarse. Sus tacones no sonaban contra el pavimento. Permanecí en el lado de dentro

de la valla perimetral de hierro forjado. Me giré y miré hacia el parque. Las luces de la ciudad formaban un halo alrededor de la cumbre de la colina. Cuando volví a mirar hacia la calle, la señorita Kepler ya había desaparecido, y tuve la sensación de que, desde el principio, ella jamás había estado allí.

Braithwaite III:
Mata a tu Yo

Llegado el otoño de 1965, cuando la autora de los cuadernos contenidos en este volumen se presentó en Ainger Road, Braithwaite estaba alcanzando la cumbre de su fama, pero su ascenso no había sido ningún camino de rosas.

Tras completar su tesis doctoral, Braithwaite rechazó un puesto de docente en la universidad. Estaba más que harto de Oxford. Desde aquel roce con Colin Wilson tres años antes, tenía la sensación de que la vida estaba en otra parte. En junio de 1959 hizo autoestop hasta Londres, se buscó un cuarto de alquiler en Kentish Town y aceptó una serie de empleos menores. Estos incluían desde trabajar en la construcción hasta acarrear cajas en almacenes, pero Braithwaite ni era capaz de regirse por un horario fijo ni aceptaba que le dieran órdenes, y siempre lo acababan despidiendo tras una semana o dos.

Para finales de año, el carácter novedoso de esta vida sin rumbo había perdido su atractivo, y escribió a R. D. Laing, que por entonces era residente de último año en la Tavistock Clinic, una instalación psicoterapéutica en Beaumont Street. En su carta, Braithwaite describía cómo se había visto inspirado a regresar a Oxford para estudiar psicología después de ver el modo en el que Laing desarrollaba su trabajo en Netley. Le gustaría, decía, formarse bajo su tutelaje. Fue un instante único de deferencia por parte de Braithwaite. Laing respondió recomendándole que, si su interés por dedicarse a la psiquiatría era serio, primero debería estudiar Medicina. La carta de Laing era cortés y su consejo razonable, pero la sensación de Braithwaite fue que lo subestimaba. No estaba acostumbrado a recibir un trato semejante. Había dado por hecho que Laing reconocería su talento y le ofrecería un empleo de inmediato. Escribió de vuelta esbozando algunas de las ideas de su tesis y expresando el punto de vista de que, a fin de entender la mente, no necesitaba saber cómo curar a un niño de diarrea. Laing no contestó.

A principios de 1960, Braithwaite se encontró con Edward Seers, a quien, en su momento, había conocido en compañía de Colin Wilson. Por utilizar la jerga de entonces, Seers era «una loca», un tipo extravagante muy conocido en el Soho. Incluso en pleno verano, vestía como un aristócrata eduardiano de principios de siglo, a veces con pantalones bombachos, nunca sin un pañuelo o una

pajarita al cuello. No pasaba del metro setenta y, si estaba lo bastante ebrio (cosa que sucedía a menudo), no tenía inconveniente en hacerle proposiciones deshonestas a cualquier hombre que se encontrase en un bar, a pesar de los riesgos, muy serios y muy reales, que acarreaba semejante conducta. Por lo que cuenta Braithwaite en *Mi Yo y otros extraños,* fue así cómo Seers se le presentó por segunda vez en un pub de Dean Street. Braithwaite, quien por entonces ganaba una miseria trabajando en el mercado de frutas y verduras de Covent Garden, le dijo que podía hacer lo que quisiera con tal de que lo invitase a una pinta de cerveza. Los dos hombres se retiraron a un rincón del bar y entablaron una charla. Aunque Braithwaite no estaba precisamente a la vanguardia de la corrección política, sí que tenía una mentalidad abierta en lo que atañía a asuntos de sexualidad. «¿Por qué tendría que molestarme lo que otro hombre quiera hacer con su polla? Yo hago lo que me apetece con la mía.» Mientras Seers pagara las bebidas, no pareció que le importase si las manos de aquel se aventuraban por encima de sus muslos o por su entrepierna. No hay motivos para creer que las cosas pudieran llegar mucho más lejos, pero para cuando sonó la campana que avisaba del inminente cierre de la barra, Seers le había ofrecido un empleo en el departamento editorial de Methuen. Braithwaite aceptó y se presentó en las oficinas de la editorial al lunes siguiente. Evaluaba manuscritos, realizaba alguna que otra corrección de pruebas y descubrió que nadie, Seers el que menos, ponía objeción alguna si disfrutaba de largos almuerzos frugales regados de alcohol de los que no regresaba.

Zelda bajaba desde Oxford en autoestop cada dos o tres fines de semana. El cuchitril de Braithwaite era un asco. Como la habitación daba a la muy transitada Kentish Town Road, las ventanas estaban mugrientas, y, durante el día, el estruendo de los autobuses era continuo. Había un lavabo, que además le hacía a Braithwaite las veces de urinario; un hornillo infrautilizado de dos placas; una cama individual con un colchón fino repleto de manchas; una mesa y una silla. El cuarto de baño estaba en la planta de arriba, pero como rara vez había suficiente agua caliente para darse un baño, las abluciones de Braithwaite solían limitarse a un «lavado de gato» en el lavabo. A su llegada, Zelda abría las ventanas de par en par, vaciaba los ceniceros y recogía las botellas que se habían acumulado desde su última visita. No es que fuera de las que se afanan en las tareas domésticas, pero incluso su permisividad con la suciedad tenía un límite.

Zelda recuerda aquellos fines de semana con cariño. Follaban en la cama individual, fumaban porros y daban paseos por Hampstead Heath dándose codazos el uno al otro cada vez que se cruzaban con un hombre solitario merodeando de manera sospechosa. Como legado de la época que siguió a las vendimias en Francia, Braithwaite era un entusiasta practicante del sexo al aire libre, y cuando la pareja era sorprendida en el acto, un día sí y otro también, no se mostraba para nada intimidado.

Según Zelda, nunca vio a Braithwaite más feliz que entonces: «En Oxford no encajaba. Siempre estaba con el gusanillo de marcharse a otro lugar, pero Kentish Town le iba como anillo al dedo. Era un lugar andrajoso, y él era una persona andrajosa». Él tenía un salario decente, podían permitirse comer fuera e ir al teatro de vez en cuando. Daba la impresión de que Braithwaite disfrutaba de aquel

papel indefinido que ejercía en Methuen. Tenía buen ojo editorial y, de haberse desarrollado las cosas de otra manera, es posible que hubiera tenido un futuro prometedor en el mundillo.

En abril de 1960, R. D. Laing publicó su influyente *El yo dividido*. Al contrario de lo que a menudo se piensa, el libro no alcanzó el éxito de un día para otro,[10] pero sí que tuvo un impacto inmediato en Braithwaite, que se hizo con un ejemplar la misma semana de su publicación.

Ronald David Laing nació en el seno de una familia de clase media baja en el barrio de Govanhill, en Glasgow, en 1927. Su padre era electricista y le pegaba con regularidad. Su madre era una mujer posesiva que vivía en semireclusión. Durante los primeros años de su vida, Laing compartiría dormitorio con su madre, mientras que su padre sería desterrado al cuarto trastero del pequeño piso familiar. Laing se refugió en los estudios y consiguió una beca para el prestigioso instituto Hutchesons' Grammar, antes de estudiar Medicina en la Universidad de Glasgow. Después de cumplir con su destino en las instalaciones del ejército en Netley, Laing consiguió un empleo en el Ganable Royal Mental Hospital de Glasgow, donde trabajó en el pabellón para mujeres. Los comas insulínicos, la terapia electroconvulsiva y la lobotomía eran tratamientos rutinarios, y la mayoría de las pacientes llevaba allí internada más de una década. Laing montó allí el «Cuarto de Juegos», que se trató de un experimento terapéutico en el que se permitía que una docena de pacientes esquizofrénicas se vistiera con su propia ropa e interactuara libremente, proporcionándoles materiales para manualidades. A los dieciocho meses, las pacientes habían experimentado una mejoría lo bastante considerable como para darles el alta, aunque al año estaban todas de vuelta. Con todo, a Laing se lo reconoció como una persona con ideas audaces y con el coraje para llevarlas a la práctica.

A finales de la década de 1950 se trasladó a Londres para estar en el meollo de los últimos avances del mundo de la psiquiatría. Tenía treinta y dos años cuando salió *El yo dividido*. Braithwaite leyó y releyó con furor el libro (subtitulado «Un estudio existencial sobre la cordura y la locura») en el transcurso de un fin de semana. Ya en las páginas introductorias se reconoció a sí mismo y su forma de pensar cuando Laing describe al individuo «esquizoide» como aquel que «no se experimenta a sí mismo como una persona completa, sino más bien como si estuviese "dividida" de varias maneras». De ahí, Laing procede a explicar cómo esta condición de «inseguridad ontológica» puede conducir al desarrollo de un sistema de falsos yoes: un ensamblaje de máscaras o de personalidades que uno presenta al mundo con el fin de salvaguardar el «yo verdadero» de sentimientos de fagocitación o de implosión.

Fue típico de Braithwaite que, en vez de sentir que había dado con su alma gemela, concluyera que Laing le había robado las ideas que él le había expuesto en su carta a finales del año anterior. Es más, lo mismo Laing había leído y plagiado su tesis doctoral. Como hombre poco dado a la circunspección, Braithwaite redactó una carta llena de rabia en la que llamaba a Laing, entre otras cosas, «mangante escocés» y «charlatán de pacotilla», y lo amenazaba con tomar acciones legales. Sus acusaciones carecían de fundamento. Laing había completado el manuscrito de *El yo dividido* en 1957, mucho antes de tener noticia de la existencia de Braithwaite, pero aun de no haber sido ese el caso, la idea de que se hubiese apropiado de las opiniones de un correspondiente fortuito era absurda.

Braithwaite echó al correo su carta (que no obtuvo respuesta) de camino a las oficinas de Methuen a primera hora del lunes. Fue directo a ver a Edward Seers, que hizo que se sentara antes de servirle el whisky que a todas luces necesitaba. Braithwaite se pasó media hora despotricando, mientras daba vueltas por el diminuto despacho como un tigre enjaulado. Seers ni había oído hablar de Laing ni tenía noticias de su libro. No se tomó en serio nada de lo que dijo Braithwaite y, en su lugar, esperó a que pasara la tormenta, como, en efecto, sucedió finalmente. Cuando Braithwaite volvió a tomar asiento, con un segundo whisky ya en la mano, le dijo a Seers que se proponía escribir un libro —«un jodido libro en condiciones»— sobre sus ideas. Si esto generó dudas en Seers, este optó por guardarse para sí su escepticismo. Braithwaite le recordó el éxito arrollador de *El desplazado,* de Colin Wilson, y Seers aceptó echar un vistazo a lo que pudiera producir. Por aquel entonces, Braithwaite dedicaba la totalidad de sus ratos libres a beberse el sueldo, y parecía improbable que fuera a ser capaz de reunir la autodisciplina que requiere escribir un libro, pero durante las seis semanas siguientes, tras hacer un fugaz acto de presencia en la oficina, se marchaba a la sala de lectura de la vecina Biblioteca Británica, donde Wilson también había trabajado. Cuando Seers le expresó sin demasiado ahínco sus objeciones a este proceder, Braithwaite protagonizó uno de sus característicos ataques de furia y animó a Seers a que se atreviera a despedirlo. Se llevaría su obra maestra a otra parte. Seers se limitó a encogerse de hombros. Encontraba divertidas las invectivas de Braithwaite.

Un sábado del mes de mayo, cuando Zelda llegó hacia la hora del almuerzo, la cogió por sorpresa no encontrarse a Braithwaite durmiendo la mona, sino encorvado sobre su diminuto escritorio rellenando las páginas de un cuaderno con su desaliñada caligrafía. La ventana estaba abierta. No halló ristras de botellas pegadas a los rodapiés, y había una caja de huevos y una barra de pan junto al hornillo. Pasó media hora antes de que él abriera la boca para hablar siquiera. Zelda estaba acostumbrada a aquellas situaciones tan teatrales. No tanto, sin embargo, a que, una vez salido de su trance, declinase la oportunidad de acostarse con ella y, en su lugar, se friera unos huevos antes de retomar el trabajo. Zelda salió a dar un paseo. Cuando regresó, al caer la tarde, Braithwaite seguía sentado delante de su escritorio, pero enseguida dio por terminada la jornada. Hicieron el amor escandalosamente (Zelda lo recuerda porque otro inquilino golpeó la puerta para decirles que bajaran el volumen) y luego fueron al Moreton Arms, donde Braithwaite se mostró de lo más exultante. Habló de manera animada pero incoherente sobre lo que estaba escribiendo. Cuando estaba así, recordaría Zelda, «resultaba muy agradable. Su mente pasaba velozmente de un tema al siguiente sin lógica aparente. No servía de nada intentar seguir el hilo de sus pensamientos, pero resultaba entretenido». Ni siquiera pareció inmutarse cuando ella sugirió que quizá pronto pudiera permitirse alquilar una habitación más salubre.

Un mes más tarde, más o menos, Braithwaite le presentó a Seers los resultados de su esfuerzo. El manuscrito, que se encuentra en el archivo de Durham, es una cosa prodigiosa; tan ilegible que, a primera vista, uno ni siquiera puede tener la seguridad de que esté escrito en alfabeto latino. Las palabras con frecuencia son poco más que líneas ondulantes, salpicadas por los historiados rabillos de

efes, ges o i griegas. Es como intentar leer una caligrafía normal desde la ventanilla de un tren que avanza a toda velocidad. La evidente premura con la que el libro fue escrito está patente en cada línea. Hay muchos tachones, con revisiones escritas encima o debajo de la línea. Estas anotaciones a menudo resultan más legibles que la versión original, es posible que refrenadas por la limitación de espacio. Para terminar, hay numerosas flechas que conectan distintos párrafos o páginas, y más notas garabateadas verticalmente en los márgenes. En general, da la impresión de ser la obra de una mente creativa pero desordenada que bregara por captar algo, pero que careciese de la paciencia o de la astucia para hacerlo.

Al día siguiente, Seers llamó a Braithwaite a su despacho. Braithwaite esperaba de este que alabase su genio y le ofreciera un cuantioso adelanto. A cambio, Seers lo informó de que la persona a la que le había pasado el manuscrito decía que era ilegible. Braithwaite se puso hecho una furia debido a lo que él percibía como un desaire a su obra y por el hecho de que Seers hubiera pasado el manuscrito a un currito en lugar de leérselo en persona. Seers trató de aplacarlo diciendo que, considerando su afecto hacia Braithwaite, no podría haber sido objetivo. En cualquier caso, Braithwaite tendría que pedir que le mecanografiaran el manuscrito. Hecho esto, Seers decidió que sería mejor leérselo, después de todo. En el futuro repudiaría el libro, calificándolo de «galimatías» en privado, pero fue lo bastante sagaz para darse cuenta de que la psiquiatría empezaba a hacerse un hueco en el ámbito de la cultura popular y de que podría haber un mercado para ese género de ideas. Se mostró reacio a publicar un libro con un título tan incendiario, pero tanto esta como todas las demás sugerencias editoriales chocaron con la intransigencia de Braithwaite. El libro se acabó publicando en marzo de 1961.

Mata a tu Yo es un producto de su tiempo, tanto en el sentido que captaba el *zeitgeist*, como por el hecho de que se escribiera de manera tan apresurada. Que nadie se lleve a error: el libro es un desastre. Se trata de una mezcolanza de pasajes de la tesis de Braithwaite, cavilaciones sobre diversos fenómenos culturales e indisumulados puyazos contra Laing. Está repleto de afirmaciones y generalizaciones no corroboradas y con frecuencia resulta vulgar o simplemente imposible de leer. En sus mejores momentos, no obstante, destila una energía efervescente, y el talento de Braithwaite con los eslóganes adquiriría entre sus díscolos lectores contraculturales una trascendendia mayor que algo tan cuadriculado como la coherencia intelectual. En el prólogo, Braithwaite trata de hacer virtud de las deficiencias de su libro: «Se me sugirió que rescribiera algunos pasajes de este libro. Yo me negué. Al hacerlo, me estaría censurando, imponiendo un orden que no existe. Y eso significaría frustrar el propósito de mi propia obra». Si acaso, la impenetrabilidad de ciertos pasajes no hacía sino confirmar la genialidad del autor.

El infame pasaje del primer capítulo es un ejemplo que viene al caso. Braithwaite toma como punto de partida la idea de que, si uno va a hablar sobre el yo, uno debería empezar por definir qué significa uno. De aquí pasa rápidamente a afirmar, no obstante, que intentar siquiera definir el yo es un acto fraudulento: el Yo no existe en cuanto entidad o cosa; y si existe, no es más que una proyección del yo (el libro está repleto de estas paradojas). Hay una extenuante disquisición acerca de

un opaco pasaje de *La enfermedad mortal,* de Kierkegaard. «El yo —escribe Kierkegaard— es una relación que se refiere a sí misma.» El yo, elabora Braithwaite, consiste en un diálogo entre dos versiones del yo que compiten entre ellas: uno que está presente-en-el-momento; y uno al que se percibe como persistente en el tiempo y al que, en virtud de ello, se considera «verdadero».[11] El yo presente-en-el-momento se encuentra subyugado por el Yo persistente-en-el-tiempo. Este último se presenta, por tanto, como una especie de tirano que impide que el individuo participe plenamente de la experiencia del mundo exterior y que provoca sentimientos de culpa y de nula autenticidad. Kierkegaard califica esta culpa de desesperación: «Querer deshacerse de uno mismo es la fórmula de toda desesperación».

La disquisición que elabora Braithwaite sobre este particular es una divagación que ocupa media docena de páginas impenetrables. Cabe cuestionarse cuántos de sus lectores perseveraron a través de sus laberínticas oraciones y saltos de lógica, pero acaba con la declaración que haría famoso al libro:

> Para escapar de la desesperación, no te mates; mata a tu Yo.

Como sucede tan a menudo en la obra de Braithwaite, se trata del triunfo de la aseveración sobre la argumentación. A pocos les importaron las páginas precedentes cuando la conclusión estaba tan madura para garabatearla en la pared de un retrete.

Mata a tu Yo puede verse como una especie de diálogo con el libro de Laing. Era mucho más en lo que los dos hombres estaban de acuerdo que en lo que diferían. Compartían un mismo recelo hacia la profesión médica preponderante y la ligereza para diagnosticar que caracterizaba a la práctica psiquiátrica convencional. La terapia electroconvulsiva, aseveraba Braithwaite, «es como tratar el miedo a volar empujando a una persona al vacío desde un avión: es posible que el paciente remonte el vuelo un rato, pero el beneficio dura poco». Ambos coincidían en la certeza de que los delirios psicóticos eran, para la persona que los experimentaba, al menos, reales, y que estas experiencias deberían ser abordadas en lugar de desestimarse. Además, compartían el deseo de deconstruir la presunción tradicional de que las experiencias y las manifestaciones del paciente son subjetivas y falsas, mientras que la interpretación que hace el terapeuta de esas experiencias es objetiva y veraz. «No hay razones para creer que el terapeuta esté más cuerdo que el paciente —escribe Braithwaite—. Es más, la lectura imparcial de cualquier ensayo psiquiátrico nos demuestra que lo habitual es que sea todo lo contrario.» La relación terapéutica no debería tener como meta que el paciente «se *vuelva cuerdo*, sino que se sienta cómodo con su demencia». Buena parte de todo esto podría haberse sacado directamente de las páginas del libro de Laing, pero era en la cuestión del yo donde los dos hombres diferían:

> El doctor Laing se aferra a la noción de un «yo verdadero» igual que el iluso Lear al cuerpo sin vida de Cordelia. Su deseo es liberar al demente, pero la idea del «yo verdadero» es la camisa de fuerza que nos mantiene a todos nosotros en el manicomio. Solo existen identidades, y ese querer retroceder a un supuesto estado de identidad verdadera anclado en la infancia es la fuente misma

> de los problemas que describe. El camino de la liberación radica en aceptar que somos haces de identidades […]. Elevar una de estas identidades por encima de las demás supone establecer una falsa jerarquía que es el origen de lo que se denomina «enfermedad mental». En este sentido, aquellos a quienes etiquetamos como esquizofrénicos son, en realidad, los vanguardistas de una nueva forma de ser.

A esta nueva forma de ser la describe como «*schizophrening*». A medida que fue avanzando la década, este concepto se convertiría en una idea muy en armonía con el espíritu de sé-quién-quieras-ser de la época, y en nada de tiempo todo estudiante y filósofo de bar llevaría un ejemplar de *Mata a tu Yo* en el bolsillo. Las abreviaciones «*phrening*» (o, a veces, «*phreening*») pasaron a formar parte del argot *beatnik,* y se hicieron grafitis de los eslóganes «Deja de ser tú mismo: *phree*nate!» o el más sucinto «Deja de ser: *phree*!»[12] en las paredes de los campus universitarios a lo largo y ancho del país. El concepto también dio lugar al efímero movimiento del Verso Phree, en el que intérpretes, a menudo hasta arriba de ácido, canalizaban sus diversos yoes en una espiral cacofónica, hasta que las diferentes identidades se fusionaban en un único discurso interior incomprensible, pero «auténtico». Se da la ironía de que más de un participante de estas veladas acabó con sus huesos en un psiquiátrico, recuperándose.

Las ideas de Braithwaite calaron también en la cultura popular. Hacia finales de 1966, antes de la grabación del que habría de convertirse en el álbum titulado *Sgt Pepper's Lonely Hearts Club Band,* Paul McCartney escribiría lo siguiente:

> Pensé: no seamos nosotros mismos. Desarrollemos cada uno un alter ego para no tener que proyectar una imagen que ya conocemos. Nos sentiríamos mucho más libres. Lo que de verdad sería interesante es asumir las identidades de los miembros de una banda diferente… Todos esos sonidos no estarían brotando de nosotros, no serían los Beatles, sería esa otra banda, y de esa forma podríamos diluir nuestras identidades en ella.

No está claro si el renuente Beatle había leído *Mata a tu Yo,* pero era McCartney y no John Lennon el que se movía en los círculos contraculturales de Londres y es más que probable que hubiese oído hablar del libro. Tanto él como Braithwaite asistieron a la fiesta de lanzamiento de la revista vanguardista *International Times,* que se celebró en octubre de 1966 en el Roundhouse, el recinto para conciertos de Camden. Independientemente de que se conocieran allí o no, los comentarios de McCartney son un reflejo de la gran difusión de las ideas a las que Braithwaite había dado voz.

Todo este éxito se produciría más tarde, no obstante. En los días que siguieron a la publicación de *Mata a tu Yo*, Braithwaite revisaría periódicos y revistas de principio a fin en busca de reseñas. Colin Wilson había sido aclamado como la voz de su generación en menos de una semana. Braithwaite no esperaba menos. Al final, apareció una única crítica en el *New Statesman*. Edward Seers había

estudiado en Westminster School con John Freeman, el nuevo editor de la revista, y lo convenció para que reseñara la obra. Más le hubiera valido no tomarse la molestia. La conclusión de la crítica era que «los únicos rasgos notables de este libro son su título irresponsable y su desprecio al sentido común». Braithwaite, haciendo gala de su acostumbrada temeridad, envió a Laing una copia, acompañada de una sarcástica nota en la que le agradecía el papel que había desempeñado en la concepción del libro. No se sabe si Laing leyó el libro entonces. Pero es evidente que no lo dignificó con una respuesta.

A lo largo del año siguiente, el libro vendió unos pocos centenares de copias, un número más que respetable para una obra ininteligible de un autor desconocido. En presencia de Seers, o de quien quiera que le prestara oído, Braithwaite se dedicó a despotricar contra una conspiración del Sistema que pretendía acallar sus ideas, pero en privado se mostró hundido por la indiferencia del mundo. Zelda nunca lo había visto tan taciturno. Los fines de semana los pasaba tumbado en la cama, fumando un cigarrillo tras otro, hasta bien avanzada la tarde. Por la noche, si la pareja salía, bebía todavía más de lo acostumbrado y se metía en peleas con todo aquel que fuera lo bastante incauto como para discutir con él. En más de una ocasión acabó dándose de puñetazos en la acera, a la puerta del Moreton Arms. Las visitas de Zelda se tornaron cada vez menos frecuentes, pero la chica no conseguía reunir el valor para poner fin a la relación. Por primera vez tenía la sensación de que Braithwaite la necesitaba para algo más que para el sexo.

En sus memorias, Braithwaite maquilla por completo este período. En una flagrante distorsión de la realidad, escribe: «Me había atrevido a decir lo que nadie había dicho antes, en un momento en el que el mundo estaba preparado para escuchar». Resulta imposible afirmar si esto es producto de su talento para la automitificación o si se debe a un fallo genuino de memoria, pero de lo que no cabe duda es de que su relación con la verdad era de lo más flexible.

En cualquier caso, fue un período baldío que no habría de perdurar.

En septiembre de 1961, en una fiesta en casa del productor de cine Michael Relph, amigo de Seers, Braithwaite conoció a Dirk Bogarde. El actor acababa de protagonizar la película *Víctima,* en la que interpreta el papel de un abogado al que chantajean por su homosexualidad. Se trataba de un importante filme de denuncia y Bogarde, hasta ese momento ídolo de poca monta de las sesiones de matiné, fue aclamado por tener la valentía de aceptar semejante papel.

Bogarde era un personaje complicado. Su nombre de nacimiento era Derek Jules Gaspard Ulric Niven van den Bogaerde, y se crio en Londres antes de que lo enviaran a vivir, ya de adolescente, con sus tíos, en Bishopbrigss, cerca de Glasgow. Sirvió en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial y, según contaría, presenció los horrores de Belsen de primera mano. Como la mayoría de los niños de clase media alta de aquel entonces, lo educaron bajo el credo «ni te expliques, ni te quejes». Bogarde era un hombre en extremo reservado. John Coldstream, su biógrafo, describe la «curtida epidermis que empezó a desarrollar en la adolescencia; y que [en la madurez] se endureció en un formidable caparazón […]. Dirk construyó una identidad para consumo público».

Bogarde vivió durante cuarenta años con su pareja, Tony Forwood, pero siempre negó que fuera

homosexual. Esto era comprensible en la década de 1960, un momento en el que, a decir de Coldstream, la posibilidad de «exponerse» como homosexual pasaba por vivir con el «temor más que real a caer en desgracia por obra y gracia del Estado». Incluso después de que las prácticas homosexuales fueran despenalizadas por la Ley de Delitos Sexuales de 1967, la opinión pública siguió a años luz de los avances legislativos. De modo que Bogarde aprendió a compartimentar su vida separando su yo público de su yo privado. Puede que Arthur Braithwaite, el hijo del ferroviario de Darlington, se hubiese reinventado a sí mismo como Collins Braithwaite, pero el perfil público de Bogarde dejaba traslucir que para él, conservar ese caparazón nacía de una necesidad más vital de lo que podría serlo nunca para Braithwaite. Bogarde se jugaba mucho más.

Según relata él mismo, Braithwaite se presentó a Bogarde con las palabras: «Es usted muy buen actor». Bogarde le dio las gracias de manera mecánica —seguro que había oído expresar ese sentimiento un millar de veces—, pero Braithwaite perseveró: no se refería a la obra profesional de Bogarde. Lo había observado interactuar con varios invitados a la fiesta. «Cuanto usted dice y hace es falso —afirmó—. Es una actuación.» En ese momento, Bogarde lo miró con esa sonrisa altanera con la que estaría familiarizado cualquiera que lo hubiese visto en una pantalla. Antes de que pudiera responder, Braithwaite continuó: «Lo ve, incluso ahora está actuando. Sonríe, pero su sonrisa es una máscara».

No hay mención alguna a Braithwaite en los siete volúmenes que ocupan las memorias de Bogarde, pero sí que habló en privado con uno o dos amigos sobre el encuentro y su posterior relación con él, describiéndolo como un «tipo extraordinario». Al parecer, hubo algo en los rasgos «como de gárgola» y en el abierto descaro de Braithwaite que hicieron que bajase la guardia. Quizá solo fuera cosa de un farsante que reconoce a otro.

Los dos hombres se retiraron a un pequeño apartado situado convenientemente junto al aparador de las bebidas. Bogarde empezó a interrogar a Braithwaite acerca de quién era, una estrategia que el segundo interpretó que obedecía no tanto a una curiosidad genuina como a una forma de alejar la conversación de su persona. Bogarde no había oído hablar de *Mata a tu Yo*, pero Braithwaite le hizo un resumen de las ideas principales. Bogarde, según manifiesta el propio Braithwaite, «escuchó con atención, mirando hacia abajo. Quedó claro que se reconocía en lo que yo le contaba. Durante unos breves minutos, el barniz desapareció, y me encontré hablando no con Dirk Bogarde, estrella de cine, sino con Derek van den Bogaerde». El momento no duró mucho. La conversación fue interrumpida por la anfitriona de la fiesta, que se llevó a Bogarde a rastras para que saludara a otro invitado. Antes de marcharse, sin embargo, Bogarde —restaurada ya la identidad pública— le dijo a Braithwaite que no dejara de enviarle un ejemplar de su libro. Braithwaite lo hizo, y recibió a los pocos días una nota invitándolo a la despampanante mansión campestre del actor, Drummers Yard, cerca de Amersham, veinte millas al noroeste de Londres.

Braithwaite llegó una hora tarde, pero no pareció que a Bogarde le importara o que reparara en ello. «Fingió indiferencia —escribiría Braithwaite—, como si hubiera olvidado que me había invitado.» Reconocía ese falso aire despistado de los prototipos de clase alta con los que se había

codeado en Oxford y para quienes era «importante aparentar que uno tiene cosas más importantes en las que pensar que en ese prosaico asunto de la puntualidad». La casa era vasta, pero Bogarde hizo pasar a Braithwaite a un pequeño estudio, su «*wee den*», su «pequeña madriguera», la llamó el actor educado en Glasgow. Fue como entrar en un santuario.

En el retrato que hace de Bogarde en *Mi Yo y otros extraños,* Braithwaite tira de un humor sarcástico y atiende con minuciosidad a los gestos y a las manías del actor. El Bogarde que describe es a un tiempo vanidoso, evasivo, encantador, generoso, mordaz y vulnerable. Era, de acuerdo con la tosca taxonomía que Braithwaite hacía de la especie humana, un «tipo jodido». Parece ser que lo que Braithwaite hizo por Bogarde fue despojarlo del sentimiento de culpa que lo atenazaba por fingir ser alguien que no era; convencerlo de que el yo que estaba simulando era tan real como el yo que ocultaba. Le explicó su interpretación de *El doble*. ¿Quién puede asegurar quién es el original y quién el impostor? La relación entre ambos no parece que se prolongara más allá de unas pocas semanas, pero causaría un impacto duradero en ambos. «Fue un alivio —le contó Bogarde a un amigo— que me dijeran que estaba bien no ser "uno mismo" en todo momento; que era aceptable ser tu propio doble.»

En las semanas que siguieron, Braithwaite recibió llamadas de otros actores y gente relacionada con el mundillo del cine y del teatro. Braithwaite adoraba a los actores. Eran la viva encarnación de sus ideas. A los actores se los reverenciaba por fingir ser alguien que no eran. En *Mata a tu Yo,* cita a Camus:

> [El actor] demuestra hasta qué punto el parecer hace al ser. Pues su arte es eso: fingir absolutamente, proyectarse tanto como le sea posible en vidas que no son la suya… Su vocación se torna cristalina: aplicarse de corazón a no ser nada o a ser varios.

Y sigue Braithwaite:

> Al final de cada representación, nos ponemos en pie para aplaudir. «¡Bravo! —exclamamos—, ¡otra!» Cuanto más convincente la ilusión, mayor el aplauso. Y aun así, tan pronto como ponemos un pie fuera del teatro, las personas son ridiculizadas por ser falsas, por no «ser ellas mismas». La búsqueda del «ser uno mismo» es idolatría. En su lugar, debiéramos tratar al mundo como un escenario y representar cualquier visión de nosotros mismos que deseemos ser. Inventarnos y reinventarnos —de forma que «seamos varios»— es la única manera de escapar de la tiranía del anclado Yo inmutable.

Esto era, para Braithwaite, el camino a la felicidad, y su nueva clientela teatral demostró ser una audiencia receptiva. Los actores, debido a la naturaleza de su vocación, eran seres inadaptados. Desde muy temprana edad entendían que tenían que actuar para encajar. «No es que los maricas —escribió Braithwaite recurriendo al argot de la época— sean mejores actores. Lo que pasa es que la persecución de esta desviación exige que todos los maricas sean actores.»

Al principio, Braithwaite visitaba a sus clientes en sus casas, pero llegado el otoño de 1962 estuvo

en posición de renunciar a su empleo y alquilar la casa de Ainger Road. Vivía en la planta baja y usaba el piso de arriba para recibir a sus «visitantes». Si la gente estaba dispuesta a pagarle cinco guineas por hora a Braithwaite, no era cuestión de que él los rechazara. En nada de tiempo ganaba en tres horas el equivalente a su salario semanal en Methuen.

Zelda, que para entonces había terminado su doctorado, se mudó a la casa a finales de ese año. Durante un tiempo, este arreglo funcionó de manera más o menos armónica. Zelda contaba con sus propios ingresos y nunca estuvo sometida a Braithwaite de la manera en la que lo habían estado Sara Chisholm y otras de sus novias. Dedicó el invierno a escribir lo que acabaría por convertirse en *El rostro de otra mujer*.

En un primer momento, Braithwaite se tomó en serio su papel de terapeuta accidental. Se pasaba las noches leyendo volúmenes de casos clínicos. Nada alteró, no obstante, las opiniones que había expresado en *Mata a tu Yo*. Rechazaba con displicencia el modelo psicoanalítico e incluso ponía en duda la existencia del inconsciente. La interpretación de los sueños era «una superchería practicada por pseudochamanes». A pesar de todo, lo que fuera que hiciera en la habitación de arriba de la casa de Ainger Road parecía surtir su efecto. Enseguida, su agenda pasó a estar llena. Mandó construir un tabique para crear una antesala y contrató a una secretaria que se encargara de las citas y de cobrar sus honorarios. La primera de aquellas, Phyllis Lamb, recuerda un «desfile de chicas guapas y tipos bohemios». La gente con frecuencia se plantaba en Ainger Road sin cita previa y había que mandarla de vuelta a casa, o bien se quedaba allí sentada esperando a que Braithwaite estuviera libre. Entre sesiones, Braithwaite se retiraba a menudo a la planta baja para fumarse un porro o pimplarse una botella de cerveza.

La novela de Zelda se publicó a finales de 1963. El *Observer* la llamó «un íntimo y sagaz retrato de una nueva feminidad». *The Times Literary Supplement* la comparó con Virginia Woolf. Ahora, cuando sonaba el teléfono en la planta baja, casi todas las veces era para Zelda. «Claro que estaba celoso —recordaría ella—. Collins era incapaz de alegrarse por el éxito de los demás.» Braithwaite se leía todos los artículos que hablaban de ella para intentar encontrar alguna mención a su propio nombre y, cuando no hallaba ninguna, lanzaba el periódico o la revista en cuestión hasta la otra punta de la habitación. «Era como si pensara que, de algún modo, yo le debía mis logros.» La pareja pasaba los fines de semana celebrando fiestas o acudiendo a las de otras personas. Las juergas en Ainger Road a menudo se prolongaban hasta el día siguiente y no se daban por terminadas hasta que el último invitado se desplomaba inconsciente en el suelo. En más de una ocasión, hubo algún vecino que avisó a la policía, y entonces era Zelda la que tenía que encargarse de convencer a los agentes de que allí no pasaba nada raro.

Las ventas de *Mata a tu Yo* repuntaron y Edward Seers invitó a Braithwaite a comer para pedirle que escribiera una secuela. Braithwaite se mostró reacio. Ganaba con sus clientes mucho más de lo que había conseguido con la publicación de su libro. «Ya —replicó Seers—, pero si no hubieras escrito un libro, esos clientes no estarían yendo a verte.» El mundo avanzaba a un paso frenético en esos tiempos, prosiguió. Si Braithwaite no producía más obras, su clientela se pasaría al siguiente

autor de éxito fugaz. Y señaló, artero, que, mientras tanto, Laing había producido otros dos volúmenes.[13] Braithwaite seguía sin estar convencido. No tenía tiempo para escribir otro libro. Había dicho lo que tenía que decir en *Mata a tu Yo*. ¿Para qué repetirse? Lo que inquietaba de verdad a Seers no era la carrera de su antiguo empleado, sino poder exprimir el creciente mercado de los libros sobre psiquiatría. Sugirió que Braithwaite produjera un volumen de historias clínicas a modo de obra complementaria a *Mata a tu Yo*. Había gente, le recordó, que lo consideraba un fraude. El libro se presentaba como una oportunidad para demostrar que estaban equivocados. «Pero no están equivocados —contestaría Braithwaite—. Claro que soy un fraude.» Seers sabía que cualquier intento para convencerlo de que cambiara de opinión sería en vano, pero antes de dar por concluido el almuerzo mencionó la considerable suma que estaba dispuesto a pagar como adelanto.

Una semana más tarde, aproximadamente, Braithwaite telefoneó a Seers y le dijo que tenía una idea para un nuevo libro. Lo compondrían una serie de casos clínicos que constituirían una especie de contrapunto a *Mata a tu Yo*. Los casos, dijo, «desempeñarían la misma función que las parábolas en la Biblia». No hubo mención ninguna a la conversación anterior. Seers le dijo que le parecía una idea espléndida, y firmaron el contrato enseguida.

Antiterapia se escribió durante los últimos meses de 1964 y fue publicada en la primavera de 1965. Cosechó un éxito instantáneo. Quitando el abstruso prólogo, se lee del tirón, es obsceno y a menudo perspicaz. Los retratos de sus clientes son agudos y graciosos. El libro es, además, de una autocomplacencia descarada. Braithwaite no desaprovecha la menor ocasión para dejar constancia de cualquier halago recibido de parte de alguno de sus «visitantes». Como es natural, todos los casos tienen un final triunfal, en el que el cliente en cuestión sale de la consulta de Braithwaite libre de cualesquiera que fueran las cargas psicológicas que él o ella hubieran estado acarreando hasta ese momento. Ni rastro queda de las desconcertantes disquisiciones sobre Kierkegaard y Camus presentes en *Mata a tu Yo;* en su lugar, encontramos un desfile de manías y excentricidades humanas, generosamente aderezadas con lascivas descripciones de los deslices sexuales y hábitos masturbatorios de cada sujeto. Braithwaite lo calificaría con suma displicencia como un churro de libro escrito solo para ganar dinero: «A la gente le gusta leer sobre otra gente que esté más jodida que ella». Pero la prensa se regodeó con el libro. A Julie Christie no le quedó otra que salir a la palestra y negar el rumor, que Edward Seers había tenido la audacia de difundir, de que ella fuera «Jane», la joven y prometedora actriz de promiscua vida sexual y adicta al Valium del primer capítulo del libro. John Osborne emitió un comunicado haciendo notar que él no conocía ni había acudido a la consulta de Collins Braithwaite. El ilustrísimo Robert Stopford, obispo de Londres, calificó de blasfemo el libro (un cliente reconoce que se excita viendo imágenes de Cristo en la Cruz) y exigió su prohibición. Un editorial en *The Times* sentenció con retintín que, aunque el libro pudiera considerarse sin duda alguna como una «proclama de la era de permisividad en la que nos encontramos… ello no justifica la publicación de semejante material». Huelga decir que el único efecto que surtió fue atraer aún más clientes a Ainger Road.

Solo entonces empezó Ronnie Laing a fijarse un poco en Braithwaite. Hasta ese momento, era

Laing el que había ejercido de loquero de referencia para la clase bohemia de Londres. Ahora, su puesto le estaba siendo usurpado por un charlatán sin cualificación alguna. Según su colega Joseph Berke, bastaba con mencionar el nombre de Braithwaite para que Laing comenzara con sus diatribas, lanzando improperios a diestra y siniestra en su jerga de Glasgow, pero tuvo la sagacidad de abstenerse de comenzar cualquier disputa en público, estimando que eso solo alimentaría la notoriedad de Braithwaite.

La división entre las dos plantas de Ainger Road comenzó a desdibujarse. Braithwaite empezó a invitar a determinados clientes a la planta de abajo para compartir un porro después de la sesión. Otras veces seguía fumando y bebiendo durante las sesiones. Las citas con distintos clientes empezaron a fundirse unas con otras. Una clienta recuerda haber entrado en la consulta y descubrir que ya había allí presentes otras tres personas. Braithwaite se puso a hacerle preguntas sobre asuntos íntimos que ella había discutido previamente con él e invitó a los otros visitantes a dar sus opiniones. Ella se marchó y no volvió jamás.

Zelda no aprobaba nada de esto. Para empezar, ya estaba trabajando en su segunda novela y no veía con agrado las constantes intromisiones. Tampoco le gustaba el rol que había asumido Braithwaite ni su manera de manejarlo. «No tenía el menor sentido de la confidencialidad. Se regodeaba repitiendo los detalles más escabrosos de lo que le contaban arriba.» Pero cuando empezó a celebrar en la planta de abajo sus sesiones, ella se dio cuenta de que aquello no era más que un circo. «Era —dice— grotesco.»

La gota que colmó el vaso cayó en octubre de ese año, cuando una periodista, Rita Marshall, acudió a la casa para hacer una entrevista a Zelda para el *Sunday Times*.[14] Braithwaite había recibido órdenes de quedarse en la planta de arriba, pero, como no podía ser de otra manera, fue incapaz de hacer lo que se le pedía. Prorrumpió en el salón con un alegre «Vosotras, como si no estuviera», antes de entrar en la cocina para coger una botella de cerveza. Luego procedió a secuestrar la entrevista, embarcándose en una dilatada descripción de su propio trabajo. Marshall asintió educadamente antes de intentar retomar su conversación con Zelda. Braithwaite empezó a responder por ella. Zelda le recordó que había prometido que las dejaría en paz. «Es mi casa —replicó Braithwaite—. ¿Es que ni siquiera puedo coger una cerveza en mi puta casa?» La periodista se excusó y se marchó. Esa noche, Zelda hizo otro tanto.

---

[10] Antes de 1965, cuando fue reeditado por Penguin con su icónica cubierta, solo había vendido unos mil quinientos ejemplares.

[11] A lo largo del libro, Braithwaite señala esta última idea del yo como una entidad que existe de manera independiente utilizando la mayúscula, mientras que deja con minúscula al yo presente-en-el-momento.

[12] Juego de palabras intraducible. La palabra inventada *phree* es homófona de la palabra *free* (libre, libertad). *(N. de la T.)*

[13] Se trata de las obras *El yo y los otros* (1961) y *Cordura, locura y familia* (1963).

[14] Marshall se hace eco de este incidente en su artículo «Zelda Ogilvie: mujer de la era», publicado en la revista del *Sunday Times*, el 24 de octubre de 1965.

El cuarto cuaderno

Las palabras de la señorita Kepler me han estado rondado durante estos últimos días. El suicidio no es ninguna tontería. Tiene razón, desde luego. No es que lo dijera con tono de reproche, pero yo me lo tomé así y me arrepentí de haberme expresado de aquella manera. A decir verdad, salí del encuentro con la sensación de ser una completa imbécil. La señorita Kepler debió de pensar que estaba totalmente desquiciada. Me consoló pensar que algo de loca tendría ella también si visitaba al doctor Braithwaite. A pesar de todo, la conversación que mantuvimos me ha hecho reconsiderar el fallecimiento de mi hermana.

Por extraño que pueda parecer, nunca me he parado del todo a pensar en los detalles —en la *realidad*— de la muerte de Veronica. Y si acaso había reflexionado sobre ello, desde luego pequé de pensar que lo que ella había hecho era una tontería; que en vez de llegar a la conclusión de que no fue capaz de soportar por más tiempo su existencia, dictaminé que se había dejado llevar por un impulso momentáneo. Ahora comprendía que esto último no podía ser lo que había sucedido, y que escoger pensar en su acto como un capricho pasajero solo era una forma de hacerlo más soportable. Era lo que Braithwaite llamaría un «mecanismo de defensa».

Unos meses antes de su muerte, Veronica volvió a casa desde Cambridge por razones que no estaban del todo claras. Algo se murmuró sobre su posible «agotamiento», pero a mí no me pareció que tuviera pinta de estar agotada en lo más mínimo. Daba la apariencia de tener mucha más energía de la que yo había tenido nunca. En cualquier caso, Padre estaba entusiasmado de tenerla en casa. Durante las cenas, Veronica charlaba muy animada sobre temas intelectuales mientras Padre la miraba con adoración. Una noche explicó un concepto llamado Desplazamiento al Rojo, usando piezas de fruta para formar un modelo del universo. El sol era una naranja. La Tierra era una uva. Muchas de las estrellas visibles en el cielo nocturno, nos contó Veronica, llevaban muertas millones de años. Arrastró muy despacio una manzana (he olvidado lo que representaba) hacia los confines de la mesa, parloteando sobre longitudes de onda y frecuencias mientras lo hacía. Hasta la señora Llewelyn se detuvo a escuchar, antes de sacudir la cabeza y murmurar entre dientes no sé qué historia sobre las chicas de hoy que se meten en cosas que no les incumben. Por una vez, estuve de acuerdo con ella.

Entre Veronica y yo hubo poco trato. No sé a qué dedicó los días durante aquellas semanas, ni cuáles eran sus planes para el futuro. A decir verdad, tampoco es que pensara en ello. Digo yo que di por hecho que en algún momento volvería a su círculo dorado en Cambridge. No sería verdad afirmar que nos habíamos distanciado, puesto que nunca compartimos la intimidad que se les presupone a unas hermanas. Yo aceptaba, como siempre lo había hecho, que ella era mejor que yo, y que por eso yo le interesaba más bien poco. A pesar de todo, agradecía su presencia. Conseguía que el

ambiente en casa fuera un poco más relajado, y cualquier sospecha de que el afecto de nuestro padre se diluyese y fuera una fuente de resentimiento es del todo infundada. Al contario, resultó un alivio no verme en la obligación de tener que pasarme la hora de la cena entreteniéndolo con anécdotas fabricadas sobre mis jornadas en la agencia del señor Brownlee.

Una noche, yo estaba en el salón perdiendo el tiempo con la última novela de Georgette Heyer y hacía un rato que Veronica me observaba. Entonces dejó escapar un suspiro y dijo: «Ay, ojalá yo pudiera enfrascarme en una novela como esa». No me estaba haciendo un cumplido, al contrario, estaba reivindicando su superioridad mental. Era típico que se diera una discrepancia entre lo que Veronica *decía* y lo que Veronica *quería decir*. A lo largo de los años, esto había motivado frecuentes malentendidos entre las dos. Cuando rondaba los doce o trece años, su tendencia a decir-lo-contrario se convirtió en una especie de manía suya. Si el día era claro y soleado, ella declaraba que hacía un tiempo «terrible», o «delicioso» si estaba diluviando. Esto dio lugar al desarrollo de un argot privado que solo compartía con mi padre. Él la llamaba Irónica, y ella a él Madre. Si Veronica anunciaba que había sacado la mejor nota de la clase en un examen, Padre declaraba que era una vergüenza y que habría que mandarla a la cama sin cenar. Veronica contestaba que le parecía espléndido y, por si fuera poco, que tendrían que darle con la vara. Padre le aseguraba entonces que estaría encantado de darle unos buenos azotes. Continuaban en esa vena, dale que te pego, durante horas. Establecían entre ambos un conciliábulo que no admitía la entrada de nadie más. Si yo me tomaba al pie de la letra alguna de las declaraciones de Veronica, ella ponía los ojos en blanco y carraspeaba con teatralidad, como si yo fuera la persona más boba del mundo entero. Asimismo, si yo intentaba participar en el juego, declaraba que en esa ocasión hablaba en serio. Con Veronica una nunca sabía a qué atenerse. La humillación era una amenaza que planeaba sobre cada intercambio de palabras.

En esa ocasión, la fulminé con la mirada, para que supiera que me daba por enterada de que me estaba menospreciando. Ella se ruborizó, cabe pensar que al caer en la cuenta de que se había pasado de la raya. Padre levantó la vista de su crucigrama y nos miró. «No todos podemos aspirar a tanto como tú, Veronica», dijo, y luego me sonrió como quien sonríe a un niño retrasado. Me puse de pie y, con sarcasmo, pedí perdón por rebajar el tono intelectual. Mientras salía a grandes zancadas de la estancia, se intercambiaron unas divertidas miradas de arrepentimiento, que solo consiguieron azuzar mi ira.

Si bien mis relaciones con Veronica no eran íntimas, sí que eran, en su mayor parte, armoniosas. Desde que tengo memoria, había aceptado a Veronica como mi superior. Ella era lista; yo no. Ella guardaba la compostura; yo no. Ella no actuaba con torpeza en público ni se quedaba mirando con descaro a las mujeres que mi madre etiquetaba como Jezabeles. Si estábamos en un hotel, ella usaba los cubiertos adecuados y no se manchaba de salsa la blusa. Ella no se sentaba a ver los concursos de talentos de la televisión ni perdía el tiempo recortando de las revistas fotografías de conjuntos sofisticados de ropa. Veronica moraba en un estrato diferente y, por esta razón, solo rivalizábamos por el cariño de mi padre. Si no me esforzaba por elevar mi intelecto, digo yo que sería por miedo a

que con ello solo conseguiría demostrar mi inferioridad. Al negarme a competir, podía aferrarme a la ilusión de que éramos diferentes, sin más. Cada dos por tres expresaba su envidia por mi «trabajito». «Estás hecha una mujer de mundo», solía decir, y yo estaba encantada de dejar que creyese que trabajar con el señor Brownlee era mil veces más glamuroso de lo que en realidad era. Padre opinaba que Veronica se aburriría en semejante empleo, un punto de vista de lo más acertado, sin duda. En mi caso, tengo habilidad para llevar a cabo tareas repetitivas o para mirar a la nada durante largos períodos de tiempo sin sentir ni una pizca de aburrimiento. Siempre hay algo en marcha si una se fija lo suficiente. Hay pequeños dramas desencadenándose por todas partes a nuestro alrededor. Las personas intelectuales como Veronica no se dan cuenta, sin embargo. Están demasiado ocupadas pensando como para reparar en nada de eso.

La noche que murió Veronica la policía se presentó en casa a las 20:50. Lo sé porque cuando alguien llama al timbre a esas horas de la noche la primera reacción de una es mirar el reloj. Padre levantó la vista de su crucigrama y dijo: «Ya está aquí. Se habrá olvidado la llave». La ausencia de Veronica había provocado cierta consternación durante la cena. Padre especuló que debía de haber ido al cine o que quizá se había encontrado con alguno de esos amigos suyos tan listos de Cambridge (Veronica no solo tenía amigos, tenía amigos *listos),* pero dudo que de verdad creyese posible ninguno de estos escenarios, no más de lo que yo lo hacía.

No pensé ni por un momento que fuera Veronica la que había llamado al timbre. Tiendo a presentir la calamidad ante la más mínima señal, así que no me cogió en absoluto desprevenida cuando la señora Llewelyn hizo pasar al salón a dos policías. El primero —no consigo recordar su nombre— era un detective que iba vestido con un traje marrón de corte barato y un abrigo. Se quitó el sombrero y lo sostuvo bien agarrado y pegado al cuerpo, delante de él. Su camarada era un agente uniformado que apenas parecía tener la edad suficiente para no estar en el colegio. Sus mejillas eran rosadas y estaban cubiertas de acné. Tomados en conjunto asemejaban un dúo de algún teatro de variedades, y no me hubiera sorprendido que se pusieran a cantar allí mismo *Underneath the Arches,* es más, casi me lo esperaba. El detective quiso determinar, para empezar, si éramos, en efecto, los familiares de Veronica. Parecía altamente improbable que fuéramos impostores, pero he aprendido que, en los momentos críticos, los representantes de la autoridad consumen una gran cantidad de tiempo y esfuerzo en verificar lo evidente. Esta observancia ciega del protocolo sirve para distanciar a los protagonistas de cualesquiera que sean los desoladores eventos que se han de tratar. Uno deja su yo atrás y se convierte en una pieza del engranaje, ejecutando su función. Se abandona el plano personal. Durante el grotesco circo burocrático que siguió a la muerte de Madre, acabó divirtiéndome que me preguntasen por enésima vez si yo era «la hija de la difunta» (la cadencia solemne de esta frase todavía me causa placer). «Sí, lo soy», respondía yo con gravedad, orgullosa de representar mi papel con profesionalidad.

Una vez satisfecho en lo referente a nuestras identidades, el detective procedió a decir que traía malas noticias. Hizo una pausa efectista, un poco a la manera del presentador de un concurso de talentos, antes de informarnos de que Veronica había sufrido un accidente. Daba la sensación, dijo,

de que se había tirado a las vías del tren desde uno de los pasos elevados de Camden. Pareció no ser consciente de la contradicción entre sus dos afirmaciones, pero el momento tampoco se antojaba adecuado para señalar este particular. No me atreví a mirar a mi padre. Me figuré que estaría completamente deshecho por la noticia y que me iba a tocar a mí hacerme cargo de la situación. Torcí el gesto en lo que me imaginé que sería una mueca de disgusto y me llevé la mano a la mejilla. No era de recibo, pensé, dar la apariencia de que me esperaba la noticia. Sentí curiosidad por saber si el detective obtenía cierto placer al entrar en casas de desconocidos y dar la noticia de que sus familiares estaban muertos. Si lo hacía, no lo dejó entrever. Se pasó el ala del sombrero entre los dedos durante unos segundos y, entonces, quién sabe si tras decidir que ya había transcurrido tiempo suficiente para que nos repusiéramos del golpe, nos hizo unas preguntas: ¿sabíamos por qué podría encontrarse Veronica en esa zona? ¿Había dado muestras de estar triste o disgustada? ¿Se había comportado de manera inusual últimamente? Cuando mi padre contestó con una negativa, el detective preguntó si podía «meter las napias» en el dormitorio de Veronica. Esta desviación de la jerga burocrática me irritó bastante. Aquel coloquialismo tan inapropiado le devolvía el estatus de individuo en contraposición al de funcionario. Seguro que se creía «todo un personaje», para el que anunciar la muerte de un familiar a un par de estirados no tardaría en ser poco más que una anécdota que contar en la barra de un bar. No obstante, la señora Llewelyn lo acompañó a la planta de arriba.

El chaval uniformado se quedó en el salón, como para vigilarnos a Padre y a mí. Lo pillé mirándome las piernas y, de manera instintiva, me tiré hacia abajo del dobladillo de la falda. Pregunté, por decir algo, cómo podían estar tan seguros de que se trataba de Veronica. El chaval contestó con cierta vacilación, como si no estuviese seguro de si a lo mejor estaba sobrepasando su autoridad. Su bolso, dijo, había sido hallado en el escenario. Anoté en mi cabeza el recordatorio de ejecutar una limpieza exhaustiva de los contenidos de mi propio bolso antes de tirarme delante de ningún tren. El chaval empezó a decir algo sobre la identificación de su cadáver, pero su voz se apagó. Tenía raspados los nudillos de la mano derecha, y me pregunté si se habría metido en alguna pelea a puñetazos recientemente. Me levanté y caminé hasta donde Padre estaba sentado. Su periódico se le había deslizado del regazo, y se cubría la cara con las manos. Coloqué una de las mías sobre su hombro. Él depositó su mano izquierda sobre aquella y permanecimos en esta posición, como las figuras de un cuadro, hasta que regresó el ordinario detective. Explicó los trámites por los que tendríamos que pasar a continuación y luego, con un brusco ademán, indicó a su joven colega que ya podían poner pies en polvorosa.

Durante las pesquisas judiciales, un joven llamado Simon Wilmot describió cómo había visto a Veronica encaramarse a la barandilla del paso elevado. Hasta aquel momento, yo me las había apañado para no pensar en la realidad de su acto. Me había engañado a mí misma hasta convencerme de que se había tratado de un accidente; de que ella se había resbalado, no se sabe muy bien cómo, y había acabado cayéndose. La palabra «suicidio» había revoloteado por mi mente, por supuesto, pero la espanté como a una mosca pesada. De lo que no hay duda es de que no se me ocurrió pensar que Veronica pudiese haber actuado de forma deliberada; que hubiese elegido a propósito acabar con su

vida. La idea era ridícula. Simon Wilmot rememoró cómo Veronica había vacilado un instante y él había corrido hasta allí y la había agarrado del tobillo. Entonces, ella saltó dejándolo con el zapato en la mano. Ese zapato, junto con el resto de su ropa y el contenido de su bolso, nos fueron devueltos más tarde. El segundo zapato nunca se recuperó; de todos modos, como sus pies eran dos tallas más grandes que los míos, no podría habérmelos puesto.

Mi reacción inicial a la muerte de Veronica fue, me avergüenza reconocerlo, completamente egoísta: ya no tendría que competir nunca más por el cariño de mi padre. Ya no me harían sentir como una estúpida en la cena o como si mi existencia fuera, de algún modo, inconsecuente. Al sobrevivirla, había ganado la partida por primera vez. Soy consciente de lo mezquinos y despreciables que eran estos sentimientos, pero no podían ser más dignos de mí. Desde que no era más que una niña entendí que soy una persona desagradable y malvada. Soy incapaz de contemplar un suceso de otra manera que no sea en función del beneficio que me pueda aportar o del daño que me pueda causar. Desconfío de quienes aducen actuar en interés del bien público o de quienes consagran su tiempo libre a actividades caritativas. Este altruismo pregonado a los cuatro vientos solo esconde, a mi parecer, el deseo de que piensen de uno lo admirable que es. Unas semanas después de la muerte de Veronica empecé a sentirme de otra manera, no obstante. Por una parte, esta revaloración de mi actitud iría en perfecta consonancia con mi egoísmo previo. El dolor de mi padre era insondable e imperecedero. Durante muchos meses, cuando volvía a casa me lo encontraba llorando. Comía poco y parecía que fuera a consumirse y a desaparecer. Tenía la tez gris. El pelo ralo. La señora Llewelyn mantenía una fachada de jovialidad, pero ni por esas conseguía engatusarlo para que comiera. Como es natural, no hablamos de la causa de su aflicción. Habría sido de una crueldad gratuita mencionar el nombre de Veronica. Así que hablábamos de otras cosas, como si nada hubiera ocurrido. Fue así como se produjo esa alteración en lo que sentía por la muerte de Veronica: la desdicha de mi padre me hacía desdichada.

Y luego sucedió otra cosa. Una noche, mientras estábamos cenando, me volví hacia el sitio que había ocupado Veronica durante los últimos tiempos y a punto estuve de decirle algo, pero me refrené. Por primera vez sentí su ausencia de verdad. A partir de ese momento, empecé a ver su muerte de otra manera. Había en el mundo un vacío del tamaño de Veronica. Además de su presencia física, se habían esfumado los contenidos de su mente. La pregunta que tan cerca había estado de hacerle jamás recibiría una respuesta. Todo lo que ella había aprendido, sus recuerdos acumulados, sus pensamientos y actos futuros se habían extinguido. El mundo era ahora más pequeño, había disminuido por su inexistencia. El nudo de un sollozo me agarrotó la garganta. Tragué saliva, pero no conseguí aplacarlo. Lo disfracé de un ataque de tos y salí corriendo de la estancia.

Cuando llegué a la consulta del doctor Braithwaite por cuarta vez, Daisy me indicó, con un silencioso ademán, que me sentara. El abrigo de marta cibelina de la señorita Kepler colgaba del perchero. Me agradó ver restablecido el orden natural de aquellas visitas. Al ocupar mi sitio, me di

cuenta de golpe de que Veronica debía de haberse posado en esa misma silla, a la espera de que Daisy hiciera la señal para entrar. Se habría sentado erguida, con las manos sobre el regazo y las rodillas juntas, justo como lo hacía yo en ese momento. Me pregunté, no obstante, si ella habría reparado en la pequeña lengua de papel pintado de la pared de detrás de Daisy. No creo que a ella la inquietase como me inquieta a mí. A ella tampoco se le habría ocurrido halagar a Daisy por su rebeca. Ella no se habría preocupado por la rebeca de Daisy. Veronica era una de esas personas prácticas que no se andan con tonterías. Se distinguía por su indiferencia hacia la moda. Se vestía con faldas que le quedaban mal, zapatones y, a veces, con lo que tenían toda la pinta de ser pantalones de *tweed* de hombre. En ocasiones me daba por pensar si tal vez hubiera preferido ser un hombre. No me habría sorprendido del todo que cogiera el hábito de fumar en pipa.

Daisy trabajaba con una concentración inusitada. Supongo que después de que nos pillasen confabulando la semana anterior, quería que yo desistiera de intentar entablar una conversación con ella. Quizá Braithwaite le había echado un buen rapapolvo en su despacho. Me puse a elucubrar sobre los castigos que tal vez le habría impuesto. No obstante, de repente se me vino a la cabeza una idea y, como sé que si le doy demasiadas vueltas a algo acabo encontrando mil razones para no actuar, decidí hacerlo.

—Me pregunto si recuerdas a una antigua clienta del doctor Braithwaite —dije—. Se llamaba Veronica. —Hice un gesto con la mano, como para dar a entender que se me acababa de ocurrir y que su respuesta carecía de relevancia.

Me miró. Entonces sus ojos se dirigieron fugazmente hacia la puerta del despacho. Arrugó la frente y encogió la cabeza entre los hombros.

—Sabes de sobra que no puedo hablar contigo sobre otros visitantes —dijo. Su talante amistoso de otras veces había desaparecido.

—Solo tenía curiosidad por saber si te acordabas de ella.

—Que la recuerde o no es algo que no viene al caso. —Hablaba en susurros—. No debes preguntarme esas cosas.

Retomó su tarea con la máquina de escribir, pulsando las teclas con ahínco para hacer el mayor ruido posible.

Yo empecé a describir a Veronica.

—El doctor Braithwaite incluso escribió sobre ella en uno de sus libros —dije por encima del estruendo—. La llamó Dorothy. Siempre pensé que era un nombre que le venía que ni pintado.

Creí ver cómo un fugaz atisbo de reconocimiento le cruzaba el rostro, pero lo reprimió tan rápido que no pude estar segura de si realmente fue así.

Paró de mecanografiar y me miró.

—No he leído ninguno de sus libros.

Me dio la impresión de que estaba asustada.

—Es que si estoy aquí es, en cierto modo, por ella —continué.

—Las razones que te hayan traído aquí no son de mi incumbencia. —Se había ruborizado.

En ese momento, se abrió la puerta del despacho de Braithwaite. Apareció la señorita Kepler. Estaba descompuesta, como si no fuera ella misma. Tenía el rostro enrojecido y el rímel corrido. Llevaba el pelo alborotado y, mientras Daisy la ayudaba a ponerse el abrigo, se colocó con aire distraído un mechón detrás de la oreja. Sus ojos se posaron en mí, aunque sin verme, como si nada hubiera sucedido entre nosotras. Esto me hirió, pero como debía de haber tenido sus motivos para comportarse de esta manera tan enigmática, empaticé con su silencio.

Unos momentos después de que se marchara, apareció en el umbral el doctor Braithwaite. Fue como en una de esas espantosas farsas solariegas que a los grupos de teatro *amateur* tanto les gustan. Aunque no sea un hombre de gran estatura, sí que es como un pequeño país cuyo imperio se extiende más allá de sus fronteras. Parecía llenar la totalidad del hueco de la puerta. Me dirigió una mirada, pero se abstuvo de saludarme con una sonrisa siquiera, y temí que pudiera haber escuchado cómo interrogaba a su secretaria. Informó a Daisy de que bajaba a la otra planta unos minutos y se marchó. Oí sus pasos en las escaleras.

Daisy, sin duda para impedir la reanudación de cualquier género de conversación, me indicó que debería entrar. Cerré la puerta detrás de mí e inspeccioné la habitación. La experiencia de encontrarme allí a solas resultaba peculiar. A pesar de haber recibido permiso para entrar, me sentía como una intrusa. Caminé sin hacer ruido sobre la fina alfombra y me planté junto al sofá, donde me retiré los guantes. Mis ojos se posaron sobre el archivador que había detrás del escritorio. ¡Menudos secretos contendría! Como de costumbre, el cajón superior estaba abierto. Miré de reojo hacia la puerta. Braithwaite había dicho que se ausentaría durante unos minutos. No podían haber pasado más de treinta segundos. Deposité el bolso en el suelo. Sentí un picor en la cabeza. ¿Tendría el valor? Me dije a mí misma que aquel era un momento para la acción, no para la contemplación. Si dudaba estaba perdida. Crucé la habitación, cuatro, cinco, seis pasos. Me asomé al interior del cajón abierto. Allí no había separadores dispuestos en metódico orden alfabético, solo un anárquico montón de cuadernos. Agucé el oído para detectar el posible sonido de unos pasos, antes de abrir el de arriba del todo. En la primera página aparecían escritas las iniciales S. K. con excéntricas letras mayúsculas. K de Kepler, supuse. Tenía el corazón desbocado. Mis ojos escudriñaron la página. La caligrafía de Braithwaite era indescifrable. Pensé si no podría tratarse de alguna forma de código o de taquigrafía; si los pensamientos allí expresados eran tan incendiaros que debían encriptarse. Fuera como fuera, me resultaban tan incomprensibles como un jeroglífico. Aun así, tenía que haber en alguna parte de aquel archivador un cuaderno dedicado a Veronica. Si conseguía encontrarlo, cabía la posibilidad de que más tarde pudiera descifrar lo que en él estuviera escrito. Crucé trotando la estancia de vuelta para coger mi bolso, donde podría esconderlo. Me puse a revolver los contenidos del cajón, abriendo cuadernos al azar, y entonces eché el freno. Habían transcurrido casi dos años desde que Veronica había estado en ese lugar. Abrí el cajón de debajo. Estaba aún más desordenado que el primero. Me obligué a mí misma a abrir cada cuaderno de manera sistemática, buscando las iniciales de Veronica o alguna otra pista. Paré y agucé el oído. Nada. Resolví que abriría otros cinco cuadernos antes de retirarme al sofá. Tenía el primero de ellos entre las manos cuando oí a mi

espalda el clic de la puerta.

Solté el cuaderno en el interior del cajón y me di la vuelta muy despacio. Braithwaite estaba plantado en el umbral, amasándose las manos delante del pecho, igual que un estrangulador que se preparase para entrar en acción. Su rostro era impasible. Yo podía sentir el cajón contra mi espalda. Él se adentró despacio en la habitación y se detuvo delante de mí, tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocaban. Colocó las manos sobre las esquinas del archivador, acorralándome con sus brazos.

—Quizá quiera contarme qué está haciendo —dijo en voz baja, con sosiego.

—Nada —dije yo con una vocecilla que habría avergonzado al ratón más pintado.

—De nada no vendrá nada. Hable de nuevo[15] —dijo con voz cortante. Su boca me llegaba a la frente. Su aliento olía a alcohol.

—Tenía curiosidad por saber qué sistema de clasificación usa —dije—. En la agencia del señor Brownlee, yo archivo las cosas en orden tanto alfabético como cronológico, pero usted, por lo que veo… —Dejé que se agotase esa sarta de tonterías.

—Enmiende un poco sus palabras, no vaya a perjudicar su suerte[16] —dijo. Su pecho subía y bajaba detrás de su camisa. Situó su mano debajo de mi barbilla y me echó la cabeza hacia atrás de un modo tal que no me quedó más remedio que mirarlo a los ojos. Su lengua humedeció sus gruesos labios. Luego colocó con suavidad sus dedos sobre mi garganta expuesta. Algo se licuó en mis tripas.

—¿Y bien?

Tragué saliva. Notaba la calidez de su mano en mi cuello y, de haber sido otras las circunstancias, la sensación podría haber resultado hasta agradable, quizá.

—Solo tenía curiosidad por saber lo que usted podría haber escrito sobre mí —dije.

Braithwaite retiró su mano de mi cuello y se masajeó la papada de aquella manera tan obscena y propia de él. Su mano derecha se posó sobre mi hombro como un grueso bistec.

—Pero usted sabe lo que hizo la curiosidad, ¿cierto?

—Mató al gato —contesté yo, muy obediente.

—Y no querríamos que eso pasara, ¿a que no?

—No lo querríamos, no.

Levantó la mano de mi hombro y dio medio paso atrás. Me escabullí hasta mi sitio en el sofá.

—Perdón —dije—. No debería haber mirado en su archivador. Ha estado mal por mi parte. —Bajé la cabeza para tratar de demostrar arrepentimiento.

Braithwaite se encontraba ahora apoyado contra la ofensiva pieza de mobiliario, las manos detrás, entrecruzadas a la altura de la rabadilla. La cremallera de sus pantalones (los mismos pantalones deformes de pana que vestía la semana anterior) estaba abierta, pero no parecía que aquel fuese el momento idóneo para alertarlo sobre este hecho. Me recordé a mí misma que yo era Rebecca Smyth e hice un esfuerzo para recobrar la compostura. Bajé el brazo hacia el suelo en busca de mis cigarrillos, pero mi bolso estaba varado al pie del archivador. En mi vida había sentido una necesidad tan acuciante de nicotina.

—¿Y qué es lo que piensa que yo podría haber escrito sobre usted? —preguntó.

—No tengo ni la más remota idea —repliqué—. De ahí mi curiosidad.

—Entonces se lo diré yo —dijo—. Nada.

—¿Nada? —repetí.

—Ni una palabra. —Daba miedo, de lo ufano que se lo veía—. Y le contaré por qué. No hay nada de que escribir. No creo haberme cruzado nunca con una persona tan hueca. Empiezo a preguntarme si es usted realmente quien dice ser.

—Yo me pregunto lo mismo con frecuencia —repuso Rebecca con mucha mano izquierda, pensé. (Es tan lista, tantísimo más que yo; a veces me pregunto si no debería dejar que asumiese el control del todo.)

—Va usted fingiendo tener ese aire de mujer de mundo y, sin embargo, es un saco de nervios. Luego están esos *tête-à-tête* que se trae con Daisy ahí fuera. Y ahora viene la señorita Kepler y me informa de que usted la acosó en el parque la semana pasada. Parece que el monstruoso gobierno de las mujeres[17] reúne sus fuerzas en mi contra.

—¿Que la acosé? —repetí. Me ofendió mucho que la señorita Kepler pudiese haber otorgado a nuestra conversación un cariz semejante.

Se separó del archivador, impulsándose contra él y, acercándose la silla de respaldo recto, se sentó a horcajadas sobre ella delante de mí. La bragueta se le abrió de par en par como la boca asombrada de un adolescente. Yo me levanté y recuperé mi bolso. Encendí un pitillo y sentí que poco a poco volvía a ser yo misma. No hay nada más irritante que un ansia insatisfecha, de ahí que intente vivir sin anhelos en la medida de lo posible. Si una tiene anhelos, vive su existencia en un estado de perpetua ansiedad. Exceptuando lo de fumar. Fumar es un ansia sobre la que una ejerce su dominio. Una puede dejar que el anhelo vaya intensificándose poco a poco, para luego reprimirlo de una sola calada.

—Bueno, acosada o no —prosiguió Braithwaite—, he de decir que, visto su aire afectado y el hecho de que haya intentado sonsacar información a Daisy y que ahora haya hurgado en mis documentos, solo puedo llegar a la conclusión de que está usted tramando algo.

—Yo no he tramado algo en mi vida —dije.

Entonces se echó a reír para sí.

—Es usted periodista, ¿verdad?

—¿Periodista yo? No, por Dios. —Mi espanto ante la sugerencia fue genuino.

—He tenido a muchos husmeando por aquí, créame —dijo.

—Se lo aseguro, yo no soy miembro de esa tribu —dije.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué es usted, señorita Smyth?

—No soy nada. Nadie —dije—. Solo Rebecca. —Como no respondió, me envalentoné un poco —. Y no acosé a la señorita Kepler, de verdad —continué—. Solo me tropecé con ella en el parque.

—Ella dice que usted la siguió.

—Después de salir de aquí, me di una vuelta alrededor del parque para despejarme. ¿Cómo iba yo a saber que ella estaría allí?

Braithwaite frunció los labios y me miró. Pareció que aceptaba la lógica de lo que yo acababa de decir.

—Pero ¿habló usted con ella?

—Sí, lo hice —proseguí—. La reconocí de haberla visto en la sala de espera y le dije hola. Habría sido descortés no hacerlo. Fue todo de lo más inocente.

—Le dijo usted hola. ¿Algo más aparte de eso? —Se masajeó las sienes.

Me sentía como si me estuviesen interrogando y así lo dije.

—Lo que ocurre con la señorita Kepler —dijo él— es que es muy dada a fantasear, llamémoslo así.

—Evidentemente —dije yo.

—Mi consejo sería que no estableciese una relación demasiado estrecha con ella.

—No tenía planeado tener una relación con ella.

—Pero, dígame, ¿de qué se le ocurrió hablar con ella?

Yo me encogí de hombros.

—De nada del otro mundo. Supongo que del tiempo.

—¿Algo más?

—Como es natural, salió su nombre a relucir.

—¿Y qué dijo ella?

—Si se lo contara, solo se le subiría a la cabeza, y creo que ya se lo tiene usted muy creído.

Me miró con desconcierto. Pese a mis escasos conocimientos sobre los hombres, sí sé que no hay ni uno solo de ellos que sea inmune a la adulación. Los hombres tienen ego. Cuando un marido llega del trabajo a casa, una siempre debiera decirle lo inteligente que es y lo guapo que está. Es nuestra responsabilidad como mujeres, y quienes descuidan estos deberes acaban descubriendo que se han quedado, como yo, para vestir santos.

—Si necesita saberlo —dije yo, dando a entender con mi tono de voz que no estaba de acuerdo—, me dijo que pensaba que usted era un genio.

Braithwaite no pudo disimular la sonrisa que se asomó a sus labios.

—Como usted mismo ha dicho —continué—, tiene una clara tendencia a fantasear.

—Hasta los casos más psicóticos experimentan momentos de lucidez —dijo él—. Y eso fue todo, ¿sí?

—A decir verdad —dije—, sí que hablamos de otra cosa.

Él abrió mucho los ojos, en un gesto interrogador.

—Sobre el suicidio —dije.

Él repitió la palabra con un tono de aprobación.

—¿Y cómo surgió esa cuestión tan profunda? No es tema habitual de chismorreo entre dos mujeres que se encuentran en un parque de manera casual.

—Quizá nos hallábamos bajo su influencia —dije.

Guardó silencio.

Me llevé el pitillo a la boca y exhalé despacio. Por primera vez, tuve la impresión de que había logrado picar su interés.

—De hecho —dije—, le diré que, de un tiempo a esta parte, abrigo pensamientos de autodestrucción. —Confieso que me quedé muy contenta con esa frase, pero Braithwaite no pareció impresionado en lo más mínimo, ni por la elegancia de mis palabras ni por el sentimiento expresado.

—Pues si decide llevarlos a término —replicó—, asegúrese de llamar a Daisy para anular antes sus citas.

Sospeché que bromeaba, pero bajé la mirada hacia mis manos, como si me hubiera ofendido.

—Me temo que no esté usted tomándome en serio —dije con un hilo de voz.

—Lo hago, se lo aseguro —contestó—. Nada me exaspera más que alguien que falta a una cita sin avisar.

Enderezó la espalda y adoptó una expresión seria. Unió las puntas de los dedos para formar una carpa con las manos, los codos apoyados sobre los muslos. Los índices golpeando ligeramente el surco del labio superior. Me preguntó cuánto tiempo llevaba teniendo esos pensamientos. Lo miré con suspicacia, sin tener claro si seguía tomándome el pelo.

—Algunos meses —dije—. O quizá puede que más. A veces me encuentro a mí misma plantada junto al Támesis preguntándome por qué no me tiro y punto.

—¿Y qué la detiene? —dijo.

—¿Perdone?

—¿Qué la detiene? —repitió—. La mayoría de las personas piensa en matarse cada dos por tres, sabe Dios que yo mismo lo hago, pero en casi todas las ocasiones la mayoría acaba por no hacerlo. Hay algo que detiene a la gente. Así que, ¿qué la detiene a usted?

Lo miré.

—Supongo que me da la sensación de que no me lo he pensado lo suficiente.

—¿De modo que su existencia continuada se debe meramente a una falta de planificación?

—No —dije—, no es eso. Más bien a que tengo la impresión de que quizá pueda arrepentirme. A que, de tirarme al río, pudiera replanteármelo y que para entonces ya fuera demasiado tarde.

—Y ese sería el método elegido, ¿sí? Lanzarse a un río desde la orilla. Muy infalible no es, que se diga. Lo más probable es que algún jovencito quiera hacerse el héroe y se lance a salvarla, o que a usted le pueda el instinto y nade de vuelta a la orilla.

—No sé nadar —contesté. (La idea de sumergirse en un cuerpo de agua me ha parecido siempre de lo más antinatural.)

—Aun así —prosiguió él—, no va con usted lo del horno de gas, ni tampoco los puñados de pastillas, la soga o el volarse los sesos. Lo de pegarse un tiro, cómo no, es cosa de hombres. Colgarse, si sale bien, resulta truculento. Y si sale mal, bueno, se ha cagado uno en la alfombra para nada. En cualquier caso, no es una manera bonita de irse.

—No ha mencionado usted los trenes —dije yo, experimentado de repente un picor en la cabeza, al pensar en el paso elevado que había cruzado poco más de una hora antes.

—¡Por supuesto! —exclamó—. El salto delante de un tren. Excelente pedigrí gracias a Anna Karenina. Pocas posibilidades de que nada salga mal y sin tiempo para cambiar de parecer. Pero Londres está repleto de trenes, y usted no ha saltado todavía delante de ninguno de ellos.

—No, pero siempre que estoy en un andén, me resulta inevitable pensar en lo fácil que sería ponerle fin a todo.

Braithwaite soltó un pequeño gruñido, como si lo que yo había dicho fuera perfectamente razonable.

—¿Y no piensa que quizá el resto de las personas que hay en el andén pueda estar pensando en lo mismo?

—No —dije—. No creo que lo estén.

—Pues, lo están. Hasta la última de ellas.

—Pero no lo llevan a cabo —dije yo.

—Pues no —dijo él con voz queda. Desde que lo conocía, era la primera vez que parecía no saber qué decir.

—Supongo que tendrán alguna razón para seguir adelante.

—¿Cómo cuál?

—No sé. Un marido. Hijos. Un empleo.

—Usted tiene un empleo —dijo él.

—Mi empleo es una memez. Hasta un chimpancé podría hacerlo.

—¿Y qué me dice de su padre?

Me encogí de hombros.

—Estoy casi segura da que para él supondría un alivio no tenerme rondando por aquí.

—Bueno, cuando lo pone de esa manera, sí que hace que me pregunte por qué no ha dado ya el paso.

Se hizo una pausa durante unos instantes, un minuto, quizá. Tomé conciencia del ruidoso golpeteo en la ventana de unas gruesas gotas de lluvia. Había cometido el descuido de no traer paraguas y me iba a empapar. El día que Veronica se mató llovía. No creo que a ella le preocupara que su abrigo se estropease. Braithwaite me observaba. Percibí una cierta curiosidad en sus ojos, como si yo fuera una especie de pieza de exhibición en un espectáculo de feria. Cabe que creyera de verdad que yo estaba loca. Entonces me pregunté si acaso no estaría loca después de todo. Digo yo que los locos no saben que están locos, así que no veo posible que una pueda saber con seguridad que no lo está. La idea me divirtió. Sería bastante divertido estar loca. Una puede hacer lo que le venga en gana si está loca. La gente es tolerante.

Él cruzó las manos por detrás de su cabeza.

—Verá, Rebecca —dijo—, en modo alguno es mi cometido impedir que se mate. Si eso es lo que quiere hacer, adelante, hágalo. Aparte de sus cinco guineas semanales, a mí ni me va ni me viene. Pero la cosa es que no me creo para nada que tenga usted la menor intención de matarse.

Insistí en que sí que la tenía.

Él arrugó la cara en una mueca y sacudió la cabeza.

—No la creo. La veo venir aquí con ese aire suyo de mujer de mundo. Me cuenta sus historietas, pero lo único que hace es desviar la atención de su persona. Todo cuanto hace es para ocultar algo. Y no es que me esté ocultando algo a mí. Se lo oculta a sí misma. Está usted enterrada bajo un desprendimiento de falsedad. Su manera de vestir es falsa. Su manera de hablar es falsa. Incluso la manera de sostener su cigarrillo es falsa. Es usted una embustera.

Bajé la mirada como si él me hubiera ofendido, que no lo había hecho. Era a Rebecca a quien él insultaba, no a mí.

—Quizá lo sea —dije.

—Bien —dijo él—. Todos somos unos embusteros. Usted es una embustera. Yo soy un embustero. La diferencia radica en que yo acepto que soy un embustero. Y si usted también lo aceptara, sería mucho más feliz.

—Pero ¿de qué vale ser alguien que no se es? —dije yo.

—¿De qué vale ser quien quiera que piense que es?

Estaba en lo cierto. No valía de nada. Me levantaba por la mañana, acudía a mi empleo de pacotilla, regresaba a casa, veía la televisión o leía una novela. Me acostaba, me levantaba y repetía el proceso hasta la náusea. Era poco más que una autómata.

—No me puedo imaginar cambiando —dije—. O cambiando de una manera, cualquiera, que no acabe resultando un sinsentido también.

—¿Por qué está tan preocupada por el sentido? —dijo él—. Por supuesto que todo es un sinsentido. Aceptar que la vida es un sinsentido es el primer paso para liberarse.

—Si todo es un sinsentido, ¿de qué vale cambiar? —dije yo. Estaba totalmente inmersa en la conversación.

En este punto, Braithwaite se levantó. Empezó a caminar a grandes zancadas por la habitación, con aire exasperado.

—Su problema, Rebecca, es que piensa demasiado y actúa demasiado poco. Se ha tullido a sí misma.

—¿Y qué debería hacer, entonces? —dije yo.

—Tiene que dejar de esperar a que otras personas le digan lo que tiene que hacer.

Como réplica, le dije que me parecía razonable esperar algún consejo a cambio de mis cinco guineas semanales.

—Si le dijera, entonces, que se tirase delante de un tren, ¿lo haría? —preguntó.

—¿Me está usted diciendo que me tire delante de un tren?

—No le estoy diciendo ni que se tire delante de un tren ni que no se tire delante de un tren. Eso es cosa suya.

—Y si fuese y me tirara delante de un tren, ¿qué?

—No lo haría. Saltar delante de un tren requiere fuerza de voluntad, cosa de la que usted carece, al parecer.

—Quizá lo hiciera solo para fastidiarlo —dije.

—Me da —replicó— que eso sería una victoria más bien pírrica, ¿no le parece?

Se levanto y apartó la silla con tal violencia que se volcó de lado. Se arrodilló en el suelo a mis pies, tan cerca que casi me tocaba las rodillas con el pecho.

—Olvídese del sentido —dijo—. En la vida no cuenta el sentido, cuenta la experiencia.

La pana de sus pantalones estaba gastada a la altura de los muslos. Una habría pensado que, con lo que cobraba por hora, podría haber invertido en unos nuevos.

—Imagínese que está en un parque —dijo con suavidad—. Es un día de verano. Está paseando junto al lago Serpentine. Puede sentir el sol sobre la piel. Se quita los zapatos. La hierba le hace cosquillas en la planta de los pies.

Hablaba despacio, concediéndome tiempo para asimilar cada imagen. Su voz era hipnótica.

—Se compra un helado. —Hizo como si sostuviera un cucurucho, luego sacó la lengua y lamió el dulce imaginario. Gesticuló para que yo hiciera lo mismo. Su rostro estaba a unas pulgadas del mío. Encogí los dedos sin cerrar del todo el puño, levanté la mano a la altura de la barbilla y lamí el aire de por encima.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Bueno —dije. Y di otro lametón.

—¿De qué sabor es?

—De vainilla.

—El mío es de ron con pasas —dijo—. ¿Quiere probarlo?

Adelantó su cono hacia mí, ofreciéndomelo. El riesgo de infección a través de un helado imaginario era reducido, así que lo acepté de su mano y me lo llevé a la lengua. (En ese momento no me pareció ni la mitad de ridículo de lo que me lo parece ahora, mientras escribo esto.)

—Riquísimo —dije, mientras se lo devolvía.

Él se embutió en la boca lo que quedaba, y luego se restregó los labios con el dorso de la mano. Yo dejé caer mi mano sobre el regazo.

—Se ha manchado un poco la blusa —dijo. Se inclinó hacia un lado y cogió un pañuelo de papel de la caja de encima de la mesa y me lo tendió. Obedecí y me restregué la mancha que me había puesto perdida. Me reí por lo absurdo de lo que estaba haciendo y sentí, una vez más, que Collins Braithwaite era un hombre muy listo, capaz de conseguir que una hiciera lo que él quisiera.

Después de este ridículo episodio, nuestro estado de ánimo había cambiado. Algo había sucedido entre los dos. Respiré lenta y acompasadamente por la nariz. Fuera, la lluvia había amainado. Estaba oscuro y silencioso. Tuve la impresión de que el tiempo se había detenido. Estuvimos un rato sentados en silencio. En una situación normal me habría encendido un cigarrillo, pero no sentí tentación alguna de hacerlo. Pasados unos minutos, él se levantó y declaró que me vería la semana siguiente, antes de añadir con una risotada:

—Si no se ha matado usted para entonces.

Miró mientras recogía mis cosas. Cuando ya me dirigía hacia la puerta, me llamó. Hurgó en el

bolsillo de su pantalón, sacó un chelín y me lo dio.

—Cómprese un helado —dijo.

—Quizá lo haga —dijo Rebecca. Durante un terrible instante me di cuenta de que ella estaba flirteando con él. Fuera, en la acera, le recordé que estábamos en noviembre y que no es que hiciera tiempo para un helado. Me encendí un pitillo. Rebecca insistió en que todavía podía notar en su lengua el sabor a ron con pasas de Braithwaite. Le dije que se estaba sugestionando. ¿Acaso no se daba cuenta de que él la estaba manipulando? ¿Por qué —preguntó ella— tenía yo que desconfiar siempre de los motivos de la gente? ¿Por qué no podía disfrutar de las cosas sin más? Ese tipo de hedonismo ciego solo daba problemas, repliqué. Ella imitó la voz de mi madre: «No queremos pasar por otro Woolworth's, ¿a qué no?».

Desestimé su comentario encogiendo los hombros. Empezaba a pensar que se sentía atraída por Braithwaite.

¿Y qué si lo estoy?, contestó ella.

Me pregunté si Braithwaite habría intentado su truco del helado con Veronica. Ella no le habría seguido el juego. No era del tipo susceptible. Además, en la vida le había gustado el helado. El día de mi décimo cumpleaños, cuando visitamos Richmond Park, Veronica rechazó tomarse uno. Padre la había intentado engatusar, pero ella recurrió a la lógica irrefutable que siempre empleaba, a saber: que el consumo de helado en un día caluroso era contraintuitivo puesto que la temperatura dictaba que uno lo engullese lo más rápido posible. Si a uno le gustaba el helado, resultaba más racional consumirlo en un día frío, cuando tardaría más tiempo en derretirse, y uno podría prolongar así el placer. En cualquier caso, los helados, había dicho mirándome, eran para críos. Padre insistió en que los helados eran para todo el mundo, pero Veronica no dio su brazo a torcer.

Al echar a andar en dirección a Primrose Hill, albergaba la vaga esperanza de volver a encontrarme con la señorita Kepler. Con razón se burlaba Braithwaite de mi propensión a establecer rutinas de buenas a primeras. La virtud que tiene lo rutinario, no obstante, es que elimina la necesidad de pensar. Una simplemente hace lo que ha hecho siempre. La familiaridad proporciona comodidad. Aun así, había algo que me desazonaba en ese momento. Manoseé el chelín en el bolsillo de mi abrigo, pero no era el consejo de comprarme un helado que me había dado Braithwaite lo que no me quitaba de la cabeza. Sí lo era, en cambio, aquella burda pregunta suya: «¿Qué la detiene?». En efecto, ¿qué? Nadie lamentaría mi fallecimiento. Padre me había sustituido por la señora Llewelyn. Cabía que el señor Brownlee lo notara, si no me presentaba a trabajar, pero se publicaría un anuncio y otra más que dispuesta Chica Polivalente sería reclutada en un abrir y cerrar de ojos. Yo era prescindible. No tenía talento. No era ni lista ni graciosa. Ni bonita ni del montón. Ni había nada en mí que hiciera que un niño se detuviese y me señalase en la calle. Era un tipo intermedio de persona, una mediocridad. No se trataba tanto de que nadie fuera a lamentar mi fallecimiento como de que apenas se repararía en ello.

Percibí una presencia en la acera, detrás de mí. Me dije que Ainger Road era una vía pública y que la presencia de otra persona no era nada notable. Aun así, tuve la clara impresión de que me seguían.

Porque, verán ustedes, yo soy, a pesar de todo, una egocéntrica incorregible. No concibo que las acciones de otra persona no se realicen, en cierto modo, en mi beneficio. No me di la vuelta para confirmar mis sospechas, ni tampoco aceleré el paso. Me abandoné a mi suerte. Los pasos, los pesados pasos de un hombre, se aproximaron. Relajé los hombros a la espera de recibir un sordo porrazo en el cogote y que las rodillas cedieran bajo mi peso. La palabra «maza» cruzó fugaz por mi mente, una contundente y ancestral palabra. La repetí entre dientes mientras me anticipaba al golpe.

En cambio, sentí una mano en el hombro.

Era Tom. Pues claro que era Tom (o como quiera que se llamara).

—Rebecca —dijo—. Te estaba llamando.

Repetí el nombre como si no fuera conmigo.

—Soy yo —dijo.

Debí parecerle algo desorientada. Mis ojos le llegaban a la altura del pecho. El botón superior de su abrigo le colgaba de un hilo. A punto estaba de ofrecerme a cosérselo (siempre llevo aguja e hilo en el bolso), pero Rebecca me detuvo: Tom no estaba interesado en una remilgada ama de casa. Se embarcó en una prolongada explicación, contándome que había intentado telefonearme, pero que yo debía de haberle anotado mal el número. Que la persona que contestó («una vieja sargenta») le había dicho que allí no vivía ninguna Rebecca Smyth. Que se daba cuenta de que era un abuso abordarme de aquella manera por la calle. Que a él normalmente no se le habría ocurrido jamás tenderle a nadie una emboscada semejante.

Lo miré con asombro. Su aplomo habitual había sido reemplazado por la torpeza de un adolescente. Llevaba puesta una gorra marinera que, debido a su espesa mata de pelo, no le encajaba del todo y parecía flotar sobre su coronilla, otorgándole un aspecto ridículo. Me estaba mirando con cierto desasosiego. Caí en la cuenta de que, al haberle dado plantón, aparentemente, yo había adquirido cierto poder sobre él (o, al menos, Rebecca lo había hecho). Me imaginé que un tipo guapo como Tom no debía de estar acostumbrado a que lo trataran así. Y ¿cuál había sido la consecuencia de esta crueldad? Pues que ahora lo tenía plantado delante de mí como un suplicante dispuesto a lavarme los pies.

—Sería la señora Llewelyn —expliqué—. Recibo tantas llamadas que a veces le pido que diga eso.

—¡Ah! —dijo Tom, como si esta explicación fuera del todo válida—. Habría detestado pensar que me habías despachado con un número de teléfono falso. —Una vez aclarado esto, pareció sacudirse su malestar—. Bueno, ya que estamos, podríamos ir a tomar algo. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros. ¿Por qué no? Dimos media vuelta y caminamos de regreso, hacia el Pembridge Castle. La acera estaba resbaladiza debido a la lluvia que había caído antes. Tom embutió las manos hasta lo más hondo de los bolsillos de su abrigo. Pasé mi brazo por el hueco del suyo. Era tranquilizador ir colgada de su brazo. Mi mejilla tocaba el tejido basto de su abrigo. Me pinchaba como la barbilla de mi padre antes de afeitarse. Seguro que nos parecíamos a esas parejas que uno ve en los anuncios de ropa impermeable o enjuagues bucales para-él-y-para-ella.

Tom preguntó cómo había ido mi sesión con Braithwaite.

—No hablemos de eso —respondí.

—No, desde luego —dijo él con solemnidad.

Pregunté qué tal le iba. Habló sobre varios encargos en los que había estado trabajando, pero yo apenas presté atención. Estaba varada en la tierra de nadie entre mí misma y Rebecca. Empecé a preguntarme quién era Rebecca. Sin duda se parecía a mí. Llevaba mi ropa. Hablaba con mi voz, aunque ella tenía una dicción más pronunciada y cortante (yo tiendo a murmurar, tanto que la gente suele no oír lo que digo). Sus pensamientos eran los míos, en general. La diferencia estribaba en que ella tenía la sangre fría para expresarlos. No estaba segura de que ella me gustase. Era una descarada, y sospecho que un tanto indecente. De darse el caso, harto improbable, de que mi padre la conociera, estaba convencida de que no le cogería cariño. Pero parecía que a Tom sí le gustaba. Parecía que le gustaba mucho. Era a Rebecca a quien había perseguido y Rebecca a quien se llevaba ahora al Pembridge Castle. Era a Rebecca a quien quería y Rebecca a quien debía tener.

Cruzamos Regent's Park Road y nos aproximamos al pub. Él abrió la puerta y me cedió el paso con una historiada floritura de la mano, como si estuviera invitando a la princesa Margarita a un baile. Pasé al interior. El hombre solitario con su periódico de la otra vez estaba en la misma mesa junto a la puerta; su pinta de cerveza de alguna clase, intacta. Los dos abogados habían sido reemplazados en la barra por un par de tipos similares, uno de ellos enormemente gordo, con patillas de boca de hacha y un bombín calado de manera precaria en la parte de atrás de la cabeza. Harry, el dueño, estaba plantado de espaldas a los estantes repletos de botellas, los dedos entrecruzados con suavidad sobre su vientre. La mesa donde nos habíamos sentado la vez anterior la ocupaba un hombre ensimismado en un crucigrama y con un puro atrapado entre los nudillos de la mano izquierda. Nos echó una larga ojeada cuando entramos. Aparte de Rebecca y de mí, no había otras mujeres presentes. Permití que Tom marcase el camino. Localizó una mesa en el «apartado» y sugirió que me pusiera cómoda mientras él iba a buscar «unos lubricantes», así los llamó.

El apartado estaba en la esquina a la derecha de la barra y se hallaba protegido de miradas indiscretas por unos paneles de cristal esmerilado, grabados con la insignia del pub. Había dos mesas, ambas desocupadas. Me senté en la que quedaba bajo la ventana. Si bien el apartado constituía un remanso parcial de la decadencia circundante, también era un rincón aislado en el que se podría dar rienda suelta al desenfreno. Había muchos otros sitios libres donde sentarse, y me pregunté qué buscaría Tom aislándome de aquel modo. Obviamente, estaba familiarizada con el mantra de que los hombres solo buscan una cosa. En mi experiencia, sin embargo, no la buscaban conmigo. Quizá esto estuviera a punto de cambiar. Tom no solo me había llamado por teléfono, sino que se había tomado ciertas molestias para localizarme. Resultaba dudoso que lo hubiera hecho sin tener ciertos actos en mente. Sentí un picor espantoso en la tripa. Me había metido en un buen aprieto. Embutí mis guantes en el bolso y me puse a pensar si tenía tiempo para efectuar la huida antes de que él regresara. Desde el interior del apartado no alcanzaba a ver la barra. Procrastiné. Podría tomarme una ginebra y luego excusarme. Rebecca me dijo que cerrase el pico. Que lo iba a estropear todo. Que quizá yo no quisiera que Tom me metiese mano, pero ella sí. Quería emborracharse. Y si Tom quería abrirle las

piernas, se dejaría, vaya que sí. Quizá yo estuviera encantada de morir arrugada y reseca como una pasa virgen, pero ella no. Yo solo tenía que mantener la boca cerrada y dejar que hablase ella. Si había que ocuparse de cualquier otro asunto, podía dejarlo en sus manos. Cuando me opuse, me llamó de todo. Luego intentó engatusarme. ¿Por qué tenía que salirme siempre con la mía? ¿Por qué no la dejaba divertirse por una vez? Yo iba a decirle que me daba asco, pero nos interrumpió el regreso de Tom con los consabidos lubricantes. Rebecca lo recibió con la mejor de sus sonrisas, recordándome mientras tanto que Tom ni siquiera sabía que yo existía.

Él se quitó el abrigo y lo lanzó con descuido sobre el banco, antes de sentarse frente a mí. Se dejó puesta la absurda gorra marinera.

—Qué acogedor —dijo.

—Sí, lo es —dijo Rebecca—. Pero no te hagas ideas equivocadas sobre dónde vas a meter las manos. El apartado es un lugar privado y acogedor, pero nadie, creo yo, hace allí el amor[18] —añadió con picardía.

Ella sabía de sobra que, al proscribir cualquier actividad de ese género, no estaba sino plantando la idea en la cabeza del pobre Tom. Y, de paso, le hacía saber que esos pensamientos ya se le habían pasado a ella por la cabeza. Él levantó las susodichas manos y juró que permanecerían a la vista en todo momento.

—Si tiene que despistarse alguna mano, tendrá que ser tuya —dijo con una carcajada. Alzó su pinta de cerveza y entrechocamos los vasos por encima de la mesa.

Rebecca emprendió un monólogo sobre el día tan espantoso que había tenido. El teatro Shaftesbury andaba escaso de coristas. John Osborne había puesto el grito en el cielo por la selección del reparto para su nueva obra de teatro, y el señor Browlee había abandonado el barco a la hora del almuerzo para emborracharse con ese marica carroza de Terence Rattingan. Yo escuchaba esta sarta de patrañas sin capacidad de intervenir. Pero Tom estaba embelesado.

—Pues a mí me suena de lo más emocionante —dijo él.

—Qué va —dijo Rebecca—. Los hombres son unos críos. Más me valdría hacerme niñera. No es de extrañar que esté yendo al psiquiatra.

Tom encontró todo esto muy divertido, al parecer. Ella se tomó la mitad de su ginebra con tónica de un trago y consiguió atragantarse.

—Venga, vamos a cogernos un pedo, o sea, ya sabes —declaró Tom, en una ridícula imitación de lo que sería un acento pijo.

—¡Sí, eso! —corroboró Rebecca. Era incorregible. Tom apuró su cerveza y se levantó para ir a por más bebidas.

Yo callé. Tenía que reconocer que Rebecca sabía divertirse. Quizá tuviera razón. Quizá debiera permitir que se saliera con la suya esa noche. Cabía la posibilidad de que Tom fuera un helado al que hubiera que lamer. Me encendí un pitillo. En el centro de la mesa había un cenicero de hojalata anunciando el whisky Johnnie Walker. Aparte de los dos cigarrillos que Rebecca se había fumado desde nuestra llegada, estaba vacío. La figura allí retratada era una silueta andante en botas altas

negras, pantalones de montar y una casaca roja de cazador de zorros. En una mano sostenía un bastón y en la otra unos impertinentes. Me imaginé vestida con su atuendo. O más bien, me imaginé a Rebecca caminando a grandes zancadas por Charing Cross Road, apartando a golfillos molestos a su paso a base de bastonazos.

El pub se estaba llenando rápidamente y se oía un barullo de conversaciones. Tom regresó con una pinta de cerveza y un whisky para él y más ginebra para mí. Esta vez se deslizó en el banco, a mi lado. Me alarmó esta escalada de las hostilidades, pero Rebecca permaneció impasible.

—Podríamos ir al cine algún día —dijo Tom—. Ponen la última de Godard en el Roxy. ¿Te gusta la *nouvelle vague?* —preguntó—. Estoy harto de todo ese realismo proletario británico.

Yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando, pero Rebecca respondió hábilmente: «*J'adore Paris*». Hasta pronunció «Paris» a la francesa.

—Yo no he estado nunca —dijo Tom—. Pero me encantaría.

—*C'est magnifique. Très romantique* —dijo ella, llevando al límite mi francés de primaria.

Tom asintió muy serio.

—Tendrías que ir —dijo ella—. Está lleno de chicas guapas.

Tom se encogió de hombros, como si las chicas guapas no fueran de su interés.

—Preferiría ir contigo —dijo—. Aunque me temo que no hablo el idioma. Tendrás que ser tú la que lleve la voz cantante.

—Yo siempre llevo la voz cantante. —Rebecca le lanzó una sonrisa cautivadora—. Y, claro, los franceses van tan por delante de nosotros. En cuestiones de sexo, quiero decir.

Este comentario hizo que Tom llenara sus mofletes de aire y lo exhalase muy despacio. Luego se pasó una mano por la frente. Le dio un buen viaje a su cerveza y lo remató con un trago de whisky. Rebecca tomó un buen sorbo de ginebra. La verdad es que le habíamos cogido el gusto. Eso era algo que teníamos en común. Tanto Rebecca como yo adorábamos la ginebra. La ginebra nos unía. Después de dos ginebras, empecé a verla con mejores ojos, infinitamente mejores. La encontraba divertida y admiraba sus comentarios mordaces. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que mi resentimiento hacia ella se debía a los celos. La verdad es que yo quería ser ella. Y ella, puede que debido a mi buena disposición para estar calladita y no interferir, me toleraba mejor. Le gustaba estar al mando. Y le gustaba tener público. En eso era mi polo opuesto. Pero es típico que esto suceda entre coleguillas. No hay cabida para dos extrovertidos en una relación, y dos introvertidos ni siquiera tienen, para empezar, los recursos para hacerse amigos. Eché otro trago. No había olvidado mi percance de la otra noche, pero creía que ahora estaba más acostumbrada al alcohol. Todo apuntaba a que no estaba surtiendo ningún efecto adverso en mí.

Tom estaba pronunciando un discurso sobre varias películas francesas. Yo no había visto ninguna de ellas, pero Rebecca fue capaz de pronunciarse con autoridad sobre todas y cada una de ellas. Sí, ella también adoraba a Truffaut, pero Chabrol era *demasiado* soso. El muslo de Tom tocaba ahora el suyo, pero ella no hizo ademán alguno para separarse. En su lugar, pidió otra ginebra. Mientras Tom estaba en la barra, aprovechó la oportunidad para retocarse el carmín. Su boca formó una o lasciva en

el espejito de su polvera. Cuando acabó, se pasó la lengua por los labios para que brillaran.

A su regreso con las bebidas, Tom se retiró por fin la gorra y la lanzó girando sobre el banco. Su pelo conservó la rígida forma del molde. Respiró hondo, su pecho hinchándose de manera impresionante bajo el jersey. Se dio la vuelta y me miró, tratando de recordar dónde habíamos dejado la conversación. Se produjo un prolongado momento de silencio. Luego Rebecca hizo algo de lo más extraordinario. Levantó la mano derecha e introdujo sus dedos en la espesa pelambrera de él. Yo le dije que desistiera, pero ella siguió escarbando hasta que las puntas de sus dedos tocaron el cuero cabelludo.

—Tienes una cabellera fabulosa —dijo ella.

—No es mérito mío —dijo—. Mi abuelo era un marinero portugués. Es pelo portugués.

Rebecca retiró la mano. Sus dedos estaban grasientos. Tom la miró. Era guapísimo, la verdad. Rebecca hizo un mohín, luego bajó con modestia la vista hacia su regazo. Pasaron unos segundos. Entonces Tom soltó un silbido ahogado y volvió a concentrarse en su cerveza. Me pregunté cómo era capaz de consumir semejante cantidad de líquido. La cerveza es cosa de hombres. Todo en ella es varonil: el mamotreto de jarra con su asa del tamaño de un puño, la espuma sucia, el turbio líquido marrón, el sabor amargo. Incluso la palabra «cerveza» es contundente y varonil. Ni me imagino siquiera llevándome una pinta de cerveza a los labios. Pero me encantaba observar a Tom mientras bebía. Lo hacía con deleite. Era como contemplar a un animal de granja en el abrevadero.

Me aventuraría a sugerir que Tom y Rebecca acababan de tener su momento. Los dos habían estado pensando en lo mismo. Pero Rebecca, por buena Jezabel que sea, todavía tiene sus principios, y Tom —el pobre, guapo y bobalicón de Tom— no tuvo la desvergüenza para actuar. Ahora, perdido su momento, el fracaso de él había levantado una barrera entre los dos. Rebecca estaba decepcionada con él. Y él estaba decepcionado consigo mismo. La estúpida conversación, que ambos sabían que no era más que el prolegómeno para llegar a esa ocasión, se había marchitado y se había disipado el ambiente jovial. Se hizo un silencio de espanto. Eran como actores que hubiesen olvidado de repente sus respectivos diálogos. El público se removía impaciente en el patio de butacas. Tom lanzó una mirada a Rebecca y soltó una risita por la nariz. Rebecca dibujó una sonrisa forzada en los labios y dio otro sorbito a su ginebra.

—Bueno, aquí estamos —dijo él, en un patético intento por impedir que el silencio se espesara.

—Sí —dijo Rebecca—, aquí estamos. —Pero aunque solo repitió sus palabras, las pronunció de una manera que las invistió de un mayor significado. Habló en voz baja, casi inaudible, haciendo una pausa después de la primera palabra para que Tom se viese obligado a echarse hacia delante para poder oír mejor. Entonces, con la oreja de Tom a escasos centímetros de su boca, enunció cada sílaba como si fuera un tesoro precioso y dio énfasis al verbo final, elevándolo de tal manera que formó un elegante arco. Su intención era inequívoca y, a pesar de poder ser acusada de coquetería, la prueba escrita no mostraría más que tres palabras totalmente inocuas. Tom ahora no necesitaba más que girar la cabeza un ápice para que su boca casi rozara la de ella. Rebecca se dio un toque en los labios con el dedo índice y, antes de que yo tuviera tiempo de intervenir, se estaban besando. Tom sabía a

cerveza, pero la sensación que transmitían sus labios al contacto de los de ella resultaba gratamente obscena. Sentí un cosquilleo entre las piernas. Entonces su lengua penetró en la boca de Rebecca y se encontró con la punta de la de ella. Aquello parecía una justa entre dos perros que se hociquean. La mano de Tom se abrió camino hasta la rodilla de Rebecca. Su dedo se deslizó por debajo del borde su falda hasta la cara interna de su muslo. Por un momento fui Constance Chatterley. Lo quise todo. Quise sentirme dominada, aplastada y degradada bajo la mole de Tom. Su enorme brazo rodeó mis hombros como una serpiente, arrastrándome hacia él. Situé mi mano contra su pecho y lo aparté de un empujón. Me noté la respiración entrecortada, como si fuesen pequeñas puñaladas.

Él miró a Rebecca, esperando a que ella lo invitara a seguir.

—Quiero que me beses a *mí* —dije.

Los ojos de Tom miraron a uno y otro lado como flechas.

—Creo que es lo que acabo de hacer.

—A Rebecca no —dije—. *A mí*. —Mi mano todavía reposaba sobre su pecho. Podía sentir como este subía y bajaba en oleadas, como el mar. Su expresión era de desconcierto. Rebecca me maldijo.

Entonces le dije mi nombre. Él lo repitió con gesto interrogante.

—No hay ninguna Rebecca —dije—. Solo yo.

Tom parpadeó varias veces. Replegó el brazo que había puesto sobre mis hombros, como si fuera infecciosa.

—A Rebecca me la inventé para poder visitar al doctor Braithwaite —expliqué—. Es un personaje. No existe. No estoy para nada como una cabra. La que está como una cabra es Rebecca. Yo soy perfectamente normal.

Tom me miraba como si yo estuviera muy pero que muy lejos de ser normal.

—Pero, Rebecca —dijo él—. Nunca he creído realmente que estuvieras como una cabra. O, por lo menos, no como una cabra de verdad. Y, de todos modos, no me importaría si lo estuvieras. Me encantan las cabras.

—Yo no soy Rebecca y no estoy como una cabra —dije con firmeza.

Me eché hacia delante para besarlo, pero él apoyó sus manos en mis hombros y me apartó. Humillada, cogí mi copa y le lancé a la cara la ginebra que quedaba. Aun sin darme la vuelta podía percibir que la gente estaba observando este pequeño drama a través de la entrada del apartado. El barullo de las conversaciones había disminuido en el pub. Tom estaba mudo en el banco. Sacó la lengua y se lamio la ginebra del labio superior.

Rebecca dijo en voz alta que yo era una necia sabandija. Lo había estropeado todo. Se puso a rebuscar en mi bolso y, como no encontrara nada mejor, intentó secar la cara de Tom con mis guantes.

—No la escuches —dijo, mientras le secaba las mejillas con unos suaves golpecitos—. Solo ha sido una broma estúpida. Ella es la que no existe.

Tom la cogió de las muñecas y le apartó las manos.

—Pues vaya broma más rara —dijo.

Miré a mi alrededor. La entrada al apartado había cobrado ahora el aspecto de un cuadro de Brueghel. Un hombre de rostro enjuto y anteojos redondos narraba lo ocurrido con todo lujo de detalles a los que se lo habían perdido. Un segundo hombre discrepó de su versión de los hechos y se montó una discusión. La cara del dueño surgió por encima del separador de cristal esmerilado del apartado para preguntar qué estaba pasando.

—Nada, Harry —dijo Tom—. Nada en absoluto.

—Pues no parece que sea nada —dijo. Entonces le preguntó a Rebecca si todo estaba en orden.

—Perfectamente —dijo ella.

Pero no estaba todo en orden. Tom se levantó y se puso el abrigo de la manera más digna que pudo. La muchedumbre abrió un pasillo para dejarlo salir. Me pidió disculpas por si me había ofendido. Eso me llegó al alma, la verdad. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Rebecca gritó su nombre en tono implorante, pero él no se volvió.

Cuánto deseaba no haber arrojado mi ginebra a la cara de Tom. Ansiaba la sensación del alcohol en mi garganta. Entonces reparé en que Tom no había tocado su segundo whisky. Sin pararme a pensar en si me observaban o no, cogí el vaso y vacié su contenido en mi boca. Me quemó la garganta de manera espantosa y me hizo toser, pero sentí cierto alivio gracias a él. Encendí un pitillo e hice el mayor de los esfuerzos por mostrarme indiferente ante la escenita que acababa de producirse. La figura del cenicero parecía mirarme ahora con ojos acusadores. Aplasté la colilla en su cara. Mientras me dirigía a la salida, noté que los lugareños se daban codazos y susurraban entre ellos. En el trayecto en taxi de regreso a casa, Rebecca no paró de echar pestes, que no conseguí aplacar con mis disculpas. Mis guantes de gamuza de Heaton's estaban destrozados. Eran mis favoritos.

---

[15] El autor pone en boca de Braithwaite el célebre verso de Lear a su hija Cordelia al comienzo de la obra *El rey Lear,* de William Shakespeare (Acto I, i, 90). Tomo prestada la traducción de Luis Astrana Marín en *Obras Completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. *(N. de la T.)*

[16] *Ibidem.*

[17] Alusión a la obra *El primer toque de la trompeta contra el monstruoso gobierno de las mujeres,* del reformista escocés John Knox (c. 1517-1572), publicada en 1558 y donde ataca a las mujeres monarcas basándose en la argumentación de que la detentación del poder por parte de las mujeres es contraria a las enseñanzas de la Biblia. *(N. de la T.)*

[18] El autor juega aquí con los versos del poema *To his Coy Mistress* [A su recatada amada], del poeta británico Andrew Marvell (1621-1678), que dicen así en su versión original: «*The grave's a fine and private place, / But none I think do there embrace*» [La tumba es lugar privado y acogedor, pero nadie, creo yo, hace allí el amor]. *(N. de la T.)*

Braithwaite IV:
una perturbación en Ainger Road

Poco después de las cinco en punto de la tarde del 17 de agosto de 1968, la policía recibió el aviso de una perturbación en Ainger Road. Se habían escuchado voces seguidas de golpes y de los gritos de una mujer. El atestado oficial del incidente hace constar que el aviso fue atendido por los agentes de policía Charlie Cox y Robert Pendle. Las voces y el estrépito continuaban en el interior de la casa incluso cuando una joven que respondía al nombre de Angela Carver les abrió la puerta. La señorita Carver se hizo a un lado en el vestíbulo, mientras los dos policías entraban a toda velocidad en el salón de la planta baja. Aunque se trataba de un día soleado, las cortinas estaban echadas. Allí encontraron a Braithwaite forcejeando con otro hombre, Richard Aaron. Los hombres se tenían cogidos el uno al otro del cuello con los brazos y, al hacer los policías su entrada, perdieron el equilibro y se derrumbaron de lado sobre una mesita de centro, derribando las copas y un cenicero que había encima. Los dos hombres siguieron enzarzados en el suelo. Aaron estaba encima e intentó encajar varios puñetazos en un lado de la cabeza de Braithwaite. Los policías tiraron de Aaron para separarlos y se lo llevaron hasta la pequeña cocina situada al fondo de la casa. Braithwaite se puso de pie. Sangraba por la boca y su camisa estaba rota. Llevaba unos pantalones de pana color mostaza con los bajos enrollados hasta los tobillos e iba descalzo. Una segunda chica, Rachel Simmons, estaba sentada con los hombros caídos en el sofá, donde permaneció en todo momento. Las chicas, tal y como hizo constar el agente Cox en su informe, tenían diecinueve y veintiún años respectivamente. Rachel Simmons se hallaba en «estado de intoxicación» e iba «ligera de ropa». La habitación despedía un intenso olor a marihuana.

Richard Aaron estaba fuera de sus casillas, gritando improperios y lanzando piezas de vajilla por todas partes. El agente de policía Pendle se vio obligado a recurrir a la fuerza y a trasladarlo al jardincito cubierto de maleza ubicado en la parte de atrás de la propiedad para calmarlo. Charlie Cox regresó al salón. Braithwaite, que no parecía demasiado preocupado por sus heridas, bromeó diciendo que habría podido con Aaron si no llega a presentarse la pasma. Cuando Cox preguntó qué había ocurrido, aquel contestó que él y Aaron se habían retado a una pelea amistosa. Cox replicó que no le había parecido muy amistosa precisamente y que, si Braithwaite no era capaz de proporcionar

una explicación satisfactoria, se vería obligado a proceder a su detención. Braithwaite se echó a reír y señaló que tenía invitadas a las que entretener. Rachel Simmons, que tenía la inerte cabeza caída hacia un lado, daba la impresión de estar todo menos entretenida. Angela Carver se encontraba plantada de espaldas a la puerta. Preguntó si podía marcharse, pero Cox se lo impidió, puesto que iba a ser necesario que prestase declaración. Procedió entonces a preguntarle si se habían consumido drogas en la vivienda. Braithwaite le dijo al agente que dejase a la chica fuera del asunto y que si lo que buscaba era *pillar algo* tendría que haberlo dejado claro desde el principio. De haber adoptado una actitud menos chusca es posible que el asunto pudiera haberse solucionado allí mismo, pero, al final, los cuatro fueron trasladados a la comisaría de Holmes Road, en el barrio de Kentish Town.

Richard Aaron, de treinta y ocho años, era un actor muy conocido, que en los últimos tiempos había cosechado el favor de la crítica en una reposición de la obra *La fiesta de cumpleaños*, de Pinter, en el teatro Old Vic. Con anterioridad, había participado en las películas *Repulsión,* de Roman Polanski, y en *Ipcress,* junto a Michael Caine. En la comisaría de Holmes Road, alegó que Braithwaite había violado a su esposa, la actriz Jane Gressingham. Al enterarse, se había puesto hecho una furia y fue hasta el domicilio de Braithwaite para «darle una somanta de palos de mucho cuidado». En el ambiente sobrio de la sala de interrogatorios, admitió que aquella había sido la forma errónea de proceder y que, en su lugar, tendría que haber llamado a la policía. Aun así, lo que en principio parecía poco más que una bronca vulgar y corriente tomó entonces visos más siniestros.

Jane Gressingham era «la estrella del momento» en 1963. Inició su carrera como modelo, pero consiguió papeles secundarios en *Vacaciones de verano* y *Desde Rusia con amor*. Gressingham no era lo que se dice una gran actriz. Sus papeles requerían que adoptase poses enigmáticas y poco más. Cuando se le pedía que pronunciara una línea o dos de diálogo, su interpretación resultaba acartonada, por no decir otra cosa, pero sus rasgos angulosos de muchacho y sus ojos de párpados caídos estaban en sintonía con la época, y su cara pasó a adornar las portadas de *Vogue* y de *Harper's Bazaar*. Conoció a Richard Aaron en el set de la ya olvidada comedia musical *¡Ay, esas chicas londinenses!* en la primavera de 1964, y se casaron unos meses después. Es incuestionable que fueron la pareja de famosos de moda en un momento en el que Londres se estaba convirtiendo en la ciudad con más estilo del planeta. Gressingham era consciente de sus limitaciones como actriz, lo bastante como para apuntarse a unas clases en la Royal Academy, pero su carrera perdió fuelle con gran rapidez. La interminable sucesión de fiestas y de estrenos que ofrecía Londres se le subió a la cabeza. La bebida y las drogas empezaron a hacer mella. La gota que colmó el vaso fue cuando la echaron del rodaje de *Blow-Up* por estar «borracha o drogada o ambas». Esto enfureció a Richard Aaron, pues había sido él quien había convencido al director Michelangelo Antonioni para que le diese un papel en esta prestigiosa producción.

El verdadero nombre de Gressingham era Susanne Kepler. Era la hija de un emigrante judío alemán, Alfred Kepler, un escenógrafo que huyó del régimen nazi en 1938; y de Doris Vaughn, diseñadora de vestuario. Las dos hermanas y la madre de Alfred fueron asesinadas en Birkenau en 1944. En cuanto a Alfred, murió ahogado en el Támesis en 1948. La investigación de su muerte no

llegó a ninguna conclusión definitiva, pero parece muy probable que se quitara la vida. Gressingham tenía entonces nueve años.

Tras escuchar las acusaciones de Aaron, el agente Pendle informó al inspector Harold Skinner, el cual quedó al cargo de las pesquisas. Se informó a Braithwaite de que tenía derecho a llamar a un abogado, pero este declinó el ofrecimiento. Se envió un coche patrulla para que se trasladara a Gressingham hasta la comisaría. Esta era una época en la que la policía no ponía reparos a la hora de ganarse unas libras ofreciendo chivatazos a la prensa, y cuando corrió la voz de que Richard Aaron y Collins Braithwaite se encontraban retenidos en la comisaría de Kentish Town, una numerosa pandilla de gacetilleros de tres al cuarto se reunió rápidamente en la acera. Por increíble que parezca, condujeron a Gressingham hasta la entrada de la comisaría y la invitaron a pasar por la puerta principal. Al día siguiente, aparecieron fotos de ella tratando de ocultar un amoratado ojo izquierdo tras una mano enguantada en las portadas de casi todos los periódicos, junto con retratos de Aaron y Braithwaite. TRIÁNGULO AMOROSO ACABA EN DESASTRE, declaró el *Daily Express*. DE ESTRELLA A ESTRELLADA, decía el *Daily Mail*. Los artículos que acompañaban a estos titulares mencionaban sin excepción la «batalla campal» en el piso de Braithwaite, pero se basaban, por lo demás, en rumores y especulaciones. Solo el *Standard* de Londres hacía referencia a «una presunta violación».

A Jane Gressingham, que no sabía nada de lo que había sucedido en Ainger Road, le ofrecieron una taza de té y la condujeron ante el inspector Skinner para que la entrevistara. Se le pidió que relatara lo que había ocurrido esa misma tarde. Al principio se anduvo con evasivas. Daba la impresión de hallarse bajo el efecto de un sedante o alguna otra droga. El inspector Skinner le aseguró que ni estaba detenida ni se la acusaba de nada. Como ella continuó respondiendo con vaguedad a las preguntas del inspector, este le preguntó cómo había acabado con el ojo morado. Ella dijo que no conseguía acordarse. Skinner expresó su sorpresa ante esta respuesta; aquella lesión tenía pinta de ser dolorosa y estaba claro que era reciente. Preguntó si su marido se la había infligido. Ella respondió que sí, pero que él no tenía la culpa. Tras presionarla un poco más, reconoció que habían tenido una discusión sobre la relación que ella había mantenido con Collins Braithwaite. Después de darle muchas vueltas, Skinner le desveló, finalmente, la acusación de Aaron. Cuando le preguntaron sobre su veracidad, Gressingham confirmó de mala gana que sí, que eso era en efecto lo que ella le había contado a su marido. Según su versión de los hechos, Aaron se la había encontrado borracha al regresar a su apartamento. Se produjo entonces una bronca, en el curso de la cual, él manifestó que sus dos visitas semanales a Braithwaite no parecía que estuvieran sirviendo para nada. Gressingham le espetó que eran mucho más beneficiosas que su matrimonio y que Braithwaite era el doble de hombre que él. Gressingham acabó reconociendo que había mantenido relaciones sexuales con Braithwaite, tras lo que Aaron la golpeó. Tirada en el suelo, con él cerniéndose sobre ella, y ante el temor de recibir una paliza, Gressingham declaró que ella no había querido hacerlo, a lo que Aaron dijo: «Entonces, ¿te violó?». Gressingham hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y Aaron salió de casa hecho un basilisco. Skinner preguntó entonces a Gressingham si el encuentro con Braithwaite había sido consentido y ella contestó que sí.

Cuando se informó a Braithwaite de la acusación, este admitió de buena gana haber mantenido relaciones sexuales con Gressingham en numerosas ocasiones, pero negó que hubiese mediado coacción alguna. Todas las partes fueron puestas en libertad hacia las once en punto de esa misma noche. Al parecer, nadie cuestionó el hecho de que no se presentase ningún cargo contra Aaron por su agresión a Gressingham.

A pesar de la ausencia de cargos, el daño ya estaba hecho. A la prensa nunca le había gustado Braithwaite, y ahora los periodistas olfateaban la sangre. En los días que siguieron, un número nada desdeñable de periodistas acampó en el exterior de la casa de Ainger Road. Pero Braithwaite siguió tan campante, impenitente. Entraba y salía a su aire e incluso se paraba a charlar en la acera con los reporteros. En *Mi Yo y otros extraños* escribiría: «No había hecho nada malo. ¿Por qué tendría que esconderme?».

Ya fuera por este motivo o porque quienes visitan a un terapeuta no suelen querer que se les fotografíe haciéndolo, sus clientes dejaron de acudir a verlo. Braithwaite asumió que la cosa sería solo temporal y se pasó los días siguientes de juerga en el Colony Room y en otros antros del Soho. Hasta pareció que saboreaba su notoriedad.

Esta actitud no sentó bien a la prensa ni tampoco a la policía. El tabloide *News of the World* de ese fin de semana publicó un especial donde recogía los salaces relatos de algunos de los antiguos clientes del «loquero de Primrose Hill». Estas historias describían a Braithwaite emergiendo en calzoncillos de detrás de su escritorio; tumbándose de espaldas y canturreando mientras sus clientes hablaban; fumando hierba con sus clientes; haciéndose tocamientos, y realizando irrelevantes y morbosas inquisiciones sexuales. A la pregunta de por qué había soportado semejante conducta, una de las entrevistadas respondía que, con anterioridad, ella nunca había ido al psiquiatra y que dio por hecho que esas cosas eran normales. En el *Daily Express* del 24 de agosto, otro artículo calificaría al «autor de *Mátate* [sic]» de ser un «*cheerleader* del suicidio». Incluía una entrevista con una joven que aducía que, al contarle que estaba experimentando pensamientos suicidas, Braithwaite había respondido preguntándole qué la detenía. Al final de la sesión, él le había pedido que, si decidía llevarlo a efecto, se asegurase primero de pagarle sus honorarios.

Hubo quien puso el grito en el cielo, pidiendo que la Asociación Médica Británica le retirase la licencia, pero como Braithwaite nunca había contado, para empezar, con cualificación médica alguna, esto resultaba inviable. Nada impedía que cualquier hijo de vecino colgase en su puerta una placa que declarase que se era psicoterapeuta. «Yo nunca me he presentado a mí mismo como un gurú de ninguna clase —escribe en *Mi Yo y otros extraños*—. Si la gente estaba tan chiflada como para querer mi consejo, ¿quién era yo para rechazarla?» Como muchas de las cosas que escribió Braithwaite, esa era una verdad a medias con la que pretendía justificarse. Si bien nunca se autoproclamó terapeuta ni alegó poseer credencial médica alguna, tampoco corrigió a quienes dieron por hecho que su doctorado era en Medicina. Y si bien argumentaba que solo actuó obedeciendo a la demanda, no dudó en montar una consulta en Ainger Road para acomodar su pujante negocio.

Braithwaite, tirando del orgullo desmedido que lo caracteriza, asumió que en cuestión de unos

días todo quedaría en agua de borrajas. Se equivocó. A pesar de no haber sido acusado de nada, la palabra «violación» acarreaba un estigma incluso en los círculos bohemios de los que sacaba a su clientela. Aunque ser cliente del «hombre más peligroso de Gran Bretaña» pudiera haberle dado a uno, en otro tiempo, cierto prestigio, lo cierto es que su caché menguaba rápidamente.

Y las cosas estaban a punto de ir a peor. Andrew Trevelyan, el padre de Alice, la que había sido la novia de Braithwaite en Oxford, leyó con sumo interés las noticias de los periódicos. El ahora flamante sir, a la par que Consejero de la Reina,[19] ya trabajaba por entonces para la fiscalía de la Corona. Llamó por teléfono al inspector Skinner y solicitó ver las declaraciones relativas al incidente. Skinner explicó que no había necesidad, puesto que no se había producido ninguna detención, pero Trevelyan no dio su brazo a torcer y esa misma tarde se presentó en la comisaría de Holmes Road. Skinner lo recibió con frialdad. Él era un chaval del East End que había ido ascendiendo desde abajo, y no le hacía ninguna gracia que un enseñoreado pez gordo interfiriera en el caso ni la crítica implícita a su decisión de no haber presentado cargos. Trevelyan leyó de arriba abajo las declaraciones de los cinco testigos, realizó unas cuantas anotaciones y, a continuación, pidió hablar con Cox y Pendle. Luego visitó a Angela Carver y a Rachel Simmons en las direcciones que estas habían facilitado en sus declaraciones. Simmons era estudiante de Arte y compartía piso con otras tres amigas en Camden. Había conocido a Braithwaite en un pub unos meses antes y él las había invitado a ella y a una amiga a su casa. Allí estuvieron escuchando discos, se fumaron unos porros y se acostaron. No fue «nada del otro mundo». Collins molaba, dijo ella, y siempre tenía hierba de sobra. No había coincidido con Angela Carver antes del incidente del 17 de agosto y no la había vuelto a ver desde entonces.

Angela Carver era la hija de uno de los clientes de Braithwaite, Mervyn Carver, restaurador y dueño de un club nocturno. Ella había conocido a Braithwaite unas semanas antes en una fiesta que dieron sus padres en su casa, ubicada en la calle St Anne's Terrace, en el barrio de St John's Wood. Cuando Trevelyan llamó al timbre de dicha dirección, fue la esposa de Carver, Beatrice, quien abrió la puerta. Trevelyan le entregó su tarjeta de visita y explicó que le gustaría hablar con su hija. Llamaron a Angela para que bajara, y tras algunas palabras de persuasión (Trevelyan tenía fama de poseer mucha labia) la señora Carver accedió por fin a que este hablara con su hija a solas, en el despacho del señor Carver. Para empezar, Trevelyan le explicó a la chica que no estaba metida en ningún lío. Solo quería hacerle algunas preguntas sobre el incidente en Ainger Road. Angela, cuyo nombre no había aparecido publicado en los periódicos, estaba visiblemente nerviosa y no paraba de lanzar miradas hacia la puerta del despacho. Sus padres la matarían si se enteraban de su implicación en el asunto. Trevelyan le aseguró (falsamente, como quedaría demostrado después) que su conversación permanecería en la más estricta confidencialidad.

Angela no tenía diecinueve años, tal y como había declarado a la policía, sino diecisiete. Había entablado conversación con Braithwaite durante la fiesta de cumpleaños de su padre. Él había estado de lo más gracioso y se había interesado por sus estudios y por lo que tenía planeado hacer cuando acabara el instituto. Braithwaite adivinó su signo del Zodiaco (Libra), y ambos habían charlado sobre

la astrología y el libre albedrío. Ningún adulto había hablado nunca con ella de esa manera, y las atenciones de él la habían dejado prendada. Cuando la secretaria de Braithwaite llamó días después y la invitó a una reunión en casa de este, ella aceptó sin contárselo a sus padres. Cuando llegó a Ainger Road a las dos de la tarde de ese mismo sábado, le sorprendió descubrir que hubiera solo otro invitado: una chica más mayor llamada Rachel. Braithwaite le aseguró que enseguida llegaría más gente. Le ofreció una copa de vino, que ella aceptó. Braithwaite estaba fumándose un porro, pero no se lo ofreció. Al ver que transcurría la tarde y que no se presentaba nadie más, empezó a inquietarse. Braithwaite estuvo poniendo discos y bailando por la habitación con la camisa abierta, haciendo solo alguna que otra pausa para liar porros o para traer más vino de la cocina. Ella se había bebido dos o tres copas y había bailado con él. Cuando Rachel trató de convencerla para compartir un porro, Braithwaite le dijo que la dejase en paz. No era más que una cría. Trevelyan preguntó si él le había hecho alguna insinuación sexual. Angela dijo que a ella no, pero que sí había besado a Rachel en el sofá y se había excitado. Ella se distrajo curioseando entre los libros de las estanterías. Casi había sido un alivio que Richard Aaron irrumpiera entonces en la casa.

Trevelyan le dijo a Skinner que se expediría una orden judicial para registrar la casa de Braithwaite en busca de drogas. Aunque Braithwaite no le hubiera causado una impresión favorable, Skinner consideraba que trincar *beatniks* por fumar maría estaba muy por debajo de sus competencias, pero no tuvo más remedio que obedecer. Dos días después, acompañó a Cox y a Pendle a Ainger Road para ejecutar la orden de registro. Se requisó una considerable cantidad de marihuana, y Braithwaite fue detenido por posesión con fines de venta. No hallaron pruebas de esto último, no obstante, y el cargo quedó reducido a posesión. Aunque hoy en día esta infracción sería castigada con poco más que una amonestación oficial, en aquella época conllevaba el serio riesgo de acabar en prisión. Ese mismo año, a Keith Richards, de los Rolling Stones, le cayeron doce meses después de que se le imputase un cargo por permitir que se usara su casa con el propósito de fumar marihuana. La condena sería revocada más tarde en la apelación, pero Braithwaite no podría contar con la misma simpatía de la opinión pública si era condenado a la pena de prisión.

El juicio se celebró en el Juzgado de lo Penal del distrito de Inner London, en Newington. La tribuna del público estaba atestada de periodistas y curiosos. Desoyendo el consejo de su abogado, Braithwaite insistió en declararse no culpable. Andrew Trevelyan se hizo cargo en persona de ejercer la acusación. Angela Carver y Rachel Simmons fueron llamadas al estrado en calidad de testigos. Braithwaite no solo no negó que las drogas en cuestión fuesen suyas, sino que declaró, además, que no reconocía la jurisdicción del Estado sobre fueran cuales fueran las sustancias que él elegía meterse en el cuerpo. Aunque su defensa podría haberle ganado muchos puntos entre la tribu de la contracultura, en absoluto convenció a la jueza de paz, June Aitken. Y tampoco es que tuviera base legal alguna. La actitud de Braithwaite para con el tribunal (se quitó los zapatos y estuvo hurgándose industriosamente los pies durante el alegato final de Trevelyan) y su arrogancia para con propios y extraños en general no le sirvieron para enamorar al jurado, precisamente. En su planteamiento, Trevelyan manifestó que aquel era un caso de importancia simbólica. Existía un conciliábulo de

gente, dijo, que creía que su fama la situaba por encima de la ley. «El acusado podrá pensar que la ley es una idiotez —continuó—, pero eso no le otorga, ni a él ni a ningún otro individuo, el derecho de burlarse de ella.» En palabras del *Daily Express,* procedió entonces a «eviscerar el carácter de Braithwaite con tal lujo de detalle que la señora Aitken tuvo que intervenir para amonestarlo y pedirle que se ciñera a los hechos del caso». En su recapitulación, la jueza de paz recordó al jurado que no era el carácter, sino los actos del acusado lo que allí se juzgaba; su único cometido era aplicar la ley en conformidad con las pruebas presentadas. El jurado tardó menos de quince minutos en hallar culpable a Braithwaite. Nada más escuchar el veredicto, Braithwaite se volvió hacia el jurado y aplaudió sarcásticamente a sus miembros por «respetar y defender al aparato responsable de su propia represión». La señora Aitken lo condenó a sesenta días de prisión, aprovechando su turno de palabra para sermonear al acusado por su indecorosa e irrespetuosa conducta durante el juicio.

En su autobiografía *A ambos lados de la barra,* Trevelyan cuenta que, cuando era estudiante, Braithwaite mantuvo con su hija una relación que la dejó «hospitalizada», una manera de expresarlo que arrojaba un tupido velo sobre el intento de suicidio de Alice y daba a entender que Braithwaite la había asaltado físicamente. En la persecución que llevó a cabo contra Braithwaite no lo había movido, aducía con altivez, el afán de venganza, sino el deseo de proteger al público de un «peligroso charlatán». En el transcurso de los años había contemplado el ascenso de Braithwaite con espanto, «pasmado por la ingenuidad con la que unas personas, aparentemente inteligentes por lo demás, parecían abrazar sus supercherías como si se trataran de una especie de sagradas escrituras *hippies*».

Ronnie Laing, quien a su vez sería detenido y acusado de posesión ilegal de LSD una década más tarde, recibiría la noticia de estos acontecimientos con júbilo, comentándole a su amigo John Duffy que hacía años que tenían que haber enchironado a aquel «odioso timador».

Braithwaite cumplió cuarenta días de condena en la prisión de Wormwood Scrubs. La sociedad penitenciaria, escribió, le había parecido «mucho más cuerda que la que se hallaba al otro lado de los barrotes […]. Durante esos seis meses en la cárcel aprendí más sobre la conducta humana que durante los seis años que pasé entre los pijos de Oxford».

A su salida de prisión, Braithwaite descubrió que lo habían desahuciado de Ainger Road. Sus muebles, ropa, libros y documentos habían sido empaquetados y depositados en un almacén de Acton. Halló refugio temporal en la casa de Notting Hill donde vivían Zelda Ogilvie y su nuevo novio, el dramaturgo Joe Carter, pero ella dejó claro desde el principio que no pensaba aguantarlo más que unos pocos días. Al final, se quedó un mes, dándole a la botella y fumando maría de manera impenitente, hasta que Carter le encontró un pisito en Finsbury Park y «lo instaló en él prácticamente a la fuerza».

Braithwaite no hizo ningún intento por volver a poner en marcha su negocio. Los derechos de sus dos libros seguían devengando ingresos, y le dijo a todo el que estuviera dispuesto a escucharlo que estaba harto de atender a «una panda de mediocres superprivilegiados refunfuñando sobre sus crisis de identidad». Había llegado el momento de escribir otro libro. Laing se dedicaba, por aquellos días, a recorrer los campus de las universidades europeas y estadounidenses impartiendo conferencias para

auditorios ingentes de estudiantes encandilados. Braithwaite, que nunca había viajado más allá de Francia, se encaprichó con sacar tajada también. Cuando por fin logró convencer a Edward Seers de que lo invitara a almorzar, descubrió que este no se mostraba demasiado receptivo ante la idea. Seers sugirió que quizá le fuera mejor escribiendo una novela. «¿Una novela? —replicó Braithwaite—. ¿De qué sirven las puñeteras novelas?» Cuando Seers rechazó dilatar el almuerzo y convertirlo en una larga jornada de copeo, Braithwaite le dijo que se llevaría su libro a otra parte. Seers pagó la cuenta y le contestó que le parecía estupendo.

---

[19] Consejero de la Reina es un título honorífico con el que se designa por patente real a eminentes juristas, en base a los méritos y a la experiencia cosechados en la práctica de la abogacía. *(N. de la T.)*

El quinto cuaderno

Me he ausentado del trabajo las dos últimas semanas. El malestar que empecé a notar al embarcarme en esta desacertada empresa se ha vuelto muy real. Me siento completamente abrumada. Habría sido mejor mantener mis siniestros pensamientos bien seguros bajo llave. Tonta de mí. Tonta, tonta de mí. Ayer me quedé en la cama el día entro. He perdido por completo las ganas de cuidar de mi aseo. Tengo el pelo lleno de nudos y hace días que mi cara no ve una pizca de maquillaje. Mi piel está seca y apergaminada. Sé que algo tan nimio como un pequeño paseo al aire libre me animaría, pero no tengo fuerzas ni para abrir las cortinas y de ninguna de las maneras voy a permitir que la señora Llewelyn me dispense este servicio. No quiero que nada me recuerde que el mundo sigue existiendo más allá de las cuatro paredes de mi dormitorio.

El señor Brownlee telefoneó tres veces la semana pasada, pero me negué a hablar con él. La señora Llewelyn le dijo que no me encontraba bien, pero su tono de voz dejó entrever lo que de verdad piensa sobre el asunto. Hace unos días recibí una carta suya expresando su aflicción por mi estado, pero que no podía arreglárselas sin mí. Si no era capaz de aclararle cuándo iba a regresar, tendría que, muy a su pesar, buscar una sustituta. Se me rompe el corazón. Le tengo cariño al señor Brownlee y sé que se ha acostumbrado a contar conmigo. Me entristece pensar que El Gran Dando echará de menos mis aplausos mientras rebusca su florín mágico por el suelo. Rebecca me dice que pierdo el tiempo con esos mindundis. El señor Brownlee tiene de agente teatral lo que El Gran Dando de mago, o sea, nada de nada. Están tan descarriados como esos crédulos sin futuro que se presentan delante de mi escritorio. Aun así, los echo de menos. Echo de menos coger el autobús para ir a trabajar. Echo de menos el paseo por Charing Cross Road. Echo de menos ir de escaparates durante la hora del almuerzo y observar a los *beatniks* y a las chicas de ojos pintados de kohl en los cafés. Echo de menos fingir que formo parte del mundo, incluso cuando siempre he sabido que soy un caso aparte. Ha hecho falta que crease a Rebecca para que ella me pudiera mostrar lo equivocado de mis costumbres.

Hace dos noches me convencieron para que bajase a cenar. No se me ocurrió vestirme y me senté a la mesa desnuda bajo mi sucio camisón. Padre no sabía adónde mirar, el pobre. La señora Llewelyn me trajo la bata y me la puse, avergonzada de pronto por mi grado de desnudez. Padre me preguntó con tacto si me encontraba mejor y, como pude ver que estaba preocupado, le aseguré que sí. Aparte de esto, la cena transcurrió en silencio. Apenas tomé unos trozos de comida y solo para guardar las apariencias. Sentí náuseas con cada bocado.

Después, la señora Llewelyn me llevó a la planta de arriba y me ordenó que me quitara la ropa. No tuve fuerza de voluntad para resistirme. Me preparó la bañera y se sentó en el borde, lavándome la cabeza con delicadeza. Se estaba a gusto en el agua caliente y me dio lo mismo estar desnuda. Me

quedé de pie sobre la alfombrilla del baño, tiritando, mientras la señora Llewelyn me secaba y luego me pasaba un camisón limpio por encima de la cabeza. En mi dormitorio, me sentó en una banqueta delante de mi cómoda y me cepilló el pelo. Me sentí agradecida por ese gesto de bondad, tanto más porque se llevó a cabo sin comentario alguno ni amonestación. Cuando terminó, me metió en la cama, me arropó hasta la barbilla y me deseó buenas noches. Tendría que haberle dado las gracias, pero no tuve fuerzas para pronunciar las palabras.

Mientras tanto, Rebecca no ha parado de molestarme. Ya le he dicho que no hace falta que me diga que soy un ser despreciable que no vale para nada, pero ella, a pesar de todo, disfruta buscando maneras, cada vez más elaboradas si cabe, de expresar este sentimiento. Sin embargo, su rencor es aún peor. La estoy hundiendo. Sin mí, ella estaría divirtiéndose por ahí. Si no fuera por mí, ya se habría fo**ado al guapo de Tom (su lenguaje es atroz). Yo le recuerdo que ya me he disculpado y le he prometido que me mantendré al margen la próxima vez. Gracias a mí, me espeta ella, ya no habrá próxima vez; estaría mucho mejor sin mí. No puedo oponer reparo. Tanto ella como yo, concurro, estaríamos mejor sin mí. Este diálogo, con alguna que otra variación, se repite constantemente. Solo cuando duermo encuentro alivio a su hostigamiento. La detesto, pero por mucho que me cuide de no expresarlo, ella parece leerme el pensamiento. «No es a mí a quien odias. Sino a ti misma, niñata pusilánime.» Me hace llorar continuamente, y eso le proporciona más munición con la que ridiculizarme. Solo parece que exista una forma de deshacerme de ella y no es otra que seguir su consejo y acabar con mi vida. La larva que se ha incrustado en mi cerebro se alimenta de esos pensamientos. Como un gusano en una manzana, crece ahíto.

Si hay algo que me ha salvado hasta ahora, es que siempre he sido terriblemente perezosa. No tengo fuerza de voluntad para aplicarme con diligencia a una tarea, la que sea. El aletargamiento no parece, sin embargo, razón suficiente para no matarse a una misma. Que una siga adelante por el mero hecho de ser demasiado vaga como para hacer lo contrario no es ni noble ni romántico. Aun así, se diría que este es el punto al que he llegado: ya no me importa seguir viviendo, pero tampoco tengo lo que hace falta para poner fin a mi vida. Aun incluso en este estado de absoluto agotamiento en el que me encuentro soy capaz de reírme de la ironía. En la vida uno sigue por defecto. Si no se interviene, la vida sigue, como si fuera una entidad que existe con independencia de su custodio. Poner fin a una vida requiere fuerza de voluntad. El suicidio (sí, por una vez, hemos de llamarlo por su nombre) requiere cierta determinación. Requiere planificación y firmeza. Estas son cualidades de las que carezco por completo. El suicidio no es para indecisos, y yo siempre he sido una indecisa. Esa es otra diferencia más entre Veronica y yo. Veronica tenía la capacidad de fijarse una meta y alcanzarla. Yo debería ser más como ella.

El lunes, o quizá fuera el martes, por la mañana, me obligué a levantarme de la cama. Fue tal el esfuerzo que tuve que hacer para llevar a cabo mis abluciones y vestirme que me asombró que hasta ahora hubiese sido capaz de lograr estas proezas sin pensármelo dos veces siquiera. Me parecía mucho más fácil dejar que el agua se vaciara de la bañera y se evaporara de mi piel que levantarme y hacer el esfuerzo de secarme. Sentada ante la cómoda, la borla del colorete me pesaba en la mano como una

piedra.

Padre se entusiasmó al verme a la hora del desayuno.

—Ah, ¡espléndido! Ya te encuentras mejor —dijo.

—Sí, mucho mejor, papi —le aseguré.

El señor Brownlee estaría encantado de tenerme de vuelta, dijo. Les había tenido preocupados a él y a la señora Llewelyn.

Sonreí con desgana. Estaba segura de que no se creía ni un poquito aquel teatro. Sé que en su mente él también da refugio a la melancolía. Nunca manifiesta estos sentimientos, pero a veces veo cómo las sombras le cruzan el rostro o percibo su hastío en los momentos en los que sus ojos, bajo la apariencia de un parpadeo, permanecen cerrados unos segundos de más. Unté con una fina capa de mantequilla y mermelada una tostada, que a continuación deslicé en el interior de mi bolso mientras Padre tenía los ojos clavados en el periódico.

Estoy segura de que resulta innecesario decir que no tenía intención de ir al trabajo. Por guardar las apariencias, no obstante, eché a andar por Elgin Avenue. Para cuando llegué a la parada del autobús, toda la energía de la que había hecho acopio se había evaporado. Entré en el Lyons, allí mismo, y me senté, exhausta, en la mesa más próxima a la puerta. Cuando una de las solícitas camareras apareció junto a la mesa, di un bote, como si me acabara de despertar de un profundo sueño. Era una chica delgaducha que no tendría más de dieciocho años. Tenía pelo castaño, peinado con la raya en el medio y fijado con horquillas, y hablaba con un leve acento irlandés. Sentí curiosidad por saber si el límite de su ambición era servir mesas en un Lyons o si, al igual que el rosario de chicas esqueléticas que se presentaban en la agencia del señor Bronwlee, sentía la necesidad de exhibirse delante de las miradas lascivas de los hombres del Soho. Era lo suficientemente guapa, pero no tenía el cuerpo para eso. En su lugar, encontraría a un jovencito lo bastante caritativo como para pasar por alto su busto plano y canjearía sus ambiciones a cambio de una vida de cargas domésticas. El intervalo entre su pregunta y mi reacción fue lo suficientemente largo para que en su rostro apareciera una expresión de preocupación. Abrió mucho los ojos y adelantó un poco la cabeza. Puede que pensara que yo era extranjera y que no la había entendido. Recordando el guion que uno sigue en esas ocasiones, sacudí un poco la cabeza, como si hubiera estado soñando despierta, y pedí un té. Solo entonces caí en la cuenta de que estaba sentada junto a la cristalera, bien expuesta a todo el mundo. No existía el peligro de que mi padre pasara por allí (él rara vez sale de la casa), pero sí de que lo hiciera la señora Llewelyn, de camino a hacer la compra, y entonces mi pequeño subterfugio quedaría al descubierto. Era, sin embargo, demasiado tarde para trasladarse a una mesa al fondo del establecimiento. Mi volubilidad exasperaría a la solícita camarera, y yo me vería obligada a ofrecer alguna intrincada explicación sobre el motivo por el cual le había causado esa molestia. Y si, por el contrario, me abstenía de justificar mi comportamiento, ella pensaría que era una de esas estiradas para quienes una camarera no se merece la cortesía de una explicación.

Como era pronto aún, las mesas estaban en su mayoría desocupadas y no se escuchaba tanto trajinar de cubiertos y de vajilla como de costumbre. Las camareras estaban diseminadas por el salón,

en aburridas parejas, aguardando clientes. Una jugueteaba distraída con el botón superior de su blusa. Otra se echaba ojeadas disimuladas en el espejo de detrás de la barra, para luego llevarse los dedos a la cabellera. La pata más alejada de la mesa de al lado estaba nivelada con un trozo de cartón. Me pregunté si sería porque la pata de la mesa era muy corta o porque el suelo era irregular. Apoyé las palmas de las manos a los dos extremos de mi propia mesa y presioné hacia abajo. Era muy estable. Las mesas eran todas del mismo tipo que una encuentra en todos los Lyons, así que concluí que debía de haber una hendidura localizada en el suelo de debajo de la mesa de al lado. Esta irregularidad en el suelo no constituía motivo suficiente para pensar que el edificio corriese un peligro de colapso inminente. A pesar de todo, esto fue lo que me imaginé. Empieza con un leve temblor, suficiente para que se sacudan las tazas y los vasos en las alacenas. Las camareras se miran las unas a las otras. Los clientes levantan la vista de sus panecillos. Aparecen grietas en las cornisas. Trozos de yeso se precipitan contra el suelo. Uno alcanza a una mujer en la cabeza y esta se desploma de cara sobre la mesa que tiene delante. Los temblores se hacen más virulentos. Las lunas de cristal se resquebrajan y el techo se viene abajo por completo. Las camareras gritan y salen corriendo hacia la puerta. Llueven vigas y cascotes. Un golpe me deja inconsciente y mi cuerpo queda enterrado bajo los escombros. Al día siguiente, en la prensa aparece una fotografía que muestra los estragos. La pierna de una mujer sobresale de entre las ruinas del edificio. Mi padre la ve mientras pasa las páginas de *The Times*, pero no tiene motivos para sospechar que sea mía, ya que se supone que yo estaba en el trabajo cuando se produjo el incidente.

La camarera, ajena al drama inminente, volvió y depositó la tetera, la taza y el platillo en la mesa. Hasta hizo un comentario sobre el día tan agradable que hacía.

—Sí —contesté—. Lo normal sería que hiciese un tiempo de perros. —La última palabra, sin embargo, quedó como trabada entre mi lengua y el paladar y cuando por fin brotó, lo hizo sin el sonido final. La chica sonrió cual autómata, como si mi incapacidad de articular con éxito la más sencilla de las oraciones le hubiese confirmado que yo era extranjera y, por tanto, merecedora de su compasión. Completada esta interacción, me vi sin nada con lo que abstraerme de cuanto me rodeaba. Se me había pasado traerme una novela. De haber sido un hombre, habría enviado a una de las camareras a comprarme un periódico, pero jamás he sido capaz de interesarme por los asuntos de Estado, y no me pareció que fuera el momento de rectificar este hecho.

Una mujer ataviada con un horrendo abrigo color granate me miraba desde tres mesas más allá. Introdujo un pedazo de panecillo en su boca. Se desprendió una miga y fue a parar a su bufanda, donde quedó colgando de manera precaria. Un resto de mermelada permanecía en su labio superior, otorgándole la apariencia de alguien que ha recibido un bofetón en la boca. Continuó masticando mientras hablaba con su acompañante, y pude ver con claridad cómo aquel bocado del panecillo se transformaba en una bola de masa. De no haber tenido el estómago vacío, habría vomitado. Aparté la vista. El enorme reloj de la pared del fondo marcaba las 09:20. Todo sonaba amortiguado, igual que cuando sumerges la cabeza en el agua de la bañera. Me sentía terriblemente cohibida. ¿Qué iba a decir si me preguntaban por qué estaba allí? ¿Qué explicación plausible podía justificar mi presencia?

Solo vivía a unos pasos de allí. ¿Por qué razón podría haber abandonado mi hogar, donde contaba con una importante reserva de bebidas calientes, para sentarme a solas en esta cafetería y pagar tres chelines y seis peniques por un té que ni siquiera deseaba?

Vertí parte del líquido de la tetera en el interior de la taza que me habían traído. Despedía una voluta de vapor y un débil aroma. Acerqué la nariz. He bebido montones de tazas de té a lo largo de mi vida, pero en ese momento, el líquido pardo amarillento tenía el mismo atractivo que si la camarera hubiese orinado en mi taza y a continuación me la hubiese presentado. Me recordé a mí misma que se trataba de una Taza de Té, una cosa familiar y reconfortante. Añadí un poco de leche de la jarrita decorada con el logo del Lyons y observé el fusionado de los dos líquidos, precipitado por mi cuchara al revolver la mezcla. Sí, allí estaba, una agradable taza de té. «Toma una taza de té», me dije a mí misma. Una taza de té y todo estará en orden. Pero no estaba todo en orden. Levanté la taza y toqué el líquido con mis labios. Era incomprensible que con anterioridad hubiese consumido semejante brebaje no solo de manera voluntaria, sino con entusiasmo además.

Dirigí mi atención hacia la calle. Aunque no pudiera moverme de la mesa, podía al menos mantener los ojos bien abiertos por si aparecía la señora Llewelyn. En las aceras se había reducido el trajín de gente que momentos antes se apresuraba hacia el trabajo. Ahora, las amas de casa se abrían camino hacia la carnicería para comprar una chuleta para la cena de sus respectivos maridos. Ese género de mujeres no necesita apresurarse. Esa es su tarea del día: comprar una chuleta. Luego, la cocinarán con un poco de repollo y patatas. Se sentarán a la mesa y aguardarán el regreso de su querido maridito del mundo exterior. Entretanto, nada. Puede que se demoren un rato en un parque o se den el capricho de tomarse un té en un Lyons. Quizá lean una novela, o echen el cerrojo a la puerta y se tumben en la cama, entreteniéndose, los ojos fijos en el techo, con determinación. Sea cual sea el efímero placer que dichas actividades puedan suscitar, tienen un único y solo propósito: distraerlas del doloroso paso del tiempo.

Fuera, en la acera, se hallaba la cabina telefónica desde la que respondí al anuncio del señor Brownlee. Un hombre se detuvo y comprobó las monedas que llevaba en el bolsillo de su pantalón antes de meterse en ella. La falda del abrigo se quedó pillada en la puerta y se produjo un leve enredo mientras la liberaba. Rondaba los treinta. Llevaba el sombrero echado hacia atrás, como si se hubiese parado en algún momento a enjugarse el sudor de la frente. Parecía aturullado. Descolgó el auricular y se lo encajó entre la mejilla y el hombro mientras marcaba, la mano izquierda presta con la moneda en la ranura, anticipándose a la señal. Debía de estar llamando a alguien conocido, puesto que se sabía el número de memoria. Cumplida la misión de marcar, cogió el auricular con la mano derecha. Mientras aguardaba una respuesta paseaba los ojos de un lado para otro, como queriendo comprobar si estaba siendo observado. No lo estaba. Nadie le hacía el menor caso. Esperó. Quizá estuviera llamando para verificar que su mujer estaba en casa. Quizá estuviera llamando a su amante para concertar un encuentro y darse un revolcón. En cualquier caso, en una habitación, en alguna parte, sonaba un teléfono. Quizá la habitación estuviera vacía o quizá había una mujer que observaba el aparato en silencio, dudando de si debía contestar o no. Empecé a sentir una tensión creciente.

Entonces el hombre dio un respingo. Su dedo empujó la moneda en el interior de la ranura. Leí la palabra hola en sus labios. La pronunció tres veces, pero evidentemente no hubo respuesta. Se plantó el auricular delante de la cara y luego, como si este tuviera la culpa, repetidamente y con cierta violencia, lo golpeó contra el dial del teléfono. Entonces lo colgó en la horquilla y se ajustó el cuello de la gabardina. Una vez fuera de la cabina, miró a su alrededor para ver si alguien había presenciado su acto de vandalismo. Satisfecho de que no hubiera sido así, echó a andar calle abajo dando grandes zancadas. Había una mancha grasienta en su gabardina allí donde se había quedado pillada con la puerta.

El té se me había quedado frío. Me lo llevé a los labios y fingí beber. Había olvidado ponerme el reloj, pero eché una ojeada a mi muñeca, como para comprobar la hora de algún compromiso futuro. Se apoderó de mí una sensación de torpeza. Era inconcebible, creí, que lograse levantarme sin volcar la mesa y perturbar el ambiente. Las ajetreadas camareras se moverían alrededor haciendo aspavientos. Avisarían al gerente y se me exigiría que pagase lo que había roto. La parte delantera de mi falda estaría chorreando de té frío. Fuera, los viandantes apartarían la vista. Cuanto más me demoraba allí, mayor era mi osificación. Estuve mirando por la cristalera durante un tiempo respetable, el que me pareció que era decente como excusa para seguir allí. No apareció la señora Llewelyn ni se desencadenaron más dramas en la cabina telefónica. Al final, no pude soportarlo por más tiempo. Saqué la billetera de mi bolso. Estaba manchada de la mermelada de la tostada que había ocultado allí con anterioridad. Deposité la cantidad exacta en el platillo de latón suministrado para tal propósito, estimando que el hecho de que me abstuviera de dejar propina se atribuiría a que yo era extranjera y a que desconocía las costumbres del lugar. Con un gran esfuerzo de concentración, me las arreglé para liberarme de la mesa sin percance. Una vez fuera, en la acera, me sentí aturdida. Me obligué a caminar unos cuantos metros, esperando transmitir así a cualquiera que me estuviera observando la sensación de que tenía un firme propósito en mente. Crucé la calle sin prestar atención, casi con la esperanza de que me atropellara un autobús. Me imaginé la conmoción alrededor de mi cuerpo. Un joven se arrodillaría junto a mí y me cogería de la mano, diciéndome que aguantase, que una ambulancia estaba de camino. Yo sonreiría débilmente, para luego cerrar los ojos, y adiós.

Me abrí paso por la acera. Estorbaba a todo el mundo. La correa del perro de algún viandante se me enredó en el tobillo. Me entraron ganas de patear al horrible chucho. La idea de pasar varias horas de esta manera era insoportable. Decidí tomarme un descanso en un banco de los jardines que bordean Randolph Crescent. Al rato, una mujer que rondaría los setenta se sentó a mi lado. Comentó que hacía una mañana agradable. Una banalidad de esa clase tampoco requería respuesta, pero forcé una sonrisa y dije: «Sí». Ella entrecruzó las manos sobre el regazo y miró de frente, hacia los árboles desnudos y la espalda de las casas. Llevaba un anillo de casada, pero estaba claro que hacía mucho que su marido ya no estaba. Supongo que pasaba allí un ratito cada día. Tal vez encontrara una compañía más habladora que yo de vez en cuando, y me sentí culpable por mi inadecuada respuesta. Anhelaba levantarme e irme de allí, pero no deseaba ofenderla y, de todos modos, no tenía

otro sitio adónde ir. Pasados unos minutos, hizo aparecer una bolsa de papel marrón de alguna parte del interior de su abrigo. Valiéndose del contenido de esta, empezó a sembrar de puñados de migas el camino. En cuestión de segundos, nos vimos asediadas por una horda de palomas, igual que si fueran golfillos de la calle peleándose por unos peniques. Aparecían desde todas las direcciones, como conjuradas por El Gran Dando. Removí los pies debajo del banco, tratando de disimular mi malestar. Las palomas trajinaban de aquí para allá con porte engreído, ladeando la cabeza para echarle el ojo a una miga, antes de abalanzarse sobre ella y asestarle un picotazo. Un ejemplar particularmente desaliñado permanecía al margen, incapaz de abrirse camino al interior de la turba. Llevaba una de las patas recogida bajo el pecho, como una mano deforme. Sus plumas se veían grasientas y despeluchadas. Saqué el pie de una patada hacia la multitud. Se produjo una dispersión indiferente, momentánea, antes de que las palomas volvieran a inundarme el pie. Miré para otro lado. La mujer observaba la escena con desinterés. No parecía obtener de ella ningún placer. Las aves se limitaban a dispensarle un servicio. Al rato, miró el interior de la bolsa y luego la sostuvo boca abajo para vaciar el contenido restante. Hubo un frenesí final de actividad, luego las horribles criaturas se dispersaron tan rápido como habían llegado. Solo permaneció el pájaro desaliñado de la pata maltrecha, picoteando vanamente el pavimento. Ya no quedaba nada para él.

Ayer, o anteayer quizá, la señora Llewelyn llamó a la puerta de mi dormitorio con unos suaves golpecitos. De un tiempo a esta parte, me trata con una amabilidad que no me merezco, dado mi anterior comportamiento con ella. Doy por hecho que es una señal de que sabe que no me queda mucho en este mundo. Cuando le di permiso para que entrara, me dijo que el doctor Eldridge había venido a verme. Evidentemente, no «había venido a verme». Lo habían llamado, pero aun así acepté recibirlo. Dejó pasar un breve interludio antes de entrar, supongo que para darme tiempo a adecentarme. Me incorporé en la cama, echando mano de las almohadas, y me atusé el pelo para que pareciera más o menos arreglado. Sentí auténtico bochorno por mi aspecto y por el desorden que reinaba en mi dormitorio. Olía a tigre. El doctor Eldridge no mostró indicios de reparar en nada de esto. Se adentró dos o tres pasos en la estancia y preguntó si me gustaría hablar con él unos minutos. Cuando acepté, cerró la puerta. El doctor Eldridge ha sido nuestro médico de cabecera desde que mis padres regresaron de la India. Es bastante posible que estuviera presente cuando llegué al mundo (un alumbramiento difícil, como ya se ocupaba mi madre de recordarme cada dos por tres), y digo yo que seguirá por aquí cuando lo abandone. Desde que lo conozco no parece haber envejecido un ápice. Llevaba un traje oscuro de tres piezas de *tweed*, que juraría que era el mismo que lucía cuando me operaron de paperas a los cinco años. Yo nunca he sido de esas personas que acuden al médico a la primera de cambio. Ya de pequeñas nos inculcaron la idea de que las enfermedades son debilidades y que no deben mimarse. Las toses y gripes de la infancia se despachaban como meros resfriados, mientras que las quejas sobre otras dolencias eran consideradas de manera invariable como exageraciones. El resultado es que al doctor Eldridge lo conozco más bien poco, por no decir nada. Su presencia, no obstante, resulta tranquilizadora. Supongo que si le dijera que estaba pensando en

quitarme de en medio, se limitaría a fruncir los labios y emitir unos pequeños chasquidos con la lengua.

Se fue hasta la ventana.

—¿Qué tal si dejamos entrar un poco de luz aquí dentro? ¿Eh? —dijo, mientras descorría las cortinas.

Me sorprendió que en el exterior fuera de día. Había perdido por completo la noción del tiempo.

Se sentó en el borde de la cama.

—Me dice tu padre que has estado algo floja últimamente —dijo.

Fingí no saber de qué me hablaba.

—Estoy un poco cansada, nada más —contesté—. Siempre me pongo así en mis días del mes.

El doctor Eldridge recibió esta contestación con un pequeño resoplido. Si mi intención era quitármelo de encima aduciendo problemas femeninos, no lo había logrado.

—Aun así. Ya que estoy aquí, será mejor que me asegure de que está todo en su sitio, ¿hmm?

Cogió mi mano y, acto seguido, agarró mi muñeca con suavidad, descansando su pulgar sobre los tendones que yo jamás tendría el valor de cortarme. Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y esperó a que el segundero llegara a las doce. Era agradable sentir el tacto de sus dedos sobre mi piel. Atajé un impulso de cogerle con fuerza de la mano. Cuando hubieron pasado unos treinta segundos, depositó mi mano de nuevo sobre las mantas, con la palma hacia arriba, y asintió para sí con la cabeza. Hurgó en el interior de su maletín de cuero, que tenía a sus pies, y extrajo un artefacto compuesto por una ancha faja de lona, unos tubos de goma y un manómetro. Me dijo que iba a tomarme la tensión sanguínea. Ajustó el aparato alrededor de la parte superior de mi brazo y lo hinchó con una perilla de goma hasta que se tensó.

—Vas a notar un poquito de presión, querida, nada de lo que tengas que preocuparte —murmuró. Miró impasible el manómetro antes de despegar la tira de velcro que aseguraba la faja. Sacó su fonendoscopio y me pidió que me abriera el camisón. Se me notaban las costillas debajo de la piel. Se encajó las olivas en los oídos y aplicó la campana a mi pecho. El disco de metal estaba frío. Su rostro, a escasos centímetros del mío. Sus mejillas eran una retícula de capilares rotos. Podía sentir la calidez de su aliento sobre mis costillas. Olía a tabaco y a jabón fenicado. Por su cara de tranquilidad bien podría haber estado escuchando un concierto de Chopin. Mi mano yacía con la palma hacia arriba sobre la manta, donde él la había dejado. La volví y, de manera casi imperceptible, pasé las puntas de los dedos por el basto tejido que cubría su muslo. Me pidió que inspirara hondo. Entonces, se diría que como despertándose después de haber dado una cabezada, se irguió, echándose hacia atrás.

—Bueno, la buena noticia es que sigues viva —dijo.

Yo emití lo que es probable que sonara como una carcajada.

—¿Me deja escuchar? —dije.

Él hundió las comisuras de la boca y arqueó las cejas, ladeando levemente la cabeza. Se retiró los auriculares de alrededor del cuello y dejó que yo me metiera las pequeñas olivas en las orejas. Los

sonidos de la calle quedaron amortiguados. Entonces recolocó la campana sobre mi pecho. Posé mi mano sobre la suya, y allí estaba: mi propio corazón, latiendo tan alegremente como si no pasara nada. Mantuve la mano encima de la del doctor, escuchando el ritmo suave y tranquilizador. En ese momento, sentí cariño hacia mi corazoncito por seguir adelante; por permanecer ajeno a la insignificancia de su custodio. Se merecía a alguien mejor que yo.

El doctor Eldridge me observaba. Supongo que lo más común es que esas cosas solo se las pidieran los críos. Me retiré las olivas y se las entregué. No sé si él sentiría que allí, por un momento, había habido algo entre los dos. Ese ha sido siempre mi problema. Nunca sé si otros están sintiendo lo mismo que yo. No hay duda de que, para él, todo aquello no era más que una rutina. Estaba desempeñando unos procedimientos que había ejecutado miles de veces. Recogió su instrumental y lo introdujo con cuidado en el interior de su maletín, pero no se levantó.

—Bien, y esa fatiga de la que me hablas… —dijo, prolongando la sílaba central como si se tratara de una palabra extranjera desconocida para él hasta entonces—. ¿Cómo es? Cuéntame.

No le conté que, cuando me despertaba por las mañanas (o por las tardes o cuando quiera que fuese), las mantas que me cubrían me pesaban tanto que me parecía inconcebible moverlas. No le conté que cada instante de mi vida hasta ese momento se me antojaba desprovisto por completo de sentido y que no veía que esto pudiera cambiar jamás. No le conté que, a pesar de que (casi) podía imaginarme el placer de sentir el calor del sol sobre mi piel una última vez, ni siquiera tenía fuerzas para pensar en salir.

En su lugar, le resté importancia, por supuesto. No era más que una bobada. No me pasaba nada. Era una vaga que no servía para nada. Estaría fresca como una lechuga (utilicé esta estúpida expresión, de hecho) en un par de días. Sentía mucho, le dije, que le hubieran causado tantas molestias haciéndole venir a verme. Él me aseguró que no era ninguna molestia. Se me quedó mirando con su plácida expresión durante unos momentos. Anhelaba que me dijese que me dejara de tonterías. Anhelaba que me dijese que estaba gravemente enferma y que necesitaba un internamiento prolongado. El doctor Braithwaite habría sabido detectar mis mentiras. Pero el doctor Eldridge no. Frunció los labios y asintió con la cabeza, despacio. Luego cogió su maletín y se levantó.

—Trata de hacer algo de ejercicio —dijo con amabilidad—. Date un paseíto. Todos nos sentimos un poco cansados de vez en cuando. Pero de nada sirve pasarse los días enteros en la cama. Y tienes que comer. Estás demasiado delgada.

Luego me dejó. Deseaba vehementemente que se quedase. Me eché a llorar y enterré la cabeza en la almohada para impedir que alguien pudiera oírme. Rebecca me susurró al oído lo patética que era. No servía de nada ponerme a llorar ahora. Nadie podía oírme.

Me imaginé a mi padre esperando ansioso el diagnóstico al pie de las escaleras. El doctor Eldridge le diría en voz baja que no encontraba nada malo, al menos físicamente. Procedería, entonces, a hacerle una serie de preguntas, a las que Padre contestaría avergonzándose de mí. No, nunca sale de casa. Apenas come. No tiene amigos. Pasados unos minutos, oí el clic de la puerta principal al cerrarse; se había marchado.

He decidido visitar al doctor Braithwaite una última vez. Fue idea de Rebecca y no tengo la fuerza de voluntad suficiente para resistirme a ella. Al despertarme esta mañana, ella empezó a quejarse otra vez. Que si ya no podía más con esta situación. Que quizá yo me hubiese dado por vencida y estuviese harta de la vida, pero que ella no. No era justo, me dijo. Comprendí su punto de vista. En verdad no era justo. ¿Por qué tenía ella que sufrir a causa de mis fracasos?

Intentó engatusarme para sacarme de mi letargo. Le recordé todas esas cosas horribles que me había llamado. Me pidió perdón. Lo que había dicho había sido producto de su frustración. No podía culparla, la verdad. ¿Quién podría soportar estar encadenado a mí?

Aparté las mantas y apoyé los pies en el suelo. La alfombra se me antojó basta al contacto con las plantas de los pies. Recuperé la bata, que yacía hecha un gurruño junto a la cama, y me la puse. Pude oler el repugnante hedor de mis axilas. Caminé hasta la ventana y descorrí las cortinas. Llovía. Bueno, ¿y qué?, dijo Rebecca. Un poco de lluvia nunca le ha hecho daño a nadie. Me dijo que me diera un baño. En el descansillo me topé con la señora Llewelyn. Me miró sorprendida y luego sonrió. Rebecca le preguntó si sería tan amable de prepararle la bañera. No se conocían de antes, pero la señora Llewelyn accedió sin discrepar.

—Lo haré encantada, querida —dijo.

Me senté en el banquito del cuarto de baño mientras la señora Llewelyn llenaba la bañera, probando la temperatura del agua una y otra vez como lo haría una para el baño de un niño pequeño. Cuando cerró los grifos, Rebecca le dio las gracias de una manera que daba a entender que ya no se requería su presencia. Me desvestí y me metí en la bañera. Coloqué una manopla sobre mi cara y me recosté en el agua. Era oscura y reconfortante. Podría haber dejado que mi cuerpo se deslizara fácilmente bajo la superficie, pero Rebecca me obligó a incorporarme y a lavarme. Me enjaboné las axilas y mis partes íntimas y las aclaré con una manopla. A Rebecca le gustaba ir bien limpia. Jamás se habría permitido a sí misma caer en la dejadez, de la manera en la que yo lo había hecho. Y ni hablar de remolonear en aquel agua jabonosa y cálida. Me ordenó que saliera de la bañera y me secó con mucho vigor, haciendo que sintiera un hormigueo en la piel. Me imaginé a la señora Llewelyn en la planta de abajo informando a mi padre de que yo estaba levantada, y decidí que desayunaría con él. Me calé el albornoz y bajé las escaleras. Encontré a Padre en el sitio de costumbre, presidiendo la mesa, descascarillando su huevo pasado por agua.

—Buenos días, cielo —dijo—. Qué gusto da verte levantada. Estamos ya mejor, ¿eh?

—Pues sí que lo estamos, la verdad —dijo Rebecca. Eso lo dirás por ti, pensé—. Qué gusto de día, parece el diluvio universal —prosiguió.

Padre la miró con curiosidad. Espolvoreó un poco de sal sobre el huevo y empezó a untar con mantequilla su tostada. Rebecca expresó su deseo de tomarse un huevo ella también. Dos, para ser exactos. Yo en mi vida me he tomado un huevo pasado por agua para desayunar, pero Padre se levantó de inmediato y, depositando la servilleta sobre su periódico, se fue hasta la puerta y ordenó a la señora Llewelyn que pusiera a cocer dos huevos más.

Rebecca, que no estaba enterada de las dificultades que teníamos mi padre y yo para mantener una

conversación, no había calculado que el tiempo requerido para que se cocieran los huevos resultaría en un período de tenso silencio. Esto pareció no afectarla en lo más mínimo, sin embargo. Primero untó una tostada con mantequilla, la partió en cuatro triángulos y, a continuación, empezó a comérsela a remilgados bocaditos. No pareció que a Padre le desconcertara ni un poco este comportamiento tan desacostumbrado. Rebecca preguntó entonces qué planes tenía para ese día.

—¿Planes? —dijo él—. Creo que tengo algo de correspondencia de la que ocuparme esta mañana.

—La verdad es que creo que es muy importante mantenerse ocupado, ¿tú no? —dijo ella. Estaba claro que el comentario iba por mí.

Padre se mostró de acuerdo, asintiendo con la cabeza. Yo le dije a Rebecca que o se comportaba o me llevaba a mí misma de vuelta a la cama. Antes de que tuviera tiempo de protestar, apareció la señora Llewelyn con los huevos, lo que nos vino de perlas para no tener que seguir hablando. Rebecca los atacó con entusiasmo, retirándoles la cáscara con suma habilidad antes de aplastarlos con el tenedor sobre otras dos rebanadas de pan, generosamente untadas de mantequilla. Estaba claro que a Rebecca no le preocupaban los michelines. Padre observaba divertido el espectáculo. Ella le sonrió y dio un entusiasta bocado a su tostada. Un poco de yema goteó y fue a parar a la pechera de su albornoz, pero no pareció que se diera cuenta. Yo cogí una servilleta y la restregué lo mejor que pude.

Negociado el desayuno, nos retiramos a nuestro dormitorio. Rebecca se dispuso a buscar un conjunto. Era un alivio dejar que ella asumiera el control de las cosas. Empezó a amonestarme por la desfasada naturaleza de mi vestuario, pero, cayendo en la cuenta de que, de un modo u otro, todavía seguía en mis manos, reculó y, adoptando un tono de camaradería, sugirió que quizá podríamos ir juntas de compras algún día. Contesté que eso me encantaría. A pesar de todo, me halagó que quisiera ser mi amiga. A lo mejor yo no era tan boba después de todo.

Escogió una blusa blanca y un traje gris de *tweed*. Me alegró. Se trataba del mismo conjunto que había elegido para ella la primera vez que visitamos a Braithwaite. Había ocasiones en las que ella parecía olvidarse de que, sin mí, ni siquiera existiría, pero como (por una vez) nos estábamos llevando bien, no me pareció inteligente recordárselo. De no ser por ella, yo seguiría consumiéndome en la cama, como la desgraciada haragana que soy. Debía permitir que se saliera con la suya. Además, tenía razón con respecto a Braithwaite. Puede que fuera fácil capear al doctor Eldridge, pero Collins Braithwaite no se dejaría engañar tan fácilmente. Si hasta ahora había conseguido resistirme a él, solo se debía a mi cabezonería. Tenía la firme impresión de que solo él podía ayudarme y que debía someterme y seguir cualquiera que fuera el camino que él aconsejase.

Me puse la ropa interior y me senté en la banqueta, delante de la cómoda. Eché un vistazo a los familiares objetos allí dispuestos: el juego de cepillos del pelo adornado con un camafeo; la latita que me había comprado de niña durante unas vacaciones en Torquay y en la que guardaba mis horquillas; el robusto frasquito de Chanel Nº 5, cuyo perfume había usado antaño con la esperanza de que un hombre, aunque solo fuera una vez, me dijera que olía bien. Lo coloqué todo con suma precisión antes de empezar. Mientras me aplicaba los polvos en las mejillas, contemplé cómo iba desapareciendo. Con un toque de colorete, emergió Rebecca. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Me puse rímel en las pestañas y luego un carmín rojo que había comprado especialmente para ella (era demasiado atrevido para mí). Rebecca junto los labios, los deslizó el uno sobre el otro e hizo un mohín al espejo, satisfecha con mi trabajo. He de decir que su aspecto era maravilloso.

Entonces se vistió con esmero y se inspeccionó en el espejo del interior de la puerta del armario. Estaba lista. Solo le pedí poder escribir unas líneas en mi diario antes de marcharnos. No habíamos concertado una cita con el doctor Braithwaite, así que daba lo mismo a qué hora llegásemos. Rebecca consintió y yo me senté a mi pequeño escritorio y abrí con llave el cajón donde he estado guardando estos cuadernos. Ahora que he terminado, supongo que es momento de marcharse. Creo que esta será mi última anotación aquí.

Braithwaite V:

escapada

Braithwaite pasó los últimos años de su vida en la casa familiar de Westlands Roads, en Darlington. Tras el fallecimiento de su hermano George en 1962, la casa nunca llegó a venderse. Para 1970 sus libros habían dejado de devengar derechos, y Braithwaite había agotado la paciencia de quienes hasta entonces habían estado dispuestos a prestarle dinero para pagar el alquiler o para financiar su vida cada vez más empapada en alcohol. Sus últimos meses en Londres los pasó en diversas pensiones del Soho, donde se dedicaba a hacer proposiciones a cualquier mujer que se cruzase en su camino y a soltar, también a cualquiera que estuviese al alcance del oído, arengas sobre editores pijos, el Sistema y «ese cabronazo de Laing». De manera rutinaria, se le solicitaba que abandonase el establecimiento en cuestión.

En una carta dirigida a Edward Seers en enero de 1971, escribió que Londres estaba «acabado» y que tenía intención de empezar desde cero en otra parte. Escribiría la novela que Seers le había sugerido y, por lo tanto, le pedía un adelanto. Seers no se creyó una sola palabra, pero la posibilidad de no volver a ver a Braithwaite bastó para convencerlo, y le envió un cheque por valor de cincuenta libras. No esperaba volver a tener noticias suyas nunca más. Braithwaite cogió un tren a Darlington el 4 de febrero de 1971, que era el día que cumplía cuarenta y seis años. La incendiaria personalidad que había estado predicando argumentos a favor de la «revolución perpetua del yo» terminaba su viaje donde lo había empezado, durmiendo en la cama de sus padres.

La distancia que separaba el Darlington de 1971 de la contracultura londinense en la que se había movido Braithwaite superaba con mucho las doscientas cincuenta millas terrestres existentes que separaban las dos ciudades. Aquella continuaba siendo una clásica localidad del norte, dominada por fábricas mecánicas y talleres textiles laneros. Algunas zonas del centro habían sido demolidas por el dictado de los planes urbanísticos de la posguerra para dar paso a una nueva red de carreteras de circunvalación, pero las calles habían cambiado poco desde los años treinta, en general. Aparte del largo de las faldas, el impacto de la legendaria revolución cultural de los *Swinging Sixties* apenas se había hecho sentir por aquellos lares. Allí, las ideas modernas se abordaban con mucha flema. Era

como viajar atrás en el tiempo.

Puede que el regreso al hogar pueda constituir para algunos un motivo de celebración, pero para Braithwaite, apearse en el andén de la estación de Darlington fue como «reconocer su derrota».

Si algo le importaba lo que la población local pudiera inferir de su humillante caída en desgracia, no tendría de qué preocuparse. En Darlington nadie sabía quién era. Como no tenía llaves de la casa de Westlands Road, se franqueó la entrada rompiendo el cristal de una ventana adyacente a la puerta trasera. Una vecina, la señora Agnes Bell, telefoneó a la policía para denunciar que se estaba produciendo un robo. Cuando llamó a la puerta principal, el agente Fred Hirst de la policía local se encontró con un hombre que tenía toda la pinta de ser un mendigo. «Soy Arthur Collins Braithwaite y esta es mi casa», declaró el vagabundo. Después de hacer esperar al agente en el umbral durante diez minutos, Braithwaite regresó con su permiso de conducir. Aquello tampoco es que demostrara nada, pero lo cierto es que Braithwaite, a pesar de su aspecto desaliñado, no se comportaba como un ladrón, y Hirst no tuvo otra alternativa que volverse por donde había venido. Mediada la tarde del día siguiente, telefoneó a la señora Bell para informarla de que se habían realizado las comprobaciones pertinentes y que el ladrón era, en efecto, el legítimo dueño del inmueble. La mujer, mortificada por su error, se acercó a la casa para disculparse. Unos años antes, Braithwaite la habría mandado a paseo, pero, en lugar de eso, permaneció tambaleándose en el umbral y la miró con curiosidad. Se presentó como Arthur y explicó que la casa había pertenecido a su padre. «Se pegó un tiro, ¿sabe usted? El muy cabrón gilipollas.»

La señora Bell, hoy viuda, vive todavía en Westlands Road. Cuando me acerqué a verla, se mostró encantada de charlar conmigo sobre su antiguo vecino, a quien recordaba con una mezcla de cariño y lástima. Por aquel entonces, ella no había cumplido aún los treinta y poseía atractivo y una delgada silueta. Antes de acercarse a casa de su vecino aquel día, no se le pasó por la cabeza quitarse el delantal, pero, bajo la penetrante mirada de Braithwaite, de repente tomó conciencia de su aspecto. «Tenía una manera de mirarte —recordó— que yo no había experimentado hasta entonces.»

No era necesario que se disculpara, le aseguró Braithwaite. Si acaso, era él quien tendría que pedirle perdón por haberla sobresaltado. La señora Bell dijo que era muy generoso de su parte y, como ahora iban a ser vecinos, lo invitó a cenar esa misma noche. Braithwaite rechazó el ofrecimiento al principio, pero luego, con un poco de persuasión y cierta insistencia, acabó aceptando. En todo caso, no tenía nada que pudiese comer en casa.

La reunión no fue ningún éxito. Braithwaite se presentó con una bolsa de botellas de cerveza tostada ruidosamente chocando entre sí, de la cual no hizo entrega a modo de regalo, pero sí que la mantuvo a sus pies, para ir bebiéndose su contenido de manera sistemática en el transcurso de la velada. Como era de esperar, fue Agnes quien se encargó de mantener viva la conversación. Ella trabajaba de bibliotecaria a tiempo parcial en una escuela de primaria de la vecina ciudad de Cockerton. Su marido, Robert, era contable para el fabricante de lanas Patons & Baldwins, uno de los principales empleadores de la ciudad. Tenían dos niños pequeños, Peter y Andrew, que ya estaban a salvo en sus camitas para cuando llegó Braithwaite. La casa estaba amueblada a la última.

Los Bell formaban parte de la generación dedicada en cuerpo y alma a echar por tierra la virtuosa austeridad de los años de la posguerra. Eran los vástagos de Macmillan y Wilson,[20] para quienes la revolución no significaba abrir de par en par las puertas de la percepción,[21] sino el acceso a la Compra a Plazos y a la participación en una nueva era del consumismo. «Mediante la adquisición de *trastos* —escribiría Braithwaite despiadadamente—, los Bell habían aceptado y asumido sus frustraciones existenciales y sexuales con tal efectividad que ni siquiera sabían que estaban muertos espiritualmente: son las personas más felices que he conocido jamás.»

Agnes se había tomado la molestia de preparar unos aperitivos muy a la última moda, que Braithwaite atacó sin contemplaciones. Participó también con sumo entusiasmo del jerez que se le ofreció, echando mano de la botella depositada sobre la mesita que los separaba. Cuando Agnes desapareció en la cocina para preparar la cena, los dos hombres se las vieron y desearon para mantener una conversación: Robert era un gran aficionado al fútbol; a Braithwaite no le interesaban los deportes. Braithwaite eludió las preguntas que le hizo su vecino sobre su campo profesional con un vago ademán de la mano. El único aporte voluntario que hizo Braithwaite fue decir que Agnes estaba «cañón». Bell respondió con un débil «gracias». Fue un alivio cuando Agnes reapareció y anunció que la cena estaba lista.

De esta dieron cuenta en el pequeño comedor, conectado a la cocina por un pasaplatos. Agnes sirvió un *coq au vin,* sobre el cual tuvo la amabilidad de informar a Braithwaite de que se trataba de «un plato francés». Robert y ella esperaban llevar a los chicos a Francia cuando tuvieran edad suficiente. Hoy en día era importante, opinó, conocer y formar parte de culturas extranjeras. Ya fuera debido a la ingesta de alimento, al número de botellas de cerveza que había consumido o, simplemente, a que habían tocado un tema de conversación de su interés, Braithwaite se soltó. Durante la siguiente media hora, entretuvo a la pareja con historias de su estancia en Francia después de la guerra, sin obviar varias anécdotas referentes a sus conquistas sexuales. Tras el relato de un episodio particularmente subido de tono, Robert protestó y le dijo que era del todo inapropiado hablar de esos temas delante de su esposa. Braithwaite lo fulminó con una mirada de fingida inocencia. «Tenéis dos chavales ahí arriba —dijo—. Así que creo que por fuerza habrá habido un punto en el que a ella no le disgustó la idea de echar un buen polvo.» Agnes quiso distender la situación y se puso a recoger los platos de la mesa. Mientras lo hacía, Braithwaite la miró de arriba abajo con descaro. Ella entró en la cocina para preparar el postre, a la par que tarareaba una canción. Los dos hombres permanecieron sentados en silencio. A su regreso, Agnes cambió de tema y se puso a hablar de los cambios que había sufrido la ciudad desde que él se había marchado. Braithwaite dijo que no había notado nada.

En un momento determinado, Robert subió a la planta de arriba para echar un vistazo a los dos niños. Braithwaite volvió su silla hacia Agnes y se quedó mirándola unos instantes. Ella notó que se estaba ruborizando. Entonces, Braithwaite profirió una disculpa, si se le puede llamar así. No estaba acostumbrado a alternar con personas educadas y no había sido su intención ofenderla. Agnes lo tranquilizó, asegurándole que no se había sentido ofendida en absoluto. Era estimulante contar con

un invitado tan sofisticado. Estaba segura de que él los consideraba unos antiguallas espantosos. Braithwaite replicó que no pensaba nada de eso. La velada acabó de manera relativamente amigable, pero nunca más volvieron a invitarlo a cenar.

La casa de Westlands Road estaba muy deteriorada. Al tejado le faltaban varias tejas y el agua se había filtrado al desván, provocando a su vez que se combara el techo de la planta superior. Pegotes de yeso mojado habían caído sobre el suelo del descansillo y habían podrido las alfombras. El papel pintado de la pared de la escalera empezaba a despegarse en algunas zonas. Todo olía a húmedo. Braithwaite oscilaba entre el dormitorio de sus padres en la parte delantera de la casa y la cocina, la cual calentaba valiéndose de una estufa de parafina. Su rutina durante aquellos primeros meses consistió en poco más que beber. Raras veces amanecía antes del mediodía. El desayuno lo conformaban un Player's Navy Cut y un trago de whisky que echaba directamente de la botella que tenía siempre junto a la cama, y que se cuidaba mucho de no acabarse la noche antes. Como no había agua caliente, sus abluciones se reducían a lo anecdótico. Nunca lavaba su ropa. Su aspecto se tornó flacucho y descarnado. Las tardes las pasaba en la Railway Tavern, en High Northgate. Allí, se sentaba en una mesa en un rincón, mientras bebía pintas de cerveza con la mirada perdida. Al dueño, Brian Armitage, le traía sin cuidado su zarrapastroso aspecto de vagabundo siempre y cuando tuviera dinero para pagar. No se mostraba hostil con los demás parroquianos, pero tampoco participaba en sus discusiones sobre las noticias de la jornada o los cotilleos locales. Ellos, por su parte, se contentaban con dejarlo tranquilo. De camino a casa se pertrechaba de latas de sardinas y de botes de melocotón en conserva en la tienda de ultramarinos de Northcote Terrace. Pasaba las noches en la cocina, tirado en el sofá que había arrastrado hasta allí desde el salón, mientras leía y bebía whisky. En ocasiones, se desvanecía allí mismo, donde estaba tendido. En otras, lograba subir a la planta de arriba.

«Estaba bajo mínimos, en todos los sentidos», escribió. Se comparó a sí mismo con la voz incorpórea de la novela *El innombrable,* de Samuel Beckett, un monólogo interior desconectado del mundo físico. «Fue como una especie de liberación. No había nada en lo que pensar, aparte de en la supervivencia física. Y, sin embargo, a pesar de mis intentos por ahogar mi mente en alcohol, esta proseguía con su incesante hostigamiento. Dale que te pego.»

Entonces, con la llegada de la primavera cambiaron las cosas.

«Me desperté una tarde de abril —escribiría—, con un rayo de sol que se colaba a través de una rendija entre las cortinas. Miré a mi alrededor. El dormitorio era una inmundicia. Había mugre en las paredes. Mugre en la alfombra. Mugre en las sábanas. Yo mismo estaba cubierto de mugre. Bajé a la cocina. El suelo estaba atestado de botellas. Un montón de latas de comida se apilaba en un rincón. Los ratones se escabullían por todas partes. Sentí repugnancia hacia mí mismo. Me había abandonado a un estado de absoluta dejadez.»

Ya fuera ese mismo día o poco después, Agnes Bell se dio cuenta de que estaban de limpieza en la casa de al lado. Todo empezó con la aparición de cajas y cajas de botellas y otra basura en el jardincito de delante de la casa. La cosa siguió en el jardín trasero con una montaña de muebles que

Braithwaite había despedazado con un hacha. Intentó quemarlos, pero estaban demasiado húmedos para prenderles fuego y permanecieron allí durante semanas sin fin, como una desvencijada escultura. Luego llegó incluso a empezar a adecentar el jardín, descuidado y cubierto de maleza, dedicándose a él con frecuencia desde por la mañana hasta por la noche. Agnes comenzó a charlar con él por encima de la valla y a veces le llevaba una taza de té. Cuando conversaban, a menudo sonaba distraído, pero se mostraba amistoso en todo momento y se abstenía de realizar comentarios lascivos. Una vez le preguntó a Agnes si había conocido a su padre, pero ella negó con la cabeza. Pareció decepcionado cuando Agnes le dijo que no se acordaba de la ferretería de Skinnergate. Era demasiado joven. «Él siempre estuvo muy orgulloso de esta casa, y mírala ahora», le dijo Braithwaite antes de enzarzarse de nuevo con unos matojos, guadaña en mano. Un sábado por la mañana, Agnes vio a Braithwaite en el tejado, donde intentaba reparar las tejas que faltaban. Temiéndose que fuera a caerse, envió a un Robert bastante renuente a que le sujetara la escalera. «¿Vienes a sujetarla o a quitármela?», le gritó Braithwaite desde lo alto. Al final, los muebles se secaron lo bastante para poder quemarlos y quedó espacio suficiente en la parte de atrás para instalar una pequeña mesa y una silla.

Durante los meses que siguieron, la señora Bell lo vería allí, a menudo con el pecho descubierto, encorvado sobre una máquina de escribir. Cuando le preguntó qué estaba escribiendo, él contestó: «Una tragedia. Una puñetera tragedia, eso es lo que es».

El manuscrito de *Mi Yo y otros extraños* alcanza casi las quinientas páginas. Aun tras haber tocado fondo, Braithwaite seguía convencido de su propia genialidad. Si había caído tan bajo, no se debía a ningún fallo o defecto suyo, sino a la determinación con la que sus enemigos se habían propuesto destruirlo. Esto era, argumentaría, una reacción natural. Para que el Sistema perdure «aquellos para quienes su supervivencia redunda en un beneficio personal deben destruir a quienes se oponen a él. Esto es aplicable —escribe— a todos los sistemas totalitarios, sean estos políticos o psíquicos».

Aunque es posible que esta observación tenga algo de cierto, lo que demuestra realmente es la visión tan pomposa que Braithwaite seguía conservando de sí mismo. La verdad era menos exquisita: a pesar de su notoriedad pasajera, nunca fue lo bastante importante como para merecer la campaña orquestada que aduce. Entre los hostigadores de esta cruzada en su contra se incluyen la policía, los medios de comunicación y el sistema jurídico, además de individuos como Edward Seers, Richard Aaron y, desde luego, Ronnie Laing. Nadie se salva de su vitriolo. A Dirk Bogarde, a quien debía buena parte de su éxito, lo despacha calificándolo como «un vacío, [un hombre] tan vanidoso y artificial que apenas existía». Seers es en el fondo «al igual que todos los maricas, un cobarde, un mediocre que victimiza a otros para distraer la atención de sus propios defectos». Pero sus escarnios más operísticos se los reserva para Laing: «Ahí está, sentado en su Parnaso de estiércol, con una mesnada de cortesanos lisonjeros lamiendo sus orines como si fuera champán *vintage*».

Mi Yo y otros extraños es digresiva, bombástica, autojustificativa y salvajemente displicente con los hechos. Es también, con mucho, la mejor obra y la más entretenida de Braithwaite. Cuando no está ajustando cuentas o haciendo fatuo alarde de su propio intelecto, el grueso del libro es en

realidad una memoria, lo que hoy se da en llamar «autoficción». Las largas secciones que dedica a su infancia y al período que pasó en Francia son líricas y evocadoras. Los pasajes sobre Netley destilan una indignación cuyo destinatario es, por una vez, merecedor de ella. La sugerencia que le hizo Edward Seers animándolo a escribir una novela quizá no fuese tan desacertada como Braithwaite pensó en su momento.

A pesar de la indignidad que le supondría estar recibiendo órdenes constantemente y ser menospreciado a la menor transgresión, Braithwaite recuerda del trabajo en la ferretería de su padre el placer que le producía el tacto de la curva del mango de un hacha en las palmas de sus manos, el reconfortante peso de su cabeza. «Sostener un hacha —escribe— es sentir su querencia a ser enarbolada. Las herramientas invitan a realizar actividades mucho más dignas de un hombre de lo que pueda serlo blandir una pluma.»

Al relatar una paliza especialmente brutal que recibió a manos de sus hermanos, Braithwaite empatiza con ellos: «Yo había cometido el pecado de ser listo. Ellos eran unos matones. En modo alguno podía esperar que razonaran conmigo». Estas palizas se producían con la aprobación tácita de su padre, quien «probablemente pensara que podían remediar mi mal».

A lo largo de todo el relato hay una necesidad constante de esconderse, tanto literal como metafórica. Su primer recuerdo, asegura, es el de fingir estar dormido en el dormitorio de Cartmell Terrace mientras su padre, recién llegado del pub, fuerza a su madre. Ella protesta diciendo que Arthur los oirá, pero cuando ella susurra su nombre para ver si está despierto, él cierra los ojos muy fuerte. Permanece tumbado con rigidez en la oscuridad, escuchando los gruñidos de su padre, sintiéndose cómplice de la violación de su madre. Ya sea este episodio un recuerdo inexacto, esté adornado o sea fruto de la fantasía, el caso es que resulta muy revelador: Braithwaite estaba aprendiendo a ocultarse ya desde los cuatro años.

A los trece o catorce, coje uno de los camisones del armario de su madre y se lo lleva a su dormitorio. Se lo pone y se masturba. Describe cómo la suavidad y el aroma de la franela de algodón lo acercaba más a su madre. Puede que parezca sórdido, pero también es el acto de un niño abandonado por su madre que no tiene otra forma de dar salida a las emociones que ese hecho le provoca. Más tarde, corta el forro de los bolsillos de sus pantalones para poder masturbarse secretamente mientras está tumbado a orillas de Cocker Bend y contempla a las chicas pasar. «En ningún momento se me pasó por la cabeza —escribe— que quizá pudiera haber abordado a una de aquellas chicas y pedirle que se diera un paseo o fuera al cine conmigo, que en realidad es lo único que yo deseaba. A mí me habían educado para que pensara que era un inepto, que no era digno de afecto, así que enterraba cualquier sentimiento que pudiera tener.»

Al leer todo esto, uno vislumbra enseguida el origen de los posteriores defectos de Braithwaite: su incapacidad de percibir a otros hombres salvo como rivales; su arrogancia y grandilocuencia arrolladoras; su actitud despectiva hacia las mujeres. Todo estaba cimentado en su temor a ser rechazado.

Los pasajes más alegres del libro son aquellos en los que rememora la época que pasó en Francia.

«Estar en otro país, hablar otra lengua, era ser otro, y al ser otro sentí por primera vez que era yo mismo.» Braithwaite disfrutaba de la camaradería que existía entre las partidas de vendimiadores. Disfrutaba del agotamiento físico de un día de trabajo como es debido. Disfrutaba del sol pegándole en la espalda y del sabor salado del sudor en sus labios. Disfrutaba del fluir del vino en las mesas de caballete que se montaban para el almuerzo y del intercambio de anécdotas, que él entendía a medias. Sobre todo, disfrutaba del entorno distendido que engendraba todo esto para las relaciones sexuales. «Aprendí que follar no era un acto de agresión, algo que los hombres les hicieran a las mujeres, sino un acto que había de ser disfrutado por dos personas y que no conllevaba otra obligación que la de dar y obtener placer.» Al leer las descripciones que hace Braithwaite de la tierra anaranjada y de los aromas a limón, lavanda y estiércol de la Provenza, resulta sorprendente e incluso trágico, quizá, que pudiera regresar a Inglaterra.

No entra en detalles sobre ningún cliente en particular. Cabe que tuviera la impresión de que ya había cubierto esa parte en *Antiterapia*. O, más probablemente, se debiera a algo tan simple como que se había aburrido de escuchar a la gente guapa de Londres describiéndole sus «angustias de baratillo». «Si algo aprendí —escribe—, es que por muchas comodidades materiales que le arrojes a un ser humano, siempre encontraremos algo que nos haga sentir miserables. Estamos programados para la insatisfacción. Siempre queremos más. Más muebles, más artilugios, más sexo, más amor. Codiciamos lo que posee el otro, de la misma manera que el otro codicia lo que nosotros tenemos. Es el agente del descontento perpetuo.»

El trabajo del psicoterapeuta («así llamado») era el más sencillo del mundo. «Jamás tuve un solo visitante que no comprendiera, en mayor o menor medida, sus propios problemas. Lo único que hacía falta era escuchar y observar, y a continuación exponer mis observaciones al individuo en cuestión: dar voz a lo que él ya sabía. Un proceso de lo más simple, y con todo, una y otra vez, se me halagaba por mi capacidad de percepción, por lo bien que los entendía. Yo lo único que hacía era escuchar. Cuando un visitante llega a la consulta con la convicción de que uno es una especie de gurú, tus pensamientos ya están investidos de profundidad. En calidad de terapeuta, a uno le dan las gracias por decir cosas que le valdrían un puñetazo en la mandíbula a un tipo en un bar. Y cuando alguien le está pagando a uno cinco guineas la hora, sus palabras ya han sido consagradas con antelación. La psicoterapia no es más que una transacción, un truco de confianza, en uno y otro sentido.»

Se trata de un punto de vista cínico, uno al que los psiquiatras tradicionales y los consejeros contemporáneos, sin duda, objetarían por igual. También minimiza, quizá, el talento de Braithwaite como terapeuta. De lo que no hay duda es de que tenía un don para identificar el origen del descontento de sus clientes y para decir verdades que otros no habrían tenido el valor de expresar.

> Cuando una mujer [escribe Braithwaite] te cuenta que se siente asfixiada por su vida, no hace falta ser un genio para sugerirle que debería cambiarla.
>
> —Pero no puedo —dirá ella, desesperada.

—¿Por qué no? —contesta uno.

—Es que no puedo —dice ella—. Es demasiado complicado. Estoy atrapada.

—Si de verdad quisieras, podrías hacerlo.

—¿Podría hacerlo?

Lo que buscan las personas —especialmente las mujeres— es que les den permiso. Están tan apabulladas por las estructuras familiares, el decoro y la responsabilidad que son incapaces de actuar de manera autónoma. Requieren una autorización externa para llevar a cabo sus propios deseos. Lo único que hace falta es dar un paso adelante, negarse a permanecer encadenado al pasado.

A Braithwaite no se le pasaría por alto la ironía que conllevaba escribir esto en el jardín de la casa de su infancia. «Si tuviese cinco guineas de sobra, no estaría de más consultarme a mí mismo —escribe—, pero no lo hago.»

Durante el verano de 1971, mientras escribía todo esto, Agnes Bell percibió un cambió en él. Aparte de su constante actividad en la mesita del patio de atrás, empezó a cocinarse platos sencillos. Ganó peso. Seguía bebiendo, pero por las mañanas ya no le temblaban las manos. Mejoró su higiene personal. Hacía la colada y la ponía a secar en un tendedero improvisado entre dos árboles. Si Agnes se encontraba en ese momento tendiendo la suya, él le echaba una mano. Luego, cuando los Bell pasaron a ser propietarios de una lavadora, ella se ofrecería a encargarse de su colada, y él la dejaría hacerlo. A cambio, él se encargaba de realizar pequeñas tareas de jardinería para ella, al menos cuando Robert estaba en el trabajo. Ella a veces permitía, incluso, que «el tío Arthur» se quedara echando un ojo a los chicos si tenía que acercarse un momento a la tienda de ultramarinos o a la oficina de correos.

En ocasiones, Braithwaite estaba tan inmerso en su tarea de escribir que no oía a Agnes llamándolo desde el otro lado de la valla, aunque a menudo hacía una pausa, se encendía un cigarrillo y charlaba con ella amigablemente. Le contaba historias sobre cómo había sido crecer en la zona. Agnes le confió que se había casado con Robert solamente porque se había quedado embarazada de él. Era un buen marido y un buen padre, pero no lo amaba. Expresó sentir una gran curiosidad por Londres, ciudad que había visitado en una única ocasión cuando tenía dieciocho años. Braithwaite le contó que estaba llena de charlatanes, y que ella estaba mejor donde estaba. «Pero este sitio es tan soso —había dicho Agnes—. Me siento como en una jaula.» Braithwaite contestó que había conocido a muchas mujeres en una situación similar a la suya. Le preguntó qué haría si la puerta de la jaula estuviese abierta. Agnes se echó a reír y dijo que seguramente la cerraría con llave y se quedaría en su percha.

A pesar de la estrecha relación que se desarrolló entre ellos, Braithwaite nunca le hizo a Agnes insinuaciones inapropiadas de ningún tipo. Ni siquiera cuando ella le confesó que a veces fantaseaba con tener un amante. Braithwaite le dijo que debería dar el paso y hacer realidad su fantasía, pero no se ofreció para desempeñar ese papel.

Un par de noches o tres a la semana, Braithwaite se daba una vuelta por la Railway Tavern.

Todavía seguía sentándose en un rincón, a lo suyo, pero sí que intercambiaba un par de comentarios con los otros parroquianos cuando se acercaba a la barra. Una noche lo invitaron a completar el equipo de dardos del pub. Él siempre había sido un negado para los deportes y perdió todos los turnos que jugó, no acertando a dar en el tablero incluso varias veces, pero sus nuevos compañeros de equipo fueron magnánimos con su actuación. Compró una diana en una tienda de segunda mano, la colgó en la puerta trasera de la casa y midió y marcó una zona de lanzamiento. Practicaba una hora por la mañana y otra por las tardes, todos los días, y cuando falleció uno de los parroquianos del Tavern, ya había alcanzado un nivel lo bastante aceptable como para ocupar su puesto en el equipo. Cuando lanzó el turno de dardos ganador en la partida contra sus rivales locales, los Slater's Arms, lo celebró invitando a ambos equipos a varias rondas. Brian Armitage hasta permitió que se quedaran después de la hora del cierre, algo muy raro en él. Braithwaite abandonó el local ya de madrugada, borracho pero eufórico. «Hacía mucho tiempo que no disfrutaba del placer de lo sencillo —escribió —. Experimenté una sensación de camaradería. Me habían aceptado en un grupo de hombres que solo me conocía por mi nombre de pila y a quienes yo no les interesaba más allá de mi capacidad de acertar en los anillos dobles. Había encontrado un nuevo nivel en la vida.»

En noviembre de 1971, Braithwaite envió el manuscrito de *Mi Yo y otros extraños* a Edward Seers. Haciendo alarde de su vieja arrogancia, no había mecanografiado una copia en limpio, ni eliminado tampoco los comentarios peyorativos que en él hacía acerca del destinatario. Seers lo recibió con pavor, pero lo leyó con diligencia y luego, para asegurarse de que no estaba dejando que sus perjuicios contaminasen su opinión, se lo pasó a un colega. Lo último que deseaba era que Braithwaite pensara que no había considerado el manuscrito como era debido, así que dejó pasar seis semanas antes de contestar. Su respuesta, fechada el 12 de enero de 1972, sería cortés pero tajante. Tras elogiar de manera rudimentaria su «inconfundible desvergüenza» y su «prosa colorida», remata la carta diciendo: «Muy a mi pesar, no concibo que exista mercado suficiente que justifique su publicación». Le devolvía, pues, el manuscrito con su agradecimiento.

Braithwaite, que ya estaba que echaba chispas por la demora de su respuesta, telefoneó a Seers el día siguiente. Seers escuchó con suma paciencia, y con sumo cansancio también, la más que previsible diatriba. Braithwaite, al percatarse de que su antiguo editor no iba a cambiar de opinión, se jactó de que había varias editoriales ansiosas de publicar el libro y que, si se lo había enviado a Seers, había sido solo en razón a una lealtad no correspondida. Seers le deseó suerte y colgó.

No se sabe si Braithwaite envió o no el manuscrito a alguien más. Si lo hizo, obtuvo una reacción similar. El libro nunca se publicó, y la única copia que existe del manuscrito se hospeda en el archivo de la Universidad de Durham. Unas semanas después, Braithwaite escribió a Seers pidiéndole que le enviara cualquier suma pendiente de liquidar por el devengo de los derechos de sus anteriores libros. No había nada que liquidar. Tanto *Mata a tu Yo* como *Antiterapia* habían sido descatalogados. Con todo, Seers, en un gesto conciliador, le envió un cheque por valor de veinte libras. Más o menos por la misma época, Braithwaite escribió también a Zelda. La felicitaba por su éxito (para entonces, ella

había publicado cuatro novelas, una de las cuales, *Un chaparrón pasajero,* había sido llevada al cine por Lewis Gilbert) y le pedía que le devolviera las cincuenta libras que ella le debía. Zelda ignoró la carta.

Mi Yo y otros extraños acaba así:

> Me había pasado la vida entera odiando Darlington. Odiaba las hileras de casas adosadas de ladrillo rojo. Odiaba las callejuelas adoquinadas y los apestosos pubs. Odiaba a los pijos de Cockerton y a la turba vulgar de trabajadores saliendo en tropel de Patons & Baldwins. Odiaba al munificente Joseph Pease mirando hacia abajo desde lo alto de su pedestal en High Row. Odiaba el mote amistoso «Darlo». Darlo no era mi amigo. Darlo era mi enemigo. Darlo era una penitenciaría de la que solo deseaba escapar. Para conservar la cordura, uno tiene que escapar. Si uno no escapa, es inevitable que se repliegue en ese estúpido orgullo localista que sirve de refugio a quienes nunca se marchan. Solo ahora, al regresar a este lugar, he entendido que mi odio hacia Darlington no estaba bien dirigido. Darlington no es mejor ni peor que cualquier otro sitio. Yo odiaba Darlington únicamente porque es de donde provengo. No es Darlington lo que odio, sino a mí mismo. Es de mí mismo de quien he intentado escapar y he fracasado.

El 14 de abril de 1972, Braithwaite fue a por una cuerda al cobertizo del jardín y se colgó de una viga en el descansillo de la primera planta de la casa. Había dejado abierta la puerta trasera, y su cuerpo fue hallado al día siguiente por una consternada Agnes Bell. El manuscrito de *Mi Yo y otros extraños* estaba encima de la mesa de la cocina. Sobre él había un pedazo de papel en el que había escrito lo siguiente:

> Si mi empresa en el piso de arriba ha tenido éxito, consideren esta como mi nota de suicidio. ACB

Diez días después, Arthur Collins Braithwaite fue enterrado junto a su padre y sus hermanos en el East Cemetery de Darlington. Asistieron al funeral Edward Seers, Agnes Bell y dos miembros del equipo de dardos del Railway Tavern. A nadie más le dolió su muerte.

---

[20] Se refiere a los ex primeros ministros del Reino Unido, Harold Macmillan (1957-1963) y Harold Wilson (1964-1970/1975-1976). *(N. de la T.)*

[21] Referencia al ensayo que publicó el filósofo Aldeous Huxley en 1954, *Las puertas de la percepción,* donde recoge sus experiencias tras el consumo de drogas alucinógenas, considerando que estas abren las puertas de la percepción del individuo, permitiéndole ver los objetos cotidianos en su propia identidad, en tanto impresiones, siendo irrelevantes su función o utilidad. *(N. de la T.)*

Epílogo a la segunda edición

Tras la publicación de este libro en el otoño de 2021, recibí multitud de cartas señalándome la existencia de varios errores en la descripción del Londres de la década de 1960. A pesar de que yo mismo había llamado la atención sobre este particular en el prólogo, varios lectores me puntualizaron que el pub que visita la protagonista es el Pembroke, no el Pembridge Castle. «Nadie que hubiese vivido en Londres por aquel entonces —escribía uno de ellos—, habría cometido el error de situar un salón de té Lyons en Elgin Avenue.» El Lyons más cercano se encontraba, al parecer, doblando la esquina, en Sutherland Avenue. Otro caballero ponía en duda la ruta que sigue la protagonista desde la estación de Chalk Farm hasta Ainger Road. El presidente de la Primrose Hill Historical Society escribió para informarme de que no existía, ni había existido jamás, una barandilla de hierro en la cumbre de Primrose Hill, tal y como se menciona en el episodio de la protagonista con la señorita Kepler en dicho lugar. Ni tampoco hubo nunca un café llamado Clay's en Regent's Park Road. Contesté pacientemente a todas estas cartas y correos electrónicos. Lo que venía a decir en mis respuestas era que estos errores figuraban en los cuadernos originales y que, aunque había sido consciente de ellos, yo no era quien para subsanarlos. Podían achacarse fácilmente a un fallo de memoria de la autora o a algo tan simple como un deseo de esta de adornar el texto aquí y allá.

Con todo, el volumen de correspondencia era desconcertante y me sentí en la obligación de documentarme un poco más por mi cuenta. Cabía la posibilidad de que, como deseaba con todas mis fuerzas creer en la autenticidad de los cuadernos, no hubiera sido imparcial en mis labores de verificación y, de manera inconsciente, había cotejado solo lo que quería creer. Hojeé años y años del *Woman's Journal* en la biblioteca Mitchell de Glasgow antes de dar con el relato de la autora, *Una grata recepción*, en el número de mayo de 1962. Comprobé con no poca ironía que estaba publicado bajo el nombre de Rebecca Smyth y que no era ni la mitad de malo de lo que aseguraba la autora de los cuadernos, aunque sí que compartía algunas de las idiosincrasias de su estilo. Evidentemente, era obra de la misma persona. No hallé ni rastro de una agencia teatral que hubiese llevado el nombre de Brownlee y Asociados, pero eso tampoco demostraba nada. Teniendo en cuenta las molestias que se había tomado la autora para proteger su identidad, era razonable asumir que también hubiese alterado los nombres de otros personajes.

Sin embargo, por mucho que me dijera a mí mismo que tampoco era tan importante que los cuadernos fueran genuinos o no, mi escepticismo iba en aumento. Decidí escribir a Martin Grey para preguntarle si existía algo más de información que él pudiera proporcionarme para corroborar su historia. El señor Grey contestó y me contó que había estado siguiendo la recepción del libro con interés, pero que no se le ocurría nada que añadir a lo que ya me había contado. Para mi sorpresa, no obstante, se ofreció a reunirse conmigo la próxima vez que yo pasara por Londres. Dio la casualidad de que yo estaría en la capital justo una semana después. El señor Grey sugirió que nos viéramos en el Greenberry Café de Regent's Park Road, en el barrio de Primrose Hill. Cuando le pregunté qué aspecto tenía, me dijo que no me preocupara; que él me reconocería.

Quedamos en reunirnos el miércoles siguiente a las dos en punto de la tarde. Era una soleada tarde de abril. Yo me había pateado la zona de arriba abajo durante la preparación del libro y había entrado en una ocasión, incluso, en el café escogido por el señor Grey, preguntándome si este habría servido de prototipo para el salón de té Clay's que aparecía en los cuadernos. Hasta le había preguntado a la dueña desde cuándo albergaba aquel local una cafetería, pero ella no supo contestarme. Llegué a las 13:50. La dueña parecía no recordarme de mi anterior visita. Pedí un café con leche con espuma y una botella de agua con gas y fui a sentarme a una mesa junto a la cristalera. Poblaban el café en ese momento varias jóvenes madres acomodadas, con niños vestidos con ropa de marca. Una señora septuagenaria elegantemente ataviada estaba sentada delante de un servicio de té en una mesa del fondo del establecimiento. No me preocupé demasiado cuando llegaron y pasaron las dos de la tarde sin señales del señor Gray. A las 14:15, sin embargo, empecé a impacientarme. Cabía que por culpa de algún malentendido él estuviera esperando en alguno de los otros cafés que se alineaban en la callecita, pero no tenía sentido marcharme y salir en su busca. Seguro que aparecía tan pronto como yo abandonara el establecimiento.

Pedí otro café, sin quitarle el ojo a la calle. Si Martin Grey era el primo de Clacton de la autora, tal y como yo pensaba, entonces rondaría las setenta y cinco años. En un momento dado pasó por delante de la cristalera un anciano. Salí a la acera y lo llamé por su nombre, pero el hombre se me quedó mirando con asombro y luego se disculpó muy educadamente por no ser quien yo esperaba que fuera. Me bebí mi segundo café sin demasiado entusiasmo, deseando que el señor Grey hubiese sugerido reunirnos en el Pembroke Castle, al final de la calle. Comprobé mi correo electrónico en el teléfono, pero no tenía ningún mensaje. Yo le había dado mi número al señor Grey, pero yo no tenía el suyo. Era obvio que no se iba a presentar. Me sentí algo decepcionado y estúpido. Claramente había sido todo una broma de mal gusto. Tal y como habría expresado la autora de los cuadernos, me habían dado plantón. Pagué y empecé a recoger mis cosas. Mientras me ponía la chaqueta, la anciana del fondo se levantó y se aproximó a mi mesa. Vestía blusa blanca y una falda de *tweed* hasta las rodillas. Llevaba un abrigo oscuro de lana y un pañuelo de color turquesa atado al cuello. El pelo gris estaba recogido sin tirantez, de forma que algunos mechones sueltos le enmarcaban el rostro. Sus ojos se mostraban alertas y eran de un tono azul claro. Era bastante imponente. Quizá fue el pañuelo turquesa el que hizo que me preguntase si no la había visto antes en algún sitio. Eso sí, experimenté

una breve sensación de *déjà vu*.

—Creo que espera usted a alguien —dijo. Tenía una agradable voz musical.

—Lo estaba —dije—. Pero no creo que se vaya a presentar.

—Pues no, no lo hará —dijo—. Espero que no se lo tome a mal. Me temo que he estado jugando con usted. Me llamo Rebecca Smyth.

Asentí y solté una pequeña carcajada.

—Por supuesto que lo es —dije.

Nos quedamos allí plantados, mirándonos el uno al otro durante unos instantes. Yo intentaba procesar lo que acababa de suceder. Y supongo que ella estaba evaluando mi reacción.

Hice ademán de sentarme de nuevo y le indiqué que me acompañara, pero ella se inclinó hacia delante, pegándose a mí, y sugirió, con un susurro travieso, que a lo mejor podíamos ir al pub que había calle adelante. Acepté encantado. Mientras recorríamos la escasa distancia hasta el Pembroke Castle, ella embutió su mano en el hueco de mi brazo. Se movía con una gracia que no correspondía a su edad y llevaba la cabeza bien alta, como un galápago que levanta su cabeza al sol. Los viandantes le echaban miradas cargadas de admiración, y para mí fue una satisfacción que me vieran en su compañía. Tenía el aire de una avejentada pero todavía elegante actriz.

Agradecimientos

Vaya mi más profundo agradecimiento a las siguientes personas:

A mi editora y amiga, Sara Hunt, por el generoso e incondicional apoyo que me prestas como escritor. Tu pasión y compromiso hacia y para con este libro ha sido abrumador. Para mí es un honor que seas tú quien publique mis libros.

A mi agente, Isobel Dixon, por tus palabras de aliento, tu buen humor y tus perspicaces notas editoriales.

A mi editora de mesa, Craig Hillsley por tus agudas observaciones y tu meticulosa atención a los detalles. Y, sí, gracias incluso por las comas.

A mi gran amiga y compañera de viaje, Victoria Evans, siempre mi primera lectora, tu apoyo lo es todo para mí.

A Angie Harms y a esos otros pocos que leyeron el manuscrito en su totalidad o en parte y ofrecieron palabras de apoyo cuando más se necesitaban. Las palabras «Tú sigue adelante» nunca caen en saco roto.

Y finalmente, a Jen Cunnion: por más de una razón, este libro no se habría escrito jamás de no ser por ti. En realidad, es para ti.

Citas

Página 76. Citado por John Clay en *R. D. Laing: A Divided Self*. Sceptre, 1997, p. 48.

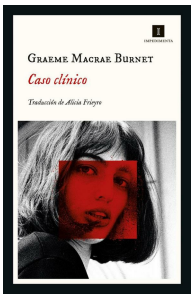
Página 223. Palabras de John McCartney citadas por Dominic Sandbrook en *White Heat*. Abacus, 2007, p. 436.

Página 225. John Coldstream: *Dirk Bogarde: The Authorised Biography,* Phoenix, 2005, p. 8.

Página 228. Albert Camus: *The Myth of Sisyphus.* Penguin, 2013, p. 58.

También quiero agradecer el apoyo de una residencia de tres semanas en la Ventspils International Writers' & Translators' House, en Letonia. Por último, mis más sinceras gracias a David Holmes por sus valiosos consejos legales. Cualquier error en las secciones de Collins Braithwaite es enteramente mío. En cuanto al resto del texto, cualquier inexactitud distinta de las ya comentadas es responsabilidad de la autora de los cuadernos.

Caso clínico



En la primavera de 2020, Macrae recibe una carta que le informa de la existencia de unos cuadernos relacionados con un controvertido psicoterapeuta. Curioso, se sumerge en ellos y descubre la historia de una mujer londinense convencida de que su hermana se suicidó persuadida por este mismo psicoterapeuta que la trató: el famoso A. Collins Braithwaite. En busca de la verdad, la mujer asume una identidad falsa, un nuevo nombre, adopta una nueva personalidad y acude a su consulta. Comienza así una persecución hitchcockiana, punteada de destellos de humor negro en la que doctor y paciente se confunden en una trama propia del noir más clásico.

Una novela «enloquecedoramente brillante» en forma de rompecabezas, que profundiza con destreza en la locura, la identidad, la dualidad y el fingimiento.

Graeme Macrae Burnet nació en Kilmarnock, Escocia, en 1967. Ha escrito tres novelas: «La desaparicion de Adèle Bedeau» (2014, ahora en Impedimenta), «Un plan sangriento» (2015, finalista del Premio Booker, y ganadora del Saltire Fiction Book of the Year y del VRIJ Nederland Thriller of the Year), en Impedimenta en 2019 y «The Accident on the A35» (2017). Fue nombrado autor del año por el Sunday Herald Culture Awards en 2017. Actualmente, Graeme Mcrae Burnet vive en Glasgow.

Título original: *Case Study*

Edición en ebook: mayo de 2022

Copyright © Graeme Macrae Burnet, 2021
Copyright de la traducción © Alicia Frieyro, 2022
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2022
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel
Maquetación: Daniel Matías y Pablo Sangil
Corrección: Laura M. Guardiola
Composición digital: leerendigital.com

Publishing Scotland
Foillseachadh Alba
The translation of this title was made possible with the help of the Publishing Scotland translation fund.

ISBN: 978-84-18668-57-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Caso clínico
Prólogo
El primer cuaderno
    Braithwaite 1: juventud
El segundo cuaderno
    Braithwaite II: Oxford
El tercer cuaderno
    Braithwaite III: Mata a tu Yo
El cuarto cuaderno
    Braithwaite IV: una perturbación en Ainger Road
El quinto cuaderno
    Braithwaite V: escapada
Epílogo a la segunda edición
Agradecimientos
Citas
Sobre este libro
Sobre Graeme Macrae Burnet
Créditos